

G<sup>o</sup> DE MUNICH. P. 65



Carryer scul

A. H. Payne sc.

Vande  
Vanity. Eitelheit.  
Prozność

# LA VANDADO.

( CUADRO DE GIORGIONE. )

Yo tengo un amigo : un amigo es cosa que cualquiera puede encontrar dentro de su casa , con tal de que se resuelva á vivir en una fonda.

Sin embargo , sea dicho en honor de la verdad que mi amigo es de aquellos que no comen , ó que si comen no lo hacen á espensas del prójimo. Además, aunque su delicadeza no le eximiera de esta mala circunstancia , su avanzada edad y morigeradas costumbres harian de él un comensal muy económico. El pobre es muy viejo , y todas sus delicias se reducen á vivir rodeado de tres nietuelos , que no tienen madre....

Me parece que no se puede dar ocupacion mas honesta y meritoria.

Mi amigo quiere á sus nietos como si se los hubieran estraído dos veces del corazon , y cuando las tres interesantes criaturas sonrien á su abuelo , este busca una sonrisa para poner en sus labios , y frecuentemente encuentra tan solo una lágrima que humedece la pura frente de Enriqueta. Aquella lágrima es un ¡ ay ! del alma : la hija del anciano descendió muy jóven á la tumba , y Enriqueta es el vivo retrato de su madre.

Aquella sociedad tranquila , dentro de la cual los niños viven de esperanzas y el viejo muere de recuerdos , se reúne todas las noches al amor de la chimenea , y en tanto que llega la hora en que los ángeles bajan á la tierra para velar el sueño de los niños que no tienen madre , mi anciano amigo refiere cuentos á su menuda prole.

Un cuento es una cosa mucho mas importante de lo que parece á primera vista ; el cuento es la primera leccion de moral que reciben las tiernas criaturas,



es la suave escitacion de su memoria , es el primer suceso que hace estremecer su vírgen corazon á impulsos de lo extraordinario y frecuentemente de lo maravilloso , es el primer paso que adelanta el niño en un mundo que aun no existe para él. Mi amigo lo ha comprendido así , y educa á sus nietezuelos con cuentos , ínterin llegan á la edad de educarlos con libros.

Yo me permito de vez en cuando formar parte de aquella sociedad tan inocente , tan tranquila , y en verdad que muchas veces me entristezco considerando que aquellas inocentes criaturas , cuyos sentimientos parecen haberse dormido al monótono rumor de las inocentes mentiras relatadas por su abuelito , han de tocar un dia los desengaños del mundo. No hace muchas noches llamé á la puerta de esa casa , y despues de ser introducido en la simpática tertulia , observé que Enriqueta , la linda é inocente criatura , tenia los ojos llorosos y apenas se atrevia á solicitar con una humilde mirada la siempre cariñosa de su abuelo. Indudablemente habia acontecido alguna novedad.

Hecha reparticion de los terrones de azúcar , sobras del café , prestacion obligada de los que se dedican á visitar casas donde se alberga tropa menuda , y á los cuales apenas tocó Enriqueta , mi anciano amigo , haciéndome antes un signo de inteligencia , tomó la palabra en estos términos :

—En cierta aldea de una nacion muy apartada del globo, vivia una niña llamada Aurora , aunque las gentes del país la conocian mejor por el nombre de la *rosa del valle*.

Y ciertamente Aurora era una rosa , si es cierto que esta flor es la mas bella y delicada de las flores. Figuraos una tez blanca y aterciopelada , unos ojos azules y de mirada en que se hubiera recreado la inocencia misma , unos labios hechos á propósito para sonreir con dulzura , y una cabellera rubia y ensortijada que caia sobre su espalda y seno en ondulantes rizos cual si quisiera ocultar una belleza de que su creador se mostrase avaro.

Aurora era muy jóven , y oia como la llamaban hermosa con esa indiferencia de niña que ignora lo que mas tarde vale ó cuesta el merecer esa palabra. Creció la *rosa del valle* como las flores que rodeaban su casita , y cuando llegó á la edad de trece años tuvo un dia la desgraciada ocurrencia de mirarse en el límpido espejo de un arroyuelo. El espejo no podia mentir , y aquel dia comprendió Aurora qué es lo que querian significar las gentes del país cuando la llamaban hermosa. Este descubrimiento debia ser fatal á nuestra jóven.

Desde aquel instante en lugar de tirar las flores que con traviesa mano arrancaba de los tallos , se adornaba con ellas cabeza y cuerpo , y corriendo hácia el sitio en donde se desataba el límpido caudal que la habia revelado aquel secreto , le preguntaba horas enteras si se confirmaba en la primitiva opinion



de su hermosura ; y el arroyuelo , que no podia mentir , una vez y otra vez la contestaba afirmativamente.

Entonces aconteció una cosa muy particular : los padres de Aurora , que eran muy pobres , se apercibieron de que un secreto malestar consumia á su hija , y que esta lanzaba con mucha frecuencia hondos suspiros encaminados á un objeto que los ancianos ignoraban.

Así transcurrieron tres años , y Aurora cumplió los diez y seis. Sus padres no podian mantenerla porque eran muy pobres , y la *rosa del valle* en nada les ayudaba con su trabajo , porque pasaba la mayor parte del dia oyendo las dulces razones de su espejo adulator. Los pobres ancianos resolvieron mandar á su hija á la ciudad , y vertiendo abundantes lágrimas la despidieron , dándole su bendicion y muy sanos consejos , la única cosa que podian darla.

Aurora salió del hogar paterno con el alma apesurada ; y aunque á la ciudad iban encaminados sus anteriores suspiros , hubiera dado parte de su felicidad en este mundo , la mitad de su existencia , todo , todo menos su belleza , por socorrer la miseria de sus padres. Caminaba por tanto á paso muy lento con direccion á la ciudad , cuando sus ojos tropezaron en un objeto , brillante hasta dañar la vista , que entre la arena del lisonjero arroyo aparecia. La jóven se detuvo , recogió el objeto , y ¡ oh fortuna ! era un diamante.

Con el valor de aquella piedra podia Aurora remediar diez veces las necesidades de sus padres , que la querian tanto..... Gozosa iba á tomar la vuelta hácia el hogar donde corrieron tranquilos los dias de su niñez : era á primera hora de la noche y la niña gozaba de antemano considerando la alegría que iban á experimentar los pobres viejos.

No quiso , empero , Aurora desviarse de aquel punto sin arrojar una mirada á la corriente : creia sin duda que la animacion del gozo habia de dar un gran realce á su hermosura.

Fijó la mirada en las aguas , y nada vió : la noche habia cerrado por completo.

Sin embargo , Aurora tenia entre sus manos la preciosa piedra que relucia aun en las tinieblas , y concibió la idea de colocarla sobre su frente para iluminar su peregrino rostro , á cuyo plan la convidaba el brillo siempre creciente de aquella piedra , que á cada instante brillaba con nuevos y hasta sobrenaturales fulgores.

Dicho y hecho : Aurora acomoda el diamante sobre su frente , sostenido entre sus cabellos de oro , y se contempla de nuevo en el límpido arroyo.

Nunca espejo de bruñida plata , colgado de las paredes de suntuoso salon , reflejó hermosura mas perfecta. Aquella piedra iluminando el peregrino rostro de Aurora , parecia una estrella desprendida del cielo y clavada en la tersa frente de una fantástica hija de la noche.



La jóven permaneció una hora entera en estática contemplacion de sí misma, sonriendo satisfecha y orgullosa, porque nunca se habia encontrado mas bella. Transcurrida una segunda hora, quiso poner por obra su resolucion de regresar á la casa paterna ; pero ni sus ojos se desviaban del agua, ni sus piés se levantaban de la arena.

Entonces la ocurrió un pensamiento estraño.—Si yo me presentase en la ciudad, dijo para sí misma, con ese diamante en la cabeza, todos los hombres se moririan de amor, todas las mujeres de envidia.—Y dando la postrera mirada al seductor espejo, se sintió como arrastrada por una mano invisible en direccion á la ciudad, alejándose cada vez mas del risueño valle en donde unos ancianos quedaban llorando porque acababan de perder á una hija.

Aurora no echó de ver que delante de ella caminaba un espíritu invisible é impalpable como las tinieblas que la rodeaban ; que sonreia con sarcástica complacencia, y que atraia á la pobre jóven como la serpiente al pájaro que va á morir entre las fauces del asqueroso reptil.

Aquel espíritu maléfico era la vanidad.

La jóven llegó á la ciudad á las primeras horas del siguiente dia, embargada esclusivamente por los triunfos que su belleza indudablemente la conquistaria. Apenas habia traspasado el umbral de la puerta, desapareció del ánimo de Aurora el último recuerdo de su valle y de sus padres.

Transcurrieron algunos dias, y todo iba á medida de la voluntad de Aurora. Aquella hermosura, iluminada de dia y de noche por el reflejo de la portentosa joya, llamaba la atencion de cuantos pasaban junto á la niña, que llegó á ser la criatura mas mimada de la ciudad. ¡ Oh! ¡y qué horas tan felices corrieron entonces para Aurora... ¿ Felices? Mal decimos : en medio de los placeres de que se hallaba rodeada, entre el bullicio de los festines dados sin cesar en obsequio suyo, rodeada de una turba de adoradores que á todas horas ponderaban su belleza, Aurora se encontraba satisfecha en su vanidad, pero no en su corazon. En los espejos donde se contemplaba harto á menudo, veia reproducida su belleza, veia relucir las facetas del precioso diamante que tanto habia realzado su belleza ; pero en cambio al mismo tiempo que una arruga en sus ojos revelaba su orgullo, una arruga en su frente denunciaba sus ocultos pesares.

La vanidad es un ídolo al cual nunca se quema bastante incienso.

De esta manera transcurrieron algunos años : la *rosa del valle* era la cortesana de la ciudad. Todo se reunió en torno suyo para hacerla olvidar su origen humilde, todo, hasta la debilidad de su complaciente memoria.

Pasaron aun algunos meses, y al cabo de ellos la existencia de Aurora corria muy poco placentera. El fastidio se habia apoderado de aquella alma que habia concretado todas sus aspiraciones á deslumbrar á las gentes por la hermosura del cuerpo. Una hermosa tarde de verano montó en su dorada carroza y se dirigió



al paseo de que desde su aparición era reina sin rival. Al momento se fijaron en ella todas las miradas, las de los hombres con amor, las de las mujeres con envidia; y sin embargo Aurora distaba mucho de ser feliz; hasta hubiera sin duda llorado de pesar, si su vanidad la hubiese permitido revelar en público el sensible estado de su corazón.

De repente se detienen los caballos de la carroza: acaban de atropellar á un pobre anciano, y un grito desgarrador hiere los oídos de la que fué *rosa del valle*. Aquel grito hace palidecer su rostro y temblar su cuerpo; asoma la cabeza fuera de la carroza, y en el anciano mendigo que ha sido atropellado por sus caballos, reconoce al autor de sus días. El primer impulso de Aurora fué precipitarse fuera del carruaje y mezclar sus lágrimas con la sangre del herido; pero toda la gente del paseo se había reunido para presenciar la catástrofe, y la vanidad de la jóven no la permitió reconocer al autor de sus días en aquel viejo puesto al borde de la muerte por su propia hija.

Hizo Aurora un esfuerzo supremo y ordenó á su cochero que pusiera al trote los caballos; mas antes de apartarse de aquel sitio quiso dejar un recuerdo de su fastuosa piedad, porque también en la caridad cabe una gran parte de orgullo, y hay muchos que son virtuosos por ostentación, y que como los fariseos practican el bien haciéndose preceder por las trompetas de la fama.

Quiso la suerte que la *rosa del valle* se encontrase en aquel momento sin cantidad alguna proporcionada á su intento; pero resuelta á no abandonar el sitio sin dejar al herido un abundante socorro y al público una muestra de su esplendidez, llevó sin titubear la mano á la frente, y arrancando el portentoso diamante que en ella brillaba, lo arrojó al anciano á presencia de los atónitos espectadores. Acto continuo arrancaron los caballos, y unos minutos después pisaba Aurora las tupidas alfombras de su palacio. Al pasar por delante del colosal espejo en que tantas veces se había recreado contemplando su belleza, se detuvo involuntariamente y lanzó un suspiro. No se atrevía á fijar los ojos en el azogado cristal por temor de que la falta del diamante disminuyese su hermosura.

Al fin y al cabo resolvióse á hacer la dolorosa comparación, y ¡oh sorpresa! la belleza de Aurora lejos de disminuir había aumentado: tan solo en su frente, allí donde hasta entonces había estado el diamante constantemente fijo, aparecía una manchita negra, cual si la piel hubiera sido recientemente carbonizada. La *rosa del valle* no podía consentir el más mínimo lunar en su belleza, y cogiendo una toalla de finísimo lienzo la humedeció con una de las más agradables y delicadas esencias, contenida en un frasco de oro. ¡Cosa estraña!... Cuanto más pugnaba Aurora por quitar aquella mancha, tanto más la mancha se extendía, y en consecuencia tanto más aumentaba la cólera de la jóven. En vano ensayó cosméticos y preparaciones, en vano recurrió á médicos y químicos; ninguno atinó con la causa de aquella rara alteración en la piel, y por lo mismo nadie dió con el suspirado remedio. Entonces tentó Aurora el último esfuerzo.



Habiendo llegado á su noticia que junto á la ciudad y oculto en la espesura de un bosque existia un varon extraordinario, calificado por unos de santo y por otros de brujo, determinó ir á consultar su voto, y una mañana, muy temprano, partió sola en busca del misterioso personaje.

Durante su caminata encontró varios arroyuelos, tan límpidos, tan cristalinos como aquel en que tantas veces habia contemplado su hermosura de niña; pero no se atrevió á buscar en ellos su imágen, de miedo de tropezar con la vista de la mancha fatal.

Al cabo de mucho tiempo de vagar errante por aquellas soledades, descubrió al estraño personaje en cuya busca habia emprendido tan arriesgada escursion. Espúsole su cuita con lágrimas en los ojos, y ofrecióle, para el caso en que descubriese la verdadera causa de aquella mancha, edificar una capilla de mármol á la Virgen que el solitario tenia colocada entre las quebraduras de una peña, tapizada de musgo y silvestres flores.

Sonrió el habitante del bosque como puede el hombre que se rie de las promesas ó amenazas de un niño, y con acento que penetraba hasta lo mas recóndito del alma, contestó:

—La revelacion celestial no se compra ni se paga. Yo puedo y quiero decirte, sin necesidad de ofrecimientos, de qué proviene esta mancha que ennegrece tu frente.

Aurora quedó pendiente de los labios del solitario.

—Puedo mas—dijo éste con esa seguridad de acento que dá la conviccion—puedo decirte de qué manera desaparecerá ese lunar de tu hermosura que tanta pena te causa.

La jóven respiró con entera libertad: iba á recobrar su perdida dicha.

—Esa mancha—prosiguió el anciano—lo veo tan claro como claramente veo al sol, esa mancha es *la huella de la vanidad*.

Aurora perdió el color súbitamente y tuvo necesidad de apoyarse en el tronco de un árbol para no venir al suelo con su cuerpo. El anciano continuó de esta manera:

—La vanidad te ha cegado, pobre niña: el dia aquel en que por primera vez contemplaste tu hermosura en el arroyo, esa funesta pasion murmuró á tus oidos siniestras palabras. Cometiste la imprudencia de darlas asenso, y hete aquí que la *rosa del valle* se ha marchitado y que el vicio ha estampado en su frente el signo de reprobacion con que distingue á sus víctimas. ¿A dónde irás, infeliz jóven, que el mundo no lea en tu frente lo que has sido?... Ni aun siquiera al hogar de tus padres, porque temerás ahogarte en la sangre de un anciano mendigo al cual han pisoteado tus soberbios caballos. Y ese mendigo era tu padre, y tú, la hija desnaturalizada, desde la altura de tu vanidad has arrojado una limosna al autor de tus dias, una limosna manchada aun con el contacto de

tu frente impura..... Lloraba, lloraba y hundió tu frente en el polvo : tan solo el arrepentimiento sube al cielo las oraciones que se exhalan desde el fango del mundo !

La pobre jóven lloraba, con efecto, amargamente, mesaba su cabello y maldecía aquella hermosura que la condujo á todos los excesos, hasta á los crímenes de la vanidad.

Una hora despues partia hácia el risueño valle que la vió nacer, regando el camino con sus lágrimas, sin volver la vista atrás por temor de presenciar el espectáculo de una ciudad abrasada por las llamas del vicio, que como fosfórica atmósfera flotaba sobre ella.

A la caída de la tarde llegó pálida, estenuada, marchita su belleza, á los sitios donde tantas veces se habia oido apellidar la *rosa del valle*. Saludó uno por uno los objetos que un tiempo la fueron tan gratos, y aumentó con el caudal de sus lágrimas la corriente del fementido arroyo en cuyo espejo comprendió por primera vez qué cosa era vanidad.

Cuando la noche hubo cerrado, recogió el último resto de sus fuerzas, y amenazándola el corazón salirsele del pecho, emprendió el camino del hogar paterno.

Ya divisaba próxima la blanca casita donde se meció su cuna impulsada por el amor de una madre, ya ponía el pié en el dintel de la puerta, ya iba á golpear sus desunidos maderos, cuando cruzó á su lado un desconocido, que la detuvo diciendo :

—No llameis á esa puerta, nadie os respondería. Los ancianos moradores de esa casita han sido conducidos al Campo Santo, envueltos en una misma mortaja y encerrados en un mismo ataúd.

Aurora no contestó una sola palabra : agarróse fuertemente á la aldaba, y aguardó de pié á que el desconocido se perdiera de vista. Poco tardó en acontecer esto, y entonces soltó su punto de apoyo, cruzó entrambas manos sobre el pecho, bamboleó su cuerpo todo, alzó los ojos al cielo con muestras de resignación profunda, y vino al suelo desplomada.

Murmuró el nombre de Dios.... y quedó inmóvil.

Habia muerto....

En el mismo instante desapareció la mancha negra de su frente.

El cielo que habia castigado á la vanidad, perdonaba á la contrición....

---

Calló mi viejo amigo, y sus nietezuelos permanecieron en religioso silencio. La historia de Aurora habia producido en ellos un efecto terrible.

De pronto grandes sollozos turbaron aquel silencio, y Enriqueta, pálida y temblorosa, fué á prosternarse á los piés de su abuelito, diciéndole:



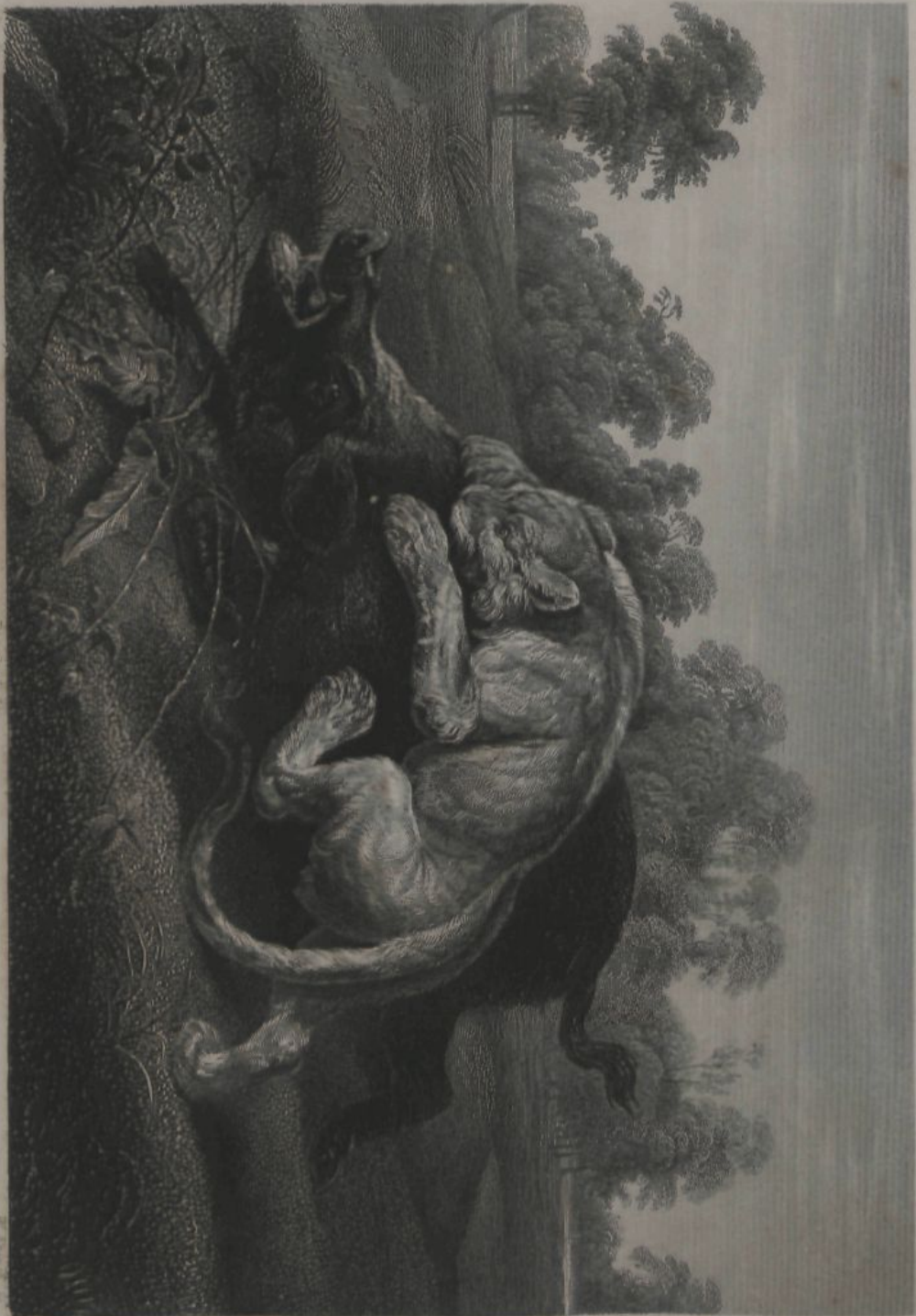
—¡ Oh ! yo no quiero vivir con esa mancha negra que debe haberme salido en la frente.

Fué tal la candidez con que pronunció estas palabras , que mi amigo y yo tuvimos que hacer un grande esfuerzo para no perder la formalidad que el caso requería. Entonces el complaciente abuelito , convencido del arrepentimiento de Enriqueta y deseando no destruir aquella inocente credulidad , delicia y cenital de los niños , estampó un beso en la frente de su nieta y la dijo:

— Estás perdonada: la mancha ha dejado de existir. ¡ Ojalá cuando Aurora sintió su primer impulso de vanidad , hubiera corrido á los brazos de sus padres para hallar en su amor el escudo contra la tentacion!

Los dos hermanitos besaron asimismo á la dócil y sensible Enriqueta , y entonces comprendí con qué objeto se habia sacado á relucir por mi prudente amigo la triste historia de la vanidosa Aurora.

Manuel Angelon.



*Die Löwe und der Bär*  
*Die Löwe und der Bär*  
*Die Löwe und der Bär*

*Die Löwe und der Bär*



# LA LEONA Y EL JABALÍ.

( CUADRO DE SNYDERS. )

Esta lámina y la otra que va en esta coleccion y que representa un jabalí furioso, son obra del pintor Snyder, que se dedicó mucho á pintar animales feroces, riñas entre ellos, y lances de caza. Tuvo aficion muy particular á esta clase de cuadros, y por la verdad y naturalidad que se admiran en todos ellos, debemos creer que no solo fué pintor, sino que probablemente fué aficionado á la caza. Solo de este modo pudo estudiar las posiciones y actitudes bellisimas que se admiran en los cuadros de este pintor que adquirió en tales obras una reputacion muy merecida.

La lucha que nos presenta esta lámina no puede tener mas que un resultado, á saber, la muerte del jabalí, y el ser este devorado por su enemigo. El leon, verdadero rey de los cuadrúpedos, es el mas fuerte de todos ellos, tiene el privilegio de vencerlos y devorarlos todos, y de no poder ser vencido por ninguno. Su fuerza, su ligereza, su robustez, su audacia, le hacen invencible, y solo el hombre auxiliado por su industria y por los terribles medios de destruccion que ha inventado su prodigiosa inteligencia, ha conseguido domar, vencer, matar ó sujetar al leon, reduciéndole muchas veces á la domesticidad, aunque siempre peligrosa. La historia del leon es muy peregrina y agradable; pero no creemos que este sea lugar á propósito para escribirla, mucho menos cuando no hay obra ninguna de historia natural, en donde la del leon no ocupe el primero y mas interesante capítulo en el catálogo de las descripciones de los cuadrúpedos. La lucha que vemos debe además ser corta, porque el jabalí no tiene medios ni índole para resistir por mucho rato al leon, que indudablemente acabará con su vida para saciar su estómago durante algunos dias.

Juan Cortada.

# UN JABALI FURIOSO.

(CUADRO DE SNYDERS.)

El hombre menos entendido en historia natural conoce desde luego que el jabalí no es sino un cerdo , mas ó menos diferente del cerdo doméstico. Lo mismo que este , tiene el jabalí los sentidos muy imperfectos , ó por mejor decir, muy obtusos , especialmente los del tacto y los del gusto. De lo primero son causa la aspereza del pelo , la dureza de la piel y el grosor del lardo ó grasa que circuye todo su cuerpo formando una capa que tiene encerrada toda la carne. El jabalí que en el gusto y en el tacto estará á poca diferencia en el mismo caso que el cerdo , le aventaja sin embargo en los demás sentidos , y los hombres que se dedican á cazarlos saben muy bien que oye , ve y huele á mucha distancia , por lo cual es preciso aguardarle con gran silencio durante la noche, y apostarse de cara al viento para que este no lleve al animal las emanaciones que huele de muy léjos y que bastan para hacerle cambiar en el momento el camino que llevaba. El jabalí no es tan asqueroso como el cerdo , pues si bien es verdad que en cuanto á la figura es por lo menos igualmente repugnante , como se mantiene de frutos , bellotas , semillas y raíces , y no vive en medio de la inmundicia y entre la asquerosidad en que tanto se complace el cerdo doméstico, no adquiere aquella especie de estupidez tan nauseabunda que nos fastidia en el cerdo. Este además come cuanto encuentra y parece que se complace en devorar lo mas repugnante , á diferencia del jabalí , que ni tiene ocasion ni al parecer deseos de henchirse como lo verifica el otro.

Los jabalíes hasta tener la edad de tres años no suelen separarse los que han nacido de una misma madre , sino que todos juntos siguen constantemente á



esta , formando con ella una especie de compañía , y dando el ejemplo de lo que en el arte militar se llama formar el cuadro. En efecto, cuando una compañía de jabalíes jóvenes es atacada por el hombre ó por los lobos, resisten por el número , se defienden y socorren , presentando el frente , estrechándose los mas crecidos unos contra otros en círculo y poniendo en el centro los mas pequeños. En estos lances gruñen todos á la vez , y especialmente la madre dá unos resoplidos muy fuertes y que resuenan á larga distancia. Naturalmente son medrosos é inofensivos : así es que á pesar de su glotonería no acometen ni devoran á los demás animales. De estas mismas inclinaciones es sin duda hija la costumbre que tienen de permanecer durante el dia ocultos en lo espeso de los bosques , y de salir durante la noche en busca de alimentos , para lo cual cuando en el verano están en sazón los granos , se entran por los trigos y causan en ellos mucho estrago , no solo por la grande cantidad que devoran , sino por la mayor que tronchan y pisotean.

La caza del jabalí se hace ó bien á tiros sorprendiéndolos durante la noche con la claridad de la luna , ó bien con perros. Si en estos casos es uno solo el jabalí perseguido no hace frente , sino que apela á la fuga , la cual verifica lentamente , defendiéndose al mismo tiempo de los perros , á los cuales mata ó hiere siempre muy gravemente. Por esta razon los cazadores no suelen emplear perros muy buenos , sino mastines de poca estima y de mucha fuerza , porque los buenos podencos se aprecian demasiado para emplearlos en esa caza , tanto mas cuanto la lentitud de la carrera del jabalí haria contraer á estos perros la costumbre de no correr con la velocidad que necesitan para la caza de otros animales. Los jabalíes jóvenes son mas ligeros , pero los que pasan de la edad de tres años son pesados , huyen á poca distancia , temen poco á los perros , y algunas veces se detienen para hacerles frente : y entonces indudablemente son víctimas de su valor , aunque antes de ceder espachurren algunos , y dejan mal heridos á cuantos pueden alcanzar con sus largos colmillos.

La lámina que tenemos á la vista nos presenta un fiel trasunto de lo que sucede en esta caza , pues vemos ya tendidos á cuatro de los once perseguidores del jabalí , protagonista del cuadro , sin que este aparezca cansado ni dispuesto todavía á darse por vencido.

Juan Cortada.

# LA FERIA DE ANIMALES.

( CUADRO DE F. B. ADAM. )

Muchas cosas hay en el mundo de las cuales no hacemos el menor caso, sin mas motivo que el verlas y el acostumbrarnos á ellas desde nuestra edad primera. Y sin embargo si por un momento nos detenemos á considerarlas, no es posible sino que nos admiren y den lugar á muchas y graves reflexiones. Cuando uno piensa en el dominio que el hombre ejerce sobre todo lo criado, no puede menos de enorgullecerse de su importancia, de su valor, de su inteligencia, y convencerse finalmente de que en realidad es el rey de la creacion, y de que reside en él un espíritu inmortal, destello de la divinidad, que es el verdadero origen de esta su prepotencia sobre todos los demás seres creados. ¿Y no es una audacia inconcebible lanzarse sobre un cajon de madera al inmenso piélago del Océano, surcarlo en todas direcciones, desafiar sus furores, dominar las tempestades y forzarlas á que sirvan al hombre para dar á ese cajon en que se ha metido la direccion y la velocidad que quiere? ¿No es asombroso ver que sin guia ni faro de ninguna clase, y con solos los conocimientos ó inventos que debe á su propio ingenio, se arroja á descubrir cada dia nuevas tierras y que ha recorrido ya todas las que constituyen el globo en que habita? ¿Y no le vemos ahora, cuando ya nada tiene que explorar, á impulsos de ese espíritu atrevido é investigador que de continuo le fatiga, inquirir el modo de penetrar en el interior de los mares, recorrer las olas no por la superficie sino sumergido en ellas; al mismo tiempo que pugna por remontarse hácia la última region de la atmósfera y viajar por ella obligando á los vientos á que obedezcan su voluntad y le lleven volando de un punto á otro del universo? No contento con ser hombre, quiere poder cuando





*Un Marche au Betail.*

*At Cattle Market Ein Viehmarkt*

*Fay au bylle*

Published and Proprietors by A. H. Payne, Dresden & Leipzig

le plazca convertirse en pez ó en ave, y surcar los aires y atravesar los mares por entre sus insondables abismos.

Las distancias de la tierra le molestaban : queria estar á un tiempo en todas partes, aprovechar los átomos de su vida para ver nuevas regiones, y admirar las obras de sus semejantes, esparcidas por sobre el haz de todo el orbe; y comprendiendo que para esto no bastaba la velocidad ni el esfuerzo de su cuerpo, echó mano de los animales de robustez y ligereza y los convirtió en vehículos para trasladar su persona de un punto á otro. Mas este sistema lo encontró incómodo y molesto, y tuvo la feliz idea de inventar los carruajes, en donde sentado ó tendido se hacia transportar por animales á largas distancias, obligándolos á correr continuamente, apostándolos en puntos fijos, para que cansados ya los unos pudieran ser sustituidos por otros que desplegaran para servirle toda su robustez y ligereza.

Parecióle poco esta velocidad que al fin consumia horas y dias, y utilizando el vapor del agua que hierve ha inventado los ferro-carriles, que lo transportan de un punto á otro con toda la prontitud que su imaginacion habia concebido. Y para llevar adelante la ejecucion de este pensamiento han sido infructuosos todos los obstáculos que le ha ofrecido la superficie del globo que quiere recorrer velozmente. Se ha presentado una montaña como un dique insuperable, y él la taladra cual si fuera una masa blanda: se le opone un valle profundo, y él lo atraviesa sobre una tabla, ó sobre unos hilos de alambre, ó sobre un arco de piedra, y pasa volando por encima de esas profundidades como volando atraviesa las entrañas de una formidable cordillera.

Habia obligado á los vientos á que le sirvieran para la navegacion: ahora ya no los necesita: el vapor ha suplido por ellos, y aunque sea luchando con ellos, aunque sea contra la marcada y tenaz direccion de los mismos, vuela por encima de la superficie del Océano, asalta las encrespadas olas, y á despecho de estas y de las tempestades y de los huracanes, sigue impávido el camino que se ha propuesto y aparece en el punto á donde su voluntad ha querido dirigirse.

¿A dónde iríamos á parar si recorriéramos uno por uno todos los inventos debidos á la humana inteligencia, y que son otras tantas pruebas del origen del hombre, y de su prepotencia sobre todo lo creado?

El objeto del cuadro de donde ha salido la lámina que tenemos á la vista, nos suministra una prueba y no pequeña del valor de esa inteligencia dominadora y osada, á la cual nada arredra porque nada se resiste. Parece que una feria de animales no puede ofrecer argumento para conviccion semejante; y sin embargo no es así: y puede demostrarse fácilmente. En la feria se ven caballos, toros, bueyes, carneros, cabras y cerdos. El caballo, que es uno de los animales mas bellos y de índole mas noble, ha venido á ser para el hombre de una utilidad inmensa. Aunque dotado de grandes fuerzas y de índole altanera, el hombre lo



ha dominado completamente, y le hace servir para muchos usos diversos. En la casa del labrador tira de una carreta, arrastra el arado, conduce los frutos al mercado, sube el agua de los pozos, y dócil siempre, laborioso, robusto y sano, vive muchos años, ganando mucho mas de lo que gasta, y auxiliando al mantenimiento de la familia de su amo. Criado agradecido ama la casa en que vive, la conoce de muy léjos, y si se le deja libre, fiel á su destino, se dirige allá espontánea y prontamente.

En la ciudad arrastrando una carreta y trasladando en ella efectos y géneros de toda clase, constituye toda la fortuna de su amo, y con su trabajo mantiene la familia entera. En la casa de los ricos arrastra lozano y con gracia un elegante carruaje, se pavonea por las calles, llama la atención por su gracia, y el mas sencillo aviso le basta para moderar el paso ó para lanzarse á la carrera, segun sea la voluntad del que le advierte. En la guerra es compañero fiel y amante del soldado. Le sigue á todas partes, corre los mismos peligros, acomete con bravura, el clarín enardece su sangre, se convierte en guerrero, parece que toma parte en la lucha; y en un momento desgraciado, su velocidad salva al mismo hombre que por un capricho le ha llevado á los peligros y lo ha espuesto á la muerte. Es naturalmente sobrio, instintivamente conoce los riesgos, y los movimientos de sus orejas dan advertencias oportunas y salvadoras al jinete. Conoce perfectamente la importancia de éste, y se presenta y se gallardea al compás de lo que vale el hombre que lo monta, y aun al de las circunstancias y de la localidad en que se encuentra.

El hombre ha sujetado al toro, naturalmente bravo y amigo de la independencia. No le obliga al trabajo, porque le destina á la reproducción que le proporciona mayores lucros: mas cuando no lo quiere para esto, convertido en buey, arrastra tambien una carreta, tira del arado, y con su fuerza muy superior á la del caballo, es capaz de trasladar pesos mucho mayores, y es sobre todo excelente para el arado. Su calma siempre uniforme ejecuta un trabajo mas regular é igual que el caballo, y le gana tambien en sobriedad y en la mansedumbre. Cuando ya es inútil para el trabajo, su carne alimenta al hombre, su cuero le calza, sus astas le sirven para cien objetos; y el pesar que su muerte causa á la familia del amo está compensado en parte por el producto que aun entonces proporciona su venta.

El hombre ha hecho completamente suyo al carnero. Cierto que no le sirve para el trabajo; mas tampoco su manutención le cuesta sacrificio alguno. Se alimenta en cualquiera parte, porque gusta de todas las yerbas, y muchas veces aun es provechoso para limpiar un campo que esté cubierto de ellas. Recorre los caminos limpiándolos, los fosos de las fortalezas, las márgenes de los arroyos, y dócil siempre y manso en alto grado, un niño basta para conducir y gobernar un número de ellos muy crecido. Su carne es excelente, sana, su-



culenta , su grasa sirve para alumbrar al hombre , y su rica lana le proporciona materia para vestirse y para la fabricacion de mil objetos de comodidad y lujo. Cuando el hombre lo mata para alimentarse con su carne , la piel le proporciona un calefactorio para los piés , un asiento blando , un almohadon para ir á caballo , y un mueble útil para cien cosas.

En amigable consorcio y formando muchas veces parte de un mismo rebaño obliga el hombre á vivir á la cabra , cuya leche alimenta al mismo hombre y suple con frecuencia, quizás muy excesiva , á la madre del hombre mismo.

El cerdo , cuya carne en opinion de muchos no es la mas conveniente al hombre , constituye no obstante uno de los principales alimentos de la clase popular ; y sobre todo del agricultor , para cuyas familias es un cerdo la parte mas conspicua de la despensa. En mil formas prepara el hombre la carne del cerdo para conservarla durante todo el año , y la guisa despues de cien maneras, dando viveza con un trozo de ella á los poco decididos gustos de la verdura y de las legumbres

De los animales de las clases dichas se compone la muchedumbre que aparece en las ferias. En esto á la verdad no hay reglas fijas , porque segun sea el país y segun la época del año en que la feria se celebra , se presentan estos ó los otros animales , siendo muy raras aquellas en que figuran todas las clases dichas. Las ferias de cerdos no suelen serlo de otros animales, porque los cerdos se venden cuando son muy lechoncitos , para ir á parar en detall á las casas de campo en donde crecen y se procura engordarlos para la época de la matanza. En los otros animales se tienen en cuenta la estampa , la fuerza , la edad ; en el cerdo solo se atiende á la gordura , y por punto general el hombre tiene una especie de orgullo en que el cerdo criado en su casa sea no solo el mas gordo sino el mas obeso de todas las granjas ó de todos los pueblos inmediatos. En Cataluña esta gloria está reservada á los que crían los tres cerdos que se rifan en el dia de S. Antonio abad.

Suelen las ferias de animales ser un lugar de reunion no solo para los que compran y venden , sino para mucha gente desocupada , que gustan de ver animales buenos y hermosos , y que por otra parte no tienen grandes negocios que los lleven abrumados. Se celebran en las ferias grandes comilonas , que son poderoso aliciente para los gastrónomos ; y desgraciadamente en muchas de ellas no son desconocidos los juegos de azar en donde el vendedor pierde en un minuto el producto de los afanes de todo un año. Tambien acuden á las ferias muchos rateros ; y en otro tiempo eran frecuentes los robos á mano armada en los caminos próximos al lugar en que la feria se celebraba : hoy se ha remediado completamente esto , mas no tan de guajo ha sido posible abolir aquello. Los rateros son muy ladinos , y como saben robar el dinero , saben tambien robarse á la vigilancia.



En las ferias de animales de carga no dejan de asistir los gitanos, que en ellas mas bien compran que venden; dejando el artículo de venta para el menudeo entre los sencillos labriegos que suelen ser sus víctimas. La gente que á las ferias acude, es demasiado avisada para que fácilmente pueda engañarla un gitano.

La lámina que tenemos á la vista presenta una feria en país del norte, en donde abunda el ganado caballar y particularmente el vacuno. Adam es pintor muy conocido en esta clase de trabajos; ha pintado mucho, y en la mayor parte de los museos extranjeros se ven obras de ese autor del mismo género de la que ha servido de modelo para esta lámina.

Juan Cortada.



P. P. RUBENS pinx.

Gen. Gallerie des Königl. Museums in Berlin.

A. H. PAYNE sc.

*St. Cecilia*



# SANTA CECILIA.

(CUADRO DE RUBENS.)

Pudiera haber lectores tan quisquillosos ó preocupados que al tratarse de las vidas de los santos creen deber entrar en rancias y monótonas leyendas de milagros y consejas , mas propias para servir de pábulo á la crédula simplicidad de gentes ignorantes que para llamar la atención del sabio ú observador. Y los mismos quizás que leerán con gusto y tragarán sin reparo los cuentos de las mil y una noches y los encantamientos de las hadas, arrojarán de sí con desden esas biografías sagradas que escritas con crítica y discernimiento forman la parte mas bella de la historia de la humanidad. No porque hay vidas de santos escritas con mas buena fe que fino criterio, ha de condenarse todo lo que enaltece á los héroes insignes del cristianismo , á esos personajes modelos que llevaron hasta el último punto la perfectibilidad humana , realizando en sí mismos el bello ideal del verdadero progreso , esto es , dando al Criador el tributo de amor mas perfecto de que puede ser capaz la criatura , sujetando á las leyes de la razon y á los nobles impulsos de la virtud sus propias inclinaciones y apetitos , y derramando sobre sus semejantes todo el bien que pudieron , llegando para esto al colmo de la generosidad y al heroísmo del sacrificio. Si hubo tiempos en que la candidez del lector se alimentaba de creencias tal vez exageradas persuadidos de que en el exámen de los hechos fijaban un límite al poder de Dios; si hubo en efecto hombres visionarios que pretendieron dar un cuerpo á sus piadosas ilusiones , ó abusaron tal vez de la ciega credulidad del vulgo , no por esto deben desecharse los testimonios irrecusables que dan fe de la existencia de estos hombres maravillosos en quienes un poder superior al humano ha obrado



portentos extraordinarios ; y si no puede dejar de admitirse que el amor de familia y el amor de la patria han obrado prodigios casi increíbles ¿ cómo habremos de negarlos á un impulso mucho mas ardiente , á una llama mucho mas fuerte , al amor del hombre á Dios ?

Por esto en el presente siglo hemos visto talentos vastos, y genios profundos, que se hallaban á la altura de la crítica y de las cuestiones mas elevadas de la polémica filosófica, dedicarse á la esposicion de los hechos y doctrinas de estos grandes hombres que han ilustrado al mundo con la verdad y le han asombrado con sus virtudes. Hemos visto á hombres despreocupados é imparciales apoderarse de esta parte importante de la historia de los pueblos para probarle con toda la fuerza de que se vale la fe humana para ser creida , que es posible la perfeccion moral tal como la concibe y la esplica el cristianismo porque ha tenido en sus santos una existencia real é innegable; y que la santidad cristiana es el grado mas alto del progreso moral á que pueden llegar así los individuos como la sociedad. Así han tomado la historia de los santos en nuestros dias , entre otros, el conde de Montalembert al escribir la de Santa Isabel , Lacordaire la de Santo Domingo de Guzman , Bareille la de Santo Tomás de Aquino , y así la han tomado tambien hasta algunos escritores protestantes, que han emprendido el vindicar la memoria de algunos pontífices romanos que el espíritu de partido y las mas injustas preocupaciones de secta habian ofuscado y hasta envilecido , y casi pudiera decirse profanado, sacrificando los derechos sagrados del mérito y de la verdad á las mezquinas miras de una ciega antipatía.

Las vidas de los santos no se escriben en el dia con la candidez y buena fe de otros siglos, tal vez menos críticos pero mas dichosos que el nuestro. No hay duda de que el criterio histórico está mas desarrollado, pero hállase tambien mas desenvuelta la malignidad. La religion no se opone al desarrollo de este criterio y respeta los derechos de la razon hasta llegar á los umbrales de la fe. En este género de historias un escritor católico se ve obligado á ser mas crítico, sin por esto dejar de ser creyente: tiene un deber en hacer pasar por el crisol del exámen todo cuanto se apoya en la sola razon humana, porque la fe, brillante como el sol, en nada necesita de la credulidad y mucho menos del engaño por piadoso que sea. En esta parte los españoles han descollado en todas épocas, y si han tenido sus Villegas y Ribadeneyras pueden contar en este siglo con un gran crítico muy conocido que, en nuestro humilde concepto, como historiador, lleva gran ventaja al famoso Croisset. Tal es en su Año cristiano el Dr. D. Joaquin Lorenzo Villanueva.

Uno de los principales antídotos pues que el celo de una ilustrada piedad puede oponer al veneno de tantas publicaciones que tienden á destruirla en el pensamiento y desterrarla en el corazon, es el esfuerzo de propagar estas interesantes leyendas espurgadas de las exageraciones con que la pudieran desfigurar la sen-



cilla ignorancia ó la incauta credulidad. El interés que por sí mismos inspiran los héroes generosos de la religion basta para presentarlos á nuestros ojos rodeados con la mas espléndida auréola de gloria. Y si alguna vez el autor de la naturaleza ha alterado ó suspendido por ellos alguna de sus ocultas leyes, sin turbar por esto la marcha universal de la creacion, tampoco debemos maravillarnos reconociendo su omnipotencia cuando la certitud del hecho descansa en la publicidad ó se apoya en las razones de una crítica racionalmente escrupulosa. Así se opone á los funestos atractivos de la corrupcion y del vicio los bellos y celestes encantos de la virtud, robustecida con la fuerza de la filosofía, y ataviada con la riqueza y hermosura de la palabra.

Búscase el deleite en las inmundas tramas de las costumbres asquerosas del mundo, y se leen con avidez las intrigas y los lazos que tiende á cada paso el crimen: recórrense con ansia las páginas de la historia para ver en ellas entre mil vicios y bajezas humanas alguna sombra de virtud vacilante, y saciar una maligna curiosidad con la pintura muchas veces repugnante de las miserias del hombre y de la época.

¿Qué hace pues la religion para neutralizar en lo posible el fruto casi siempre amargo de estas lecturas? Con los fastos de los siglos en la mano, recuerda las virtudes de sus héroes, héroes pacíficos, héroes de fe, héroes de caridad, héroes de sacrificio; preséntalos de todas clases, de todas condiciones, de todo sexo; la parte mas bella, la parte escogida de la humanidad; héroes sobre el trono, héroes junto al patíbulo, héroes en lo mas profundo del desierto, héroes en medio de la sociedad; llámalos beatos ó bienaventurados, porque ellos hollaron el mundo, se vencieron á sí mismos, brillaron como hijos de Dios, sus amados, sus santos; unos tiernos como la infancia, otros cargados de años y de virtudes, bellos como la virginidad, sublimes como la sabiduría, esposos y solitarios, continentes, mortificados, sal de la tierra y luz del mundo, guerreros, legisladores, pastores de la Iglesia, sacerdotes, mártires, mutilados, apóstoles infatigables, rústicos y poderosos, reyes y artesanos, todos forman el coro inmenso de almas justas, penitentes, dulces, amorosas, benéficas, pródigas de sí mismas, ardiendo en la llama de la caridad que encierra todas las virtudes en el amor de Dios y de los hombres.

El cuadro de Staal, cuya lámina nos ha sugerido estas reflexiones, representa á una de tantas heroínas de la fe y de la caridad que brillaron en los tres primeros siglos del cristianismo. Durante el primer tercio del tercero y bajo el cetro de los emperadores Septimio y Alejandro Severo, floreció Cecilia, nacida de nobles padres y en cuya ascendencia figuraron entre otras ilustres matronas Cayá Cecilia Tarquila, esposa de Tarquino Prisco, Cecilia Metella, hija de Metello el Dalmático, y la segunda Cecilia Metella, hija de Metello el Crético y esposa de Craso el Triúnviro. Los padres de Cecilia no habian abierto los ojos



à la luz del Evangelio , pero se hallaban en un siglo en que el politeísmo se hallaba ya en descrédito , y solo se conservaba bajo la forma oficial para hacer guerra à la nueva religion que prodigiosamente y sin medios algunos humanos se iba apoderando de las altas inteligencias y de los corazones generosos. No nos dice la historia à qué influjo debió la jóven Cecilia el renunciar al error de sus padres y abrazar la fe de Cristo , consagrándose à Dios en un siglo tan corrompido. Por ternura ó por indiferencia , los padres de Cecilia no se opusieron à su vocacion , à la cual ella se consagraba por entero. El culto de María le hizo conocer el alto precio que el Cristianismo daba à la castidad de los sentidos y à la pureza del corazon , y familiarizada con la idea del martirio, habia ofrecido à Dios no aceptar ningun mortal esposo.

Mas los padres de la santa doncella , sin curarse de sus votos , ó quizá no comprendiéndolos , eligiéronle por esposo à un varon llamado Valeriano , que tenia un hermano llamado Tiburcio. Atendida la constitucion de la familia pagana , no le era posible à Cecilia sustraerse sin notable escándalo à la voluntad de sus padres y al apasionado ardor de Valeriano : tuvo pues que recurrir à medios entonces prescritos por la Iglesia , y de que los cristianos se valian siempre en semejantes conflictos. Bajo la púrpura y el oro vestia la vírgen el duro cilicio para dominar los atractivos del placer y aumentar las fuerzas de su espíritu.

Despunta por fin el dia en que Valeriano va à llegar al colmo de su ventura haciéndose dueño de la mano de Cecilia : todo es júbilo y bullicioso placer en la casa de sus padres : la muchedumbre de parientes , clientes y libertos de entrambas familias llena aquel palacio , y Cecilia aparece incomparablemente bella con todos los encantos de su juventud. Segun las costumbres romanas , vestia nuestra heroína una modesta túnica blanca sin adornos ni lujo ; sus cabellos repartidos en seis trenzas , y con ellas en la parte superior de la cabeza formado un rodete à manera de torre coronada por un ramo de flor de sándalo al uso de las vestales , como para mostrar que del gremio de las vírgenes iba à despedirse ; un velo de color de llama amarillenta cubria su lindo rostro , ondulando en torno de él como ligera y transparente nube. Cecilia hasta entonces estraña à los paganos ritos , tuvo en aquel dia que someterse à ellos, en apariencia al menos , primero à la ofrenda del vino y de la leche , aunque la vírgen volvió à la otra parte los ojos por no verla ; luego à que rota en señal de union y alianza entre los dos contrayentes una torta de flor de harina, fuera su trémula mano enlazada con la de Valeriano en presencia de entrambas familias y testigos que exigia la ley en todo matrimonio aristocrático. Al caer el dia fué conducida la esposa à la mansion de Valeriano , sita en la region transtiberina de Roma , en medio de los vítores y vivas de la agrupada muchedumbre , que con cantares alegres la acompañó hasta la casa nupcial, en cuyo



adornado pórtico la detuvo, segun el rito, Valeriano, preguntándole:—¿Quién eres? Y respondió la vírgen:—Donde tu Cayo, seré yo Caya. Tal era la fórmula usada entonces, pues Cayo quiere decir señor, y este rito venia á significar la igualdad que debia reinar entre los dos esposos.

Estaba ya Cecilia en la casa de su esposo, y durante el espléndido festin de los parientes y amigos de las dos familias, un coro de mancebos y otro de doncellas, todos jóvenes y hermosos, entonaban el himno epitalámico. Cantaba tambien Cecilia, pero allá en el fondo de su corazon le decia al Señor aquellas palabras del Rey Profeta, que cada año repite la Iglesia como recuerdo del triunfo de la ilustre vírgen: « Conserva siempre, ó Señor, la pureza de mi corazon y de mis sentidos, y libra mi pudor de toda mancha: » saludándola por aquel divino concierto como Reina y Patrona de la música.

Luego que concluyó el banquete que presidieron los desposados sentados en el *triclinio* ó sofá, y tan luego como hubieron estos entrado en el aposento nupcial que brillaba con todas las galas de la magnificencia romana, apenas la vírgen se halló á solas con Valeriano, inspirada de lo alto y no viendo mas que un hermano querido en el esposo que tanto la amaba, y cuya felicidad inmortal deseaba tanto como la suya propia, con la mayor dulzura y candidez le dirigió estas palabras: « Joven y tierno amigo, un secreto tengo que confiarte, pero júrame antes que lo guardarás fielmente. » Y despues de haberle prometido Valeriano lo que ella le pedia, revelóle Cecilia sus votos, dándole una idea de la fe cristiana, y de Dios, y de su dominio supremo, y de su luz sacrosanta, y de los destinos eternos del hombre, con aquella elocuencia santa que cautiva y arrebató, como dictada por Dios, de una manera irresistible. Conmovido Valeriano y dominado por un sentimiento superior, consintió en conferirse con el anciano que le designó Cecilia, con el papa Urbano, refugiado entonces en las criptas ó bóvedas subterráneas de la Via-*Apia*, para sustraerse de la persecucion del gobierno imperial, pues aunque Alejandro Severo, que ocupaba entonces el trono, era personalmente favorable á los cristianos, no tenia por sus pocos años la suficiente firmeza para contener la feroz intolerancia de sus ministros.

El sumo sacerdote terminó con sus graves palabras lo que la dulzura de Cecilia habia empezado. Valeriano, dotado de un alma noble y generosa, se rindió á la luz de la verdad y á los consuelos de la religion, y poco tardó en recibir el bautismo. Aun mas, penetrando toda la dicha de que gozaba su alma, y como el fuego de la caridad es de suyo expansivo, le fué imposible dejar de comunicarlo á su hermano Tiburcio, empezando por ablandar su corazon preparándole á recibir la semilla regeneradora; mas Cecilia que con ardor quiso secundar la buena obra de su esposo, fué la que con mas inspirado acento supo presentar á Tiburcio la falsedad y la bajeza de la religion pagana y lo absurdo y ver-



gonzoso de su culto , hasta que al fin rendido el catecúmeno , tuvo que confesar que nada bueno habia que pensar de las deidades del Olimpo. Oyendo lo cual le abrazó Cecilia tiernamente exclamando: « Ahora sí que realmente te reconozco por hermano mio; » y llevado Tiburcio ante el Papa , poco tardó en seguir el ejemplo de Valeriano y en regenerarse con las aguas santas del bautismo.

Es probable que por efecto de la guerra contra la Persia tuviese Alejandro Severo que salir de Roma en la primavera del año 230 , pues que el prefecto de la ciudad Turcio Almachio , entregóse sin freno á la persecucion de los cristianos, haciendo perecer á un gran número , y llevando la barbarie al punto de prohibir que se diese sepultura á los cuerpos de los mártires , y como ni Valeriano ni Tiburcio pudieron conformarse con tan absurdo como inhumano decreto, fueron citados á comparecer ante el tribunal del Prefecto.

Al principio , mas para intimidarlos que para castigarlos , empezó Almachio por reprenderlos por las simpatías que mostraban en favor de una secta proscribida , así como por el mal uso que hacian de sus riquezas, empleándolas en dar sepultura á los ajusticiados. Pero las firmes contestaciones y la esforzada confesion de fe de los acusados dieron al traste con su moderacion , y le llevaron al partido de los perseguidores cuando son los mas fuertes , que es la violencia. Su primera sentencia contra Valeriano por sus denuestos contra Júpiter fué condenarle á la fustigacion por mano y con las varas de los lictores ; pero temiendo que si retardaba el último suplicio las riquezas de los dos hermanos estarian ya en manos de los pobres , enmendó en el acto su primer fallo , condenando á los patricios Valeriano y Tiburcio á ser degollados. En el momento extremo acudió Cecilia á sostener con su presencia y con sus palabras á entrambos héroes , cuyas gargantas segó á su vista la cuchilla cruel de los verdugos, dejando volar sus almas libres de los caducos lazos al cielo , donde la vírgen esposa del uno y hermana del otro , les ofreció reunirse con ellos á no tardar. Y realmente así debia ser: todas las circunstancias que sobre ella llamaban la atencion pública lo hacian indispensable ; y una vez puesto Turcio en la senda de la crueldad y de la tiranía , debia hacerla el objeto de su bárbara intolerancia. Con todo , el Prefecto no se atrevia á comenzar abiertamente la persecucion : temia la desaprobacion del Emperador , y que este pudiera un dia acusarle de haber llevado las cosas al extremo , dando lugar á un trágico desenlace. Su primer paso pues , fué mandar algunos ministros de justicia á Cecilia para que de ella exigiesen un homenaje cualquiera por insignificante que fuese en obsequio de los dioses del Imperio ; pero la heroína respondió á la invitacion con tal firmeza , habló con tal energía , que conmovidos unos y arretrados otros , les obligó á todos á otorgarle un breve plazo , del cual se aprovechó para hacer bautizar por el papa Urbano á los que acababa de convertir á la fe , y sustraer sus bienes á la rapacidad de sus perseguidores.



Llegó por fin el dia en que se vió obligada á comparecer en el Pretorio , y hé aquí el interrogatorio que sostuvo con el implacable Turcio.—Dime tu nombre , le preguntó el pretor .—Cecilia me llaman , pero tengo mejor nombre: soy cristiana.—¿Tu condicion ? —Matrona romana , y de noble é ilustre raza.—Notoria es tu nobleza , pero tu religion es por lo que pregunto.—Mal haces entonces , puesto que tu pregunta exige dos respuestas.—¿Quién te dá valor para responder así? —Mi conciencia tranquila y mi sincera fe. Por este mismo estilo continuó el interrogatorio , quedando siempre vencido Almachio por la resolucion y firmeza de sus respuestas. Mas los tiranos no toleran que la razon y la verdad triunfen de sus imposturas , y no tienen mas recurso que la fuerza brutal. Cansado de la falsa posicion en que la rectitud y dignidad de las respuestas de Cecilia le habian colocado , exclamó con furor : « He despreciado como filósofo tus injurias mientras á mí se dirigian : mas ahora ofendes á los dioses, y esto no puedo yo tolerarlo.» Temeroso sin embargo de condenar á público suplicio á una vírgen jóven , bella y tan ilustre , cuyos discursos interesaban á todos cuantos la escuchaban , dió ostensiblemente la orden de llevarla á su propia casa , pero mandó en secreto que la hiciesen morir sin escándalo en una estufa , en latin *caldarium* ó *sudatorium* , cuyos baños de vapor asfixiaban al que en ellos se encerraba , y estaban en su propia casa. Todo el resto del dia y su noche entera resistió Cecilia por un prodigio la mortal influencia de la abrasada atmósfera en que sus verdugos la encerraron. Y como en la mañana siguiente la hallasen aun con vida , mandóse á un lictor que con el hacha le dividiera la cabeza de los hombros. Obedeció el sayon , mas por turbacion ó torpeza hirió tres veces á la inmaculada vírgen sin que la terminára la vida , bien que dejándola en horrible martirio ; y como la ley no permitia mas que tres golpes, abandonó á su víctima espirante y bañada en su propia sangre , sin atreverse á matarla enteramente.

De este modo despues de una prolongada agonía y rodeada del pueblo cristiano que con su pontífice acudió á recoger su postrer aliento , y á cerrar , aunque en vano sus heridas , espiró al fin Cecilia , en medio de la veneracion y del llanto de sus hermanos , recomendando á la solicitud del supremo Pastor los pobres cuyo amparo era ella mientras vivió en el mundo. A la noche siguiente el Papa mismo ofició asistido de los diáconos en los funerales de la Santa , depositando sus mortales restos en el cementerio Pretexto de la Via-Appia entre pontífices y mártires. Un mes mas tarde tambien Ulpiano obtuvo la palma del martirio perdiendo valerosamente la vida por confesar la fe de Jesucristo.

La iglesia de la advocacion de esta gloriosa heroína ocupa el mismo lugar que en otro tiempo la casa de la santa patricia. Su fecha data cuando menos del siglo V. Consérvase todavía un oratorio ó capilla llamado el Baño de Santa Cecilia , y es en realidad un elocuente testimonio del género de martirio que



puso término á su santa vida. Véase aun la estufa , algo mas pequeña que las termas públicas; el *hipocausto* ú hornillo con su caldera , aun no bien oxidada , la cañería en fin de barro cocido y de plomo , que daba paso al vapor , amparada por unas planchas de cobre clavadas en las paredes , y en un cuadro de la capilla véase bellamente representado el martirio de aquella vírgen insigne.

Aunque todas las bellas artes han consagrado sus encantos para inmortalizar las glorias de la ilustre heroína , descuella en la pintura el precioso cuadro de Rubens , del cual es copia la lámina que ha dado materia á estas líneas. La Santa en actitud de inspirada por lo alto , sentada majestuosamente en suntuoso aposento , hace volar sus blancos y ligeros dedos sobre un instrumento músico semejante al salterio , rodeada de ángeles que como celestes genios volotean en torno suyo y están pendientes de su voz ó arrobados de su sobrehumana hermosura. Sus ojos rasgados y brillantes fijos en el cielo , parecen absortos en una vision beatífica , y toda su alma acompaña hasta al trono del Altísimo el himno santo que sale de sus castos y ardientes labios. Hay un arte sobre todo que reconoce y aclama á Santa Cecilia como su especial patrona , uniéndose á la Iglesia que por razon de los cánticos que la Santa elevaba á Dios la proclamó Reina de las armonías cristianas. Poniendo bajo la guarda de la bienaventurada vírgen las inspiraciones , confiesa el arte músico que en todos los géneros hay que buscar en el cielo el tipo de la belleza , y que el superior sentimiento de la armonía , sobre todo de un corazon puro , puede solo emanar y al cielo debe elevar el alma , como en su magnífica oda á Santa Cecilia lo dice el poeta inglés en estos versos que traducidos continuamos.

No mas poetas ya del traseo Orfeo;  
¡ Vencióle de Cecilia el dulce encanto !  
Si él una sombra arrebató al Leteo ,  
Ella el Eden nos abre con su canto.

Así es como en esta santa vírgen se reunen todas las gracias de la naturaleza y de la santidad. Belleza , linaje , juventud , genio , virginidad , apostolado , martirio , todo lo embelesante y hermoso , todo lo grande y heróico que en otras heroínas admiramos. Y para que nada de angelical le falte á este ángel de la tierra , refiere la historia , sancionada por la Iglesia , que al lado de Cecilia vió su esposo Valeriano resplandecer un espíritu celeste , luego que aquel se hubo convertido á la fe. Sin duda que aun en vida tomaria ya parte la Santa en las dulcísimas armonías de los coros inmortales.

Joaquin Roca y Cornet.





*St. Leonhard*  
*Bayern*  
*von Handbuch*  
*Kunstverlag*

G<sup>o</sup> DE MUNICH. P. 17

# UN PAISAJE.

(CUADRO DE F. RUYSDAEL.)

Segun decíamos dias atrás en un artículo dedicado á una lámina de este mismo género , la naturaleza es tan vária en su conjunto y en sus pormenores, que no se puede andar una legua sin encontrar cien asuntos para otras tantas descripciones , é igual número de cuadros de paisaje. Mas en esa misma variedad que no tiene límites , hay mucho en que escoger ; porque si bien todo es bello , y todo nuevo , no todo es igualmente nuevo ni igualmente bello. En los paisajes pintados hay dos géneros esencialmente distintos ; aquellos en que la naturaleza se presenta sola y aquellos en que el paisaje está animado con la representacion de personas ó de animales , ó de ambas cosas. Los primeros han menester mas tino y mas gusto en la eleccion , y mas arte para ser ejecutados : los segundos tienen , digámoslo así , una vida propia : la atencion del espectador es llamada hácia varios objetos, y la multiplicidad de estos abre mas ancho campo á la imaginacion del artista.

Cuando en un paisaje se ve una casa , el espectador adivina los habitantes, se traslada en medio de ellos , contempla su vida tranquila , pacífica , libre de los cuidados y de los embates de las ciudades populosas , y se le figura que allí todo debe ser bienestar y ventura. Si el paisaje presenta una caravana, llaman la atencion las mujeres , los hombres, los niños , la disposicion en que marchan, los objetos que transportan, los animales que con ellos caminan , y desde luego quiere adivinar el parentesco ó las relaciones que median entre las personas representadas. Todos esos objetos dan vida al cuadro, animan el paisaje , que por muy bello que sea, es probable que se convertirá muy luego en objeto secundario.



Mas cuando el paisaje presenta la naturaleza sola , sin un hombre , sin un animal que camina , sin una ave que esté posada sobre un árbol ó hienda los aires , entonces es mas difícil que fije la atencion del espectador , y que este acabe por aficionarse al lugar representado. De esta naturaleza es en rigor el paisaje que tenemos á la vista : y sin embargo es bello , nos dá la idea de un sitio frondoso , fresco , sumamente agradable , y por medio de una escelente combinacion de los árboles que aparecen en último término, nos deja adivinar mas amenidad todavía y mas agrado. Cierto que allá á lo léjos se divisan un campanario y un molino de viento , y que entre distintos puntos se distinguen dos hombres y una mujer montada en un caballo : mas aunque estos son ya objetos vivos , y los dos primeros nos revelan tambien hombres y vida , están echados allí como al acaso y no bastan para fijar la atencion de modo que se olvide lo que en rigor es paisaje para atender á lo que son objetos que se mueven y se trasladan. Y sin embargo este paisaje es bello , no debe mirarse de golpe y apartar de él los ojos ; merece ser reconocido con detenimiento , y se irán encontrando las muchas y delicadas bellezas que contiene. Singular y armoniosamente accidentado , con un cielo hermosísimo y una luz bien distribuida , clara , y al mismo tiempo agradable , nos representa un sitio que recorreríamos gustosos , y por el cual un viaje , un dia de campo , una reunion de amigos nos proporcionaria grande solaz y dulcísimo esparcimiento. Allí debe respirarse un ambiente perfumado y fresco , debe oirse el blando murmullo de alguna fuente , han de suspirar las ramas al soplo del suave céfiro , se ha de oir el canto del ruiseñor en la madrugada y en la hora del ocaso , y no es posible que en este sitio aulle el lobo ni silbe la venenosa serpiente. Mas fácil es que atraviesen las veredas la veloz liebre ó el medroso conejo , y que á lo léjos se oiga balar el manso corderillo que desde abajo mira á su madre encaramada sobre una roca , hasta la cual no se atreve á lanzarse. Y aun es muy probable que á la hora de recogerse el eco traiga á los oidos el sonido de la flauta con que el zagal advierte de léjos á su amada que llega la hora de verla. Ese sitio es muy ameno : un poeta podria hallar en él materia de sobra para un bello idilio. ¡ Qué lástima que Dios no me haya hecho mas que humilde prosador , negándome el talento de remontarme en alas del génio hasta la cumbre del Olimpo ! Pero , *sunt rari nantes in gurgite vasto.*

Juan Cortada.



*Le Patricien hollandais.*  
*The Dutch Patrician Des holländische Patrizier.*  
*Magnat holenderzki.*



# UN PATRICIO HOLANDÉS.

(CUADRO DE REMBRANDT.)

Rubens, Van Dyk, Rembrandt y otros pintores constituyen los puntos culminantes en los anales del arte. Mientras en los Países Bajos esos hombres representaban el espíritu aristocrático en la manera de tratar los diferentes asuntos de la vida, y no descendían á las escenas domésticas y de la clase media sino idealizándolas ó poniéndolas en ridículo; el pueblo propiamente dicho con sus goces y sus padecimientos fué representado en el país en donde mejor ha triunfado de la tiranía, por la escuela llamada holandesa, y por los corifeos de la pintura de género los Laars, los Bruwers, los Ostades, los Teniers y otros. Ese arte popular que forma un notable contraste con las antiguas tradiciones, es el producto de la larga lucha entre el pasado y el materialismo del presente, que llena las páginas de los siglos décimosexto y su inmediato. Por muchos que sean el atractivo de esa escuela, y la belleza que en ella encuentran no pocos, léjos de nosotros ocuparnos ahora de calificarla para contribuir á su enaltecimiento ni para ausiliar á los que han querido deprimirla. Otro es el objeto del artículo presente.

Poco internado en ese choque entre la aristocracia tiránica y la naciente democracia, entre el espíritu religioso y creyente, y el espíritu reformador, entre la austeridad que afectaban los adictos á las nuevas creencias y las sensuales inclinaciones de las conciencias maleadas por el indiferentismo, Pablo Rembrandt nació en un pacífico y sano territorio, distante de la atmósfera de los pueblos grandes. En su corazón vivía aun aquella antigua poesía popular que cual una rosa abierta en medio de los escombros de un edificio arruinado, se había con-



servado entre el polvo de las mas encarnizadas luchas: en él renacia aquel antiguo espíritu filosófico, propio de todos los pueblos de raza germánica y que los impulsa á encontrar leyes sublimes en la vida de los cuerpos, y en el secreto trabajo de la naturaleza, á realizar por medio de la expresion y del sentimiento cosas ínfimas, y á glorificar lo que es sencillo y modesto.

Dispuesto de esta suerte á la contemplacion tranquila, con ese vivo interés por todas las faces y por todas las particularidades de la vida que en torno suyo se agitaba, y hasta aficionándose á lo que comunmente es tenido en menosprecio y rechazado, Rembrandt se resistia á los métodos sabios que pretenden conducir al artista á la pintura ideal: orgulloso con su arte natural y libre, se aficionó á las formas menos bellas, y que menos atractivo presentan para el sentimiento estético.

Como la época entera en que vivió se distingue por una marcada tendencia á las ideas sanas, por un estilo sobrio y sin adornos, y en particular por una apreciacion clara y segura de sus intereses, Rembrandt preferia los arranques libres y hasta cierta estravagancia á la espiritual dialéctica, y á la elegancia de los artistas de escuela. A despecho de esa grande sobriedad de ideas que tan cumplidamente refleja las tendencias de su tiempo, gustaba de las cosas raras, estravagantes y fantásticas; y de aquí su predileccion por el claro-oscuro, y por la mágia de los contrastes de luz: predileccion que no le hizo nunca degenerar en afectado, y cuyos efectos no terminaron por perder su fuerza, ni dejar de conseguir su objeto; porque no creó sus luces en los ilusorios sueños de su imaginacion, sino con arreglo á las concienzudas observaciones de la naturaleza. La profundidad, la viveza, la claridad de las luces que brillan en sus cabezas, resplandecen con el mismo vigor en las sombras, cual la jóven libertad de su patria triunfaba de las tinieblas del tiempo pasado.

De esta suerte los intervalos entre la luz y la sombra en los cuadros de Rembrandt simbolizaban perfectamente el mágico y trasparente claro-oscuro del pensamiento que quiere romper la ilusion de lo pasado, y sumergirse en la luz de lo presente.

Esta manera particular, en que desplegaba una fuerza á que no ha llegado todavía ningun otro, ha sido la base de su grande reputacion como retratista. Sin embargo no obedecia al precioso instinto natural de que estaba dotado, hasta el punto de desconocer que la viveza de sus efectos de luz convenia mucho menos á los rostros frescos, suaves y delicados de la juventud que á las fisonomías mas marcadas y decididas de las personas adultas. Así es que la luz que daba á esas cabezas tiene un carácter de calor y de finura que reproduce de un modo admirable los inefables encantos de un rostro jóven y fresco. El lector quedaria bien convencido de ello si acertase á ver las cabezas de mujer, y particularmente las de su esposa y de su hija que se conservan en la galería de Dresde. En ellas pa-



rece que la iluminacion se destila de las cabezas como un flúido magnético; y allí se admira la mas íntima fusion de una luz caliente y transparente con los vivos colores de la sangre que se agita debajo del diáfano cutis. En esos rostros el artista supo derramar esa dulce armonía de la luz en el traje y en los demás accesorios. Es digno de advertir que ningun pintor ha aventajado á Rembrandt en comprender que el traje, el tocado, un guante, una diadema, en una palabra, el ropaje, se individualiza segun la persona que lo lleva. Si esta es viva, poética, y sobre todo si es una mujer jóven, los accesorios participarán del prestigio y del encanto que ella ejerce. Para Rembrandt la representacion plástica de un ser moral y pensador implica esta misteriosa analogía entre el espíritu y las formas materiales con que se adorna.

El verdadero artista, y singularmente el pintor de retratos no reproducirá nunca las telas de un modo puramente material y técnico, sino que procurará darles hasta cierto grado el carácter que las armoniza con la individualidad del original.

Establecer reglas en este punto seria hacer un servicio á los pintores mediocres; el genio, y solo este y mucho mejor que el talento, es capaz de comprender la importancia y de hallar los medios como debe llenar esta tarea. En las obras de Rembrandt el jubon de terciopelo de una jóven morena con su color, su forma y sus pliegues particulares, no puede pertenecer sino á una jóven: mas aun, á la jóven representada. El jubon seria distinto en una mujer, en una jóven de cabello rubio, en una jóven gruesa, y en otra muy esbelta. Es para aquella, y no puede servir sino para ella.

Esta misma ley de concordancia psicológica entre los accesorios y la individualidad de la persona, es constantemente observada en los retratos caracterizados de personas de edad mas avanzada. En esas el cutis mas grueso y menos diáfano, y las formas mas decididas obligaban á Rembrandt á servirse de un brillo blanco, reflejado, y quizás seco, mas bien que de la caliente luz del sol, ó de los mágicos efectos de una antorcha. Esos rostros, algo marchitos por las injurias de los años, en los cuales se ve todavía la lucha entre el vigor natural y las enfermedades de la vejez; en los cuales como en el retrato que tenemos á la vista, ese vigor parece que sucumbe en la lucha, constituyen ese género especial, en el cual Rembrandt ha realizado prodigios de verdad.

Nunca se separó de su manera grave y fria de concebir la realidad, sin despreciar no obstante la poesía de la verdad íntima, ni las sublimes inspiraciones de su imaginacion brillante. A la manera de Rubens, tenia siempre ante los ojos el valor artístico, y á fuer de hombre que tan bien sabia hacer brillar en una realidad vulgar una idea general, no debe estrañarnos que su admirable sencillez asiese algunas veces el primer objeto que se le presentaba, ni que en los retratos levantase las cosas accesorias hasta la altura de muy principales,



sin faltar nunca á la armónica relacion de los pormenores con el conjunto.

El cuadro titulado *Un patricio holandés* es entre los buenos retratos del artista, uno de los mejores y que mas se distingue por la delicadeza de los pormenores. Representa un anciano que ha llegado á la inercia pasiva, á la calma contemplacion de la edad avanzada. Sus manos, capaces apenas de moverse, sostienen con negligencia la muleta, apoyo menos sólido para el anciano que los acumulados capitales que tranquilizan su débil espíritu. Su traje es faustoso aunque ajustado con indiferencia: la pluma que adorna su gorra de terciopelo se dobla sin gracia, y los macizos brazos de la poltrona ponen al conjunto el sello de la languidez y del peso. El ropaje abandonado y tieso pinta perfectamente el carácter del caduco personaje que lo lleva.

Cuentan que Rembrandt hubo de retratar muchas veces á ese varon, que no encontraba bueno ningun retrato, aunque estimaba mucho al artista y sabia conocer el mérito de sus obras. Jamás pudo el pintor arrancarle una palabra que le indicase en qué consistia ese desagrado; pues el patricio no tenia otra contestacion á sus investigadoras preguntas, sino la de *no me satisface*. Rembrandt al fin y al cabo hubo de comprender que le disgustaba verse tan viejo y marchitado; y cuando finalmente hizo el retrato que tenemos á la vista, y el patricio le dijo segun acostúmbra que tampoco este le satisfacía, Rembrandt le contestó: Lo siento; pero lo guardaré en mi casa, porque no tengo duda de que este retrato se os parecerá exactamente dentro de veinte años. ¡Cómo! exclamó el patricio, segun eso no me habeis retratado cual soy ahora. Ni por asomo, contestó Rembrandt; os he pintado, segun llevo dicho, cual sereis dentro de veinte ó veinte y cinco años. ¿Y por qué capricho, preguntó el original, no habeis hecho el retrato de lo que soy ahora? Muy sencillo, dijo el pintor; retrataros cual sois, lo hace cualquiera: mas retrataros cual sereis y adivinar las mudanzas que habrá sufrido dentro de veinte años vuestro rostro, esto no lo hace nadie fácilmente; mas yo creo haberlo conseguido. No pretendo cobrar ahora el valor de un retrato que no se parece: dentro de veinte años vos mismo sereis el juez de mi obra; y si la encontráis buena, me satisfareis su importe. El anciano creyó que Rembrandt decia la verdad: y á pesar de los grandes espejos que en su casa tenia, dió mas fe á la mentira del artista que á la fidelidad del cristal. Hizo al pintor un magnífico regalo, y le prometió pagarle religiosamente su trabajo cuando viniese la época en que segun el propio autor el retrato y el original serian una misma cosa. La mentira de Rembrandt y el engaño del patricio prueban á cual mas la debilidad humana.

Juan Cortada.





*Morillo pinx.*

*A.H. Payne sc.*

*Petits Garçons jouant aux cartes*  
*Boys playing      Spielende Burschen.*

*Методзи грающе*

# UNOS MUCHACHOS

## JUGANDO Á LOS NAIPES.

( CUADRO DE MURILLO. )

La vista de este cuadro nos entristece. Esos niños que apenas en el segundo lustro de su vida , abandonan las faenas que sin duda sus padres les han encargado y escogen un sitio desierto para entregarse en edad temprana al vicio , nos causan una impresion dolorosa.

¡ Pobres niños....! ¿Qué será de ellos? ¿Qué será de sus padres?

Su corazon no tiene aun conocimiento exacto de lo justo y de lo injusto; y sin embargo , el vicio empieza á hacer presa en él, y el vicio se apodera del corazon del hombre para no soltarle sino es despues que ha dejado huellas de sangre entre sus aceradas uñas.

Y el peor de los vicios es el juego , porque cierra el paso á todos los sentimientos dulces , y el mundo no guarda para el jugador otras emociones que las experimentadas á la vista de un naipe que así alienta una esperanza como arruina una familia , que así pone en los labios una sorpresa de gozo como una horrible imprecacion , que ninguna mella causa entre aquellas gentes acostumbradas á esos desahogos del ánimo atribulado por una sota que se antepone á un siete ó un caballo que caracolea delante de un rey.

Historias trágicas de jugadores las registra el mundo en tanta abundancia, que apenas existe criminal alguno en cuya lúgubre biografía no se encuentre una página consagrada á ese horrible placer , si placer puede llamarse la inquietud incesante que no pudiendo encerrarse dentro de los estrechos límites del



pecho, se retrata en la mirada fija, en el labio tembloroso, en la palidez mortal del jugador, que á cada contratiempo hunde sus uñas en la negra carne de sus palmas, ó sonrie con la espresion del réprobo que amenaza al Señor.

¡Cuántos desgraciados, cuántos condenados al suplicio por la justicia humana, habrán vuelto la mirada de su alma al tiempo pasado y temblado ante la escena que incesantemente asaltara su memoria! Eran aun muy niños: su vida corria tranquila en el interior de su hogar, embellecido por la honradez de un padre escelente y el cariño de una buena madre.....

Una mañana quiso su desgracia que el niño se acercase á un corro de muchachos de su edad que indolentemente tendidos sobre la yerba se entregaban al juego. El niño cogió entre sus manos un puñado de naipes y tuvo la mayor desgracia aun de que no calcinase su mano. ¡Oh! mucho mas le hubiera valido perder aquella mano, que dejar su inocencia espuesta al contacto de impuros rufianes.

Pero para jugar es preciso llevar dinero, y el niño carecia de él: entonces en el silencio de la noche registró los vestidos de su madre y sacó de sus bolsillos la moneda destinada para comprar pan á la familia.

Esta operacion tuvo que repetirse varias veces, y quizás permitió que sus padres castigasen á alguno de sus hermanos por un delito de que la conciencia no le aconsejó acusarse. ¡Oh! el jugador tiene la ventaja de que la conciencia no le acusa ninguna falta: ganar, este es su afán; y si pierde, recobrar lo perdido y ganar despues. Con este pensamiento, tenazmente impreso en su memoria, mira con enojo el trabajo donde es menester doblar el cuerpo sobre la tierra un año entero para ganar lo que en el juego se pierde en una hora, en un minuto, en un instante mas breve del que se necesita para que Dios decreta la desgracia de un hombre.

De ahí que el jugador se vuelve holgazan: el azadon se cae de las manos acostumbradas, á lo mas, al peso de los dados ó de los naipes; la pluma no puede correr sobre el papel donde el jugador no ve otra cosa que ases ó seises tentando su codicia. Pero una pasion, y pasion ruinosa, no dá para vivir, y menos para vivir con la holgura que ambiciona el hombre vicioso, y entonces hay que apelar á los recursos de la canalla, y se dá el segundo paso en la carrera de la perdicion. El infeliz jugador entra en el gremio de los fulleros, vulgarmente trampistas. En este estado, ya no juega, sino roba; y roba con esa impunidad del hombre que se halla dispuesto á defender sus bribonadas pistola ó navaja en mano; el arma importa poco: el jugador no pertenece á clase alguna, alta ó baja, de la sociedad: es individuo de la abominable familia de los tahures, y vive de aquellas ganancias que pasan á su bolsillo humedecidas aun con el llanto de la madre ó de la esposa á quien han sido arrancadas.

Llega, no obstante, una ocasion en que ni aun la fullería es productiva:



entre los jugadores , es decir , entre la gente que vive de robar al trabajo y á la familia , instituciones muy útiles , hay una especie de orgullo , un honor á su manera , una anomalía por el estilo de aquella que autoriza para llamar honra á la fama de diestro y valiente que se adquiere en una série de duelos. El fullero es arrojado con desprecio de los puntos en donde se juega ; sarcasmo insultante ! honradamente.

Entonces cambia de compañías , y se reúne con gentes que se sientan á jugar en la convicción de que ganará indefectiblemente el que mayor chasco pegue á la suspicacia de sus contrarios. Es , como si dijéramos , una convención entre varios bribones para dar un premio al que descuelle en lo tuno. Mas no siempre el perdidoso se aviene con su mala suerte ó necedad , y en este caso es lo mas frecuente que la partida termine por una pendencia sangrienta , que proporciona á los gacetilleros un suelto mas para los periódicos , á los tribunales la instrucción de un proceso , y un espectáculo á los visitantes de la esposición mortuoria de los hospitales.

Dado este paso , la consecuencia inmediata es cuando menos el presidio , y la consecuencia del presidio en el jugador es el crimen habitual , el crimen ejercido hasta de rejas adentro.

Pero llega un dia en que las macizas puertas de esos focos de corrupción llamados establecimientos penales , se abren para nuestro jugador , y desde aquel momento la sociedad se encuentra en peligro ; porque á nuestra manera de ver , no comprendemos que haya una gran diferencia entre que un leon se escape de su jaula ó que un criminal quede en libertad de saciar sus feroces instintos. La mayor variante consiste en que contra la fiera se arma el pueblo de palos y escopetas para darla muerte antes de que cause desgracia alguna , y contra el criminal no se toma ninguna precaucion hasta tanto que un surco de sangre ó de lágrimas revela su presencia á la autoridad , siempre dispuesta á castigar los delitos y nunca á prevenirlos. Es una lástima ; pero es una verdad.

Lanzado en la pendiente de ese abismo , el jugador deja casi siempre de serlo : ya no fia la satisfaccion de sus ambiciones , el cumplimiento de sus ignobles deseos , al azar ó á la trampa : mas breve que jugarlo es tomarlo ; mas seguro que esponer lo suyo es robar lo ajeno. Esta idea no le asusta , y es natural : el hombre que ha tenido valor y hasta sangre fria para arruinar á veinte individuos ; el que ha arrancado , sin lágrimas en los ojos , á un semejante suyo del seno de la familia para conducirlo al fondo de un abominable garito , y allí le ha visto jugar la honra de su esposa y la vida de sus hijos , sin pronunciar á su oido ninguna de aquellas palabras salvadoras que la amistad dicta ; el que ha puesto con sus infamias una pistola en manos del sér envilecido , ayer feliz y honrado ; no tiene porque retroceder ante la idea del crimen , porque el crimen y él son dos cosas que marchan juntas , el crimen es la sombra de su



cuerpo, es el pensamiento que acaricia con la misma insistencia con que el hombre de bien le rechaza.

Y delinque nuevamente, y es criminal de oficio, y un día se levanta para él aquel tablado negro en que la sociedad representa la mas abominable de sus necesarias tragedias.

Y todo ¿por qué?... Porque un día se reunió á un grupo de muchachos que jugaban á los naipes, y encontró muy agradable aquel *pasatiempo* que sucesivamente debilita, prostituye y criminaliza al hombre. Hé aquí porqué decimos que el cuadro de Murillo que precede á este artículo, causa en nuestro ánimo una sensación penosa.

¿No es una lástima que esos niños manchen su inocencia con el deseo de adquirir lo que no es suyo, por medio del juego? ¿No es un escándalo, y por cierto que se repite con harta frecuencia, que esos bribonzuelos que de fijo no saben leer, conozcan perfectamente el valor de los naipes y las reglas de su uso funesto? ¿No es sensible que no haya azadones y arados, escoplos y martillos, para esas manos que tan diestramente saben ocultar un naipe ó hacer una trampa á los compañeros?

¡Mísera sociedad!....

Todos los días, al revolver de una esquina, encontrareis grupos tan característicos como el que nos pintó Murillo, y ningun filósofo humanitario se toma la pena de disolver la futura plaga social á latigazos. ¡Oh! Esto sería una usurpacion de atribuciones. Y es muy cierto: mañana el verdugo podría quejarse de que le quitan parroquianos á su oficio.

La sociedad es una de las cosas mas deliciosas que darse puedan: cada chiste suyo causa tanta gracia, que muchas veces la fuerza del chiste produce lágrimas y hasta sangre. Vean ustedes si es chistosa. La sociedad tiene un libro que se llama código penal: allí están prefijados los años de presidio que debe sufrir el padre de familias que roba un pan para alimentar á sus hijos moribundos de hambre; allí se espresa el color de que será la hoga del reo que es conducido al cadalso porque en un momento de exasperacion, quizás fundada, atentó contra la vida de un semejante suyo; allí se habla de todos los delitos imaginables y de todas las penas imaginadas: únicamente falta un capítulo, el capítulo de los jugadores. Este queda para los bandos de buen gobierno, cuya vigilancia corre á cargo de una policía que muy á menudo se duerme al rumor de las monedas que se arrojan sobre el tapete verde. ¡Oh prevision! ¡Oh proteccion! ¡Oh baldon!!!

Por circular una voz subversiva, causa criminal; por pronunciar una palabra obscena, causa criminal; por estafar á un estafa, causa criminal; por darle un palo al perro del vecino, causa criminal; por propasarse de palabras con quien mejor estuviera remando en una galera, causa criminal; el crimen y



la causa son dos cosas que caben en el acto menos ofensivo de la humana naturaleza. Pero se trata de un jugador, se trata de una partida de tahures, mucho mas perjudicial para la sociedad que una cuadrilla de malhechores á quienes al fin y al cabo persigue la Guardia civil..... Ya cambia de aspecto : el jugar no constituye delito , el jugador no merma al estado en un miserable pliego de papel del sello de oficio.

Y bien, ¿ cómo llamará entonces la sociedad al hecho de reunirse varias personas en torno de una mesa , y deliberadamente arruinar , no á ellos mismos, que estos no merecerian la pena , sino á sus fieles esposas , á sus inocentes hijos , á sus ancianos padres , á cuantos, en una palabra, tienen puesta su esperanza en un hombre que á su vez la pone en un naipe? El jugador roba á su familia lo que pierde en el juego , y lo roba impunemente. Y sin embargo , para él no hay mas que un tribunal , y este lo recusa : es su conciencia. Nosotros negamos que el jugador la tenga : en el mero hecho de tomar parte en una partida , premedita á sangre fria la ruina de las personas que le debieran ser mas respetables , mas queridas , sin atender á que cada naipe que sale de la baraja cuesta una lágrima y un dia de hambre á toda una familia. La sociedad es hartamente amable , hartamente condescendiente con estos capitales enemigos suyos.

Pero no ; si el código penal carece de un artículo que prevea y castigue estos delitos , hay un código en los sentimientos de todo hombre honrado que tiene para los jugadores un artículo inexorable : « pena contra los jugadores , dice , el desprecio de los hombres honrados. Se señalará con el dedo , añade , á los delincuentes de este abominable crimen , y los padres apartarán de ellos á sus hijos y les pondrán en salvo de sus asechanzas , como se les precave de la peste , como se les retira del borde de los abismos. »

Tales son las consecuencias del juego. ¿ Tenemos motivo para compadecer á esos niños que nos pintó Murillo , y que en edad tan temprana conocen ya los efectos de ese horrible vicio? Miradles : su semblante revela ya la pasión que les domina ; miradles , vereis que en algunos de ellos la expresión gastada de su fisonomía , expresión prematura del vicio , anuncia en anticipados rasgos el tipo del criminal. Ponedle veinte años mas , profundizad estas líneas , dad mas expresión á su ya siniestra mirada , y habreis obtenido el tipo del morador de las cárceles , del huésped de los presidios , del reo de los cadalsos.

Manuel Angelon.



# EL PASTOR Y LA PASTORA.

( CUADRO DE NETSCHER. )

Hé aquí una profesion que remontándonos á la cuna del mundo nos recuerda aquella edad de oro, aquella época de candor y de felicidad que precede en casi todas las tradiciones de los antiguos pueblos al posterior desarrollo de las sociedades humanas. Si hemos de dar crédito á los albores de la historia de todos los países, viéronse en otro tiempo reyes y hasta dioses guardar y conducir rebaños, y tal debió ser segun todas las probabilidades la ocupacion de los primeros hombres. A este noble principio debe atribuirse, segun algunos, la creacion de la Orden de los *Toisones* ó vellocinos de oro que han venido á ser las insignias de las mas altas dignidades. El nombre de *pastor* ha quedado consagrado en la sociedad cristiana para espresar la paternal solicitud de los que conducen la grey de los fieles á su redil con la virtud del ejemplo y con la verdad de la doctrina. Desde el supremo Pastor que está sentado en la cátedra de San Pedro hasta el mas humilde *cura* que apacienta su corto rebaño en la mas oscura aldea, todos han tomado este nombre de bondad y de solicitud que constituye una verdadera paternidad espiritual, y el mismo jefe invisible de la Iglesia, el divino fundador del Cristianismo se dá á sí propio el dictado de pastor de las almas.

En memoria de aquel período feliz y encantador de la humanidad en que á la sombra regalada de los bosques saboreaban los hombres con placer las horas de la vida, libres de los sobresaltos y estragos de las pasiones borrascosas, la fantasía en sus aspiraciones incesantes hácia un bienestar ideal y una calma completa y deliciosa del espíritu, nos ha transportado mil veces bajo el nombre de poesía pastoral, hácia aquellas sosegadas escenas de la naturaleza que desdeña como

GT DE MUNICH. P. 3 5



*Paſtor et Paſtoris*  
*Shepherd & Shepherdeſs. Hirt u. Schäferin.*

*Pasterz i paſtorka*



monótonas y soñolientas la febril actividad del gusto moderno. Y así debe ser naturalmente, porque el mundo actual no puede fijar la atención, y aun esto por momentos, sino en imágenes fuertes, sorprendentes, arrebatadoras; envueltos en una atmósfera de humo corren los hombres ahora con la velocidad del rayo las comarcas en otro tiempo tranquilas, trepa los montes el viajero, atraviesa los ríos, salva las llanuras, corriendo de un foco á otro de civilización, sin que pueda por dos momentos seguidos contemplar las amenas perspectivas de la gruta silvestre ni del umbroso vallado: el ruido atronador del vagón que vuela en alas de fuego sobre la tierra, sofoca en sus oídos la suave y solitaria melodía de la flauta y del caramillo: de otra parte el sosiego ha huido de los campos como la inocencia, y el mundo todo parece que se va convirtiendo en un vasto arsenal en donde la materia impulsada por el genio del hombre se fatiga para producir lo que van devorando las nuevas generaciones, para quienes quizás no bastará con sus alimentos la superficie de la tierra. Así es como la soledad va retirando sus límites, el silencio de los campos va estrechando sus dominios, y la vida pastoral huyendo del suelo regado con el sudor del hombre tendrá que buscar en regiones más lejanas los atractivos de su reposo y de su libertad.

La poesía dramática pastoral, especie de farsas ó entremeses, hacia furor en el teatro á fines del siglo XVI y hasta mediados del siguiente en varias naciones de Europa. En España á fines del mismo siglo XVI figuran también las églogas de Juan de la Encina y otras representando la Navidad del Señor, ó algun diálogo amoroso. Pero tanto en España como en Francia estos dramas no tenían muchas veces de pastorales sino el nombre, pues ó servían para adular á algun poderoso, ó se introducían en ellos unas tramas ó peripecias muy ajenas de la calma de los bosques y de la sosegada vida de los pastores, ocultando bajo la corteza pastoril unas monstruosidades que hoy repugnarían á nuestros más atrevidos dramaturgos. Véase en la *Astrea* por ejemplo, á un pastor, Lusidas, cuyas tramas para perder á su rival tienen el sabor de la capital más corrompida, un Polístenes, mágico descarado, un Chindonax, druida fanático y cruel, que asistido de un sacerdote, levantando el cuchillo sagrado sobre el cuello de una tierna pastora, cuyo nombre es Idalia, le dirige estas lindas palabras: «Estos ojos y ese bello tinte de lirios y de rosa, quedarán sepultados bajo la deformidad de la muerte: á todas es común el horror que la acompaña, pues en su imperio no se conoce ni la hermosa ni la fea.» Esto es lo que en el siglo XVI se llamaban *pastorales*. ¡Cuán diferentes de las candidas escenas de Teócrito, de los cuadros apacibles y encantadores de Virgilio, modelos de la poesía pastoral y bello ideal de la sencillez de los campos! Tampoco se les parecen la *Aminta* del Taso ni el *Pastor Fido* de Guarini, esos dos poemas de una deliciosa pintura, frescos como las praderas, armoniosos como los bosques, teatro de sus dulces sentimientos, y cuyos coros, fiestas y danzas nos transportan realmente á una edad de oro.



La poesía pastoral es naturalmente tan antigua como los hombres, porque pastoral es la infancia del mundo : es el cuadro mas amable de la vida y de los embelesos de la naturaleza, y es bella como la sencillez de la inocencia y los encantos de la virtud. De consiguiente cuanto mas la depravacion de una sociedad decrepita y corrompida nos aparta de aquellas primeras escenas, mas difícil se hace percibir el purísimo sabor de aquellas primitivas costumbres, en las que las personas se hallaban tambien, por decirlo así, en su infancia y no habian adquirido aun el estado violento de febril agitacion que adquirieron posteriormente. Por esto en el pastor las pasiones deben ser dulces, apacibles, tiernas, ó á lo mas pueden llegar á aquel grado de agitacion, que sin hacer su situacion infeliz, realce mas la dicha y la tranquilidad de los campesinos. Debe hacernos envidiable su vida, aquella vida para la cual parece haber nacido el hombre antes de ser arrastrado á la vida bulliciosa de las ciudades, aquella vida para nosotros ya casi ideal, pero que realmente ha existido y ha formado la dicha de generaciones enteras, pero que va huyendo cada dia mas de nosotros como las gracias de la inocencia.

Las pasiones que pueden afectar á los personajes de la vida pastoral, no tan bajos que sean groseros é insulsos, ni tan sublimes que sean filósofos ú hombres de grandes pasiones, son el temor, la tristeza tierna y apasionada, pero no profunda ni desastrosa, la alegría, el amor, el odio no á personas sino á objetos, la amistad, la inocente envidia que nace de la privacion del placer, la generosidad, el deseo, la piedad, la esperanza y los recuerdos, esas dos sensaciones opuestas, que suelen percibirse con un dolor delicioso, porque son la privacion de un bien presente templada con la ilusion de un goce pasado ó de un goce que ha de venir. Los pastores deben sentir mas que discurrir, pero sus sentimientos deben estar exentos del remordimiento y de la desesperacion.

No basta el saber pintar la naturaleza, preciso es hacerla ver bajo el prisma de un corazon puro y tranquilo. Aun cuando aparezca terrible alguna vez, la inocencia y la virtud moderan mucho el terror de sus fenómenos, de cuyos resultados puede librarles la prevision y sobre todo la Providencia que vela sobre el que á ella se abandona.

Siendo el género pastoral tan antiguo como los hombres, antes de poderse escribir se conservó por tradicion y luego que se pudo por escrito ; y la primera poesía debió ser precisamente lírica y pastoral, porque el canto debió ser tan antiguo en el hombre como las inspiraciones de la naturaleza. Algunos tienen por inventor del género pastoral aplicado á las creaciones poéticas al boyero Dafnis, y por su cuna las orillas del Anapo y valles del Eloro en Sicilia. Conjetúrase tambien que siguieron á Dafnis Stesícoro de Himera y Diomo de Siracusa, del siglo V antes de la era vulgar. Despues de estos dos sicilianos lo cultivó Bion de Esmirna en Jonia, que lo cultivó con delicadeza y vivió cerca dos siglos an-



tes de J. C. Precedió á Teócrito , y era contemporáneo de Mosco contra la opinion de Batteux. Sin embargo , preciso es convenir en que Teócrito fué el padre de la poesía pastoral , así en la eleccion de los asuntos , como en el gusto de las formas. Los idilios de Teócrito pasan en el bosque , ó en el jardin , los de Bion en la ciudad , y los de Mosco en el teatro : fácil es deducir á quién se debe dar la preferencia.

El primer bucólico latino fué Virgilio , aunque en ciertos puntos fué plagia-rio de Teócrito. A pesar de sus relevantes bellezas , dá á veces pasiones y ca-cterres impropios á sus pastores , y hace servir á las églogas para miras sinies-tras de ambicion ó de interés particular , como se ve en sus églogas 1.<sup>a</sup> , 3.<sup>a</sup> , 4.<sup>a</sup> , 9.<sup>a</sup> y 10.<sup>a</sup> ; de suerte que puede tenerse por el primer depravador de este género de poesía , á pesar de ser el primer bucólico de su época. Porque el refina-miento de la civilizacion romana falseó ya en parte el genuino y verdadero objeto de la poesía pastoral. Despues vinieron M. Aurelio Nemesiano cartaginés y T. Ju-lío Calpurnio siciliano , los cuales , aunque graciosos , en alguna parte son infe-riores á Virgilio. Murió aquí esta poesía , hasta el siglo IV en que se resucitó por algunos , bien que con un gusto muy diverso y con un éxito menos feliz que en los primeros tiempos , ya por la mudanza de los imperios , ya por la ignoran-cia de los pueblos , ya tambien por la invasion de los bárbaros.

Sannazaro napolitano , el obispo cremonense Jerónimo Vida , y el veronés Frascastoro , cultivaron con bastante ingenio el gusto bucólico. Tenemos despues á Sidronio Hossch aleman , á Huet obispo de Avranches , Baniere y Racan , Se-grais y Deshoulieres , que ilustraron el siglo de Luis el Grande. En el siglo pa-sado floreció Pope con las cuatro églogas que consagró á las estaciones , con Spencer que en su Calendario pintó con ellas la vida del hombre ; y el poema de las estaciones de Thompson tiene tambien muchos pasajes de gusto bucólico. Por último , el aleman Salomon Gessner descuella en las bellezas de la invencion y en las gracias de la naturalidad. Entre nosotros cultivó el género pastoral el duleísimo Garcilaso de la Vega , bien que alguna vez algo difuso en sus diálo-gos , y posteriormente , á fines del siglo pasado , Iglesias , Melendez y Arriaza , no-tables el primero por su ingenio , el segundo por su dulzura , y el tercero por su correccion.

Antes de concluir , dediquemos algunos momentos á esos amores campes-tres que nos ofrece el cuadro de Netscher. Rodeados de frondosidad y de ver-dor , sobre un suelo alfombrado de regaladas yerbas , junto al murmullo de una fuente compuesta de un grupo de génios que despiden el agua en pequeños chor-ros , y como en una deliciosa gruta de follaje , desde donde se divisa un lejano horizonte de luz , dos amantes pastores descansan en placentera calma y saborean dulcemente los dichosos momentos de un amor puro y tranquilo. No se advierte en sus semblantes la fiebre ardiente de pasiones tempestuosas , ni la amarga zo-



zobra de la rivalidad ó del temor. Aquellos corazones sencillos se entregan sin ansias ni fatigas á los gratos y apacibles goces de una ternura correspondida, se abren el uno al otro, como las simples avecillas en los nidos que forman entre el follaje de los árboles. A nosotros, avezados á los rápidos goces arrancados al azar entre los vaivenes de la vida, nos parece que no hay goce donde no hay tormento, ni felicidad sin privacion ó sobresalto. Necesitamos para sentir placer de esas luchas terribles en las que cada victoria es un rudo esfuerzo del alma, y cada triunfo cuesta lágrimas de sangre al corazón. Nos complacemos en arrancar un momento de felicidad de las garras de la desgracia: necesitamos para gozar sensaciones vehementes, y las dichas que nada cuestan nos llegan al alma sin ese íntimo deleite que produce el sentimiento de nuestra propia fuerza, y la satisfaccion de haber superado grandes obstáculos. No gustamos dormirnos en el reposo de la felicidad, y por eso cuanto mas se agitan las sociedades, mas huye de nosotros el gusto hácia esa monotonía del placer que está muy cerca de engendrar el fastidio. Esos amores pacíficos que forman el encanto de almas inocentes en medio del sosiego de una naturaleza pródiga y risueña, ni aun sabemos concebirlos, y sin embargo forman el embeleso de la vida cuando el alma no se halla estragada por el vicio. No hay duda que el hombre nació para gozar de ese amor sin amargura puesto en el Eden de la vida, y que los placeres mas puros del amor están consignados en el mas bello idilio que nos ofrecen los sagrados cantares. Pero el hombre ha viciado su naturaleza, y así como la atmósfera ha de tronar con el estallido del rayo para despejarse y tornar pura, así nuestro espíritu agitado y turbulento, no busca sino tras la tormenta los momentos de lo que él llama felicidad. El candor que brilla en esos semblantes pastoriles, aquellos ojos medio adormecidos entre las caricias, aquel abandono del uno al otro que parece no infunde temor porque no ha costado fatiga, todo ese embeleso del alma propio de una edad que no conocemos se retrata bellamente en ese grupo feliz, que como la desnudez de los esposos en los dias de inocencia no conoce el rubor del delito, y nos hace sentir bajo las formas de una voluptuosidad inocente, la envidiable tranquilidad de dos corazones que se aman, mas bien que el ardor febril de un criminal deseo.

Joaquín Roca y Cornet.





n. Sayer sculp.

W. French del.

*La Chartreuse.*

*The Carthusian Cloister. Das Karthäuser Kloster.*

*Kloster Kartuzien*

# LA CARTUJA.

(CUADRO DE BAYER.)

## La tradicion del valle.

Hermoso valle, valle regalado, fresco y riente como una idea de amores....  
Aunque es preciso verle este valle, como lo ve el peregrino, al despertar del sol.

Dulce y bella es la noche; vánse debilitando y desvaneciendo á los ojos del viajero los mas deliciosos paisajes y dilatados horizontes.

Cerca ya de Valldemosa, el camino se enrisca y trepa casi serpenteador por la estrechez de una garganta.

Se ha ido desarrollando el cuadro mas grande y poético, el espectáculo mas inmenso y sublime que ofrece la naturaleza cuando se duerme.

Siéntese mas bien que no se ve un horizonte vago y profundo. Sin embargo, bien pronto, al extremo de este horizonte, una luz blanca empieza á subir ribeteando con una franja de plata las negras y amontonadas nubes.

De entre ellas sale primero un débil rayo de luz. Es como la cándida mirada de amor que filtra á través de las sedosas pestañas de una bella, cobijada por el caido párpado.

Despues, va lentamente subiendo la luna, saliendo de entre las nubes como de un océano negro, hasta balancear su globo de oro sobre el azur diáfano del terso horizonte.



La luna está pálida.

El caminante se tiende bajo un roble sobre su capa, descansando su cabeza en el sombrero de peregrino.

Duerma, duerma sosegado. Imágenes puras le sonreirán en su sueño que velarán castos los rumores de la arboleda, susurrante la brisa que se rasga en los picos de la sierra, misterioso el silencio, el imponente silencio de la naturaleza en calma.

Cuando el peregrino despierta, las sombras cubren todavía los campos, pero las estrellas comienzan á palidecer.

El sueño en medio de la soledad, la frescura del ambiente en que parece nadar su cuerpo, deben haberle infundido algo del bienestar y deleite que fuerza al alma á estar pronta á recibir esas castas emociones de descansada holgura que, como invisibles sirenas, tienen sus nidos de amor en lo alto de las sierras para seducir con goces infinitos al viajero.

Detiéndose el peregrino en la elevada cumbre que parece un pedestal dispuesto á subirle al cielo, y agradablemente adormecido por la dulzura de que allí disfruta, deja que el aire le envuelva en sus olorosos y saludables pliegues, y fija la vista en la masa de sombras que el valle hospeda.

También entonces una luz blanca aparece, y las estrellas se esconden bajo un manto de ópalo.

Todo empieza á tomar forma y las formas se destacan de las sombras.

Dibujando su perfil sobre el fondo de un pálido azul, aparecen primero los montes como águilas monstruosas de desplegadas alas.

Cuando el crepúsculo luce, la naturaleza empieza á tener voz. Todos los ruidos del día suben entonces hasta el peregrino.

Pero son ruidos suaves, sosegados, dulces como el aleteo de un ave, como el murmurio lejano de un arroyo que se despeña entre guijas, como el murmullo de dos labios que hablan de amor bajo el oloroso dosel de una alameda.

Si alguna blanca casa se perfila entre las sombras que luchan con el crepúsculo, el peregrino cree ver una paloma perdida sobre la alfombra verde de un campo.

El alba moja con lágrimas de alegría las hojas de las flores que en sus pétalos quedan largo tiempo como cristalizadas gotas.

Es la lluvia de diamantes con que las regala el crepúsculo en cambio del aroma virginal que les roba á su paso.

Las flores, al sentir humedecidos sus cálices con esas lágrimas, balancean coquetamente su cabeza para saludar al alba.

Vese entonces una línea de rojo fuego encenderse en el extremo del horizonte.

Es el primer rayo del sol, peregrino; es ese primer rayo que con bermeja tinta va á herir al otro lado de los mares el cristal de la ventana á que se asoma

tu amada para recibir su ardiente beso, ese beso que al mismo tiempo que en sus labios se posa tambien en los tuyos.

Descubre tu frente, ó peregrino, y recibe con religiosidad ese rayo que se posa como un casto pensamiento en los labios de tu vírgen desposada, la que en la playa de Barcelona se asoma á su ventana para ver el mar, que es el camino que seguiste para alejarte de ella.

Variados grupos de nubes de blanca y diáfana vestidura—su *negligé* matinal—se ruborizan y tiñen del mas vivo encarnado y huyen á buscar un refugio en las montañas para ocultarse á las miradas del sol, como haria un grupo de ninfas si otro imprudente Acteon las sorprendia en el acto de salir del baño.

El sol sale de entre un mar de fuego bordando flores de plata y oro sobre el vecino mar.

En seguida, abraza á todo el valle de un solo beso.

El valle se viste de gala y despliega todo su lujo.

Las aguas que en las entrañas de los montes nacen, desenvuelven sus diversas cintas de plata.

Inmensos campos de esmeralda brillan á los rayos del sol.

Las acacias hacen ondear sus verdes plumajes dejando caer en el suelo sus odoríferos racimos de blancas flores.

La púdica violeta deja que la brisa al pasar le robe una de sus hojas.

La brillante rosa de separados labios, abierta como boca de una bella para recibir un beso de amor, alfombra el suelo con sus tornasoladas hojas.

El casto lirio junta sus pétalos para proteger á sus pistilos de oro de los lúbricos besos del sol.

Las gleticias bordan en el suelo el caprichoso dibujo de sus ramas.

El aura mueve y balancea las doradas pomas de los naranjos y limoneros.

Los árboles en todas partes alzan sus multiformes copas y provocan á la holganza con sus incitadoras umbrías.

Los pájaros cruzan veloces el vacío piando alegres y revoltosos, y batiendo sus alas, y sacudiendo sus plumas, y restregando en las ramas sus piquitos.

Todo sonrie, y á toda esta armonía del valle se mezcla la campana que con su acompasada voz de bronce canta las matinales alabanzas al Señor.

Vuelve tus ojos en busca de la campana que ha herido tus oidos, ó viajero, y mira en la meseta superior de aquel cerro aquellos cipreses que zumban misteriosos, apenas movidos del viento que parece agitar su ramaje con respeto. Mira aquellos grupos de palmeras que encorvan con graciosa pompa sus ramos sobre su esbelto tronco.

Allí dibuja su mole sombría la solitaria Cartuja.

Es como un vestido de luto en un salon de baile.

Una cuesta á manera de rústica escalinata te conducirá á la puerta de la car-



tuja de Valldemosa, ó peregrino; á la puerta que sombréa, secular centinela, un venerable roble con su rejuvenecida copa.

Restos de formidables muros, una fuerte y ancha torre cuadrada en que aun sobresalen varias ladroneras, trozos de una antigua barbacana, la maciza puerta del rastrillo, todo comunica al monasterio un tinte feudal que no te será ciertamente ingrato, ó peregrino, si eres artista, si eres poeta, si amas las viejas tradiciones ó las caballerescas baladas.

Y á propósito. ¿Quieres saber, para contársela á tu desposada cuando regreses de tu viaje, la poética tradicion que narran los campesinos?

Oyela tú sin darla crédito—que ninguna vieja crónica vendria á corroborarla,—pero cuéntasela á tu amada sin que la despojes de esa cándida vestidura de realidad con que engalana el campesino la fábula.

Mucho antes que D. Jaime el *conquistador* se hiciera célebre en la cristiandad con la toma de Mallorca, el moro Muza era el dueño de este valle.

Tenia en el valle un palacio y en el palacio guardaba una cautiva.

Era esta cautiva la flor mas bella de las flores del valle. Era la sultana de las flores.

No la amaba el moro Muza con pasion, la adoraba con delirio. Cada tarde iba á arrastrarse á sus piés en entusiasta embriaguez de amor, cada tarde iba, cabalgando en su árabe caballo, á beber á inmensos sorbos la locura que en él producía una mirada de la hermosa cautiva.

Hermosa, sí: valia mas ella sola que todo un serrallo de vírgenes georgianas, valia mas que todo un eden de celestiales huríes.

Una tarde cuando llegó Muza, la puerta del palacio estaba abierta de par en par y su cautiva no se habia asomado á la oriental azotea para saludarle con la sonrisa de bienvenida.

Muza sintió, sin saber por qué, como un boton de fuego clavarse en su corazón.

Entró en el palacio, no vió á nadie; recorrió las salas, estaban desiertas.

Desiertas las estancias á cuyo alrededor corrian como anchas líneas de sangre las muelles y encarnadas otomanas, desiertas las salas de reposo en que se balanceaban solitarias las hamacas prendidas del techo con cordones de oro, desierto el baño con su marmórea concha y sus dorados grifos, desierto el jardin con sus misteriosas alamedas y sus voluptuosas enramadas.

Allí no habia nadie, allí no habia nada. Servidores, mujeres, eunucos, todo habia desaparecido junto con las joyas, los tesoros inmensos regalados por Muza á la amante prisionera.

El moro lanzó un rugido tal de dolor que diz se estremeció al oirlo todo el valle.

Subió Muza á una torre del palacio para abrazar de una ojeada toda la campiña.

Nada vió. Solo por allí, hácia el lado del mar, vió una galera que se mecía sobre el agua como una paviota, y un tropel de gente que á fuerza de remos y en un bote se acercaba á la galera.

Muza volvió á lanzar otro rugido.

Era aquella una galera pirata.

Todo estaba comprendido. Los piratas le habian robado su cautiva, le habian saqueado su palacio.

El moro bajó de la torre.

Ya cabalga en su caballo, ya á rienda suelta se precipita como un torbellino, brotando de sus ojos mas fuego que el que arrancan de las peñas los cascos de su corcel.

Muza llega á orillas del mar.

Mar adentro, mar adentro se ha ido la galera.

¡Qué le importa al moro! Se apea y se echa al agua.

Cuanto mas aprisa rema la galera, mas aprisa nada el valiente Muza. El caudillo árabe es el mas hábil nadador de Mallorca. Si un caballo gana á un ciervo en la carrera, él gana á nado una galera.

El capitan pirata ve que se le acerca aquel hombre, y aunque le ve llegar solo, tiembla, porque aquel hombre es el moro Muza, el que mas fama goza de valiente y aguerrido entre los moros.

Cuando le ve á cierta distancia, el pirata hace una seña y una lluvia de saetas silbadoras cae sobre el audaz nadador.

El capitan respira; el moro ha desaparecido.

Es que Muza ha comprendido la intencion, y, hábil y resuelto buzo, se ha sepultado en el seno del mar cuya agua corta avanzando mas rápidamente cada vez.

El pirata fuma tranquilamente su larga y ensortijada pipa sobre cubierta, cuando ve asomar una cabeza por un costado del buque. Un hombre, ayudado de piés y manos, salta sobre cubierta.

Es Muza.

Antes que pueda hacer el capitan el menor movimiento, una puñalada le ha tendido cadáver.

Algunos piratas se precipitan, luchan con el moro, pero uno á uno, todos caen sin vida á sus piés. En aquella corta refriega han ayudado á Muza algunos de sus servidores que andaban sueltos en el buque. Los demás piratas se sobrecogen, se aturden, y aterrados se postran de rodillas ante Muza pidiéndole gracia.

El moro, que es tan magnánimo como valiente, les levanta del suelo y les manda que abran su prision á la cautiva y que remen hácia la playa.

Los piratas obedecen.



Muza se vuelve loco de contento cuando ve á su amada , se tuerce los brazos como un delirante , se arrastra á sus piés como un hombre ébrio.

Deja todos sus tesoros á los piratas. No quiere mas que á su amada.

En la playa le ha depositado ya la galera.

Vuelve Muza á montar en su caballo hijo del desierto llevando en brazos á su amada que para él no pesa mas que una pluma , y torna con ella al palacio delicioso que se eleva en medio del riente valle.

Desde aquel mismo dia Muza mandó que se derribara el palacio y en su lugar se elevara un fuerte y robusto castillo que proteger pudiera á la joya, de que era tan avaro.

En efecto , poco tiempo despues un castillo se elevaba en el valle que tomó, dice la tradicion , el nombre de valle de Muza , *Valldemusa*, nombre que se ha ido corrompiendo hasta trocarse en *Valldemosa*.

Este castillo es el que mas tarde se cambió en Cartuja.

## II.

### La historia del monasterio.

Pues ya sabemos lo que cuenta la tradicion , veamos lo que dice la crónica.

El rey D. Sancho I de Mallorca , obligado, por la enfermedad cruel que le affigia , á buscar la sanidad de los montes y la pureza de los aires , tuvo ocasion de conocer casualmente este delicioso valle y experimentar lo apacible de su sitio. Enamoróse pues de tan dulce soledad que prometia largas horas de recreo á su ánimo , y edificó un castillo , verdadero alcázar de placer en la cima de un pintoresco cerro.

Si la tradicion fuese exacta , el castillo cristiano se hubiera elevado sobre las ruinas de la fortaleza árabe.

Allí pasó las mas de las temporadas que estuvo en la isla ; allí vió transeurrir dias serenos , ricos de dulce holganza , henchidos de tranquilos goces. Todavía muestra hoy el labrador hácia la cumbre del Teix el lugar donde acostumbraba á sentarse el buen rey para ensimismarse en melancólica meditacion ó seguir allá á sus solas el hilo dorado de la madeja de sus ensueños.

Muchos siglos han pasado y aquel lugar no ha perdido aun el nombre de *La silla del rey D. Sancho*.

El alcázar ó castillo que mandó edificar D. Sancho estaba ya concluido en 1324 ; la ejecucion habia sido confiada al autor de los planos , el arquitecto ma-

llorquin Guillen Jordá, y cuando ya elevó terminada su robusta mole, encargóse la custodia al honorable Martin Montaner su primer alcalde.

La importancia de este palacio no tan solo se deduce de haber sido el punto donde los reyes de Mallorca tenían su halconar, sino tambien de la multitud de reales órdenes que se espidieron para que los representantes del patrimonio de S. M. cuidasen de su conservacion.

En 1399, con privilegio de 15 de junio otorgado en la Aljafería de Zaragoza, el rey D. Martin de Aragon y de Mallorca, que era muy aficionado á la órden de los cartujos, donó este castillo con sus aguas, jardines y bosques al monje profeso de Scala Dei y jurisconsulto Pedro Solanes para que fundara un monasterio.

Inmediatamente se pasó á levantar la casa del Señor sobre la mansion de guerra ó de placer, y en 8 de mayo de 1446 D. Juan de Aranda, obispo de Albania, que á la sazón se hallaba de paso en la isla, pudo ya consagrar la iglesia.

El aumento de comunidad trajo la necesidad de mayor ensanche en el edificio, y por esto en 1737 se comenzó la construccion de un nuevo templo, para el cual dió el plano el famoso arquitecto D. Antonio Mesquida.

Un ilustre viajero é historiador catalan que escribió sobre esta Cartuja, dice que si bien dió la traza de la iglesia el citado Mesquida, sin embargo, como los trabajos se interrumpieron, otros artífices cuidaron de su conclusion, y el primitivo plan sufrió algunas alteraciones.

Quedó de todos modos un magnífico edificio.

Al penetrar el viajero en la Cartuja, hallaba el claustro y la iglesia antigua, de una reducida nave en cuyo fondo se alzaba un altar gótico, mientras que las paredes se decoraban orgullosas con los escudos de armas de los Pachs, Nicolau, Labrés, Zaforteza y Olesa, antiguas familias bienhechoras del monasterio.

La iglesia moderna era de órden compuesto con forma de cruz latina. Su fábrica de buena piedra, y su bóveda de hermosa ojiva, cuyos arcos cruzados apoyan sobre repisas en lugar de columnas.

El coro era magnífico y admiraba por su severidad, majestuosidad y sencillez.

### III.

#### Tres huéspedes.

El 18 de abril de 1801 rechinaban sobre sus viejos goznes las puertas de la Cartuja para abrir paso á un viajero que de llegar acababa.



Era un desterrado. Allí le enviaba la intriga cortesana, allí le recibía la mas franca hospitalidad.

Todos los monjes, todos aquellos virtuosos solitarios, se agrupaban á su alrededor, y con leales ofertas, con sencillos agasajos, con buenos y afectuosos servicios trataban de borrar de la mente del proscrito las ideas melancólicas que anublar podian su ya demasiado entristecido corazon.

Ministro caído, el proscrito no encontró allí las privaciones ni las amarguras del destierro. Endulzóselas la franca y sencilla amistad de los anacoretas.

Algunas veces, dando tregua á sus deliciosos paseos por el valle, á sus instructivas conversaciones con alguno de los monjes, á sus profundos recogimientos filosóficos al pié de un haya centenaria, el desterrado se retiraba á la celda que le habian destinado, y allí escribía páginas que debian un dia ser leídas con admiracion y servir de modelo á las escuelas.

Un año permaneció en esta solitaria Cartuja. Durante este tiempo su vida fué sencilla, tranquila, reposada, repartida entre el estudio de la naturaleza y el de las ciencias, entre la oracion y la amistad.

Al año, los cortesanos, inclementes en su odio, robábanle á la soledad de la Cartuja para hundirle en un castillo, para darle por morada Bellver, la fortaleza-palacio de D. Jaime, que el proscrito debia acabar de hacer para siempre célebre con su pluma, mientras que mas tarde el ilustre Lacy allí fusilado, debia hacerla tristemente famosa con su muerte.

Este desterrado de la Cartuja era JOVELLANOS.

Pocos años despues de la supresion de las órdenes monásticas en España, la Cartuja recibia á otro huésped.

Proscritos los monjes, ya entonces la Cartuja no era mas que una casa de recreo. Sus celdas, sencilla y modestamente amuebladas, eran del primer viajero que alquilarlas queria.

El huésped de que hablamos, tomó una celda de la cual apenas salia. Llevaba una vida retirada, triste, misteriosa.

De noche abandonaba su habitacion, y se le veia vagar por el solitario cementerio de los cartujos, pasear por bajo los cipreses, sentarse al borde de las huesas que cubrian las zarzas y silvestres plantas, por entre las cuales se alzaba melancólica la modesta cruz de madera.

En estos misteriosos paseos consumia á veces toda la noche. Los rayos purpúreos de la aurora iban muchas veces á encontrarle sentado, hundida la frente entre las manos, fijos los ojos en la lápida que tenia á sus piés.

Los sencillos labradores, los ignorantes campesinos de Valldemosa, se asombraban de aquel ser estraño, cuyo único goce parecia consistir en pasear por entre los sepulcros á la hora en que la luna les baña con su tibia y melancólica luz; á la hora en que los fuegos fátuos, como almas en pena, danzan

fugaces y fantásticos por encima la tierra bajo la cual duerme todo un pueblo de muertos; á la hora, en fin, en que todo duerme y sosiega, los mortales en brazos del sueño, la naturaleza en el seno de Dios.

A veces, el misterioso huésped se llevaba una lámpara consigo en su nocturno paseo, se sentaba bajo uno de aquellos cipreses seculares que sombreaba la tumba de algun religioso anacoreta que del recogimiento del claustro habia pasado al del sepúlcró, y á la luz trémula y amortiguada de la lámpara escribía páginas febriles y delirantes, páginas envenenadas y satánicas, que debia mas tarde dar á luz en Paris, la Sodoma moderna, con el título de *Spiridion*.

Este huésped, ó por mejor decir, esta huésped de la Cartuja (porque era una mujer aunque con traje y nombre de varon), era JORGE SAND.

Algunos años despues que la célebre autora de *Lelia*, otro huésped llegaba á la Cartuja.

Su frente pálida, sus ojos hundidos por las vigiliás, su rostro enflaquecido por las luchas del espíritu, su mirada encendida por la inspiracion y por el genio, todo revelaba en él al poeta, al hombre de la meditacion, al esclavo de la conciencia del arte.

El nuevo huésped sintió como que se abrian en su interior todas las fuentes de la poesía al llegar á la Cartuja.

Admiraba los prados de esmeralda que lucian al sol su coqueta tapicería de verdura; haciale estremecer el aleteo del ave que volando cruzaba el valle; interrogaba, como si fueran ecos de una poesía vírgen y desconocida que hablase á su alma, los susurros de los cipreses, los murmullos de las balanceadoras palmas, los murmurios del jugueton arroyo; estudiaba las candorosas costumbres de aquel pueblo agrícola que *se afirma en el conocimiento de Dios con la vista de la naturaleza*; buscaba la soledad del templo para inspirarse con la oracion, con el estudio del arte y con el recuerdo de las cosas santas; delectaba por medio de las ojivas, de los calados de la iglesia, de los graciosos arquivates y de las labradas cornisas, las memorias de otras épocas; y, en fin, trepaba á lo alto de los cerros para cantar en su corazon alabanzas al Dios y Señor de todo lo creado.

Este otro huésped era PIFERRER.

Hé ahí pues como dió asilo la Cartuja, personificadas en sus tres huéspedes, á tres ideas, á tres revoluciones, á tres épocas.

Hé ahí pues como vivieron bajo un mismo techo, pero con distinto campo para sus pensamientos, Jovellanos el poeta-filósofo, Jorge Sand el poeta-delirante, Piferrer el poeta-cristiano.

Hé ahí pues como, una tras otra, allí estuvieron con ellos la filosofía, la incredulidad y la fe.



# ASUNCION DE MARÍA.

(CUADRO DE GUIDO RENE.)

Mientras que el artista se limita á reproducir en sus obras la naturaleza sensible y material, puede el buen gusto fijar mas ó menos aproximadamente las reglas que ha de guardar para la perfecta imitacion de la naturaleza. El sentimiento de lo bello, que es hijo del sentido comun, puede con alguna seguridad trazar la senda que debe seguir, porque aun cuando las creaciones artísticas no siempre representan la verdadera y existente realidad, con todo hasta en sus combinaciones, hasta en los juegos mas atrevidos del capricho no pueden pasar los límites del modelo de lo natural y posible, tipo inmutable y constante por mas que se preste á infinitas modificaciones; al modo que los siete colores elementales de la luz son susceptibles de innumerables matices. Pero cuando el artista, separándose del mundo material y sensible, se eleva á las regiones del mundo de los espíritus, de ese mundo que presiente el alma que á él se siente destinada con una fuerza irresistible, pero cuyos umbrales no puede sino entrever al través de las puras concepciones de la inteligencia, entonces es cuando, rodeado por la oscuridad y oprimido por la majestad del misterio, tiene necesidad de acudir á las secretas inspiraciones de ese sentimiento profundo que le hace vislumbrar, mas allá de este universo visible, el mundo invisible ahora á sus ojos groseros, pero cuya existencia le hace presentir la naturaleza misma de su ser y esa sed de lo infinito que en sí propio no puede contener y que le lanza naturalmente hácia un ideal indefinido.

En todos tiempos ha tenido necesidad el hombre de representar en su imaginacion y hacer hasta cierto punto perceptibles á sus sentidos las escenas de un mundo sobrenatural y divino. En todas las teogonías, en todos los mitos las artes

G<sup>o</sup> DE MUNICH. P. 10



Guido Reni pinx.

H. Frank sc.

*Ascension de Marie*  
*Assumption of the Virgin.*      *Himmelfahrt Mariae*  
*Wniebowzięcie N.P. Maryi*



de imitación se han esforzado en materializarle en cierto modo lo espiritual, y en hacerle percibir lo invisible. Todos los númenes han tenido su Olimpo, todas las almas justas sus Eliseos, todos los culpables su Tártaro, porque la tradición ha conservado entre los hombres la idea de la existencia de este orden sobrenatural que domina sobre los espacios y los tiempos, de una vida más allá del sepulcro para todos los seres dotados de inteligencia y de razón. Y las bellas artes, tomando de este mundo perceptible lo que les ha parecido más á propósito para simbolizar los objetos y escenas de un orden superior, hánse esforzado á hacer este orden, cuya apreciación está reservada á las meditaciones del sabio, comprensible á todas las clases y condiciones.

La religión cristiana, única depositaria de la verdad en el orden espiritual, ha ofrecido á las creaciones artísticas toda la expansión y sublimidad de que es capaz el pensamiento humano, bajo la doble faz de su historia en el mundo visible y de sus misterios en el mundo invisible. Lo sobrenatural se extiende antes y después de los tiempos, pasa más allá de los espacios conocidos, y no conoce más límites que la inmensidad misma de Dios que llena su obra. Lo vimos ya al tratar del cuadro de la Trinidad por Rubens y lo vemos ahora en el de la Asunción de María por Guido Reni. María, que después de la Divinidad es el personaje más augusto del mundo espiritual, tipo de todas las grandezas y de todas las hermosuras creadas, se nos ofrece ya desde su creación en el pensamiento eterno de Dios adornada en la mente del hombre con todo lo más sublime que presenta á nuestros ojos el universo visible: el sol es su vestido, la luna brilla debajo de sus plantas, su corona es de astros resplandecientes. El pincel que trazó todos los pasos de su vida mortal, debe seguirla en su triunfo más allá del sepulcro, y hé aquí que en esta parte no halla ya modelo en la naturaleza. Hay en el orden visible tipos de vírgenes cándidas, de madres llenas de gozo, de madres junto al patíbulo de su hijo; pero no hay tipo para representar la subida de un alma al cielo. Estasiado aquí el artista vése obligado á abrirse paso en un mundo desconocido, y á figurar una escena de triunfo y de gloria en medio de los aires, elevando la majestuosa imagen de María entre albores de luz, con los ojos fijos al cielo y con los brazos extendidos, rodeada de purísimos espíritus simbolizados en la inocencia de la niñez y en las gracias de la juventud, como alados ministros del Dios escelso que la aguarda en su solio inaccesible para aclamarla por reina de todo lo criado. Como la piadosa tradición nos enseña que María fué conducida en su glorioso ascenso por el ministerio de los ángeles, parece que estos la acompañan y la llevan por sí mismos, formando grupo á sus plantas como un cortejo espléndido que en considerable número la va subiendo y aclamando. En cada uno de los semblantes de aquellos celestes mensajeros ha de brillar algún destello de su inmortal hermosura, y en el rostro de la Virgen reina ha de resplandecer algo de divino que solo puede copiar el artista del bello



ideal que de aquello se haya formado en el fondo de su alma. A Vénus le bastaba el ser hermosa por la regularidad, proporcion y gracia de sus formas; pero los toques de la belleza celestial de María solo pueden encontrarse en el fondo de un corazón cristiano.

El culto de la Virgen Madre parece ser un manantial fecundo en donde el genio, aun cuando se halla desheredado por la fe, anhela beber inspiraciones que no sabría encontrar en otra parte. La suave y poderosa aparición de la Virgen Madre, lejos de rebajar y comprimir el pensamiento humano, eleva y sostiene el alma en su vuelo hacia aquel mundo intelectual á dó tiende el poeta, el artista, el hombre de genio creador, y que es como el país de las artes y de los conceptos y sentimientos mas puros y deliciosos.

Los poetas cristianos han cantado á María: los pintores, casi todos, han tomado de su historia el asunto de algunos cuadros. Si hemos de dar crédito á una antigua tradicion, el evangelista San Lucas era pintor, y dejó un retrato de la santa Virgen, del que se han sacado numerosísimas copias. En los siglos de fe, Cimabue, Giotto, Juan Bellini, el Perugino, Alberto Durer trazaron, cada cual en su género, hermosos tipos de la Virgen María.

En la época del Renacimiento, entre los artistas sin número que han representado á María ó sola, ó con el niño Jesus, ó en aquellas graciosas composiciones que se llaman Santas Familias, debe citarse en primer lugar, y como habiéndoles anticipadamente superado á todos, Rafael de Urbino, el cual supo dar á la Santa Virgen un carácter eminente de hermosura y de nobleza divina, tipo sublime, mágica creacion del genio, que todos han procurado imitar y que nadie alcanzar ha conseguido. Despues de Rafael débense nombrar Corregio, Pousin, Lesueur, Mignard y Murillo. Nadie ha espresado mejor que Lesueur el profundo dolor, pero noble y celeste, de María al pié de la Cruz. Nunca las angustias del alma humana se han presentado de una manera mas augusta y en la que mas se descubra un pensamiento de fe y un sentimiento de resignacion. El pintor en este grande carácter de la Virgen ha llegado verdaderamente á la perfeccion del arte; y toda su composicion respira tan animada sensibilidad que arranca al espectador como fuera de sí mismo, y le hace creer que se halla en realidad en el lugar de la escena, llenándole de un sentimiento indefinible de simpático dolor. Murillo supo adivinar asimismo el bello ideal del arte en sus retratos de la Virgen que pintaba de rodillas, y cuyos rasgos le salian del corazón. Cuando el genio se remontaba en alas de la fe hacia estas concepciones sublimes; cuando el alma empapada de amor reflejaba la íntima conviccion del sojuzgado pensamiento, y dirigia el pincel para dar libre expansion al sentimiento religioso que la dominaba; cuando el ejercicio del arte era un vuelo del corazón hacia los augustos objetos cuya realidad le ponía la fe ante los ojos, entonces se delineaba la imagen de la verdad en sus mas interesantes coloridos; entonces el pintor sabia, por



decirlo así, hacer descorrer algun tanto el velo de los misterios, para hacerlos en cierto modo visibles á los ojos del espectador que al mirarlos experimentaba los mismos sentimientos del artífice. La fe guiaba al arte, y le prestaba recursos desconocidos.

En las ricas galerías de pinturas del Norte figuran dos cuadros de la Asuncion de María, el de Fra Bartolomeo en la galería de Berlin y el de Guido Reni en la de Munich. Y en uno y otro el arte ha debido penetrar en la esfera de lo sobrenatural y divino bajo formas tomadas del mundo existente y real. Y así como en el lenguaje tomamos palabras propias de la naturaleza física para aplicar á las ideas del mundo metafísico, así en el arte las formas tomadas del orden natural y tangible se aplican para representar ó á lo menos simbolizar los conceptos del orden sobrenatural. La Iglesia canta el triunfo de María, y aprueba como una laudable y piadosa creencia la de la resurreccion de su cuerpo, cuya certitud reconoce la ilustrada piedad de casi todos los santos Padres. Parece que el estático Juan la descubrió ya entre sus arcanosas visiones en aquella mujer *vestida del sol, con la luna á sus piés y coronada de estrellas*. El profeta rey exclamaba ya lleno del espíritu de Dios: *Resucita, Señor, para tu descanso, tú y el arca de tu santificación*. No hay sentimiento, dice el águila de los doctores, que pueda considerar sin horror que el cuerpo de María fuese entregado á la corrupcion, pues el cuerpo que fué libertado de la infeccion de la culpa debia serlo tambien de la infeccion del sepulcro. María pues resucitó como su Hijo divino: la piedad lo cree, la razon lo autoriza, los hijos de la Iglesia celebran en himnos ese doble triunfo.

En los primeros siglos del Cristianismo se celebraba ya el misterio de la Asuncion de Nuestra Señora, como lo afirman San Atanasio y San Jerónimo, que florecieron en el cuarto y quinto siglo de la Iglesia. La Ascension de Jesucristo fué por su propia virtud, como poder esclusivo del Criador; pero la Asuncion de la Criatura que mas se acercó á la Divinidad fué por la virtud de la gracia y por el ministerio de los espíritus celestiales que la aclamaron por su reina. Segun el Doctor melifluo, la Ascension de Cristo fué mas poderosa en la majestad, pero la Asuncion de María mas solemne en la pompa. Las regiones inmortales debian abrirse y recibir con júbilo y con asombro á la Virgen sin mancha que habia llevado encerrada en su seno la inmensa Divinidad del Criador. La castidad que habia preservado su cuerpo de todo ataque de culpa durante la vida, fué su aroma inmortal contra la corrupcion de la muerte, y la humildad en que se abismó á sí misma fué el principio de su elevacion y el pedestal de su gloria. Sueño se ha llamado á los cortos instantes que su cuerpo mortal pasó en el sepulcro. Así como la España la aclamó siempre con especialidad immaculada antes de nacer, la Francia la aclamó incorrupta despues de su muerte, y estas dos grandes naciones católicas han honrado siempre á María en estos dos grandes períodos de su aparicion sobre la tierra, en esos dos amables misterios que, antes de ser decla-







*Amusement de la jeunesse.*  
*Youth's Amusements. Jugend Beschäftigungen.*  
*Labany deiccinne.*

## DIVERSIONES DE LA JUVENTUD.

(CUADRO DE VAN DER WERFF.)

Las escenas que en este cuadro se ofrecen nos obligan á retroceder otra vez á aquella época de la vida cuya gran suma de felicidad no se conoce hasta después que se ha perdido. Triste suerte la del hombre el no conocer lo que vale la juventud hasta que el peso de los años empieza á encorvar nuestra cerviz y á blanquear la corona de nuestra cabeza! La fantasía ardiente aun conserva fresca como en un cuadro de Rafael la imágen del placer que nos embriagó un día: el corazón late aun con fuerza, pero sin objeto: el pensamiento, mas brillante que nunca, nos retrata con todos sus matices el grupo de la felicidad que vemos alejar de nosotros con todos sus encantos, y sin embargo sentimos en el fondo del alma toda la triste soledad de su ausencia, y la terrible realidad de que no ha de volver!

Volvamos pues por un momento á alimentar nuestro espíritu con aquellas seductoras ilusiones, y ya que se ha arrancado del corazón el último resto de la esperanza, para sentir y espresar pidamos al tiempo algunos momentos de lo pasado.

Cuatro parejas de jóvenes rodean el pedestal de ese Hércules que parece abate con su horrible maza á la discordia crinada de víboras ó Crimea. La minaz actitud del héroe contra el monstruo forma contraste con las risueñas y graciosas escenas que pasan á sus piés. Jóvenes esbeltas con lindos trajes, alegres y tiernos mancebos dejan deslizar las horas en vivas y animadas conversaciones, ó las amenizan con inocentes pasatiempos. Sus candorosos corazones se comunican sin recelo y sin artificio; cada idea que brota en su imaginacion es la alegría de todos, el



sentimiento de cada uno pasa á los demás como una chispa eléctrica , gózanse los instantes presentes como si no tuviesen porvenir y el alma es feliz en lo que tiene y en lo que quiere , porque ningun goce del mundo parece negarse á sus deseos y á su esperanza.

Y en efecto ¿ qué es la juventud ? Cuando el niño cesa de verse encerrado en la casa paterna y descubre un mundo vasto y nuevo para él , libre de sus ataduras , se lanza con ardor al torrente de la vida donde le aguardan tantos placeres y tantas penas. Las pasiones en flor no le presentan sino su lado mas bello , ocultándole por de pronto el fondo sombrío donde se esconden los rayos y las tormentas : los deseos reinan sin oposicion en su alma : sus impresiones no son débiles como las de la infancia: todo le conmueve con fuerza : las sensaciones le sacuden con violencia , pero esta violencia es para él un placer. Hasta entonces , rodeado de padres, hermanos, amigos como de otros tantos númenes tutelares , no sabia lo que era peligro , no habia casi conocido la resistencia; pero ahora , orgulloso al ver como crecen y se desarrollan sus fuerzas continuamente, lleno de una casi superabundancia de vida, sus facultades le parecen sin límites como sus deseos. Desdeñando todo obstáculo , despreciando todo riesgo , avergonzado de las ataduras que habian contenido su infancia , impaciente por gozar de su libertad , aparta todo recuerdo de su antigua esclavitud, y semejante al jóven Ascanio , ningun espacio le parece bastante vasto , ningun bridon bastante corredor , ninguna empresa bastante ardua , y salta en triunfo sobre la tierra que recorre á su placer.

Han desaparecido la delicadeza, las gracias y el candor de la infancia; pero sus músculos llevan el sello de la fuerza , su semblante lleva impresa la lozanía del vigor ; el fuego circula por sus venas , la arrogancia anima sus miradas ; complácese en levantar graves pesos , en salvar anchísimas zanjas y en trepar por riscos muy elevados ; persigue al ágil ciervo , á la tímida liebre y al feroz jabalí ; posee por completo el sentimiento de su propia fuerza. Sin tener aun enemigos que combatir , toma y agita sus armas : sus deseos son vagos y sin objeto : sus trabajos sin método ; pero la dificultad le provoca , el peligro le atrae , y cada ensayo de sus fuerzas le parece un triunfo. Ya no es el amor niño recostado en un lecho de flores en medio de las risas y de los juegos ; es Aquiles ardiendo por destruir á Troya, es Hércules impaciente por domeñar los monstruos. Momento de embriaguez ! época encantadora ! edad de los prestigios ! todos los bienes , todas las ventajas , todos los hechizos de la vida se ofrecen á la vez á nuestras miradas , se enseñorean de nuestros sentidos , de nuestro entendimiento y de nuestro corazon y ofrecen á la fantasía una carrera sin término de goces y de felicidad. Como los deseos y los placeres pasan á tropel delante de nuestra vista, nos encubren los pesares y el arrepentimiento que les siguen : toda la naturaleza se mira por el prisma del placer y de la alegría:



embriagado con su misma existencia el jóven que aparece sobre la tierra , apenas comprende que pueda afligirse y morir. En su vago ardor , queriendo probar á la vez todos los goces de la vida , no sabe fijar sus inquietos deseos ; todo lo abraza pero nada estrecha , goza de todo sin saborear nada , y ligero como la ninfa que pinta Virgilio , sus rápidas plantas se deslizan sobre la yerba y las flores sin llegar á tocarlas. No emplea sus fuerzas , sino que las prodiga ; si juega , no busca el oro sino la emocion ; si se abandona al placer , no tanto busca á su querida como al amor ; si combate , no persigue al enemigo , sino al peligro : diriais que se da prisa á gastar su vida. Sueño rápido de felicidad ! horas de ilusion ! El relámpago pasa con menos velocidad que vosotras ; el tiempo del peligro se aproxima , y tras la ebriedad de los prestigios llega la hora cruel del desengaño !

No pasemos mas allá : no descorramos el risueño velo que encubre los pesares de la realidad ; las hermosas escenas que nos ocupan no nos permiten el dar un paso mas adelante : parémonos en esta mañana encantadora de la vida y dejemos para otra ocasion el describir los ardores sufocantes del mediodía y la lenta oscuridad del anochecer , y volviendo á recorrer este delicioso recinto de la edad florida , demos una ojeada rápida sobre la mujer en lo mas bello y encantador de su existencia.

La juventud de la mujer es mas brillante que la del hombre , pero en cambio su vejez es mas triste y fastidiosa. El hombre conserva en sus canas un no sé qué de augusto y respetable que tiene tambien su belleza ; por lo regular el corazon conserva por mas tiempo su fuego , y su frescura la fantasía : los años le dan en la madurez de sus juicios una especie de sacerdocio : su consejo es augusto y todas las leyes le han venerado. Los años que ha pasado sobre la tierra parece que le descorren algo del denso velo que oculta el porvenir.

La juventud que es para todos la primavera de la vida , lo es por escelencia para la mujer. La estacion encantadora que llena de sus dones y de su vital influjo los collados y los montes , los bosques y las llanuras , ¡cuánto mas hermosa se ostentará en un jardin ó en una pradera donde las flores nacen á miles al aliento suave del céfiro , regaladas por una corriente cristalina ! Tal brilla la juventud en la frente y en el talle de una mujer ! No solo las flores le prestan sus tintes y delicados esmaltes , y no son mas que símbolos inocentes de sus gracias , sino que toda la naturaleza parece prestarles lo mas esquisito de sus encantos. El perfume de las aromas , el caido de la palma , los arrullos de la paloma , el azul celeste , son otras tantas imágenes de las gracias de la mujer. Por esto el genio del amor ha ido á buscar para retratarlas lo mas bello , lo mas puro de la naturaleza. Pero ¿qué vale el albor del lirio ni el fuego del clavel , ni la suavidad de la rosa al lado de una mirada fugitiva ó del sonrosado del pudor ? Las gracias del cuerpo no serian nada si no reflejasen las del espíritu , y estas gracias en la aurora de su vida son el embeleso del mundo.



La mujer es el ornamento de la humanidad por la delicadeza de sus formas que revelan un alma aun mas delicada, por la viveza de sus sensaciones, por la frescura de su imaginacion, por el esmalte de sus virtudes apacibles, por la ternura inagotable y por la constancia de su corazon, que le lleva á veces hasta al heroismo. En la juventud es cuando se agrupan y despuntan todas estas preciosas calidades para formar un conjunto embelesador que pueda fijar el corazon del hombre.

La mujer en la flor de sus años es el verdadero tipo de la mujer. Porque si bien despues en la edad adulta puede adquirir tambien el ascendiente que dan el hábito de la virtud y la madurez del juicio, sin embargo estas grandes dotes de espíritu brillan en la edad juvenil con todo el fuego del entusiasmo. En la mitología pelasga las diosas disfrutaban de una juventud inmortal, y Vénus la diosa del amor en sus triunfos sobre Marte, y Diana en sus amores con Endimion aparecen en el cielo de la fábula radiantes de belleza y de juventud.

La juventud de la mujer es asimismo encantadora porque está llena de misterios. Nada hay mas misterioso que el corazon de una vírgen. Por desgracia la corrupcion de nuestras sociedades deja caer su gérmen precoz sobre esas almas inocentes que prolongarian la pura sencillez de su infancia hasta los umbrales del lecho nupcial. ¿Qué mas hermoso que aquel sentimiento vago de felicidad que tiene un corazon vírgen? El pudor, el amor casto y la amistad virtuosa, dice un moderno escritor, están llenos de secretos. Se podria muy bien decir que el amor inocente entra en el corazon como un crepúsculo que no deja ver claros los objetos. La jóven que siente por primera vez esta agitacion cuya causa y cuyo fin ignora todavía, cuando revela en sus suspiros y en sus miradas la necesidad que tiene de amar, es cuando la naturaleza la llena de todos sus hechizos para ser amada. Entonces es cuando merece encontrar otro ser como ella, y no un hombre indigno que aun cuando no la haga víctima de su brutalidad la deje burlada en sus esperanzas.

El destino especial de la mujer, ha dicho un profundo conocedor del pasado siglo, es agradar al hombre, porque el agradar este á ella es una necesidad menos directa. El mérito del varon consiste en su poder, y por lo mismo que es fuerte agrada. La mujer debe hacerse agradable al hombre en vez de incitarle: en sus atractivos consiste su fuerza. De aquí nacen el acometimiento y la defensa, la modestia y el pudor con que armó la naturaleza al ser débil para que triunfara del fuerte. En cualquier parte del mundo en que se alterase esta ley natural y en que fuese igual la libertad de los hombres y de las mujeres, tiranizados por ellas los hombres, al fin serian sus víctimas. El sexo mas fuerte es en la apariencia el árbitro, y en realidad depende del mas flaco. La mujer, léjos de sonrojarse de su debilidad, hace gala de ella, afecta no poder levantar del suelo la mas ligera carga, y se avergonzaria de ser fuerte. Su astucia consiste en buscar muy

léjos disculpas y derecho para ser débil cuando le conviene. No es pues de las mujeres el imperio porque así lo han querido los hombres, sino porque así lo quiere la naturaleza.

Hemos presentado la parte risueña y agradable de la juventud, así en el hombre como en la mujer, ocultando el lado oscuro que consigo trae el hervor de los años, como todo lo del mundo. La veleidad, la inconstancia, la imprevisión, la temeridad en las empresas, el alucinamiento, las tormentas que agitan al alma, las ilusiones que la pierden, y en las mujeres, la vanidad, la presunción, la coquetería, la ficción.... Mas nosotros no escribimos un tratado de moral. Los encantos, las verdaderas fruiciones de la juventud, este es nuestro objeto; así como lo es el del cuadro que nos ocupa. Poco nos queda que decir acerca de su autor. El cuadro respira elegancia, aparte de algunos ligeros lunares en el dibujo. Un divertido grupo de jóvenes y de muchachas con traje de pastores y pastoras del tiempo de Luis XIV alegran el tiempo lo mejor que pueden; los unos bailan, los otros se entretienen en ver alguna curiosidad antigua; una niña tiene un gato en sus brazos; otras dos—y una de ellas algo descubierta—dejan escapar un pájaro de su jaula. Hemos hablado ya del Hércules de mármol blanco que sobre un elevado pedestal aplasta la figura alegórica de Crimea. El autor fué feliz en su inspiración, y este cuadro que representa en compendio los placeres de una época de la vida, ofrece, á mas de las bellezas en sus detalles, ancho y profundo campo á la meditación del filósofo, despues de haber ocupado agradablemente la atención del artista.

Joaquín Roca y Cornet.



# EL CUERPO DE GUARDIA.

(CUADRO DE MIERIS.)

En otra ocasion hemos enterado á nuestros lectores de los vicios que desgraciadamente tenian hecha presa en el corazon del artista autor de este cuadro. El vino y las mujeres eran, al parecer, las dos fuentes de inspiracion de Mieris, fuentes envenenadas que debian ejercer sobre su vida, ó mejor sobre su muerte, una influencia inmediata.

Sin embargo, de vez en cuando el artista veia á través del vino bellas escenas en que no le era difícil descubrirse á sí mismo en primer término, y una de ellas pudiera muy bien ser la que tiene lugar en el interior de ese cuerpo de guardia. A la vista del desorden que en él reina, al contemplar el número de botellas caidas ó en pié, todas vacías, al examinar el picaresco semblante de esa mozuela que retira parte de los trofeos inutilizados, cualquiera podría suponer que Mieris habia pasado algunas horas en aquel pequeño recinto donde la atmósfera se halla impregnada de humo de tabaco y espíritus alcohólicos.

Ahora bien ¿tiene este cuadro fisonomía de lo que el autor se ha propuesto representar en él? Por nuestra parte, ignoramos cómo estarían montados los cuerpos de guardia en el siglo diez y siete; pero en nuestros tiempos en verdad que son bien distintos. Un cuerpo de guardia es comunmente un aposento cuadrado, cuyas paredes han sido blancas en otro tiempo y mas recientemente se han convertido en inmenso lienzo ó descomunal pliego de papel, donde un enjambre de artistas y poetas *á natura* han dejado huellas de su momentánea permanencia. El aspecto de esos recintos ahumados inspira tres sensaciones que se suceden gradualmente por el siguiente orden : risa, tristeza, admiracion.



Miers pinx

A. H. Payne sculp

*Le Corps de Garde.  
The Guard Room. Die Wache.*

*Obwach*



Contemplando las desfiguradas figuras dibujadas con carbon, leyendo los versos sin medida que empuercan las paredes, repasando los pensamientos macarrónicos que desaparecen bajo otros pensamientos mas macarrónicos aun, por fuerza asoma al labio la sonrisa y se aguza la memoria para retener en ella tantos *beaux mots*, como dirian los franceses, oportunitísimos para reproducidos á media docena de ociosos en torno á una mesa de café.

Mas luego, y analizando aquellos emblemas, descifrando aquellos escritos, se viene en conocimiento de una verdad triste, y es que dentro de aquel aposento y bajo el tosco capote del soldado, han latido muchos corazones atormentados por sensaciones penosas. Aquel corazon pintarrajeado, mas grande que el de un toro, y atravesado de parte á parte por una flecha, que mejor parece una lanza, haciendo brotar de él gotas de sangre del tamaño de una nuez, ¿no puede ser un desahogo del alma, un recuerdo de amor, una memoria consagrada á la hermosa niña que en la soledad del campo, palidece, suspira, y tal vez muere, contando dia por dia los que la separan de la vuelta del soldado? Quizás los dos amantes vivian tranquilos y aguardaban unirse ante Dios para realizar las esperanzas de unos amores inocentes: ¡cuántas veces habrian discurrido acerca de su próxima felicidad, y cuán inmenso era el horizonte de la dicha que aguardaba á aquellos dos seres olvidados de todo el mundo!.... De repente, se verifica un sorteo, nuestro jóven tiende la mano trémula á la urna donde ruedan los números fatales, saca una bola, mira el guarismo, se anubla su vista, y al mismo tiempo que una lágrima de despecho y de dolor salta de sus ojos, hiere su corazon el grito de una mujer que se desvanece á pocos pasos de distancia. Adios boda, adios felicidad, adios amores.... Nunca adios amores: el soldado llevará á la guarnicion, al ejercicio, al mismo campo de batalla la imagen de su adorada; y una noche de monótona lluvia, en el interior del cuerpo de guardia, mientras sus compañeros descansan tranquilamente, porque no sufren de ausencia ni de celos, él cogerá un tizon de la fria chimenea y trazará incorrectamente aquel corazon, aquella flecha, aquella sangre, que quieren decir amor, amor tan grande como pudo haberlo sentido el divino Rafael por la bella Fornarina.

¿Qué significan aquellos versos escritos con letra menuda en un ángulo del cuarto y medio borrados por el color amarillo del humo? Muy malos son como versos, muy buenos por el sentimiento que encierran: son un adios cariñoso al hogar doméstico, una memoria tierna impregnada de cierta melancolía que no necesita contar sílabas con los dedos para ser comprendida. El soldado que la ha escrito en una noche de insomnio, retrotrajo su pensamiento á un país quizás mas árido, á un clima quizás mas rudo, á unas gentes quizás mas rústicas; pero ningun paisaje, ninguna temperatura, ningunos refinados portentos de humana cultura tienen para el corazon el atractivo del lugar en que hemos nacido, cuyos



árboles son mudos testigos de una escena de nuestra vida, cuyas casas nos han cobijado una á una bajo su umbral hospitalario, cuyos habitantes si son ancianos nos quieren con el amor de los padres á los hijos y si son jóvenes con el cariño de los hermanos hácia los hermanos. Esto es lo que se ha representado á la imaginacion del soldado cuando ha trazado en la pared aquellos mal medidos renglones, que podrán no ser versos, pero que son verdaderamente una poesía, puesto que nacen de un sentimiento delicado que vibra en el corazón del duro veterano como la cuerda del arpa en la caja del sentimental instrumento.

Aquellos emblemas de amor, aquellas composiciones á la patria, aquellos nombres aislados, aquellas simples cifras toscamente copiadas de otras que la pasión ha escrito con inteligente mano en el pecho del soldado, hé aquí lo que nos entristece en los cuerpos de guardia, henchidos siempre de gente proscrita de su hogar y de sus amores.

Y luego un sentimiento de admiración se apodera de nuestra alma : aquel soldado á quien la ley separa de su amada, aquel mancebo que pagaría con su vida el abandonar la guardia para ir á recoger el último suspiro de su moribundo padre, aquel hombre para quien no hay mas tierra en el mundo que aquella desde la cual se descubre la bandera de su cuerpo, tiene una dosis de abnegación superior, muy superior, á la de los grandes patricios para quienes son las coronas de laurel y de oro. En el interior de ese cuerpo de guardia, donde el patriota pulcro no se atreve á poner los pies por no ensuciarse las botas, y la dama matrona no puede penetrar por temor á sus nervios, se han albergado un día, y otro, y siglos enteros, los hombres mas generosos del reino.

La patria les ha despojado de padres y hermanos, amigos y amores, la patria les ha privado del aire puro de su país natal para hacerles respirar el aire mal renovado de los cuarteles, la patria les ha privado de su libertad y les ha leído todas las mañanas las penas rigurosas en que incurrirían á la mas leve de las faltas; y ellos en cambio han correspondido á tantos perjuicios ofreciéndole á la patria toda la sangre de sus venas. Una mañana oyó decir el soldado que peligraba el país, y le ordenaron salir al campo en persecución de enemigos. Enemigos ¿de quién? No del soldado que es harto humilde para tenerlos. Las cajas de guerra dan la señal del ataque, y el soldado se lanza decidido al campo contrario, y en sangrienta refriega vence ó cae, triunfa ó muere. Vedle, su rostro siempre triste cuando no indiferente, se inflama con orgullosa expresión, sus labios profieren el nombre de la patria con entusiasmo y apostrofan al enemigo con sin igual energía, combate como pudiera el mas noble y poderoso león rodeado de menos valientes fieras, y si el plomo del contrario penetra en su cuerpo, ni una maldición, ni una queja sale de su boca que indique el mas mínimo descontento, el resentimiento mas insignificante hácia la patria ó hácia la ley que le ha arrancado del seno de su familia para hundirle en una tumba, en



la cual ni aun tendrá la recompensa de que otros lean su ignorado nombre. Y esta abnegación ¿no es acaso de admirar, de glorificar, si cabe tanto?

Mas supongamos que la victoria corona sus esfuerzos, supongamos que el veterano ha salido á salvo de todos los peligros de la guerra. ¡Mas admiración despierta aun en este estado! Junto á él han peleado imberbes alféreces que tal vez por hazañas mas vistosas, que no mas meritorias que las del soldado, mandan regimientos y aun ejércitos; junto á él se han ganado las grandes cruces y los grandes puestos, junto á él se han ceñido coronas á los jefes que quizás ganaron una batalla por la buena puntería del soldado en quien ninguno reparó durante la lucha, ni reparará tampoco la historia, que á pesar de todo se llama fiel y justiciera.

¿Creeis que el soldado se queja ni aun de la ingratitud de la gloria?... No por cierto: la gloria la lleva él consigo mismo en los remiendos de su uniforme raído, en el cañon pulimentado tantas veces de su querido fusil, en esas cicatrices que están revelando bravura y honra. ¿Sabeis cuál es su hora de orgullo, su recompensa inocente, que ninguno puede disputarle? Penetrad en el interior del cuerpo de guardia, oidle referir sus campañas á los bisoños compañeros que le escuchan, y si acaso suponeis que hay su parte de exageración en aquel relato hecho con la vigorosa elocuencia que se aprende en campaña, no os riais de ella y perdonadle de todo corazon, pues esta mentira inocente y pasajera del héroe olvidado, es infinitamente mas venial que todas aquellas escritas en las historias para inmortalizar á los favoritos de la suerte.

Ahora bien ¿entendeis porqué motivo nos causa admiración la vista de un cuerpo de guardia? Porque comprendemos las virtudes cívicas y militares que se han albergado debajo de su ahumado techo, porque leemos en las ennegrecidas paredes muchos nombres que mañana desaparecerán bajo otros nombres, como los cadáveres de los que los trazaron desaparecieron un día debajo de otros cadáveres de amigos y enemigos, amontonados indistintamente por la igualadora muerte.

Héroes sepultados léjos de vuestra patria en país donde ni una modesta cruz con vuestro nombre recuerda al pasajero el sacrificio patriótico que hicisteis de vuestra vida, yo os tributo un humilde recuerdo, y ¡ojalá! pudiera en este libro inmortalizar vuestra abnegación. ¡Oh! no temais que si algun dia penetro en alguno de esos cuerpos de guardia donde tal vez padecisteis hambre y frio por mi patria, ponga en mis labios la fátua sonrisa del que lee únicamente lo que está escrito, y para nada le importa esa mirada del alma que descifra el gran libro del sentimiento, que encuentra con seguridad entre los pliegues del corazon la lágrima que en ellos permanece.

Insensiblemente nos hemos desviado del cuadro de Francisco Mieris; pero es el caso que el cuerpo de guardia pintado por el alegre holandés, no tiene ningun-



na analogía con los nuestros. ¿Qué ha querido significar el pintor en estas tres personas, una de las cuales, la única militar del cuadro, está dormida, en tanto que otra le birla suavemente una moneda, haciendo al propio tiempo señas á una moza, que tiene mucho mas de maritornes que de cantinera? Buenos estarían los cuerpos de guardia en el país en que los oficiales se portasen tan discretamente como el de Mieris...

Probablemente los soldados españoles encontrarían á los holandeses tan agradablemente ocupados cuando fueron á clavar sus pendones en Holanda, ó así tal vez se durmieron los españoles cuando la Francia de Luis XIV invadió aquellos dominios de nuestra patria. En este caso Francisco Mieris estuvo sarcásticamente filósofo en esta pintura: el militar que estando de servicio consagra el tiempo á las bebidas, á las mujeres y á las malas compañías, puede muy bien ser sorprendido en su sueño, con la misma facilidad con que es saqueado por el personaje del cuadro el oficial que en él se halla dormido. En tiempo de Federico el grande de Prusia, una falta mucho mas leve hubiera puesto término á la existencia del militar que así faltase á su consigna.

Cuéntase de ese rey que mandó arcabucear á un oficial, porque contra la órden general del ejército habia encendido una lámpara en el interior de su tienda para escribir una carta á su familia; y del emperador Carlos V se refiere que atravesó con su propia espada á un soldado que estando de centinela se habia dejado rendir por la fatiga. Severa fué por demás la justicia de estos monarcas; mas por Dios que en su tiempo se conquistaron tierras, bastantes para no perderlas todas con siglos enteros de perderlas continuamente!

Por nuestra parte, y aun careciendo del animado pincel de Mieris, preferimos sublimar un cuerpo de guardia, suponiéndole albergue de héroes, mejor que reproducirle como guarida de vicios. Por esto, y al pensar en el interior de nuestros cuerpos de guardia, que se nos figura se parecerán bastante á los de todos los países del mundo, recordamos involuntariamente aquellos magníficos versos de Zorrilla en su poesía á la GLORIA y al ORGULLO:

Por tí el soldado se vendió á sus reyes,  
Y lucha ahora con porfía insana;  
No por esas, que ignora, pobres leyes...  
Por comprar una lágrima mañana.  
Por tí acaso el cansado centinela,  
(que incendió una ciudad en la batalla,  
Su cifra, indiferente, mientras vela,  
Pinta con un tizon en la muralla.

Manuel Angelon.



G<sup>o</sup> DE MUNICH P. 29



*Sainte Agnes.*

# SANTA INÉS.

( CUADRO DE CARLOS DOLCE. )

Ya hemos hablado en otro artículo del célebre pintor florentino, cuyas calidades distintivas le constituyen un artista de un genio y carácter particular, como lo acredita en este cuadro en el cual se ha separado enteramente de la manera usual de representar á Santa Inés. No entraba en las tendencias artísticas de Dolce el elemento dramático; esto es la accion, ó el conjunto de acciones que forman un complicado grupo. Lo que él procuraba son asuntos de reposo para expresar un sentimiento íntimo, misterioso, espiritual. Todos sus cuadros respiran un santo entusiasmo para lo celestial, esta abnegacion pasiva que sacrifica el mundo material á los conceptos ideales del sentimiento religioso. Cada una de sus producciones es una plegaria, una aspiracion hácia la dicha pura de la eternidad.

Tintoret nos representó á Santa Inés cumpliendo un grande acto de su vida; el Dominiquino la pintó triunfante en medio de sus verdugos. En el cuadro de Dolce, al contrario, la vemos estasiada en sus místicos arrobamientos, y conversando consigo misma. Solo la auréola y un ramo de palma indican la inspiracion y la victoria de la santa. Y en realidad la leyenda de Santa Inés es asaz fecunda en detalles para ofrecer á un pintor de la edad media una porcion abundante de asuntos para escoger.

Salida de una de las principales familias romanas, vivia bajo el imperio de Diocleciano á últimos del siglo tercero y primeros del cuarto. Ya en la tierna edad de trece años la doctrina cristiana se apoderó de su alma, y aquella jóven, radiante de hermosura, se hizo la esposa del Salvador, y como tal, rechazó las



ofertas de matrimonio que le propuso un jóven romano llamado Lucio Tito, el cual, aunque naturalmente orgulloso, deponia su altivez y se mostraba humilde ante los seductores atractivos de Inés, cuya negativa influyó de tal modo en el ánimo del jóven amante, que le puso enfermo de amor. Pero ni aun esto bastó para ablandar su constancia. Y al procurador Verus padre de aquel jóven le respondia con decision: «Desposada soy con un esposo de una belleza y de un rango muy superior al de tu hijo.» Estas palabras la hicieron sospechosa de cristianismo á los ojos de Rutilio, secretario de Verus, y en su consecuencia fué arrastrada ante los tribunales; y negándose á terminar su voto de castidad en un templo de Vesta, fué condenada á abandonar sus gracias virginales á la brutalidad del primer venido en un público lupanar. Mas ni aun en este inmundo receptáculo del vicio pudo alcanzarle su hálito infecto y hediondo. Tan solo Tito, escitado á la vez por el doble espíritu de la venganza y del deleite, quiso acercarse á ella, pero al momento quedó herido de muerte, y solo á vivas instancias de su padre consintió Inés en volverle á llamar á la vida. Verus, reconocido, se apresuraba á ponerla en libertad, cuando Rutilio, al frente de un vil populacho llega delante de la casa, sube á una tribuna, y pronuncia contra Inés una sentencia capital. Mas la vírgen, protegida por los espíritus angélicos, descansaba sobre las llamas de la hoguera como sobre un lecho de rosas, y sobre la cama de hierro candente sonreia como un inocente niño ó como los tres mozos hebreos en el horno de Babilonia. Aun mas, refiere la historia que arremolinadas despues las llamas por uno y otro lado abrasaron á muchos de los circunstantes que hacian el oficio de verdugos. Los sacerdotes de los ídolos tuvieron gran parte en el martirio de la santa, pues procuraban escitar el feroz fanatismo del pueblo contra los mártires de la Cruz. Y en vez de asombrarse al ver como suspendidas por prodigio las leyes ordinarias de la naturaleza, cual lo es la natural voracidad del fuego, y respetar ya que no adorar la mano potente que obraba aquellas maravillas, las atribuian á genios malévolos y contrarios á sus deidades, añadiendo el absurdo á la crueldad y la impostura á la barbarie. Y temiendo el tirano que aquella milagrosa resistencia de las llamas en cebarse en el cuerpo de la casta doncella no produjera algun tumulto en aquellas turbas de fieras, mandó al sicario que la degollase en el lugar mismo en donde habia de ser quemada. Impaciente entonces la santa, con el anhelo que tenia de unirse para siempre con su Esposo divino, suplicó al bárbaro como por favor que se dignase consumir el sacrificio. El ejecutor se acercaba á ella con una especie de temor, movido por un instinto racional que le impulsaba á reconocer en la noble beldad algo de grande y de extraordinario. Y conociéndolo la vírgen, le alentó ella misma á que depusiera el temor y cumplierse con su oficio. ¡Qué situaciones, qué escenas para un pintor cristiano, y para un alma poética! La víctima dando ánimo al verdugo, como dispuesta y anhelando recibir de su segur homicida el golpe que habia de romper el lazo



que la detenía á la vida para volar á la inmortalidad; ó levantando dulcemente los ojos al cielo para ofrecer aquella alma pura que iba á volar al seno de su Criador. Al concluir la plegaria el verdugo temblando le pasó la espada por el pecho, ruborizado de aquella inmolacion tan cobarde como impía, y al mismo momento la vírgen espiró.

El gran doctor del desierto S. Jerónimo estasiado á la vista de tanto heroísmo, reconoce con asombro en aquella vírgen ilustre dos grandes victorias, y la ve resplandecer con dos coronas inmortales, la de la virginidad y la del martirio. A pesar del furor de un pueblo obcecado contra los discípulos de la Cruz, el cuerpo de Santa Inés fué llevado por los fieles al lugar de su sepultura como en triunfo. La sola razon natural, el simple buen sentido, el natural amor á todo lo grande y generoso, prescindiendo aun de la fe, hubiera debido celebrar la gloria de aquella intrépida heroína. Pero la impiedad es tan ciega como injusta, no conoce las nobles inspiraciones; es una depravacion lamentable de los mas puros sentimientos de la naturaleza.

Así es cómo Carlos Dolce dejó de recurrir á los numerosos elementos que le presentaba la historia de Santa Inés para ofrecerla como una simple personificacion de santidad, reconcentrando en la dulzura de su fisonomía las dos grandes virtudes que descollaron en ella, el amor á Dios y el amor á la pureza. Por el amor á Dios tuvo amor á la pureza, por manera que este último amor no es mas que el amor á Dios bajo el punto de vista de la abnegacion y del sacrificio. La constancia de la mártir no fué mas que la consumacion de este sacrificio, pues quien se hizo superior á los atractivos de la carne, era consiguiente que se hiciese superior á los tormentos del dolor, y la que no temia la tiranía de los sentidos sobre el alma, tampoco debia temer la tiranía del hombre sobre su cuerpo.

Despues del gran mártir del Calvario debian legiones innumerables de mártires acompañar el gran triunfo de la Cruz, y la sangre divina derramada en el Gólgota debia preceder á los torrentes de sangre humana que por los méritos de aquella abrian á los primeros escogidos las puertas del cielo como á preciosas primicias de la humanidad redimida. Los apóstoles, los discípulos, débiles primero y llenos despues del espíritu y de la fuerza de Dios, van deponiendo sus vidas bajo la cuchilla del verdugo. El naciente mundo cristiano es un mundo de mártires. El infierno estremecido, ya que no puede sentarse sobre los altares, se sienta sobre el trono del mundo para acabar con los hijos de la Cruz triunfadora: encárnase, por decirlo así, en los tiranos de la tierra, en los magistrados, en los procónsules, en todos cuantos idolatran aun por los déspotas ó por los demonios; las cárceles, los suplicios se llenan, los ecúleos, los garfios, los cuchillos se embotan; las fieras se hartan de carne cristiana, las llamas se cansan de devorar, los verdugos se fatigan: solo los cristianos, indomables y



sumisos á un tiempo, persisten en la ambicion santa de escribir con su sangre el testimonio de su fe. Los emperadores se lisonjean de inundar en lagos de sangre esa tierna y humilde hija del cielo que nació en el Calvario para no morir jamás. ¡Qué teatro de combates y de victorias! ¡Y qué estrañas victorias! Hemos oido el canto del salvaje que se gloriaba en sus sufrimientos por haber hecho sufrir aun mas á su enemigo. Pero aquí, por una parte la paciencia, la calma, la dulzura, sin cólera, sin jactancia, la bendicion en los labios y el fuego de un amor inmenso en el corazon, la mansedumbre de un cordero, el candor de una paloma, la alegría, la gloria en los tormentos; y de otra parte el furor implacable, la amenaza, la atrocidad, el lujo de la barbarie y el baldon de la cobardía cebándose en víctimas tiernas é indefensas! De una parte el heroismo sobrehumano en el sufrir, el ansia de correr al martirio, los mismos verdugos con frecuencia convertidos. ¡Oh! si los mártires no hubiesen tenido sino la fuerza de morir, y se hubieran mostrado débiles como los demás hombres, no hubieran arrastrado con su ejemplo. Y de otra parte la ferocidad del tigre, la pertinacia del arcángel maldito, la ceguedad funesta del judío.

Despues que el mundo romano no era mas que un vasto campo de cadalsos, los fieles léjos de aterrarse, recogian con amor los restos de las santas víctimas, las besaban, teñíanse con su sangre, les tenian una santa envidia, y haciendo de sus sepulcros el altar de sus oraciones, las rogaban que les alcanzasen de Dios el participar de sus triunfos. ¡Ah! y no era, no, el fanatismo, la simplicidad, la flaqueza, la credulidad del vulgo la que se lanzaba á las hogueras, á los potros, á los anfiteatros. Personajes ilustres, filósofos, magistrados que habian sido la gloria del paganismo, grandes dignatarios del imperio, guerreros intrépidos, héroes, legiones enteras, historiadores, escritores célebres, se mezclaban con la inocencia, con la belleza, con la debilidad de la edad y del sexo: la humanidad paciente estaba largamente representada en todas las condiciones: para todos estaba abierto y á todos igualaba aquel bautismo de sangre que rompía las cadenas de la vida, dejando en la tierra el testimonio para recibir el premio en el cielo. Y no morian los mártires por opiniones sino por hechos, y esta observacion es importante. Los primeros cristianos murieron por hechos que ellos mismos habian visto y tocado con sus manos, como los apóstoles y demás discípulos de Jesucristo; la multitud de cristianos inmolados al principio habian sido testigos oculares de los prodigios de Jesucristo y de los apóstoles, y los mártires siguientes fueron trasmitiendo por espacio de tres siglos este mismo testimonio de sangre, perpetuándolo por diversas generaciones como una cadena siempre seguida de deposiciones siempre irrecusables en favor de los hechos que eran el fundamento de su religion. ¿Qué habian visto los mártires de las otras religiones? ¿qué habian oido? ¿qué podian atestiguar? ¿dónde está una deposicion unánime, inmensa, irrefragable, de mas de diez y siete

millones de testigos, lo mas bello, lo mas escogido de la humanidad, de toda edad, de toda categoría social, todos animados de un mismo espíritu, todos dóciles á la ley del hombre en lo que no se opone á la de Dios, los súbditos mas fieles, los soldados mas intrépidos, las esposas mas dulces, los padres mas tiernos, los mas leales amigos, aquellos de quienes decian los gentiles absortos: ¡y cómo se aman! ¡Ah! tanta virtud, tanto candor, tanto desinterés, tan espontáneo y entero sacrificio, tanta constancia, tanta humildad, un amor tan puro, una fe tan ardiente, una esperanza tan firme, ¿nada diria en favor de la verdad? ¿Así el cielo hubiera engañado á los hombres? ¡Ah! la sangre de los mártires, esa gran página de púrpura que ostenta la religion en sus anales, es irresistible. Si alguno la niega, es porque no sabe leer en el corazon, no tiene entrañas; y es una gloria para Dios que solo tales hombres puedan desconocerle en la brillante y magnífica creacion de este nuevo mundo de la gracia.

¿Y por ventura habrá dejado de correr esta sangre del testimonio divino en los siglos posteriores? ¿Por ventura dejara de correr aun en el nuestro? Frescas están aun las llanuras de la Cochinchina, frescos los campos de la Siria de la sangre de nuestros mártires contemporáneos. Desnuda ha estado siempre y estará hasta la fin del mundo la cuchilla contra los hijos de la Cruz, y en una ú otra parte del globo se regará la tierra con esta semilla divinamente fecunda para que no se pierda hasta el fin de los siglos la descendencia espiritual de los adoradores del Dios crucificado. Todos los errores, todas las hipocresías, todas las imposturas, á pesar de los mentidos velos con que se cubren, vienen á parar al fin en la persecucion, y el cristiano verdadero debe estar siempre preparado para la lucha y para la palma del martirio.

Joaquín Roca y Cornet.

---



## SAN PEDRO ENCARCELADO.



( CUADRO DE GERARDO VAN HONTHORST. )



Muy justamente es considerado este pintor como formando parte de la grande escuela de aquellos maestros neerlandeses que han tomado de su cuenta el representar con el pincel las escenas comunes de la vida doméstica y ordinaria. Sin haber llegado al colmo de una imaginacion creatriz, sin figurar en primera línea bajo el punto de vista de la ejecucion técnica , y bajo el de una fiel imitacion de la naturaleza , no se le puede disputar frescura y limpieza de conceptos, vigor y verdad en el dibujo tanto como en los coloridos. Por lo que hace á su habilidad poco comun en valerse de los efectos de la luz sin ofender la armonía de los tintes , las generaciones futuras le tributarán , mas aun que ahora, una completa admiracion , y tomarán de sus obras lecciones provechosas. Así que , aun viviendo él, reconociendo los italianos este mérito, le honraron con el título de *Gherardo della notte* (Gerardo de la noche) bajo el cual es casi esclusivamente conocido en aquel país.

Nació este pintor en Utrecht en 1592. Sus padres, gente honrada, pero poco favorecidos de la fortuna, le colocaron desde luego de aprendiz en casa de Abraham Bloemaert, en donde hizo rápidos progresos. Muy pronto tuvo el deseo de ver las obras maestras de los grandes artistas italianos, entre los cuales sintió sin duda las mayores simpatías por los lienzos de Miguel Angel de Carravaggio. En Italia fué donde compuso la mayor parte de sus cuadros de noche que le valieron tan alta y general reputacion. Mas, como Carravaggio que apareció en algun modo en un período de verdadera aberracion artística, y que por los desórdenes de su vida nunca llegó á encontrar una direccion mas pura y mas sana, Honthorst

G. DE MUNICH P. 56



*St. Peter in Prison. Peter in Prison. Peter in Prison.*



no estuvo enteramente libre de un cierto amaneramiento. Verdad es que su dibujo es mas bello que el de su predecesor, y que si su colorido no tiene el mismo carácter serio y dramático, es mas grato á la vista, y produce un efecto de conjunto mas favorable. La transparencia de su claro-oscuro nada deja que desear, y sus luces parecen poseer en realidad una virtud luminosa.

Los cuadros compuestos en aquella época para muchos cardenales en Roma, y tan ponderados en su tiempo, ó han desaparecido, ó andan esparramados y confundidos en colecciones particulares. Sandrard fué su discípulo y le acompañó en Inglaterra, cuando fué allá por disposicion de Carlos I. No fué en Londres donde pintó sus mas bellos cuadros: se le habian pedido vastas decoraciones con muchas alusiones mitológicas, pero faltaban á Honthorst la reflexion poética y la riqueza de imaginacion que reclamaba un desempeño de esta clase. Allí se ocupó tambien en copiar algunos cuadros de Holbein.

Regresado á Utrecht, fué nombrado pintor de la corte por el príncipe de Orange. Federico Guillermo, elector de Brandeburg, reivindicó la dicha, poco envidiable por cierto, de deponer por diez y seis veces al artista neerlandés, y su mujer tuvo el valor de renovar este acto hasta veinte veces. Tal era entonces en muchos puntos el reinado de aquellos pintores áulicos en que los grandes podian decir con orgullo: «Cualquiera que haya recibido recompensa por diez de mis retratos, recibirá gratis el oncenno.» El del mismo Honthorst se halla en la sala de los retratos de la galería Uffizi en Florencia.

Antes de entrar en el sucinto exámen del cuadro que aquí nos interesa, fuerza es el describir en cortos rasgos el carácter del personaje que en él se nos representa. Conocida es su historia: no haremos mas que dar sobre ella algunos toques para ponerla al nivel del artista que de él deba ocuparse, en cualquiera de las escenas en que descolló y que constituyen su particular fisonomía.

Roma, la capital del universo, vió terminar en su seno la gloriosa carrera de las dos grandes lumbreras de la Iglesia S. Pedro y S. Pablo, tan dignos el uno como el otro de ocupar la atencion profunda del filósofo, y el estudio del artista. El César que dió su nombre á los siglos por emblema de la crueldad, el que deseaba que todo el género humano tuviese una sola cabeza para poderse la cortar, tenia bajo su cuchilla los dos grandes jefes del Cristianismo. Pedro el apóstol de la fe y del amor, el corazon abrasado, el hombre que se entrega sin reserva al divino Maestro, el primero en confesar su divinidad, el celoso defensor de la víctima de Gethsemaní, aquel pecho rústico y sencillo que por haber amado mucho y por haber llorado mucho la fragilidad y la cobardía de un momento, mereció que hablase por sus labios el Espíritu Santo, que en dos solas veces conquistase con su palabra diez mil personas para Jesus, y cuya sola sombra hacia milagros. Pablo, el infatigable guerrero de las batallas del Señor, el intérprete profundo de su doctrina, el hombre de los triunfos evangélicos, el oráculo de la



sabiduría de Dios que resonó por los cuatro ángulos del mundo, el triunfo viviente de la gracia, el arrebatado al tercer cielo. Pedro, el modelo de las almas fieles, el que recibió de Jesucristo las llaves del reino de Dios, la piedra angular de su Iglesia, el sucesor del Hombre Dios en el gobierno del mundo espiritual, y el primer eslabon de la cadena de pontífices que se ha perpetuado y perpetuará desde la plenitud hasta el fin de los tiempos, el que, sin valerse de su indisputable primacía, fué humilde hasta el punto de que su autoridad cediese á su modestia, el libertado de las cadenas por la mano de un ángel, que es el asunto del cuadro que nos ocupa. Pablo, el gigante humillado al pié de la cruz, derribado de su corcel orgulloso para levantarse despues á mayor altura cuando se glorió en la cruz de Jesucristo. Pedro y Pablo, los dos hombres cuya virtud, cuya fe y caridad llenó de asombro y de felicidad al universo; los dos héroes sin igual, crucificado el uno, decapitado el otro, cuyas cenizas descansan en la gran metrópoli del Cristianismo, los dos grandes sobre todos los grandes, amigos predilectos, coadjutores del Hombre Dios, partícipes en primera línea de sus desvelos para salvar al género humano, ante cuyos radiantes sepulcros han visto diez y ocho siglos arrodillarse los pontífices sumos de la Iglesia, sucesores de Pedro, para implorar el socorro divino en el gobierno de la mil veces combatida Iglesia, ante cuyos sepulcros hoy mismo el angustiado sucesor del grande apóstol dirige al cielo sus fervientes ruegos para alcanzar sobre sí y su rebaño una mirada propicia del que dijo: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra tí.»

Tales son los dos grandes colosos del Catolicismo, cuyo parangon dá mayor realce á su respectivo carácter, los dos grandes héroes de la religion en su cuna S. Pedro y S. Pablo. Al primero confió Dios las llaves del reino de los cielos, para que ya desde la tierra abriera las puertas del jardin inmortal á los cautivos que él mismo habia venido á redimir. Al segundo se confió la espada de dos filos de la palabra de Dios, despues de haber depuesto á los piés de Jesucristo la que antes obcecado blandia para perseguir á los hijos de la Cruz. La autoridad de Pedro reina y reinará en sus sucesores, pasando por encima de las ruinas de los imperios: la voz de Pablo resuena aun y resonará por todas las generaciones como un oráculo perpetuo de la palabra de Dios: el uno sentó su silla sobre todos los poderes de la tierra; el otro levanta su doctrina sobre todas las ciencias de los hombres: son como dos figuras gigantescas que brillan en el gran panteon de la Iglesia; su base descansa en la tierra, y su coronada cabeza se pierde en los espacios del imperio eterno de Dios. El penitente pronuncia con confianza sus nombres inmortales cuando confiesa sus miserias, y el gran Pontífice del Vaticano venera de rodillas sus restos antes de dar su bendicion á la ciudad y al mundo.

El pasaje de la vida del santo apóstol á que se refiere nuestro cuadro es uno de los mas notables y de los en que mas resplandece la Providencia, que le conservó la vida por dilatados años mas que á ningun otro de los sucesores en



su santa y augusta silla. Cuando los apóstoles se dividieron el mundo para conquistar por Jesus todos los pueblos, Pedro dejó á Jaime en el gobierno de la Iglesia de Jerusalem, y se fué á Antioquía capital de Oriente. De allí se fué á predicar en el Ponto, en la Galacia, en la Bitinia, y en el Asia menor, visitó todas las iglesias fundadas por Pablo en aquellos países, trasladó su silla á Roma, la estableció con confianza y sin temor al lado de la soberbia morada de los Césares, y volvió á Jerusalem, donde Agripa le hizo prender y encarcelar el dia de los ázimos. Para satisfacer al pueblo que pedia la cabeza del príncipe de los apóstoles, como habia pedido la de Jesus su maestro, Herodes tenia la idea de hacer dar muerte á Pedro despues de la Pascua; mas la víspera del dia señalado para el suplicio, un ángel del Señor aparecióse de noche al glorioso cautivo, y llenando su cárcel de una luz brillante y sobrenatural de la cual no tienen idea nuestros groseros sentidos, le dijo : « Levántate, ponte el cinturon, toma tus vestidos y sígueme. » A estas palabras Pedro sintió caer sus cadenas, vió las puertas de la cárcel abiertas, pasó por en medio de la guardia sin ser visto, y salió milagrosamente de la ciudad. Es presumible que los guardas estarian sumidos en profundo letargo, como los que custodiaban el sepulcro del Salvador.

Se ignora á donde fué Pedro al salir de la cárcel, pero es probable que volviese á Roma en donde escribió su primera carta á las iglesias que habia fundado en Asia, manifestándose desde entonces su primacía de un modo el mas sensible. Empezó gobernando la primera comunidad de fieles en Jerusalem, la fe partió de Judea para iluminar todo el Oriente, fijó él su silla en Antioquía, capital de aquella parte del mundo, y cuando los apóstoles dispersos hicieron oír la buena nueva á todas las naciones, trasportó su silla á Roma, la ciudad reina del universo. Por esto la Iglesia militante dedica al grande apóstol cuatro distintas solemnidades, cual no dedica á ningun otro héroe del cristianismo. A mas de la gran solemnidad del recuerdo de su glorioso martirio, celebra por separado la fijacion de su silla en Roma y en Antioquía, y consagra además otro dia para celebrar el prodigio de su libertad por un ángel en la cárcel de Jerusalem, bajo el nombre de San Pedro *ad vincula*. A este grande hecho dedica la Iglesia himnos especiales : Pedro, esclama, sale de repente libre del hierro opresor en virtud de la palabra divina. ¡ Dios le desata los lazos para que pueda regir su noble grey y conducirla á los apriscos eternos ! ¡ O glorioso libertado ! ¡ mas allá de los astros quedará ligado lo que atares sobre la tierra, y lo que aquí desatare tu supremo poder, desatado quedará en los augustos cielos ! El apóstol atónito libre de sus hierros, va siguiendo al conductor celeste, pasa por en medio de sus guardas : diríjense los dos á la puerta de la ciudad que tambien es de hierro y la hallan abierta, y entonces el ángel desaparece. Pedro cree haber tenido una vision, pero reconociéndose libre y fuera de la ciudad esclama : Ahora sé realmente que el Señor ha enviado á su ángel, el cual me arrancó de las manos de

Herodes y de toda la espectacion del populacho judío. Cuando en el imperio de Teodosio el jóven, su esposa Eudoxia vino á Jerusalem para cumplir un voto, se le hizo, entre otros, el insigne don de la cadena de hierro con que habia sido atado el apóstol, ornada con oro y pedrería. Despues de haberla venerado la piadosa emperatriz, la remitió á su hija Eudoxia en Roma, la cual la regaló al Pontífice, y este le mostró la otra con que el mismo apóstol habia sido cargado por órden de Neron. Y las dos cadenas se juntaron despues prodigiosamente. En memoria de cuyo milagro se levantó un templo con el nombre de San Pedro *ad vincula* y bajo el título de Eudoxia, en los Esquilios, lugar en donde antes se abandonaban los esclavos que no podian ya servir á sus señores. Como si la cadena de Pedro fuese el símbolo de la antigua esclavitud que para siempre vino á desterrar de la tierra la religion de Jesucristo.

El cuadro pues que consigna la libertad de San Pedro es uno de los mas admirados de su autor. El ángel se acerca al apóstol azorado y le señala la puerta abierta de par en par, dormidos los guardas, y todo preparado para librarle de su prision. Con notable atrevimiento supo el pintor en esta escena nocturna representar la llama luminosa grande y de lleno, cual despedia sus rayos vacilantes sobre todo el centro del cuadro. La luz cae con diversos efectos sobre la figura blanca del mensajero celeste, y sobre los contornos asaz vivamente pronunciados del sombrío guarda de la derecha, y solo afecta templadamente la figura de San Pedro, cuyo bello molde, distincion y actitud son admirables, mientras que solo un débil reflejo penetra hasta la figura mas interior del segundo guarda dormido. El grupo está perfectamente rodondeado, y el desvío ó separacion que presentan las figuras de San Pedro y de sus guardas está felizmente atenuado en sus efectos por el movimiento lateral que hace el ángel libertador.

En la ejecucion de los accesorios, vestidos, armas, detalles arquitectónicos etc., en vano se buscarian la delicadeza y la naturalidad de Francisco Mieris, de Gerardo Dow, ó de Ostade: aquí la ejecucion es concienzuda, pero larga y generalizada como el efecto total que se pretende producir: quitad el efecto de la luz, y hareis desvanecer la verdadera significacion y en alguna manera el alma del cuadro.

Joaquin Roca y Cornet.

---





*Van der Looze 1805*

*P. Hirsch*

*Le soir  
Du Nord  
Mars*

Published for the Proprietors by A.H. Agne, Dessau, Leipzig

# LA TARDE.

(CUADRO DE WYNANT.)

Ya la tarde nos vuelve  
Aquel grato y pacífico silencio  
Que desea, agitado  
Del tumulto del día el triste pecho.  
    Cuando reinar percibo  
En mi alma dulcísimo sosiego,  
Me despido del día  
Sentado en los peñascos del desierto.  
    Y entonces le saludo  
Cual si luciera para mí postrero,  
Y al abismo sombrío  
De la tumba á mis piés mirase abierto.  
    Y sigo con los ojos  
Por los espacios el rosado velo  
Que replega consigo  
El decrépito sol que voy perdiendo.  
    ¿Qué fuera de natura  
Si no te viese rubicundo y tierno  
De las brillantes ondas  
Levantar otra vez tu faz de fuego?  
    Quizás yo sumergido  
Del ancha tierra en el profundo seno  
Ya no veré tus rayos  
Bajo la losa sepulcral durmiendo.  
    Adios, que ya se avanza  
El negro carro de la noche lento  
Y á los mortales lleva  
La triste imágen de la muerte, el sueño.

Refleja en su horizonte  
Vénus con muelle languidez, y veo  
Misteriosa y pura  
La estrella del amor bañar el suelo.  
    Y las espesas hojas  
Susurran de las brisas al aliento,  
Como si entre las ramas  
Voloteara silbador espectro.  
    Del astro de la noche  
Un puro rayo lánzase del cielo,  
Y mis párpados toca  
Cual ósculo de amor suave y bello.  
    ¡ Oh reflejo apacible  
De un globo ardiente ! ¡ rayo placentero !  
¿ Vienes quizá piadoso  
Con luz tan grata á consolar mi duelo ?  
    ¿ O á revelarme bajas  
De esos brillantes mundos el misterio ,  
Cuya callada pompa  
El nuevo día borraré luego ?  
    ¿ Será que oculto instinto  
Te guía á los mortales sin consuelo,  
O en la noche les brillas  
Cual lumbre de esperanza y embeleso ?  
    ¿ Descorrerás al hombre  
Que implora tu favor el denso velo  
De lo futuro ? ¡ Oh rayo !  
¿ Eres la aurora tú del día eterno ?



A tu luz soberana  
Desconocidos arrebatos siento,  
Y desatada el alma  
Libre vagar por el espacio inmenso.  
En los que ya no existen  
Y el sueño duermen de la muerte pienso.  
¡O reflejo suave!  
¿El alma eres tal vez de alguno de ellos?  
¿Si errantes por el bosque  
Sus manes vagarán? ¿Si en el silencio  
De la dormida tierra  
Les será dado revolar inquietos?  
¡Ay! de tu luz tranquila,  
Que es su imagen diáfana, cubierto

Con íntimo deleite  
Mas cerca de ellos respirar me creo.  
Sombras de mi queridas,  
Venid: vosotras sois: del mundo léjos  
Venid á confundiros  
Con el suave encanto de mis sueños.  
Tornad á mi agitado  
Pecho la dulce paz, de amor el fuego  
Como el fresco rocío  
Que el ardor calma del tostado suelo.  
Venid.... mas ¿qué vapores  
Despiden las tinieblas de su seno?  
Murió el trémulo rayo,  
Y en las sombras huadióse el universo

No es extraño que al ausentarse la luz la musa de la oracion y del silencio envíe tambien al apenado mortal sus tristes inspiraciones. La naturaleza toda se va cubriendo como de una gasa oscura, pero trasparente aun, que va envolviendo la tierra. Solo el horizonte está iluminado con los últimos rayos de un sol moribundo. La luz va estrechando su círculo y se concentra como huyendo de la vista del hombre. Y sin embargo el sepulcro del rey de los astros es tan rico y magnífico como su cuna. Este espectáculo grandioso hacia esclamar al príncipe de nuestros líricos modernos:

Pero ya fatigado  
En el mar precipitas de Occidente  
Tus flamígeras ruedas.

Delante del cuadro de Wynants se percibe todo el encanto de la tarde de un bello día: las galas de una naturaleza rica y frondosa van tornando pálidas: los verdes se confunden: los árboles aparecen como sombras hermosas sobre un fondo de luz desmayada: el lago refleja los últimos crepúsculos de color de grana, ropaje espléndido y fugitivo que cubre por breves momentos la tumba del sol: siéntese el recogimiento de aquel silencio sin límites, de aquella oracion que sola en medio de la naturaleza muda y adormecida, se levanta del corazón de pobres pastores para dar gracias al que crió todas estas maravillas. Las aves duermen balanceándose sobre las ramas: los cuadrúpedos buscan su guarida como el hombre su morada despues de las fatigas del día, y mientras el simple campesino se entrega al reposo de la noche, el mundo turbulento abre sus brillantes recintos á la algazara y al placer.

La mañana del día está llena de encantos como la de la vida, pero su caída tiene un no sé qué de melancólico y sublime que se aviene mejor con las tristezas de la vida mucho mas frecuentes que sus regocijos. Cuando el ilustre autor de los *Mártires* ha de escoger para modelo de lo bello y de lo sublime dos gran-

des perspectivas de la naturaleza, escoge dos escenas de tarde, una marina y una terrestre, la una en medio de los mares Atlánticos, y la otra en los bosques del nuevo mundo, con el objeto de que su majestuosa magnificencia no pueda atribuirse á los monumentos levantados por la mano del hombre.

El risueño poeta de los amores nos pinta la luz lánguida y voluptuosa de la tarde como la mas propia para los misterios del amor. «En el verano el carro del dia habia llegado á la mitad de su curso cuando yo dejé caer sobre el lecho mis miembrós que anhelaban el descanso. La ventana estaba entre abierta y cerrada, y esparcia en el aposento una luz semejante á la que se percibe entre las amables sombras de un bosque, ó al modo que brillan los trémulos crepúsculos del sol al escaparse de los cielos, ó bien como la lumbre que el dia al nacer esparce desde léjos sobre los montes tras la sombra que huye. Esta media luz es la que conviene á las ruborosas niñas, luz en cuyos pliegues el tímido pudor pueda hallar donde esconderse. Llega Corina velada con su túnica que le flotaba ceñida, y los cabellos caidos á uno y otro lado ocultaban su cuello de alabastro. Así nos pintan á la hermosa Semíramis y á la encantadora Nais que inflamó tantos pechos en Corinto, cuando se dirigian á su tálamo.»

La tarde ha sido para los hombres pensadores objeto de varias y profundas meditaciones. Aquella noche sombría que como un manto inmenso de tinieblas va avanzando desde el oriente para apagar en el ocaso las últimas risas del dia, aquel luto general de la naturaleza que unas veces agrava los males del alma apesarada identificándose con su dolor sombrío, otras le sirve de dulce lenitivo cuando fatigada de los rayos del sol se replega sobre sí misma como el cáliz de algunas plantas, son otras tantas impresiones que afectan profundamente al espíritu y le hacen rozar en cierto modo con las ideas de lo infinito. El caer del dia debería ser para el hombre la hora de la oracion. Cuando la naturaleza despierta del sueño de la noche y se abre con júbilo general á los abrazos del dia, parece que de todas partes se levanta un grande himno al Criador como si el universo saliese de un hondo caos. Pero cuando han cesado todos los murmullos, cuando todos los seres vivientes se entregan al silencio del reposo, y callan las alegrías del dia, parece que entonces el ser racional, el ser que siente y que ama, es cuando debe elevar al Criador sobre la dormida naturaleza el himno silencioso del reconocimiento: entonces es cuando debe dar una ojeada sobre sí mismo, entrar en su propio corazon para examinar si ha sido digno de ver la luz del dia, y si será merecedor que vuelva otra vez á brillar sobre él.

Las tinieblas que se van derramando sobre el horizonte inspiraron al sublime Young grandes meditaciones. Hervey iba á estudiar sobre los sepuleros cubiertos con las sombras la caducidad de los goces de la vida y los misterios de la muerte. ¡Cuán vastas dimensiones adquiere un cementerio cuando se va cubriendo con el velo lóbrego de la noche como con un gran manto funerario!



¡ La lobreguez de los sepulcros se confunde con la de los espacios, y la naturaleza toda parece hundirse en la inmensa tumba que un día la ha de devorar!

El mismo efecto produce el día que va á morir sobre las ruinas de un gran pueblo.

Un viajero recorría tristemente en Asia la vasta soledad donde brilló en otro tiempo la populosa y magnífica Palmira..... una tarde adelantándose hasta el valle de los sepulcros, había subido sobre las alturas que lo rodeaban, y desde donde el ojo domina á la vez el conjunto de las ruinas y la inmensidad del desierto. «El sol, dice, acababa de ponerse; una faja rubicunda marcaba aun su traza en el horizonte lejano de los montes de Siria; la luna llena se elevaba al oriente sobre un fondo azulado en las llanas riberas del Eufrates. El cielo estaba despejado, la atmósfera tranquila y serena; la moribunda luz del día templaba el horror de las tinieblas; el frescor de la reciente noche calmada los fuegos de la abrasada tierra. Los pastores habían retirado sus camellos. El ojo no percibía ya ningún movimiento en la monótona y parduzca llanura. Un vasto silencio reinaba en el desierto; solamente á largos intervalos se oían los lúgubres quejidos de algunas aves nocturnas y la voz de los chacales. La sombra crecía, y ya en el crepúsculo mis miradas no distinguían sino las blanquecinas fantasmas de las colunas y de los muros. Aquellos lugares solitarios, aquella vedada tranquila, aquella escena de majestad imprimieron en mi espíritu un recogimiento religioso. El aspecto de una gran ciudad desierta, la memoria de los pasados tiempos, la comparacion del estado presente, todo elevó mi corazón á pensamientos grandes; sentéme en el tronco de una columna, y allí, con el codo apoyado sobre la rodilla y la cabeza sostenida por la mano, tan pronto llevando mis miradas hácia el desierto, tan pronto fijándolas en las ruinas, me abandoné á una profunda meditacion.»

¿Por qué todos los hombres tenemos una secreta inclinacion á las ruinas? Será tal vez ó porque un oculto instinto nos mueve á buscar cierta analogía entre la destruccion de los grandes monumentos y la fragilidad de nuestra existencia; ó porque la infinidad de nuestro pensamiento á quien no limita el tiempo ni el espacio, se deleita en trasportarse á épocas que ya pasaron, y busca una especie de comunicacion con los siglos que le precedieron. ¿Qué contemplamos en las ruinas? El poder del tiempo, la rapidez de los acontecimientos humanos, la vanidad del hombre y de su orgullo y el imperio destructor é indestructible de la muerte. Todo desierto es sublime, porque el alma se abandona mas libremente á sus meditaciones, y porque siempre es grande y magnífico el aspecto de la naturaleza; pero cuando este desierto está animado por las mudas ruinas de un gran pueblo, nos representamos el contraste del antiguo bullicio con el presente silencio, y nos complacemos en recorrer los tristes escombros y los techos abandonados bajo los cuales respiraron tantas generaciones. Probamos un gusto al

hacer resonar nuestra voz por las olvidadas bóvedas, cuyo eco solitario torna hasta el ruido de nuestras pisadas.

Existe pues cierta secreta afinidad entre los cementerios, los monumentos aruinados y la lenta caída de la luz, porque la hay en efecto entre las ruinas del hombre, las ruinas del tiempo y las que podríamos llamar ruinas del día.

**Joaquín Roca y Cornet.**



# CRISTO CORONADO.



( CUADRO DE QUERISNO. )



Siendo los asuntos religiosos los que con mas frecuencia representan los cuadros cuyas láminas nos han señalado para escribir el testo de la presente obra, fuerza nos es insistir en ellos, haciendo todos los esfuerzos posibles para darles amena variedad, poniéndolos en contacto con otros filosóficos, científicos, morales ó históricos, con los cuales puedan tener mas natural analogía. Bien echamos de ver que muchos de nuestros lectores desearian quizás de nuestra pluma mas variedad de escenas, mas diversidad de perspectivas, y tal vez otro género de reflexiones á que sin duda nos llevaria sin esfuerzo y hasta con placer otro mas variado escogimiento. Así hemos procurado manifestarlo siempre que nos ha sido posible, y aun dentro del círculo que parece se nos ha designado con mas especialidad, nos hemos afanado en desterrar cuanto ha estado en nuestra mano la monotonía del tono y la reproduccion de escenas análogas ó parecidas. Pero á la vista del cuadro que aquí se nos ofrece, no podemos menos que reseñar rápidamente lo que del asunto que representa nos han conservado la historia y la tradicion, concluyendo con algunas observaciones sobre el modo con que el artista ha sabido aplicar á su ejecucion las calidades y circunstancias de los personajes.

Despues del cruel suplicio de la flagelacion, los soldados del gobernador romano en Jerusalem tomaron á Jesus, le condujeron al Pretorio, ó mas bien al pórtico del Pretorio ó tribunal, y reuniendo en torno de él á toda la cohorte, y habiéndole quitado sus vestiduras, le cubrieron con un manto de escarlata. Entonces ocurrió una idea á los soldados, ministros de aquella bárbara ejecucion, sin conceder un solo instante de reposo á aquel cuerpo lastimado y postrado de fati-

ga y de dolor, de dar á todos los demás soldados del Pretorio una diversion digna de su crueldad, que reuniese lo mas inconcebible del dolor á lo mas humillante de la ignominia, y que tomaron del crimen mismo que se imputaba á su preso. Acusábasele de haber querido hacerse rey, de decirse el rey de los judíos: imaginaron hacerle un rey de teatro, y celebraron como la ceremonia de su coronamiento. La cohorte del Pretorio acostumbraba componerse de veinte y cinco soldados, y todos se dieron prisa de acudir al llamamiento. La primera insignia real que se puso á Jesus fué un andrajoso manto de púrpura ó de grana, que echaron sobre su cuerpo por alusion al manto de rey. Esta ignominia fué acompañada de un suplicio cruel, pues debió empezarse por desnudarle de sus vestidos, ya pegados sobre las frescas y vivas llagas que habia sufrido en la flagelacion, y su sangre empezó á correr de nuevo. El Señor sin embargo no decia una palabra, ni dejaba escapar un suspiro, ni oponia la menor resistencia. Dejábase conducir, desnudar, volver á vestir, como se queria. La segunda insignia real fué la corona. Continuando los soldados su cruel diversion, entretejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza; es decir, que formaron una corona compuesta de agudos juncos, ó de espinas tan sólidas y agudas como las vemos aun hoy en nuestros templos. Esta corona estaba hecha ó en forma de guirnalda, como la pintan de ordinario, ó como creen otros en forma de casco ó capacete que cubria toda la cabeza. Y tal como estaba, se la asentaron sobre la cabeza, clavándosela en ella con fuerza y crueldad, y haciéndola entrar y penetrar sin compasion. Corre la sangre por todos lados, y lo que no hubiera podido verse sin lástima y horror en el mas vil de los animales, no hace mas que provocar las insolentes risotadas y las burlas crueles de aquella chusma desalmada. Dejóse el Señor meter y ahondar en sus divinas sienes aquella nueva diadema. ¿Quién podrá concebir el dolor de este inaudito suplicio? Una sola espina entrada en la cabeza ¡qué tormento! por poco que se la toque, ¡qué insufrible dolor! ¿Qué seria tener la cabeza herida y penetrada por todas partes hasta las sienes, la frente, los ojos, y tocar y mover y agitar todas las puntas á la vez y hundirlas con violencia y á fuertes golpes? ¡Oh qué suplicio! Bien puede decirse que tiene algo de infinito é inconcebible! La tercera insignia fué el cetro, «y una caña en su mano derecha.» Jesus á nada se resistió. La aceptó, la tomó y la tuvo en la mano, como ellos querian; y en tal estado pareció á aquella soldadesca insolente é impía un objeto digno de risa y de escarnio, en vez de parecerles un espectáculo desgarrador. Entonces empezó su farsa de burlas y de insultos: «y doblando la rodilla á su presencia, le escarnecian diciendo: Dios te salve, rey de los judíos. Y le daban de bofetones, escupiéndole, y le tomaban la caña para herirle la cabeza, y volviéndose á arrodillar delante de él le adoraban.» Jesus sufre á la vez el insulto, el ultraje y el dolor. Ya no es posible al hombre sufrir mas de lo que sufre Jesucristo Hijo de Dios. Así se le habia ya tratado en casa de Caifás, hacien-



do burla de su calidad de Mesías y de profeta, pero mas amarga le es aquí la calidad de rey. Ellos le herian con su propio cetro, llenándole el adorable rostro de asquerosas salivas, y hundiéndole ¡oh qué agudísimo dolor! mas y mas en su sagrada cabeza la erizada corona. ¿Y cuánto tiempo duró tan sangrienta escena? ¡Cuántas veces se redobló en sus sienes delicadas este inaguantable tormento! Parece que ninguno de los verdugos quiso eximirse de rendir su bárbaro home-naje, y que cada cual repetiria los golpes con mas violencia que sus predecesores. ¿Y qué es mas grande aquí, la fiereza del tormento ó la paciencia del que lo sufre? Cuando se le toma la caña de las manos, la cede; cuando se la vuelven á dar, la toma otra vez. Todo lo sufre con el mas profundo silencio, y como si su humanidad fuese insensible. Y el sufrimiento mismo aumenta y recrudece, léjos de ablandar, la insolencia brutal y la ferocidad de aquellos bárbaros. Hé aquí uno de los personajes del cuadro. Veamos el otro.

«Hecho esto salió Pilatos de nuevo á fuera, y dijo á los judíos: Hé aquí que os le saco fuera para que reconozcais que no hallo en él crimen alguno.» Visto por Pilatos el cruel y lastimoso estado á que los soldados habian reducido á Jesus, esperó que tan desgarrador espectáculo haria impresion sobre el corazon de los judíos, como la habia hecho en el suyo, y mandó que se le trajese. Salió en seguida por la parte en que se hallaba el pueblo, y dejóse ver en la tribuna desde la cual muchas veces le habia hablado. La intencion de Pilatos era de preparar los ánimos, é inspirar al pueblo algun sentimiento de compasion para con aquel que iba á mostrarles. Hacíales memoria del juicio que habia formado siempre de él declarándole inocente. Recordábales indirectamente la condescendencia que acababa de tener con ellos, haciéndole castigar, aunque inocente; y les pedia que por retorno se contentasen con aquel suplicio, aun cuando le creyesen culpable. Quería por fin, hacerles ver que habia tenido su palabra, haciéndole castigar como habia prometido, y aun mas allá. Pero en todo esto Pilatos no lograba mas que hacer traicion siempre mayor á su deber, y degradarse á sí mismo: engañábase en su esperanza, condenábase por su propia boca, contradeciase en sus juicios, y solo cumplia á medias la palabra que tenia dada; pero si bien habia cumplido la promesa hecha á la iniquidad, no ejecutaba la que habia hecho á la justicia, cual era la de soltar á Jesus despues de haberle hecho castigar. En lugar de dejarle libre, le entrega aun á merced de sus enemigos, y continúa en representar el papel de intercesor donde está encargado de hacer el de juez. Jesus pareció sobre la tribuna al lado de Pilatos en el estado de dolor y de abyeccion en que le habian dejado los soldados. Y como si no le bastase tener á estos por testigos de su oprobio, debia pasar por la confusion en aquel estado de ignominia, de ser dado en espectáculo á todo el pueblo, y lo que es mas sensible, en espectáculo á sus mas encarnizados enemigos! Y Pilatos mostrándoles á Jesus les dijo: Ved aquí al hombre! palabra profundamente justificativa que encierra en



cierto modo todos los misterios de la pasión del Hombre-Dios. Mas veamos qué sentimientos escitó la vista de Jesús. «Los príncipes de los sacerdotes y sus ministros al verle, se pusieron á gritar: Crucifícale! crucifícale!» No es aquí el pueblo el que hace oír su voz. Quizás tan tierno y desgarrador espectáculo empezaba á excitar en los corazones sentimientos de compasión: quizás lo advirtieron los pontífices ó se lo temieron, pues se apresuraron á prevenir la respuesta del pueblo, y el pueblo no los contradijo. No bastaba aun tanta lástima para aquellos pechos bárbaros y suspicaces: envidian á Jesús un resto de vida, y no estarán satisfechos hasta que la habrá perdido toda en la cruz. Indignado Pilatos del encarnizamiento de los pontífices en pedir que Jesús fuese crucificado, les dice: «Tomadlo vosotros mismos y crucificadlo, pues para mí no encuentro en él crimen alguno. Respondiéronle los judíos: Nosotros tenemos una ley segun la cual debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios.» Y jamás existió una ley semejante, pues solo existia una ley contra los blasfemos, y el caso era enteramente distinto y nuevo. Mientras pues que Pilatos lo presenta á los judíos y les muestra su humanidad degradada y humillada, diciéndoles: Hé aquí al hombre, los judíos por su parte le descubren su divinidad, de la cual no habia aquel juez oído hablar todavía, diciéndole: Se ha hecho Hijo de Dios. Entonces se aumentó mucho mas el temor de Pilatos. No estaba el juez sin remordimientos por la manera con que habia tratado á un inocente, á un justo que se decia el Mesías y el rey prometido á los judíos; mas cuando oye que este hombre se dice tambien hijo de Dios, su sorpresa fué tan estrema como su temor. Tenia, por decirlo así, bajo sus manos las pruebas de tan asombrosa verdad. Lo que veia en Jesús, su silencio, sus palabras, su paciencia, lo que le habia oído decir, que su reino no era de este mundo y que él habia nacido para dar á conocer la verdad; sus milagros sin número de que era imposible no tuviese alguna noticia, todo esto anunciaba su origen celeste, y si á todas estas pruebas se unia el testimonio de un hombre tan extraordinario, parecia la cosa fuera de duda. No le restaba mas á Pilatos sino ilustrarse sobre este punto, y esto es lo que hizo desde luego. Y hemos de confesar que el temor de Pilatos no podia ser mas fundado; pues maltratar, ultrajar, dar la muerte al Hijo de Dios era una cosa terrible. Tal era Pilatos.

Y para mas caracterizarle, tomaremos las palabras de un respetable prelado contemporáneo, que equipara la conducta de aquel magistrado romano con la conducta de otro poder de nuestros tiempos con respecto al representante del mismo Cristo coronado. «Viendo Pilatos que nada ganaba, y que antes al contrario las exigencias crecian y eran cada vez mas imperiosas en torno suyo, y conociendo que despues de haber cedido á todas las voluntades de la multitud iba á ser arrastrado á un acto de debilidad suprema, mandó que le trajeran agua, se lavó las manos y dijo: Soy inocente de la sangre de este justo. Entonces, despues de haber azotado á Jesús, le entregó á los judíos para que le crucificasen. Pero ¿ha



ratificado la posteridad la absolucion que se dió Pilatos, y el lavatorio de manos le ha devuelto la inocencia ante las edades futuras? Oídlo. ¿Quién es pues este hombre marcado con el sello deicida, este hombre clavado en el letrero de nuestro símbolo como autor del inmenso crimen? Este hombre no es Herodes, Caifás, Judas, ni ninguno de los sayones judíos ó romanos. Este hombre es Poncio Pilatos, y esto es justicia. Herodes, Caifás, Judas y los demás tuvieron parte en el crimen, pero nada hubiera sucedido á no ser por Pilatos. Pilatos podia salvar la vida á Cristo, y sin Pilatos no se podia ejecutar á Cristo, porque solo de él podia salir la orden de darle muerte. Lávate las manos, ó Pilatos, y declárate inocente de la muerte de Cristo; pero por toda respuesta nosotros diremos cada dia, y dirá tambien la posteridad mas remota: Creo en Jesucristo *que padeció muerte y pasion bajo Poncio Pilatos.* »

Querisno supo hacer resaltar en el semblante de los tres personajes el carácter que les atribuye la historia. El ministro del poder imperial sin presentar marcadas en su rostro las muestras de un fondo inexorable de crueldad ó de perfidia, descubre en su mirada tímida y egoista que carece de aquella fuerza inflexible de integridad que puede inducirle al crimen de faltar á la justicia. En cuanto al rostro de Cristo respirando una dulzura sublime que brilla mas aun entre el sufrimiento del dolor, contrasta con la brutal ferocidad del bárbaro que aprieta la corona cruel en las sienes delicadas de su víctima, cuya cabeza está un poco ladeada por la fuerza que le hace aquella mano de hierro. En el rostro adorable del Salvador se retrata una mansedumbre divina: aquella mirada lánguida de un ojo encubierto por la violencia del tormento encierra un amor inmenso, un amor inagotable, y espresa uno de aquellos sentimientos capaces de conmover hasta el fondo del alma y que no eran conocidos antes de haberles revelado en su propia persona el autor mismo del corazon humano.

Joaquin Roca y Cornet.

G<sup>o</sup> DE MUNICH. P. 8



Raphael pint.

A.H. Payne sc.

Von Cardinal  
A Cardinal. Ein Cardinal.  
Kardynat.



# UN CARDENAL.

(CUADRO DE RAFAEL.)

Vamos á contar, tal como oimos referir hace algunos años, una anécdota histórica, que si es cierta no deja de ser interesante; y si es inexacta á nadie causa daño.

De todos modos se refiere á un cardenal, que posteriormente se ha hecho célebre, entre otras cosas, por sus bondades y sus desgracias: nada tiene de común, sino es el capelo, con el cardenal que retrató Rafael; pero yo le agradezco á este sublime pintor que mas ó menos oportunamente me permita trasladar aquella anécdota.

## I.

Hará unos quince años, es decir en 1846, un carruaje de camino rodaba lentamente por la carretera que desde una de las Legaciones romanas conduce á la capital del mundo católico. El interior de aquel carruaje era ocupado por una dama anciana y un prelado jóven: en la fisonomía de entrambos personajes habia ciertos rasgos comunes, por los cuales se podia adivinar que la dama era la madre del prelado. Entre aquellos rasgos el que mas se distinguia era la bondad. Por lo demás y concretándonos al sacerdote, tendria escasamente unos cincuenta años, aunque quizás aparentase menos: su rostro era redondeado, su frente elevada, su mirada dulce, y en su boca se veia impresa una de aquellas sonrisas que vanamente se buscarian en los labios lívidos del hombre atormentado por el remordimiento, ó aun tan solo por la intranquilidad de su conciencia.

¡Oh! si ahora volviéramos á encontrar al mismo prelado ; cuán distinto le veríamos sin duda!... Y sin embargo su corazon es el mismo : es siempre el hombre de la bondad exquisita, de la caridad evangélica. Quizás esa misma bondad ha sido en gran parte la causa de las desgracias que le han sobrevenido...

Nuestro viajero llevaba un traje de camino ribeteado de color de grana : su madre vestia completamente de negro. La conversacion de entrambos versaba acerca de la muerte del pontífice último, Gregorio XVI, y de las formalidades prescritas para la eleccion del sucesor, que debia verificar el conclave de cardenales.

A menudo el postillon, que sin duda estaba enterado de la prisa que traia el cardenal, azotaba los caballos del tiro; pero entonces el prelado asomaba la cabeza fuera de la portezuela y ordenaba llevar un paso mas moderado, cual convenia á los achaques y avanzada edad de su idolatrada compañera de viaje.

La madre del prelado era feliz como puede serlo aquella que se ve cuidada por un hijo virtuoso, elevado por su talento al rango de príncipe de la Iglesia. Y sin embargo ; cuán distinto parecia ser su destino en los primeros años de su juventud, cuando vestia el uniforme de los guardias nobles, ó cuando en Chile corria tras el martirio, frecuente término del noble misionero!

Además, la buena madre tenia un motivo poderoso para enorgullecerse de su hijo: ninguno decia mal de él, y en medio del torbellino que empezaba á arrastrar ya reputaciones hasta entonces immaculadas en Italia, la del jóven prelado permanecia intacta y se elevaba cada vez mas empujada por la voz general que pregonaba sus virtudes de príncipe despues de haber hecho justicia á las de apóstol.

Al cabo de algunas horas de camino, se detuvo el carruaje en un parador, y se apearon nuestros viajeros. El sacerdote prodigó toda suerte de atenciones á la anciana, y en seguida se enteró del estado de los asuntos de Roma. Las noticias que pudo adquirir eran de que el Sacro Colégio se hallaba perplejo en la eleccion del sucesor de Gregorio XVI; pero que tal apremiaban las circunstancias que probablemente no tardaria en recaer una votacion decisiva.

Esta nueva pareció haber puesto término á ciertas dudas que abrigaba el cardenal, quien suplicó á su madre le dejase proseguir solo y con mayor rapidez el camino, sin perjuicio de que ella lo verificase con toda comodidad, pues siempre llegaria á tiempo para asistir á las fiestas que se hacian en Roma por la exaltacion del nuevo Pontífice.

En la determinacion del jóven prelado entraba por mucho una curiosidad casi infantil : nunca habia asistido á la eleccion de Papa alguno, y no queria perder aquella ocasion de presenciar unas ceremonias que se practican muy de tarde en tarde. Convino la buena madre en la resolucion de su hijo, y se despidió de éste, recabando de él la fácil promesa de que la acompañaria en cuan-



tas funciones se celebrasen dentro de poco en la ciudad de las siete colinas. El prelado partió con efecto, y la anciana, que como toda persona feliz deseaba participar de la alegría ajena, quedó pensando en la justa satisfaccion que le cabria á la madre del Pontífice que resultase elegido, es decir, la madre del soberano que tiene el trono mas alto del universo... Empero este pensamiento no produjo en ella, ni aun asomo de celos: era un rasgo de admiracion anticipada, y por ningun concepto de rastrera envidia.

En cuanto al prelado llegó velozmente á Roma y se encerró inmediatamente en el conclave, á tiempo que mas empeñada estaba la eleccion, gracias á los recursos empleados por las potencias del Norte en oposicion á los deseos de las potencias del Mediodía.

## II.

Cuando se halla reunido el conclave de cardenales para elegir Pontífice, es costumbre del pueblo romano dirigirse á los alrededores del palacio donde tiene lugar la eleccion, y á una hora dada fijar los ojos en el extremo del cañon de una chimenea, por el cual, á poco rato, se ve salir una ligera nube de humo negro. Esto quiere decir que verificado el escrutinio de votos, ningun candidato ha reunido el número suficiente, y que por consiguiente Roma y el mundo católico carecen aun de Papa. En este caso los votos son quemados, y el humo producido por la pequeña llama es la señal que anuncia al pueblo la continuacion de la vacante.

El dia 17 de junio de 1846, la plaza del Quirinal se hallaba aun mas invadida que de costumbre por el pueblo romano y por los viajeros que de todas las partes del mundo acuden á ella para admirar las maravillas del arte gentilico casi eclipsadas por las del arte católico. Un vago presentimiento, un rumor sin explicacion habia hecho creer al vecindario de Roma que muy en breve conoceria á su nuevo soberano. Todo eran suposiciones y cálculos probables para dar á conocer anticipadamente al elegido: se calculaba el peso de las encontradas influencias y se comentaban las palabras del gobierno francés que aspiraba á imprimir el sello de su política en la eleccion.

En medio de tantos grupos se distinguia á una dama anciana sumamente inquieta por la lentitud con que procedian los cardenales, lentitud que la tenia separada de su hijo, cuya presencia era para ella una necesidad impuesta por su amor de madre.

Cuando los relojes de Roma anunciaron haber llegado la hora del escrutinio una evolucion unánime tuvo lugar en la gente de la plaza: los ojos de todos los espectadores se fijaron en la chimenea; contáronse los minutos uno, cinco..... diez..... El humo no salia.

Entonces un rumor uniforme circuló instantáneamente por todos los labios: ya tenemos papa, decia la multitud congregada, y en todos los semblantes quedó pintada la mayor ansiedad. Cualquiera que se detenga á considerar la inmensa trascendencia que para Roma y para el mundo entero tiene la eleccion de un Pontífice, el giro que puede dar á la política de todos los gobiernos la actitud tomada por un monarca temporal y espiritual á un tiempo, que tiene súbditos en todos los países del orbe, comprenderá fácilmente la zozobra que se apodera del pueblo romano cuando el humo de los votos perdidos no se exhala por la chimenea del Quirinal.

De repente un silencio sepulcral sucede al general murmullo: el martillo de oro del cardenal camarlengo acababa de herir desde el interior del palacio el tapiado balcon desde el cual debia ser presentado al pueblo el nuevo Pontífice. A cada martillazo tenia lugar un movimiento brusco entre el pueblo, cual si una mano invisible viniera á herir el suelo causando uno de esos sacudimientos propios de un terremoto. Cayó por fin el débil tabique, y apareció en el balcon del Quirinal un prelado, armado todavía del martillo de oro, exclamando:

— ¡ *Papam habemus!* !

— ¡ *Papam habemus!* ! — exclamaron veinte mil voces á un tiempo. Un minuto despues Roma entera repetia la misma palabra, dirigiéndose todos sus vecinos á la plaza ó sus alrededores, para asistir á la presentacion del Pontífice, ó tener noticia de su nombre mas prontamente.

— ¿ Si será Guichi el elegido? — decian unos.

— Quizás Altieri, — decian otros.

Y cada cual citaba nombres de cardenales segun su deseo ó las probabilidades que se traslucia concurrían en él dentro del encerrado conclave. La anciana madre del jóven prelado no tenia el gusto de oír repetir el nombre de su hijo, ni aun como electo difícil. Ya se ve, ¿ quién se iba á acordar de un cardenal que nunca quiso hacer pesar su influencia en la política de Gregorio XVI y que á mayor abundamiento era de los mas jóvenes del Sacro Colegio?... Sin embargo, la pobre mujer no pudo contener un suspiro. ¡ Qué madre no cree á su hijo apto para todo!

Estos pensamientos preocupaban á la anciana dama, cuando de improviso se sintió arrastrada por la multitud con direccion al palacio: aquel empuje de todo un pueblo era efecto de que la comitiva del Sacro Colegio empezaba á desfilar para hacer la presentacion del Papa. La pobre mujer, prensada, magullada por la muchedumbre, en vano levantaba los ojos al balcon: el gentío obstruia el paso de su mirada, y únicamente veía las cabezas de los romanos, que la tenían como aprisionada en la plaza.

Un grito supremo de curiosidad satisfecha saludó la aparicion del nuevo Pontífice.



— ¿Quién es Papa? — preguntó la anciana dama privada de verle.

Veinte mil voces se encargaron de contestar á esta pregunta. El pueblo pronunciaba con sorpresa y júbilo á un tiempo, el nombre del cardenal MASTAI FERRETTI.

La dama prorumpió en un grito agudísimo y cayó desmayada en brazos de los curiosos. Acababa de oír pronunciar el nombre de su hijo.

Algunos momentos antes, uno de los cardenales habia preguntado respetuosamente al elegido :

— ¿Qué nombre desea tomar Vuestra Santidad?

El que hasta entonces habia sido llamado cardenal Mastai Ferretti, contestó:

— Pio IX.

Quizás al darse á conocer al mundo con este nombre de Pio, hecho célebre poco antes, gracias á la política perseguidora del primer Napoleon, tenia el cardenal Mastai un secreto presentimiento de que un dia el emperador de Francia se habia de llamar Napoleon III.

Manuel Angelon.

## EL PADRE DE REMBRANDT.

(CUADRO DE REMBRANDT.)

Estaba el maestro Rembrandt en su taller delante de dos de sus alumnos, disponiéndose, según las apariencias, á echarles un sermón muy sério. Iba Rembrandt con la cabeza cubierta y vestía con mucha negligencia una especie de blusa de terciopelo, rica y elegante en otro tiempo, pero rasgada ahora y con no pocas manchas de diversos colores; todo lo cual estaba en perfecta armonía con el completo desorden de su taller.

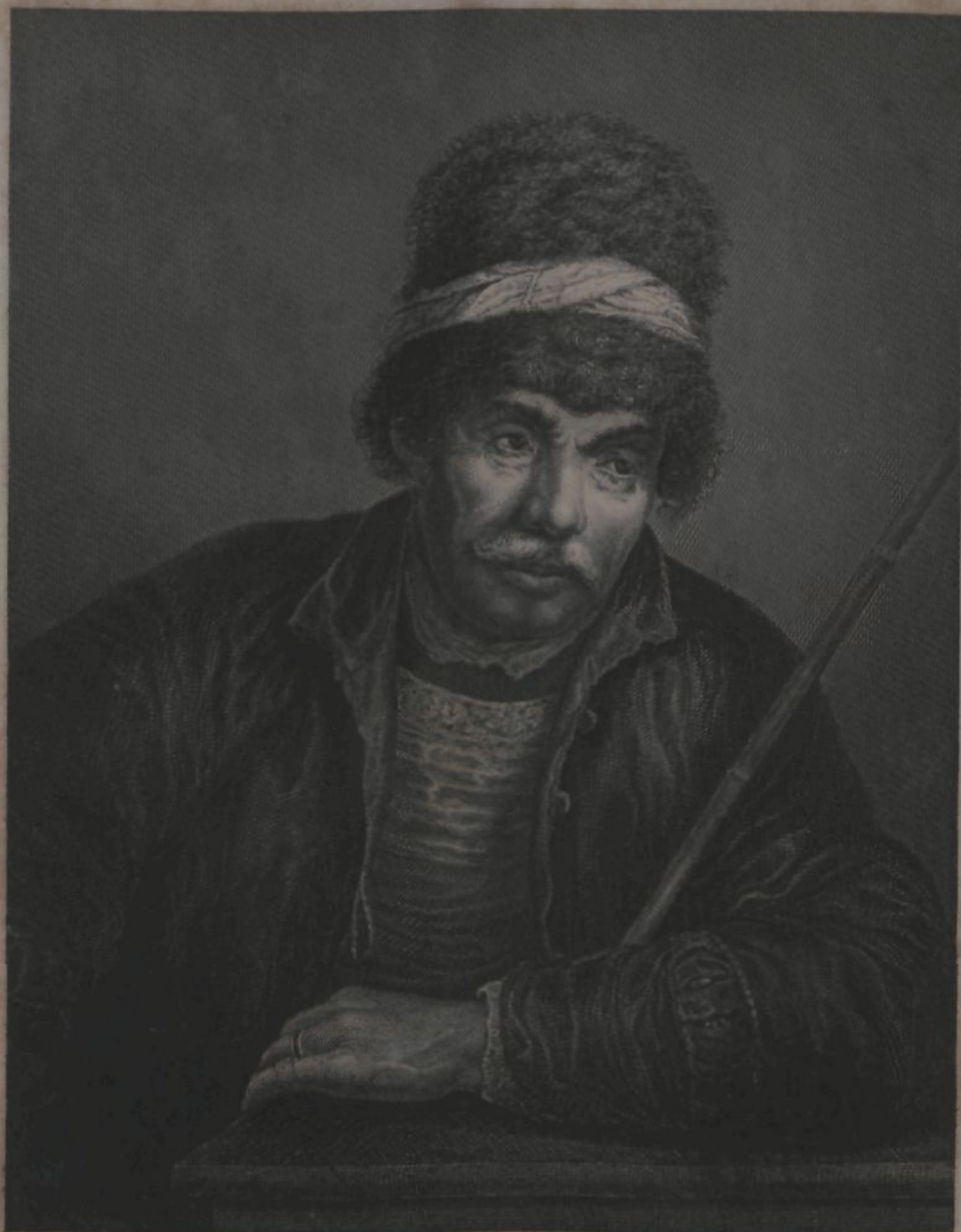
Los discípulos presentaban un aspecto muy distinto, pues aunque era muy temprano iban perfectamente arreglados y con las cabezas descubiertas y peinadas con esmero. El uno de ellos era Felipe Koningk y el otro Gerbrando Van Eckhut. El primero era tímido y el segundo afectaba un aire marcial, aunque á decir verdad delante del maestro tenía un continente tan apocado como su camarada. Cada uno de los dos llevaba en la mano un rollo de papeles, no sin que uno y otro procurasen ocultarlos cuanto les era posible, á las penetrantes ojeadas del maestro que los miraba con cierto aire sospechoso. ¿Qué significan esos disfraces, señores míos? les preguntó el artista, viéndolos tan por extremo elegantes y puestos de veinte y cinco alfileres. ¿Ignorais acaso que los petimetres nada tienen que hacer en este sitio? ¿Quién podrá imaginarse, Dios me asista, que sois dos jóvenes que aprendeis la pintura en casa del viejo Rembrandt?

Koningk pronunció algunas palabras ininteligibles, mientras su compañero habló de motivos importantes; pero el maestro parecía no haber oído al uno ni al otro.

—De buena gana, dijo, os perdonaría ese capricho, si al adornaros no hubie-



6<sup>o</sup> DE MUNICH. P. 64



*Le Puc de Rembrandt  
Rembrandt's Father - Rembrandt's Vater  
Vater Rembrandt*

INSTITUTO  
DEL TEATRO  
Biblioteca

seis dado una prueba de malísimo gusto. ¿Por dónde demonios os ha ocurrido la idea de engalanaros como el buey gordo que los cortantes pasean en la víspera de Pentecostés? ¿Quién os ha enseñado esa armonía de colores que admiro en vuestros cuerpos? ¿Por qué no os vestís conforme corresponde á vuestro estado? Si Felipe llevase al menos cinta negra y mangas tambien negras, pareceria un verdadero noble veneciano, pero su actual vestido vendria mucho mejor al gordo Gerbrando. Al decir esto, soltó una carcajada, y añadió luego, en tono grave: Supongo que vais á sentaros delante del caballete y en el acto? Los dos jóvenes no perdieron la serenidad, sino que despues de haberse mirado el uno al otro, Felipe se adelantó un paso con gravedad notable y dijo: Con vuestro permiso, maestro, no tenemos intencion de trabajar en este dia. — Pues entonces ¿qué pensais hacer? preguntó Rembrandt. ¿Pensais reuniros con esos bebedores y parroquianos de bodegones, con esos pintores de mamparas que se creen ya maestros porque tal vez han encontrado badulaques que les compran sus mamarrachos?—Maestro, exclamó Eckhut que gustaba del énfasis, vos nos conoceis perfectamente, y por tanto os consta que todas nuestras facultades están dedicadas á lo sublime. —Y por esto, añadió el otro...—¿Y qué? ¿y qué? interrumpió bruscamente el maestro. Vamos á ver pues; ¿á qué habeis venido? ¿Quereis hacerme rabiar ó de qué se trata?

En aquel momento se entreabrió una puerta del taller que daba á los cuartos interiores, y asomó la cabeza de una jóven extraordinariamente hermosa, no tanto en las formas como en la espresion. Miró á los tres personajes como asombrada, mientras que los dos alumnos se volvieron instantáneamente, y el uno se puso pálido, y al otro se le subieron los colores al rostro. La vision habia desaparecido. «Vamos á ver, dijo Rembrandt cambiando de tono, tened la bondad de tomar asiento, señores míos, y de explicaros.» Los jóvenes muy afectados se sentaron delante de los caballetes. «Valor, dijo Koningk en voz baja á su compañero. —No me faltará, contestó el otro en voz alta, esplicate.—No, hombre, habla tú,» observó Gerbrando. Felipe se recogió un instante, y estendió la mano cual si fuese á echar una perorata; mas desgraciadamente no tenia la elocuencia que hubiera deseado.—Vamos á hablaros sin rodeos, señor Rembrandt, dijo Felipe.—Me alegro mucho, contestó el maestro.—Gerbrando y yo, continuó el otro, somos íntimos amigos, y como al mismo tiempo tenemos la fortuna de ser formados por vos, querido y respetado maestro...—Eso va muy largo, Felipe, dijo Rembrandt, á la sustancia.—Somos íntimos amigos... Es decir, exclamó Gerbrando, están unidas nuestras almas, y nuestras ideas siguen la misma direccion, y se encaminan al mismo objeto sublime. Estamos enteramente de acuerdo.

—Solemne disparate, exclamó Rembrandt. Diferís en alma y en cuerpo: no hagais nunca causa comun, seguid vuestra carrera cada uno segun su carácter, y cada uno será pintor á su manera. En esto la amistad debe sacrificarse al arte: siga cada uno el camino que mejor le convenga.



Esta salida brusca desconcertó visiblemente á los oradores, y hubo un momento de silencio. Felipe bajó los ojos con aire confuso, y Gerbrando que se animaba continuó: «Señor Rembrandt: los caracteres mas desemejantes pueden proponerse el mismo fin, aunque sea distinto el camino que para su objeto elijan.— Tú raciocinas acerca de la pintura antes de saber pintar, dijo el compañero.— Esto es un malísimo signo de elocuencia, dijo Rembrandt mal humorado porque no podia con las absurdas teorías del arte.—Nuestro fin sublime es el amor, continuó Gerbrando, que es el rey de las artes y del universo. Nosotros hemos encontrado una reina, que no es un personaje mitológico, no es el fruto de una imaginacion delirante, sino que existe, vive en la tierra. Esa dama que representa todo lo que Felipe y yo exigimos del mundo y del arte, vive debajo de este techo. Señor Rembrandt, vos teneis una hija: los dos la amamos, y hemos venido á pedir la mano de Catalina. La eleccion entre nosotros dependerá de vos, maestro, y de Catalina; ambos decidireis cuál de los dos será el mas dichoso.»

Rembrandt sin mostrarse admirado de esta revelacion, calló un rato antes de contestar. A pesar de sus modales bruscos, queria apasionadamente á sus discípulos sin demostrarlo. Miraba á esos dos jóvenes con aire afligido, porque á fuer de hombre de mas penetracion de la que sus discípulos creian, habia descubierto su amor hácia Catalina, pero tambien estaba seguro de que la encantadora Catalina no era ya señora de su corazon. En un momento se hizo cargo de todo. No podia pues tratarse de Catalina, sino de distraer á sus queridos discípulos de su amor sin esperanza y de conservarlos para las bellas artes.

Despues de un momento de silencio tiró el cordon de la campanilla, pidió tres botellas de buen Rhin, y sentóse al lado de los jóvenes que procuraban adivinar en su rostro lo que el maestro iba á contestarles. «Hijos míos, les dijo alargándoles la mano, os doy gracias por el honor que me habeis dispensado á mí y á mi hija, puesto que semejante demanda presentada por dos bravos jóvenes como vosotros no podria ofender ni al mismo gobernador de los Países Bajos; pero me permitireis que os diga una cosa. Yo no influiré absolutamente en la decision de Catalina: es la hija de un artista, y aunque todo el mundo fuese esclavo, el pintor y su hija serian libres. Pero yo mientras aguardo su decision puedo manifestar mis condiciones. Ninguno de los dos podrá contar con mi hija antes que pruebe que es maestro en el arte. No tengo dificultad en creer que sabeis mas de lo que habeis tenido ocasion de manifestarme trabajando en mi taller; enseñadme un cuadro que merezca mi aprobacion; luego veremos de llevar adelante este negocio. Nada de brindis, continuó, echándoles vino en las copas: no hablaremos mas de este negocio hasta que vuestras obras maestras estén terminadas.» Aquel era el momento decisivo para los dos jóvenes, quienes pusieron de manifiesto el lienzo que iba envuelto en el rollo de papel que tenian



en la mano. «Ya contábamos con esta condicion, maestro, dijo Felipe muy satisfecho desenvolviendo el lienzo: previniendo vuestros deseos, hemos escogido el mismo asunto á fin de que las probabilidades fueran las mismas.» El compañero habia desenvuelto tambien su rollo, que á la par del otro era el retrato del padre de Rembrandt. «¡ Ah! exclamó Rembrandt examinando rápidamente los cuadros: no lo estraño, tratándose de ganar mi voluntad habeis elegido perfectamente; pero debo advertiros, amigos míos, que mas adelante cuando ve uno su primera obra maestra, la juzga de una manera muy distinta. Lo sé por mí mismo, porque he conservado mi primer cuadro y si gustais podreis burlaros de él dentro de un instante.»

— Pero ¿qué juicio formais de nuestros retratos? preguntaron los discípulos.— Yo no lo diré, contestó Rembrandt, pero os lo haré ver; tambien yo he hecho el retrato de mi padre. Al decir esto se dirigió á un armario y buscó entre los muchos retratos que allí habia uno encima de otro. Los alumnos se pusieron tristes, y Felipe dijo al otro en voz baja: Estamos perdidos

Volvió Rembrandt y presentó el retrato que tenemos á la vista y que los jóvenes miraron pasmados, y no parecia sino que lo devoraban con la vista. «Es vuestro padre, exclamó Felipe tirando su retrato por el suelo.—Sí, él es, dijo Gerbrando.—¡ Y vuestros cuadros!» preguntó el maestro. Los jóvenes callaron y se pusieron muy tristes.

—¿Creeis, preguntó Rembrandt, que os falta alguna cosilla para ser pintores?—Nos falta todo, contestaron ambos.—Sois dos buenos muchachos, dijo el maestro estrechándoles la mano, conoceis mis intenciones, no dudais que os amo, y quisiera conducirlos á la inmortalidad, en vez de formar hombres, que por un capricho de la juventud, acabáran por ser mediocres. ¿Estamos de acuerdo? ¿Quereis ponerlos otra vez las blusas y coger los pinceles?—Sí, lo quereis; pero, querido maestro, dejadnos una vislumbre de esperanza, y nuestra energía igualará á la de Hércules.—En cuanto dependa de mí, contestó el artista, os prometo esperar, pero la decision es esclusivamente de Catalina

Los dos jóvenes con la esperanza de poseer algun dia á la hermosa doncella trabajaron durante seis meses con un ardor inesplicable, y muy luego fueron contados entre los buenos maestros de Holanda. Pero Catalina habia prometido su mano al hijo de un rico caballero de Amsterdam, mas felizmente los dos pretendientes se habian hecho artistas, y sus brillantes triunfos les hicieron olvidar poco á poco la hermosa hija de su maestro.

Juan Cortada.



## EL PICARILLO.

(CUADRO DE SCHALKEN.)

La singularidad de este grupo á medio iluminar reúne á la travesura del pintor la travesura del pensamiento. Una jóven salva una luz del soplo de un picarillo que intenta apagarla, sin duda para que las tinieblas sean más propicias á la satisfacción de sus deseos. Débil es la defensa de una linda mano contra los esfuerzos del agresor. La dirección de la llama indica que el pícaro apura sus esfuerzos, y ¿quién sabe si la taimada opone á ellos toda la resistencia que debiera? Todo el mérito del cuadro consiste en el contraste que forma la parte iluminada del grupo con la opacidad del fondo. Parte de los dos rostros y el pecho de la jóven reciben todo el lleno de la luz que descubre asimismo el ropaje de la bella, y brilla por entre los intersticios de sus dedos con bastante naturalidad.

La idea del atrevido mancebo nos indica que la luz es un obstáculo para ciertos misterios en los que el pudor opone una natural resistencia, y por esto decia el antiguo preceptor de los amores que las niñas buscan aquella media luz, incierta, vacilante

*Qua timidus latebras speret habere pudor.*

Y antes de Ovidio habia dicho con tono mas grave y sentencioso el sagrado testo:

*Qui male agit odit lucem.*

Esta circunstancia nos lleva como por la mano á meditar algunos momentos acerca de este sentimiento indefinible que llamamos pudor, origen de tantas gra-

G<sup>o</sup> DE MUNICH. P. 6



*L'Espicgle  
Candlelight Der Muthwillige  
Pszchora*



cias, guarda de tantos tesoros, que de tan inesplicable encanto cubre la frente virginal de una jóven pudorosa, y que la hace aparecer á nuestros ojos como un ser semi-celeste.

La palabra pudor podrá tener, si se quiere, una significacion mas estensa que la que va á ser el objeto del siguiente análisis. A veces se la hace sinónima de vergüenza ó de rubor, pero con mi definicion indico el valor que intento dar á esta palabra. Y aunque pueda darse á ella mas lata estension, no me apartaré de los límites que le señalo. Muchas veces nos vemos obligados á modificar ó coartar una idea usando de una palabra que la contiene mas lata ó general, porque no hay otra. En este caso no hay mas medio que definir y ser consecuentes á la idea que de aquella palabra habremos dado.

Uno de los puntos en que no encuentro se hayan detenido mucho nuestros filósofos, es el fijar con alguna precision el verdadero origen del pudor. Entiendo aquí por pudor aquella sensacion de sorpresa causada por toda accion ó palabra que mas ó menos abiertamente hiere delante de otro el sentimiento natural de la honestidad, sensacion enunciada en nuestro semblante por la súbita e involuntaria mudanza de color. Esta especie de violencia que sentimos por una parte, y por otra la innata propension en nosotros al placer sensual, forman uno de aquellos contrastes misteriosos, una de aquellas contradicciones inesplicables que se ocultan en el fondo de nuestra naturaleza y que el hombre mismo no se atreve á sondear.

No hay duda que el pudor es un estado violento, y nada hay que mas se asemeje al rubor del delito. Sin embargo la filosofia cristiana de acuerdo con la razon natural hacen del pudor una virtud preciosa, y en la mujer particularmente es un atractivo, una gracia, un encanto irresistible, y un escudo para su misma debilidad. Solo un grosero cinismo y una razon corrompida por las ciegas aberraciones del error han podido suscribir á la opinion de que el pudor es una quimera efecto de la educacion, de la costumbre y aun de la influencia del clima, y hasta se ha llegado á decir que es una flaqueza que degrada. Como si la naturaleza misma, tan bella como sublime en sus misterios, no fuese la que pintase de rosas el semblante de una vírgen cándida, la que le hace bajar los ojos á la mirada de un hombre, la que á la sola palabra amor le turba la voz al paso que le hace latir aprisa el corazon. Esta es una ley suya nacida con nosotros, hija de la virtud, y virtud ella tambien, porque es la natural espresion de la inocencia alarmada, que distingue como la razon misma, al hombre del resto de los animales.

El hombre pues, este ser pensador dotado de un espíritu, por decirlo así, inmenso, en sus deseos y en sus esperanzas, apenas empieza á tener conciencia de la grandeza de su ser, cuando mira ya á sus piés la losa de la muerte que le aguarda. La piedra que sirve de mojon á los campos, un árbol que él mismo ha plan-



tado sobrevivirán á este rey del mundo, que presto va á confundir su polvo con el de sus padres que ya fueron. Y sin embargo siente hervir en su pecho un deseo de inmortalidad, no precisamente de una parte de su ser que la misma razon ilustrada por la religion le garantiza, sino de su ser todo entero, de su ser visible, de su existencia sobre la tierra. Y el único medio que le queda para satisfacer en parte esta sed de inmortalidad, y dejar de sí un rastro viviente, vengándose en algun modo del poder destructor de la muerte, es el de reproducirse. En sus hijos deja como una imágen de sí propio, y el eco de su nombre que mas ó menos se perpetuará por las venideras generaciones. Así es como este mismo deseo de reproducirse, este acto á que simultáneamente le impelen las necesidades de su corazon y las leyes de su organismo, es una señal terrible de su próxima ruina, y de la prisa que se dá la naturaleza para impulsarle á la conservacion de su especie, porque él presto va á desaparecer. En sí propio lleva el gérmen de su destruccion, y el deseo vehemente de su reproduccion que él mismo siente como el sentimiento mas delicioso y la mas grata de las propensiones, es la prueba mas triste de la caducidad de su existencia. Cúbresele con el velo del deleite el noble pero fatal privilegio de dar la vida á los que le han de reemplazar. Todo, hasta sus mas puros placeres, encubre su miseria, y cada beso conyugal dá una nueva víctima á la muerte.

El deseo pues de reproducirse es innato en el hombre, es una ley indispensable de su naturaleza, á lo menos en su actual condicion, pero esta ley debia ser modificada para que su abuso no refluiese contra la existencia misma del hombre. El espíritu para cumplir con ella debia en cierto modo pasar por la influencia de la materia, y vencer ciertas repugnancias que le privasen de convertir en abuso esta ley primordial de la reproduccion.

Una de estas repugnancias, tal vez la mas poderosa, es el pudor. Si la naturaleza humana se hubiese conservado en su integridad primitiva, tal vez el autor supremo hubiera sujetado á otras leyes la conservacion ó multiplicacion de su especie; y nada mas inútil que remontarse á la idealidad de estas cuestiones puramente hipotéticas. En el estado actual la muerte que nació del delito y que destruye sin descanso la existencia de este orgulloso mortal, exige necesariamente para la reproduccion humana una ley comun á los demás vivientes, á pesar de la supremacia que le dá sobre todos ellos el destello divino de la inteligencia. En este punto se hallan frente á frente la racionalidad y la animalidad, la inteligencia y la materia. En la satisfaccion de este deseo no puede dejar de ver cierta sujecion que le humilla, así como cierta victoria de sí mismo en hacerse superior á ella. Todas las legislaciones, aun las paganas, han discernido premios á la virginidad y la han considerado como grata á la divinidad misma. Esta distincion, por su universalidad, no puede ser efecto de preocupaciones locales: es la espresion de un sentimiento natural y elevado, y solo han podido contrade-



cirlo los que no admiten otras leyes que las de la sensacion ó de la materia. Un padre de la Iglesia á quien por el alto vuelo de su pensamiento se ha dado el nombre de águila, buscando el origen del rubor en la desnudez, la ha encontrado en la propension de la materia á rebelarse contra la ley del espíritu que es la ley de la razon.

Sin embargo este ser, inmortal en su espíritu, debia encontrar en el principio de su formacion alguna cosa de sublime. Al paso que la miseria de su principio le abate para domar su orgullo, reconoce en sí mismo una fuerza y una vida que le hace sentir su capacidad de dar el ser á otro semejante. Y si bien se siente algo humillado por lo que esta facultad le sujeta á las leyes de la materia, reconoce en esta misma humillacion una especie de tributo al Criador, ó por lo deleznable de su ser, ó por la degradacion á que fué condenada su raza por su primer delito.

De ésta humillacion á que se ve reducido nace la vergüenza natural, ó sea el pudor que no es mas que el rubor de la honestidad y de la inocencia. Este sentimiento íntimo é imprescindible, causado por el ejercicio de una facultad, que el cínico considera tan indiferente como la de dormir ó alimentarse, no se pierde del todo hasta que se haya perdido toda idea de virtud, esto es, de fuerza del espíritu para contener la voluntad en los límites de la razon. Casi pudiera afirmarse que la primera mujer no conoció el pudor, antes de la culpa, porque no tenia de qué avergonzarse. Pero las gracias de este encanto, que nos descubre al propio tiempo nuestra miseria, quedarian en ella muy ventajosamente compensadas con las gracias de la inocencia original, de que el hombre no puede formarse idea. Iban desnudos y no se avergonzaban, dice el sagrado testo. Nació la culpa, y el rubor que asomó en la frente de ambos esposos fué el primer efecto de su pecado. ¡Qué mutacion tan repentina! ¡Cuán presto se ve abatida la grandeza del hombre! ¡En su mismo cuerpo se le marca la señal de su delito! No se atreve á contemplarse á sí mismo, ni á descubrirse como antes á los ojos del universo. ¡Cuántos misterios encubre esta caida del hombre! Hé aquí el origen del pudor. Y aun cuando se intentára rechazar esta tradicion primitiva, la mas sutil filosofía se veria muy embarazada en darle otro.

El hombre pues dotado de la gran facultad de reproducirse, debió sin embargo tener en ella un sentimiento de su propia degradacion y un freno que le contuviese para no abusar de ella con la misma facilidad que de otras operaciones. ¿Qué freno mas poderoso que el pudor? este sentimiento de nuestra propia debilidad que lucha siempre con nosotros mismos para ocultar todo lo que ofende la vergüenza natural? ¡Desgraciado del que haya roto este freno saludable! La naturaleza le mira con horror, degradado y envilecido, esclavo de sus brutales instintos, mas abyecto que el bruto en la escala de la creacion, reserva para él todo el oprobio de la sensualidad, el desprecio de sus semejantes, una vejez precoz y una muerte prematura.



Con todo, la Providencia que no abandona á su privilegiada criatura, aun despues de su degradacion, hace nacer de este mismo pudor los placeres mas seductores del espíritu, los goces mas puros del amor. Los brutos mismos, aunque no todos, parece que participan de este sentimiento universal, ocultando á los ojos del hombre las funciones de su reproduccion. La fuerza irresistible del placer que les atrae á la union sexual, no les impide guardar en esta parte un recato y un secreto que deberia muchas veces confundir el desenfreno del hombre. La densidad del bosque y la soledad silenciosa encubren los amores del elefante: las fieras buscan sus guaridas ó el desierto para obedecer al impulso que las agita, y nosotros no podemos sufrir aquellos indecentes cuadrúpedos que insultan á nuestros ojos la ley general del recato y que no ocultan con un velo los movimientos de su instinto.

El hombre social, pues, para distinguirse del resto de los vivientes, debió hallar en su propio corazon el contrapeso del pudor que le moderase el uso y le contuviese en el abuso de esta facultad importante, que la naturaleza deja libre en todos tiempos á su capacidad física; y esta fuerza que le retiene la encuentra muy naturalmente en el pudor. El abuso de sus fuerzas en esta parte, á mas de ser una odiosa transgresion de la ley de la naturaleza, y que la naturaleza no deja impune con la pérdida del vigor del cuerpo y del espíritu, se le presenta como una propension brutal é insaciable que es el mas negro oprobio de su racionalidad. Aun para sus lícitos comercios se ve precisado á saltar esta barrera, y el primer ósculo conyugal es un sacrificio que hace de su pudor al deber, aun cuando sea delicioso este sacrificio. Esta misma repugnancia de un corazon no viciado le hace ver en el amor unos encantos que tal vez no existen sino en su imaginacion, y con todo producen en su espíritu una fruicion real. Al solo aspecto de la inocencia, cuya alarma se trasluce tras el velo del rubor virginal, el verdadero amante teme descorrer el velo á tan preciosos misterios; y cuando el amor convertido ya en deber sagrado, le hace dueño de aquella alma encantadora, se acerca temblando por la primera vez á disfrutar de una dicha de que solo el pudor podia haberle privado hasta aquel momento. Aquella turbacion misma, aquella lucha entre el amor que desea y el pudor que teme ceder, aquella débil resistencia que no es hija del desden, tanto mas deliciosa cuanto mas prolongada, tantos placeres inesplicables que preceden á la victoria sobre el pudor y que se deben al pudor mismo... almas sensibles y generosas, no agostadas aun por el soplo abrasador de la corrupcion, tiernos esposos, amantes afortunados, confesad que debeis al pudor los goces mas puros de la vida, á ese pudor sin el cual el amor mismo no sería mas que una fruicion momentánea é insípida.

El pudor, pues, para ser un verdadero goce supone el candor de la inocencia y la pureza de costumbres. Quitad de una mujer el pudor, y la despojareis de la mas bella de sus gracias, ó mas bien, quitareis el principal atractivo de su belle-



za. El Criador ha concedido con especialidad á esa débil y hermosa mitad de nuestra especie un arma terrible que torna poderosa á nuestros ojos la misma debilidad, y es una defensa suya contra nuestra fortaleza. El pudor de la inocencia unido al poder de la hermosura produce un ascendiente irresistible. Un guerrero que provocára en campo abierto á la muerte sin inmutarse, no se atreverá á levantar el velo que oculta el lecho de su amada. ¿Qué fuerza imperiosa contiene á aquel hombre que hace temblar? Una mirada sola de aquella beldad sorprendida le hace estremecer. Nunca ha temblado por la muerte, pero se turba y baja los ojos delante de una inofensiva doncella, con la que desea y teme verse solo. Al contrario, una pasión sin pudor es un comercio brutal y detestable, sin delicia y sin encanto, es un culto grosero que se rinde á la materia, sin misterio y sin sacrificio, que miran con horror y con desprecio la razón y la sensibilidad. Desgraciado el siglo en que el corazón ha perdido su dignidad, y en que el hombre para satisfacer lo que él llama sus necesidades, se arroja en brazos de hembras sin pudor! Entonces el amor ha perdido todos sus derechos y todos sus goces, y para almas así embrutecidas no queda mas recurso que la prostitucion.

El pudor, pues, es tambien una virtud, porque es una fuerza. Sin ella el Criador hubiera abandonado al hombre casi sin defensa á los ciegos impulsos de su instinto; porque el corazón sin pudor pierde hasta los últimos vestigios del sentimiento. La modestia, que bien puede llamarse la prevision del pudor, es la que dá fuerza y valor á una débil vírgen contra las amenazas de un seductor. Ella es la que detiene la osadía del tirano ante la autoridad de la inocencia, y la que en los últimos apuros infunde una intrepidez varonil al alma delicada de una mujer sin amparo, convierte su terneza en la bravura de un leon, y mas de una vez se ha visto de cuanto es capaz una débil hembra cuando mira insultado su pudor.

Virtud preciosa que debe aun conservarse en el mismo amor conyugal. No es este un abandono absoluto del uno á los caprichos del otro. La naturaleza y la religion han dado leyes para presidir los misterios de su lecho. No es lícito al hombre abusar de nada, ni aun de sus propios derechos. El mismo pudor me impone ahora silencio: diré tan solo á los esposos, en especial á las mujeres, que si quieren aun en su íntimo comercio gozar los dulces y puros placeres que ofrece el pudor, y que muchos creen ya perdidos por la seguridad de la posesion, no cedan á todos los caprichos de una pasión sin freno que solo puede producir el fastidio de la saciedad. Concededlo todo al deber, pero nada al antojo. No sofoqueis la llama deliciosa de los deseos: los suspiros no se vean desterrados de vuestro lecho. No se descorra del todo el velo que ocultaba vuestras gracias: el verdadero amor es muy ingenioso para conservar sus dulces ilusiones, aun cuando hayan pasado los sueños de oro de la juventud: la economía del placer es uno de

los grandes secretos para la felicidad de la vida. Abstenerse para gozar es el epicureismo de la razon, en sentir de un gran filósofo. Dad al sacrificio del pudor todo el mérito de que es capaz, y sobre todo nunca permitais que vuestros esposos se harten de vosotras.

Hemos hablado del pudor y no tememos haberle ofendido. La necesidad de ascender hasta su origen y señalar su aplicacion á las miserias de la triste condicion humana podia muy bien haber deslizado nuestra pluma. Si así fuere, culpa seria mas bien de la torpeza y escasez del lenguaje que tan impotente hallamos para describir y analizar con delicadeza y exactitud los íntimos sentimientos de nuestra alma. Para dar fin á este artículo, insertaremos este rasgo que inspiró á la férvida imaginacion de nuestra juventud aquel pasaje de Ovidio :

.....Fuge rustice longe  
Hinc pudor : audaces sorque Venusque juvant.

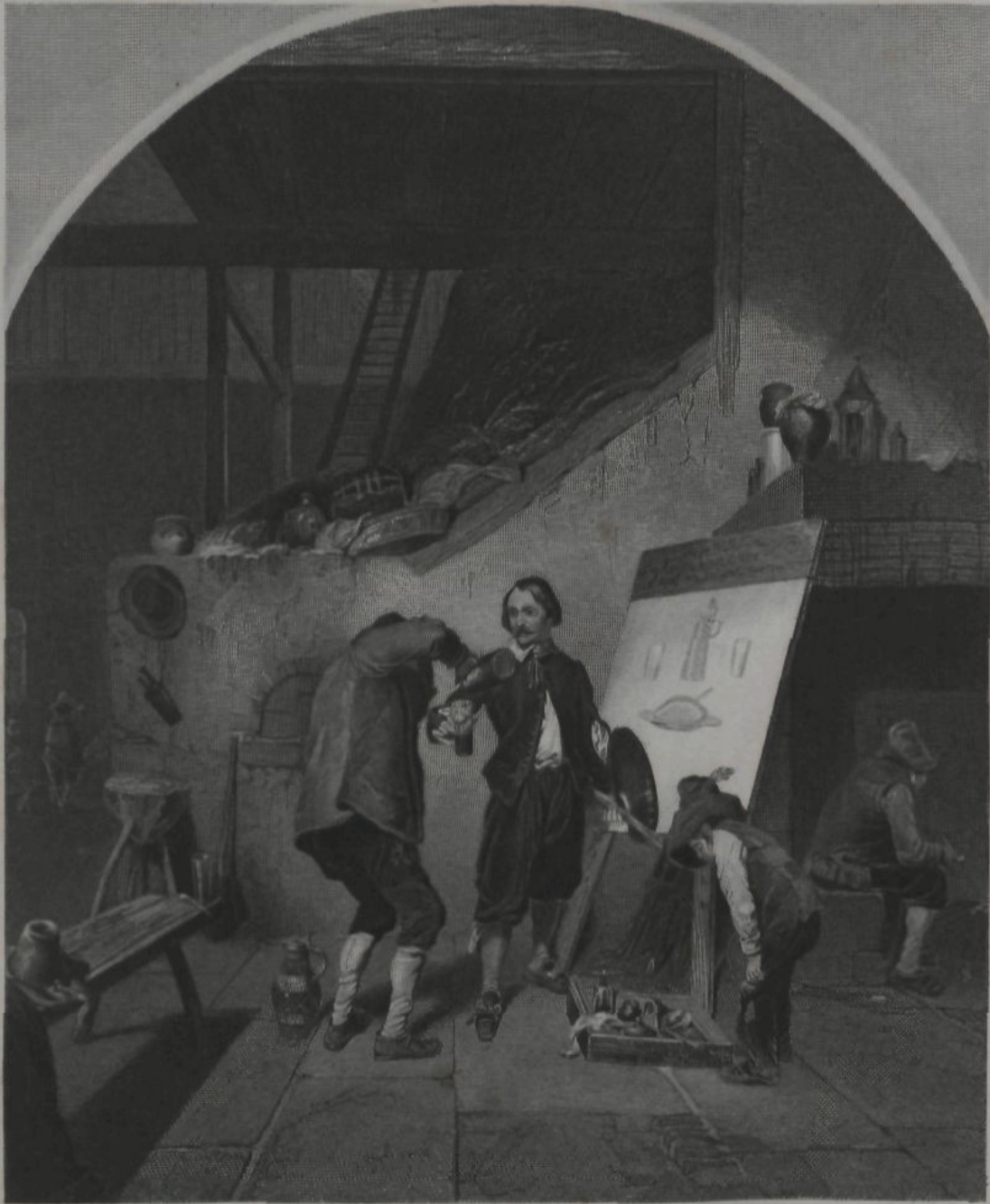
**SONETO.**

Delis, tiembas ? y el plácido sosiego  
Tan presto huyó del corazon ardiente ?  
¿Tiemblas y doblas lánguida la frente  
Que enciende hermoso del pudor el fuego ?  
Un momento... no temas... Amor ciego,  
Venda sus ojos... ¿temes débilmente ?  
Yo voy á ser feliz... ¿Y de repente  
Huyes, y esquivas, bárbara mi ruego ?  
¿Por qué apartas tus brazos anhelantes  
Y rehusas tu amor al amor mio ?  
— Me detiene el pudor... ¡Pudor cobarde !  
Huye de Delis : deja dos amantes  
Un solo punto á su feliz desvío...  
Dije : fuése el pudor, tornó y fue tarde.

**Joaquin Roca y Cornet.**



G<sup>o</sup> DE MUNICH P 14



*Le Peintre*

*(Scene de la Vie de Brouwer)*

*The Painter*

*Der Maler.*

*(Scene from Brouwers Life.)*

*(Szene aus Brouwers Leben.)*

# EL PINTOR.

( CUADRO DE LEPOITTERIN. )

Mientras entre los siglos décimosesto y décimoséptimo un crecido número de pintores llevaron el arte en los Países Bajos á una altura que nunca mas ha podido ser superada, hubo un enjambre de otros artistas menos aventajados, ó no tan favorecidos por la suerte, que circunscritos á mas limitada esfera no aspiraron á la gloria ni á la fortuna de aquellos, contentándose con una posición mas modesta, y con un nombre menos generalmente conocido. El número de esos artistas fué en aquella época muy grande, y así es que aun hoy se ven en esos países muestras de tiendas y bodegones, cuadros de aves, cocinas, fruteros, y toda clase de lienzos en muchísimas casas particulares, los cuales si no merecen ocupar un sitio en los públicos museos, quizás no es tanto por la escasez de su mérito como por la abundancia de otros cuadros que lo tienen mas justamente adquirido. Habia en esa época pintores ambulantes que no creyéndose dignos de rivalizar con los grandes maestros establecidos en las ciudades, iban de aldea en aldea ofreciendo sus pinceles á cuantos quisieran ocuparlos en trabajos del arte. De la misma suerte que habia entonces compañías de comediantes llamados de la legua, titereros y saltimbancos, que iban llevando sus habilidades de un lugar á otro, granjeando en todos los medios de no perecer de hambre; así las bellas artes tenian tambien sus representantes nómadas, que así se fijaban por una temporada en un pueblo, como se encerraban en la casa de un grande ó en un monasterio para ausiliar á los famosos pintores que trabajaban en ellos las obras que debian inmortalizarlos.

Entre los muchos que en esa época recorrian los pueblos de Holanda lucran-



do á duras penas el pan cotidiano, y dejando obras que hoy son estimadas tanto por su mérito absoluto, cuanto por el de haberse conservado en una azotea, tapando una gatera, ó colgados á la puerta de un bodegon, debe ser tenido en mucha cuenta Alfredo Bruver, hijo de Ostende, de un pobre alfarero que le dedicó desde niño al oficio que él habia ejercido durante cuarenta años. Alfredo era naturalmente artista; así es que no pudiendo desplegar su genio en otra parte, lo hacia en los cacharros que fabricaba su padre, á los cuales daba formas caprichosas y nuevas que llamando la atencion de los consumidores aumentaron el número de los parroquianos. El padre conoció muy bien en los productos del oficio las mejoras que iba su hijo introduciendo; mas esto mismo le hacia deplorar muy de veras que siendo Alfredo un muchacho de tanto genio y talento tan grande, debiera verse reducido á amasar barro, y á barnizar tinajas y platos. No era de aquellos padres que tratan de beneficiar en provecho suyo á los hijos; sino que al contrario, pertenecia al infinito número de los otros que sacrifican su fortuna, su salud y hasta su vida en provecho de aquellos á quienes han dado la existencia. Así pues, aunque privándose durante algunas horas de la ayuda del hijo, lo envió á la escuela de dibujo que habia en Ostende, con la esperanza de que seria uno de aquellos famosos artistas, á quienes veia vestidos de terciopelo, y luciendo un sombrero con plumas. Gozábbase el padre con la futura reputacion y la probable riqueza de su hijo; y no perdonó medio á fin de ponerlo en estado de que pudiese alcanzar lo uno y lo otro. Alfredo correspondió á los cuidados del padre; y aunque á fuer de mas conocedor no concebía las esperanzas de este, porque la vista de las obras de los grandes artistas le parecían muy superiores á lo que nunca pudiera salir de sus pinceles, no por esto abandonó el estudio, ni se descorazonó de modo alguno. Si no soy de los primeros, decía, perteneceré á los segundos, y tanto me basta para poder dejar la sucia alfarería, y afiliarme en el gremio de los artistas.

Alfredo era un muchacho de chispa y de una travesura muy grande; lo cual dió lugar á que en la escuela de dibujo fuese con mucha frecuencia castigado, y no despedido porque sus maestros le conocieron desde luego disposicion para el arte. En poco tiempo aprendió el dibujo y por cierto lo tuvo muy correcto desde el principio, de modo que, como decía su maestro, con tal que estudiára no dejaría de ser un pintor aventajado. Entre los condiscípulos era el mas maleante y atrevido, pero al mismo tiempo el mas lucido. Castigado hoy, regañado mañana, amenazado de ser despedido otro dia, pasó cinco años, y á la edad de diez y ocho pintaba al óleo, habiéndose dedicado desde luego á copiar cuadritos de género, en que su maestro era estremado. Quiso varias veces probar á hacer retratos, y tuvo horas enteras á su padre sentado encima de una tinaja, pero no podia con la semejanza, por mas que el padre juraba que habia trasladado propiamente su cara al lienzo, á pesar de que entre cuantos lo vieron ni uno siquiera



pudo conocerlo. Alfredo tuvo la fortuna de no equivocarse: conoció que no podía ser retratista, faltábanle conocimientos para ser pintor de historia, y no tenía medio de adquirir lo que á este fin necesitaba, y en los cuadros de género había visto y veía diariamente tantas obras acabadas, que no supo absolutamente á qué dedicarse: espantado al ver que todos los caminos le estaban cerrados, estuvo en un tris como no abandonó la paleta para entregarse en cuerpo y alma á la alfarería. El maestro no obstante le inspiró el valor que le faltaba, y le aconsejó que pintara cuanto le ocurriese, pues de este modo daría á conocer el género para el cual tenía disposición mas marcada. El carácter de Alfredo se resistía ya á vivir á costa del pobre autor de sus días, y no queriendo serle ya mas gravoso le pidió su bendición declarándole que quería viajar por los Países Bajos y ganarse con los pinceles su subsistencia. El padre conoció el móvil que impulsaba al hijo á tomar resolución semejante; y con la esperanza de que realmente viajando se haría hombre y volvería con mas reputación y mas dinero, le dió cuanto pudo y lo bendijo, rogándole que con frecuencia le escribiera acerca de sus adelantos y sus lucros. Con una caja y una gran cartera al hombro, un hatillo de ropa y cuanto dinero pudo el padre entregarle, salió de Ostende, y de pueblo en pueblo casi no dejó de recorrer ninguno de los Países Bajos. En esa peregrinación que duró cuatro años le acaecieron muchos lances, adelantó en el arte, granjeó bastante dinero, y fijó para siempre su suerte; no sin sufrir también algunas miserias y crecido número de angustias.

Hallándose en Bruselas en donde había pintado la muestra de un bodegón en la cual se ostentaban muchas piezas de volatería, fué invitado por un tendero de lienzos para que le pintara también una muestra, y Alfredo lo ejecutó muy complicado y verdaderamente de buen gusto. Esa muestra mereció la atención de un caballero de Bruselas, quien habiendo ido á encontrar al pintor le llevó á una casa de campo que cerca de la ciudad tenía para que le pintase un cuadro en el cual lució su habilidad que era notable para pintar aves y frutas, objetos muy propios de un comedor. Un día que estaba trabajando en esa pieza fué á visitar al amo de la casa un francés mal ajustado y que tuvo la indiscreción de desalabar el trabajo del artista en presencia de este mismo y del amo de la quinta, diciendo entre otras cosas que Alfredo no sabía pintar animales. Guardó el artista la frase, y cuando al cabo de pocos días ese extranjero volvió á la quinta dejó arrimado á una reja cual solía hacerlo siempre el caballo blanco en que iba montado. Alfredo esperó el momento, y cuando el francés estuvo ocupado con el caballero, cargó la paleta cuanto pudo, salió al patio, y en cinco minutos pintó el caballo al óleo y con listas de diversos colores, ni mas ni menos que la tela de una camisa de marinero. No es posible describir la ira que le cogió al francés al ver cómo habían puesto su caballo, y no dudando que era obra del pintor acudió á donde estaba. Alfredo confirmó que había sido él y que lo hizo pare



mostrarle que sabia pintar animales , y de aquí tuvo origen una disputa que acabó por un desafío en que el artista dió una estocada al francés, viéndose por lo mismo obligado á huir de Bruselas y á correr de ceca en meca receloso y cual un prófugo durante algunos meses. Y ni aun así se hubiera librado de la cárcel y de un castigo , á no ser que relatado en todas partes el suceso , la ocurrencia del pintor pareció tan donosa que no hubo quien no la aplaudiera y no se interesara á favor suyo.

Fué á parar á Gante , ciudad llamada con razon la Venecia del Norte , por la multitud de canales que la cruzan en todos sentidos. No habia entonces tantos como ahora , y por efecto de las guerras religiosas habia quedado pobre y despoblada , de suerte que sus calles estaban desiertas , y la mayor parte de sus muchas fábricas inactivas. Nuestro artista se enamoró como un loco de la hija de un caballero en cuya casa pintaba , y como el padre se apercibiera de ello y no lo tomara á gracia , despidió al pintor , que reunido con otros troneras le hicieron á ese buen señor mil burlas , espantándole de noche cuando se retiraba á su casa , saltando las tapias del jardin para robarle las preciosas flores que en el mismo tenia , haciéndole pedazos la magnífica pajarera á que daba justa importancia , y manteniendo por mil medios correspondencia con la mal aconsejada señorita , que no conocia á donde iba á parar aquella atrevida intriga. La autoridad tuvo conocimiento de todo por el irritado padre , y Alfredo recibió orden de ausentarse de la ciudad si no queria que la justicia se ocupara de averiguarle la vida. Y como aun recordaba el lance con el francés de Bruselas , optó por la salida de Gante con el fin de librarse de mayores males.

Llegó á Malinas sin tener un real y se alojó en una posada en donde al cabo de pocos dias declaró al posadero que no podia satisfacer el gasto que llevaba hecho , pero que en cambio le pintaria una tabla que le sirviese de muestra para su posada. El amo convino en ello , y el maligno pintor á quien dieron pésima comida desde que declaró su insolvencia , pintó en la tabla una porcion de platos llenos de huesos y de espinas , y en un ángulo puso al posadero llevando en la mano una botella para vino y en la cual una moza de la posada echaba el agua de un cántaro. El amo comprendió la burla , disputó con el pintor , lo hizo comparecer ante la autoridad local que le condenó á pintar una muestra mas á propósito , y á pagar el gasto hecho en los dias que ocupó pintando la otra. Con algunos otros trabajos que hizo y vendió pudo salir del apuro , no sin mediar desazones graves entre él y el posadero que se daba á Barrabás porque el artista trabajaba poquísimo y entretanto tenia que darle de comer sin cobrarlo.

Finalmente fué á parar á Amberes , rica ciudad de Flandes , en donde habiendo entrado en un bodegon y ofrecido al amo sus servicios , estos fueron aceptados para que pintase una gran muestra. Colocó su caballete entre el hogar y el horno donde se guisaban todos los manjares , y como desde el primer dia se afi-

cionó á la hija del bodegonero , fué alargando la obra ; y cuando el amo le dió quejas por tanta tardanza , ganó á un muchacho medio imbécil que en la casa habia , para que durante la noche ensuciase de mil colores lo que pintaba de dia. La muchacha agradaada del pintor entró en el complot : el pobre padre veia pasarse dias y mas dias y el lienzo del caballete estaba siempre lo mismo. En vano lo retiraba por la noche ; en vano lo subia al desvan , cuya llave guardaba ; á la mañana siguiente el lienzo estaba borrado , ó lo cubria todo un color solo. Al fin apurado rogó al pintor que se marchára , mas este entonces declaró su passion por Catalina y se la pidió al padre que se consideró muy honrado con tal demanda. El artista contrajo matrimonio y desde entonces varió de conducta , siendo un marido ejemplar y un buen padre , y habiendo llegado á adquirir tal reputacion para las pinturas de la clase que vemos en esta lámina , que en rigor podemos decir que llenó de ellas los Países Bajos granjeando muy pingües ganancias. Aun pudo ausiliar á su padre en sus últimos años , y al morir el de su esposa heredó el bodegon que era muy concurrido , y con su venta reunió un caudal pingüe , de suerte que al cabo de pocos años se convirtió en propietario. Murió en 1623 en el pueblo de Cautray en donde se habia retirado con su familia , y en el cual hay muestras de su mano en crecido número de tiendas. Encima de la puerta de una cuadra hay una donde se ven varios caballos , uno de ellos pintado á listas de mil colores y que recuerda la anécdota del francés , cuyo caballo le sirvió para demostrar que sabia pintar animales.

Juan Cortada.



## SAN PEDRO Y SAN PABLO.

(CUADRO DE RUBENS.)

Al fijar los ojos en esas dos nobles figuras que recuerdan la instalacion de la grande institucion divina que el Supremo Legislador vino á establecer en medio de los siglos, el alma del hombre pensador, preescindiendo aun de todo sentimiento católico, no puede dejar de sentir una viva impresion de asombro y de placer, contemplando en estos dos primeros atletas de la fe los dos insignes símbolos de la regeneracion de la humanidad. Inseparables en una gran parte de su carrera apostólica, los dos apóstoles y mártires, el uno sucesor de Jesucristo, el otro el primer adalid de su doctrina y el intérprete mas profundo de su ley, juntos los venera la Iglesia, juntos están sus sepulcros en la ciudad eterna, y ante ellos se postra el angustiado pontífice, rogando por la navecilla de Pedro en lo mas recio de la tormenta.

El asunto pues de este cuadro sublime nos convida á dar una rápida mirada retrospectiva sobre la historia de la primitiva Iglesia, cuyos cimientos, ya por su gobierno ya por su doctrina, están humanamente simbolizados en aquellos dos grandes jefes del apostolado, el uno como príncipe de los apóstoles, el otro como al apóstol doctor de las gentes. Para dar algun desarrollo á nuestra idea, remontémonos al prodigio histórico obrado en la instalacion, propagacion y primeros triunfos del cristianismo, sobre cuyos primeros siglos vamos á dar como al acaso algunas pinceladas. Léjos estamos de escribir ni aun de seguir la historia, y nos limitaremos á algunos recuerdos.

Cuando despues de haber predicado la nueva ley ó el Evangelio, dejó Jesucristo su luz sobre la tierra, aquel fué el primer monumento de la civilizacion

GF DE MUNICH P. 30



*Saint Pierre et Saint Paul  
Petrus & Paulus.*



moderna. La Cruz brilla en medio de la eternidad como resplandece en medio de los tiempos: ella inaugura la civilización que corresponde al hombre regenerado y redimido. El mundo tomó para sí una parte de ella, pero su objeto directo es la felicidad inmortal del género humano. Del pie de esta cruz plantada en Jerusalén, partieron doce legisladores pobres, desnudos, con un báculo en la mano para enseñar á las naciones y renovar la faz de la tierra. La publicación del Evangelio empezó en el día de Pentecostés del año 33 de Jesucristo en el reinado de Tiberio. La iglesia de Jerusalén nació rodeada de los siete diáconos elegidos en aquel primer concilio. El primer mártir fué Estéban, y el primer hereje Simon el Mago, cuya herejía fué seguida de la de Apolonio de Tiana. Saulo, de perseguidor pasó á ser el apóstol de los gentiles bajo el gran nombre de Pablo. Pilatos envió á Roma el proceso del Hijo de María: Tiberio propuso al Senado el poner á Jesucristo en el número de los dioses, y la historia romana ha ignorado todos estos hechos.

Después de Tiberio un loco y un imbécil fueron suscitados para gobernar el imperio, Calígula y Claudio: el imperio caminaba como lo había montado su predecesor, con la servidumbre y la tiranía. Los judíos, perseguidos en Alejandría, diputaron Tilon á Calígula: Herodes Antipas y Pilatos fueron relegados á las Galias. Cornelio fué el primer soldado romano que recibió la fe. El número de los discípulos del Evangelio iba creciendo y se fundaron las siete iglesias del Asia menor. En Antioquía los discípulos del Evangelio tomaron por primera vez el nombre de cristianos. Pedro, preso en Jerusalén por Herodes Agripa, fué libertado por un prodigio. Este príncipe de nueva especie, cuyos sucesores eran llamados á subir sobre el trono de los Césares, entró en Roma con el báculo pastoral en la mano al segundo año del reinado de Claudio. Antes de dispersarse para anunciar al Mesías, los apóstoles compusieron en Jerusalén el símbolo de la fe. Esta carta de los cristianos, que vino después á ser la ley del mundo, no fué escrita. Jesucristo no escribió nada: siete de sus apóstoles no han dejado más que sus obras, y su doctrina sin embargo ha recorrido toda la tierra! Juan enseñó en el Asia menor, llevando consigo á María, la cual el Salvador le había legado desde lo alto de la cruz. Felipe fué á la Alta Asia, Andrés entró en los Escitas, Tomás entre los Partos y hasta los Indios, á los cuales Tomás llevó el Evangelio de S. Mateo, escrito el primero de todos los Evangelios. Simon predicó en Persia, Matías en Etiopía, Pablo en la Grecia, Marcos, discípulo de Pedro, redactó su Evangelio en Roma, y Pedro envió misioneros á Sicilia, á Italia, á las Galias y sobre las costas de Africa. Pablo llegó á Efeso cuando murió Claudio, y catequizó él mismo en la Provenza y en las Españas, á donde es tradición que llegó Santiago.

Sabemos por las cartas de aquel apóstol que los primeros cristianos en Roma fueron Epenitas, María, Andrónico, Junia, Ampliato, Urbano, Stachis y Ape-



les. Pablo saludó también á los fieles de la casa de Aristóbulo y á los de la casa de Narciso, el famoso favorito de Claudio. Estos nombres son por cierto oscuros, y no se encuentran en los documentos que sirvieron á Tácito; y es asaz maravilloso sin duda el ver, desde el punto á que hemos llegado, el mundo cristiano empezar desconocido en la casa de un liberto que la historia ha creído deber inscribir en sus fastos.

Así como todos los conquistadores han venido á ser Alejandro, así también todos los tiranos han heredado el nombre de Neron. No se sabe porqué este príncipe ha disfrutado de este honor insigne, porque no fué ni mas cruel que Tiberio, ni mas insensato que Calígula, ni mas disoluto que Eliogábolo: será tal vez porque mató á su madre, y porque fué el primer perseguidor de los cristianos. Los senadores le condenaron á muerte. El incendio de Roma de que se acusó á los cristianos, confundiendoles con los judíos, produjo la primera persecucion. Los mártires eran puestos en cruz, como su *Maestro*, ó revestidos con pieles de bestias y devorados por los perros, ó envueltos en túnicas impregnadas de pez á las que se prendia fuego: la materia fundida corria por tierra con la sangre. Estas primeras antorchas de la fe iluminaban una fiesta nocturna que Neron daba en sus jardines, y á la claridad de las llamas el tirano conducia carros.

Pablo acusado delante de Felix y delante de Festo, vino á Roma, en donde predicó el Evangelio con Pedro. La herejía de los nicolaitas se suscitó el año 64 de Jesucristo; habia tomado su nombre de Nicolás, uno de los siete primeros diáconos. San Jaime, obispo de la iglesia judía, habia sufrido el martirio. La guerra de Judea empezó bajo el reinado de Sexto Galo, y los cristianos se habian retirado de Jerusalem.

Apolonio de Tyana llega á la capital del mundo para ver, segun él decia, qué animal era un tirano, y se ve desterrado de allí como los demás filósofos. Pedro y Pablo encerrados en la prision Mamertina al pié del Capitolio, son condenados á muerte. A Pablo se le corta la cabeza, como ciudadano romano, junto á las aguas Salvianas, en un lugar en el dia desierto, en donde se ven tres fuentes á alguna distancia de la basílica llamada San Pablo estramuros que un incendio destruyó en el momento mismo de la muerte de Pio VII. Pedro, reputado judío y de condicion vil, fué crucificado cabeza abajo sobre el monte Janículo, y enterrado á lo largo de la Via Aurelia, cerca del templo de Apolo: allí es donde se levanta hoy dia el palacio del Vaticano y aquella iglesia de San Pedro que *compite en grandeza con las mas imponentes ruinas de Roma*. Neron ignoraba sin duda el nombre de estos dos reos de baja ralea condenados por los magistrados; y estos dos eran, despues de Jesucristo, los fundadores de una religion nueva, de un poder que debia continuar la eternidad de la ciudad de Rómulo.

Lino, de quien se habla en las cartas de S. Pablo, sucedió á S. Pedro; san Clemente ó S. Cleto á S. Lino. El pueblo romano amó á Neron, y esperó vol-



verle á encontrar despues de su muerte entre los impostores. Algunos cristianos pensaron que Neron era el Antecristo, y que volveria á aparecer al fin de los tiempos. El mundo pagano le esperaba para sus delicias, el mundo cristiano para sus pruebas.

Bajo el reinado de Neron S. Marcos fundó la iglesia de Alejandría, que comenzó sobre todo entre los terapeutas, secta judía entregada á la vida contemplativa, y que sirvió de primer modelo á las órdenes monásticas cristianas. Los terapeutas diferian de los esenios, que solo se veian en Palestina, y que vivian del trabajo de sus manos. La escuela filosófica de Alejandría mezcló tambien sus doctrinas con las del Cristianismo, sutilizó la simplicidad evangélica y produjo famosas herejías.

Los primeros tiranos de Roma se distinguieron cada uno por un vicio particular, así como los príncipes que sucedieron á estos tiranos brillaron cada uno por una virtud diferente: mas así como los vicios de aquellos no bastaron para disolver la sociedad, tampoco las virtudes de estos fueron suficientes para evitar la caída del imperio. Habia en éste cristianos oscuros perseguidos hasta por Marco Aurelio, y estos hicieron con una religion despreciada lo que no podia alcanzar la filosofía ornada con el cetro: ellos corregian las costumbres y echaban los cimientos de una sociedad que vive todavía.

En el absolutismo hereditario, en los países en que se halla establecido, hay sin embargo ciertos períodos de reposo para los hombres, pues la arbitrariedad pierde algo de su aspereza envejeciendo. En el despotismo electivo cada jefe sube á la soberanía con la fuerza de un primer nacido de su raza, y se lanza á la opresion con todo el ardor de uno que llega al poder: ténese siempre al tirano en su vigor electivo; mientras que la nacion que no se renueva queda en su servitud hereditaria. Esto sucedia en el paganismo, en cuyo tiempo el Cristianismo no habia consagrado ni á los monarcas ni á las instituciones. Y como el imperio romano ocupaba el mundo conocido, como el emperador podia ser escogido de todas partes, de ahí esta diversidad de tiranía, segun que el señor venia del Africa, de la Europa ó del Asia. Todas las variedades de la opresion, esparcidas hoy en los diversos climas, se sentaban por eleccion sobre la púrpura, á la cual cada candidato llegaba con su carácter propio y las costumbres de su país.

Aplicáronse á Tito y á Vespasiano las profecías que anunciaban conquistadores venidos de la Judea. El Mesías debia ser un príncipe de paz: en consecuencia Vespasiano hizo edificar en Roma y consagrar á la paz un templo que vió siempre la guerra, y cuyos fundamentos, descarnados en el dia, han apenas resistido á los asaltos del tiempo. El verdadero príncipe de paz era el rey de este nuevo pueblo, que crecia y se multiplicaba en las catacumbas, bajo los piés del viejo mundo, pero pasando sobre él.

San Clemente escribió á los de Corinto, invitándoles á la concordia. Refiere



que S. Pedro habia sufrido muchas veces ; que S. Pablo , despues de azotado con varas y apedreado , habia sido arrojado á las cadenas siete veces diferentes. Indica el órden en el ministerio eclesiástico , las oblaciones , los oficios , las solemnidades. Dios ha enviado á Jesucristo , Jesucristo á los apóstoles ; los apóstoles ordenaron obispos , presbíteros y ministros para las diversas funciones de la jerarquía , insiguiendo las instrucciones del divino legislador.

La religion acrecentó su fuerza bajo los reinados de Vespasiano y de Tito , por la consumacion de uno de los oráculos escritos en los libros santos: Jerusalem pereció.

Roma al fin quedó en la pacífica posesion del mundo cristiano. Invadida despues , incendiada por los bárbaros , desolada , permanece sin embargo , conservando sobre las ruinas de su pasada grandeza el trono magnífico del sucesor de Pedro , cuyo trono parece quiere relegarse á aquella Jerusalem de la cual el poder romano no dejó piedra sobre piedra.

Las llaves y la espada que brillan en las manos de los dos grandes apóstoles son los dos símbolos del poder que ejerce la Iglesia sobre el mundo espiritual. Las primeras se refieren á la facultad dada por Jesucristo á Pedro de abrir y cerrar para los hombres las puertas de la vida inmortal , que es el galardón de los predestinados , y que éste abre y cierra segun las reglas de la ley de amor que Jesucristo vino á traer sobre la tierra. La espada simboliza la autoridad espiritual que ejerce el jefe de la Iglesia sobre toda la sociedad visible que forma en el mundo la ley cristiana. Tambien puede representar la palabra de Dios que el grande apóstol hizo resonar por toda la tierra , y que penetrante como una espada de dos filos , llega á dividir , segun la espresion del sagrado testo , el alma del espíritu.

La Iglesia católica ha sido hasta ahora romana , porque Pedro , que entró en Roma desconocido , oscuro , sentó en ella su humilde solio , que regó con su propia sangre y consagró con los despojos de su cuerpo , que subsisten todavía. Si el cielo ha decretado que este solio despues de diez y nueve siglos haya de arrancarse del corazon de la Europa en donde lo colocó Pedro , para ir á fijarse en la deicida Jerusalem , bien que santificada por la sangre del Redentor , y hoy esclava del sectario de Mahoma , esto no será la destruccion de la Iglesia , porque es indestructible , pero será una calamidad para todos sus hijos , y una marca de eterno oprobio para los que la hayan quitado del centro del mundo civilizado para arrojlarla á una region de bárbaros que están derramando hoy la sangre de los hijos de la Cruz como se derramaba la de los primitivos cristianos.

Aun cuando se quiera reservar un Calvario y una cruz para el sucesor de Pedro en la ciudad misma que apedreaba á los profetas , eso hará derramar lágrimas amargas á los cristianos fieles , como las hacian derramar á las piadosas mujeres de Jerusalem las fatigas mortales de Jesucristo ; pero esto nada importa para



la permanencia de la Iglesia que no ha de perecer sobre la tierra, cuya confianza queda garantida, aun humanamente hablando, por la perpetuidad que ha tenido hasta ahora á pesar de los mas terribles ataques y de los mas profundos sacudimientos.

Si la Europa permite que se arroje de su seno la silla del Pontificado, ó que esta permanezca esclava de alguna potencia, bajo cualquier pretexto que sea, queda privada de ese centro de autoridad moral en la que se conserva á la sombra de la verdad católica el depósito santo de los grandes principios de justicia que pueden salvar la sociedad de un cataclismo. Prescindiendo aun de los intereses católicos, que por cierto no son indiferentes á muchos millones de almas, se priva la Europa de ese poder invisible pero fuerte que ejerce sobre las conciencias aun de los no católicos, esa autoridad viviente que tantas veces la ha salvado de la barbarie, que ha conservado los restos de la antigua civilización en medio de tantos naufragios, y cuya doctrina es el mas firme apoyo contra la opresión y contra la anarquía.

Los poderes mismos que ahora se muestran hostiles ó indiferentes con la independencia del poder pontifical, no conocen cuanto deben á su influencia la seguridad de sí propios. Si época ha habido en que, humanamente hablando, sea necesario concentrar y robustecer el principio católico, es sin disputa la que estamos atravesando. En medio de esta discrepancia de sistemas sociales que forcejan para dominar, en esta oscilación de las inteligencias acerca de la legitimidad de los derechos y de los deberes, acerca de las cuestiones de orden y de estabilidad para los pueblos y para los individuos, ¿quién puede fijar sobre bases inmutables esa ley eterna establecida por Dios por la cual puede regirse la marcha moral del universo? Dejemos aparte todo sentimiento religioso, toda idea que pase mas allá de la tumba: fuera de la ley cristiana, que se conserva intacta en el catolicismo, no reconocemos salvación para la humanidad.

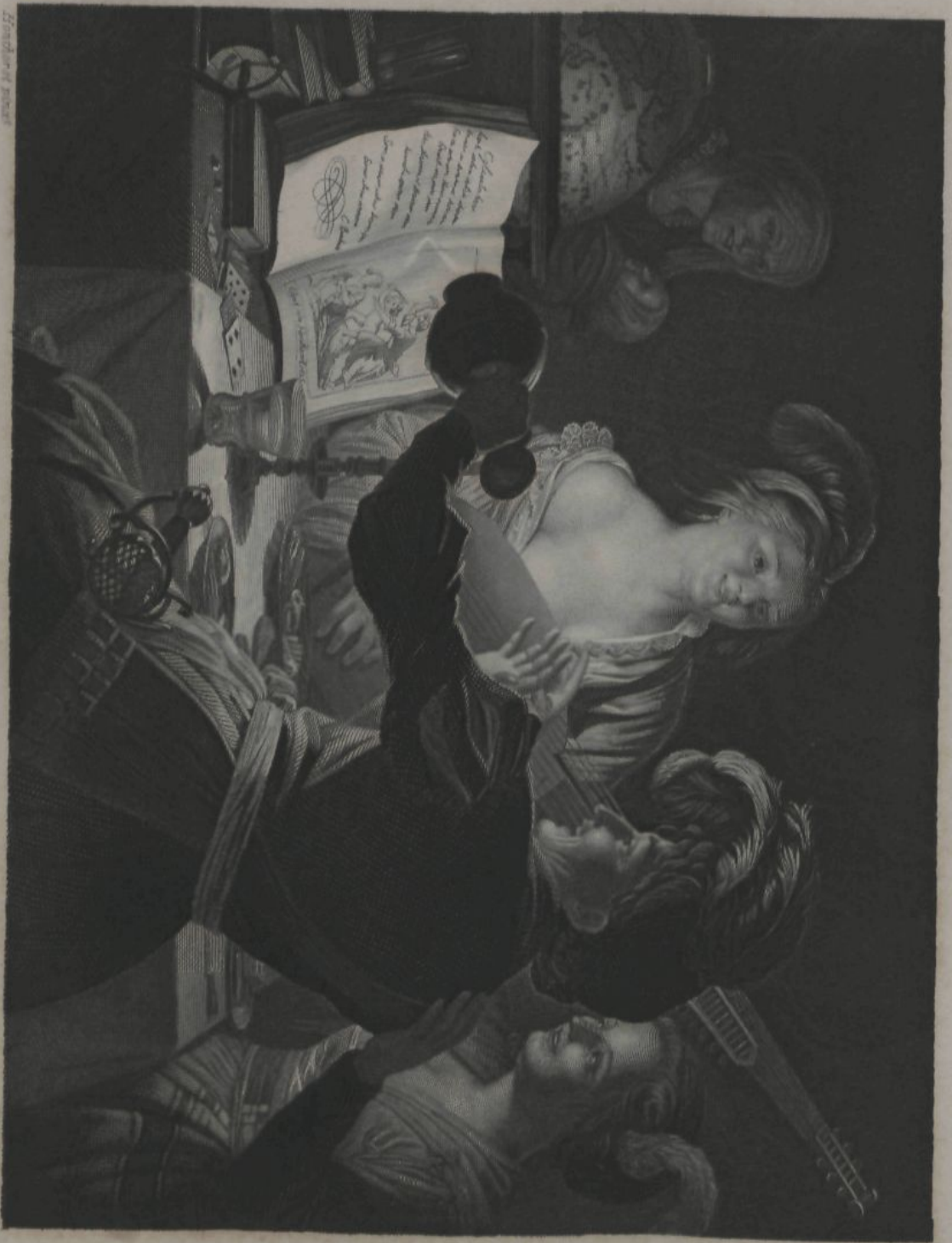
Véanse amenazadas la propiedad y la familia: lo que se ataca no es ya la forma de gobierno, es la existencia legítima de toda autoridad sea cual fuere su origen: se pretende cortar de golpe el lazo que une al cielo con la tierra: se quiere dar á la ciega y veleidosa multitud el cetro de toda soberanía: se prescinde de toda ley suprema y divina en el orden de las inteligencias. Si esto llega á conseguirse, sobra realmente en Europa la voz augusta del representante de Dios que mira á todos los hombres como hermanos, porque son hijos de Dios. Quitad ese freno saludable, único que convirtió á los bárbaros en hombres civilizados, y no os quedarán mas que hordas de salvajes prontos á devorarse.

Los corazones sensibles se horrorizan á esta sola idea: las almas nobles y generosas que naturalmente detestan la ingratitud con el poder que tantas veces ha salvado la libertad de los pueblos, se resisten á esa especie de horfandad á que quiere reducirse la parte mas privilegiada del globo. El padre comun de los fieles

no opondrá por cierto la fuerza á la fuerza si se le arranca de su silla ó se le carga de cadenas. Pero ese mundo moral que dirige el Dios de los cristianos, se rige por otras leyes que por las de la fuerza material. El hombre puede resistir hasta cierto punto el brazo de Dios, pero Dios que hace servir los crímenes de los hombres para castigo de sus ingratos hijos, así como hizo servir los crímenes de sus verdugos á la redencion del mundo, permite estas tormentas para que las inteligencias estraviadas y hasta los corazones pervertidos reclamen algun dia su voz y su poder aun del fondo del abismo.

**Joaquin Roca y Cornet.**





Handwritten text on the left side of the engraving.

Handwritten text on the right side of the engraving.

*See Guido's note*

*The empty Jug. Poor love strong.*

*Delian passing?*

Published for the Proprietors by A.H.F. GYM. Dresden-Kleinplatz

# LA ORGIA

Ó SEA

## EL CASCO VACIO.

(CUADRO DE HONTHOR.)

A la simple inspeccion de este grupo lúbrico se echa de ver que todos sus personajes se hallan aquí reunidos para entregarse á la crápula y á la voluptuosidad. El aire libre y descompuesto de la que tañe el músico instrumento y sobre cuyo rostro y seno refleja principalmente la claridad de la luz, la jovial y poco púdica espresion de su semblante que chispea hartura y sensualidad, el juego y los licores que suelen acompañar los placeres de Vénus, y la alegría bulliciosa en que parecen rebosar todos, despues de una abundante comilona que los ha dejado hartos hasta la saciedad, nos traen á la memoria aquellas reuniones nocturnas que han formado casi siempre las delicias de los pueblos sibaritas y afeminados, *remedo de aquellas otras que en tiempos mas antiguos fueron conocidas con el nombre de orgías*, en donde los excesos de la embriaguez y el refinamiento de la sensualidad se mezclaban á veces con las escenas sangrientas de la crueldad y de la barbarie.

El verdadero origen de las orgías es porque así se llamaban las fiestas y sacrificios en honor de Baco, celebradas principalmente sobre las montañas por unas mujeres furiosas, por nombre *bacantes*, fiestas conocidas tambien por *dionisiacas* ó *bacanales*, que los antiguos celebraban para honrar las conquistas de Baco en la India. De ellas hablan los escritores antiguos Ciceron, Enneo y Juve-



nal. La etimología de esta palabra, según opina Eusebio en su *Preparacion evangélica*, viene de la palabra griega *orghé*, que significa furor, y parece la más propia. Otros la han derivado de *oros*, montaña, porque desde Tracia las transportó Orfeo sobre el monte Citheron; así como otros la hacen derivar de la palabra *orgas*, lugar consagrado á alguna divinidad. No parece tan aceptable la opinion del intérprete de Apolonio, cuando la hace venir de *virgein*, que significa alejar ó rechazar, porque de tales fiestas se alejaban los profanos como indignos de asistir á ellas, según aquella sabida espresion de Horacio:

*Odi profanum vulgus et arceo.*

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que estas diversiones, originarias del Egipto, patria fecunda en todo género de supersticiones, envuelven todas las ideas de desorden y de disolucion. Tal vez este culto fué más decoroso y sencillo en sus principios, porque ninguna institucion religiosa, por extravagante que sea, puede haberse fundado sobre la crápula y el desbordamiento de todos los malos instintos: quizás entonces no fué sino una alegoría de los misterios de la naturaleza, ó de la lucha continua entre el bien y el mal, simbolizados en la lucha de Osiris con Tifon de quien salió aquel horriblemente mutilado. Pero fué se desfigurando poco á poco el sentido de la alegoría, que fué presentada al pueblo bajo las imágenes repugnantes de la obscenidad más grosera, llegando este á creer que la más disoluta obscenidad era el culto más grato á aquellas divinidades. Y es de observar que cuanto más las costumbres iban perdiendo de su simplicidad primitiva, las fiestas se convirtieron en orgías y en espectáculos de escándalo, que se avenían mejor con la corrupcion de las costumbres públicas.

Hombres y mujeres disfrazados de sátiros, armados de tirsos y otros instrumentos, cubiertos de pámpanos corrian confusamente como agitados por un númen furioso, dando gritos y aullidos espantosos. Las mujeres, precedidas de un flautista, llevaban en triunfo estatuas de un codo de alto, que serian probablemente las de Osiris y Baco. La parte del cuerpo de Osiris que Tifon le había cortado y que él no había podido encontrar, era de un grandor desmedido y se le conocía bajo el nombre de *Phallus*. ¡Cuántas serian las abominaciones de aquellas orgías, presididas por aquel divinizado símbolo de la obscenidad! Del Egipto las bacanales pasaron á la Grecia con toda su licencia y desenfreno, y este nuevo culto llevó á los griegos la turbacion y el escándalo, 1400 años antes de Jesucristo. El pueblo ávido siempre de placeres, lo acogió con entusiasmo, á pesar de los ministros de los antiguos dioses, los cuales temieron que la alegre licenciosidad de las bacanales dejase desiertos sus templos, y les quitase sus adoradores y riquezas.

Así como las bacanales ú orgías habían acarreado al Egipto y á la Grecia la mayor perturbacion y desenfreno, produjeron en Italia efectos no menos funes-



tos; y si bien no se sabe á punto fijo la época de su introduccion en esta península, parece que los Etruscos y las colonias griegas del mediodía, y sobre todo la Campania fueron los primeros en recibirlas, pues Baco era una de las principales divinidades de la Campania en donde se le adoraba bajo el nombre de Hébon. De la Campania las bacanales se propagaron y vinieron á Roma, en donde fueron acogidas con la misma avidez que en la Grecia, siendo desde luego celebradas por algunas mujeres desenvueltas, que no tardaron en hacerse numerosos prosélitos. Sus asambleas nocturnas y secretas pasaron á ser la escuela de todos los vicios y de los crímenes mas horrendos. El mal iba en aumento y parecia amenazar la tranquilidad pública, mal tanto mas peligroso en cuanto su origen se ignoraba. Descubrióse al fin y se emplearon los medios para remediar tan ominoso desorden. Informado de todo el cónsul Posthumio por una revelacion de los mismos iniciados, como refiere estensamente Tito Livio, en el año de Roma 568 se dió un senado-consulta para su abolicion, despues de haber castigado severamente á los que habian introducido en la ciudad aquellas abominaciones. Y si bien la Italia quedó por largo tiempo libre del escándalo de aquellas fiestas, recobraron favor en los últimos tiempos de la república y bajo el gobierno de los emperadores. Segun Vellejo Patérculo, las celebró Antonio, aquel triunviro que gustaba tomar el nombre de *Liber Pater*, ó de Baco, y á quien se vió mas de una vez coronado de hiedra, calzado el coturno, y llevando en la mano un tirso imitar en Alejandría la pompa del dios vencedor de la India y pasear en su carro á Cleopatra como otra Adriana Mesalina, cuyo solo nombre recuerda la época de la mas espantosa corrupcion de las costumbres romanas, y á esta rodeada de mujeres perdidas y sin vergüenza, sacrificar al dios de la crápula; y no hay que decir la desenfrenada licencia que deberia reinar en aquellas fiestas por tal cortesana presididas.

Segun afirma Servio, al principio se llamaban orgías toda especie de sacrificios en Grecia, y todo lo que se llamaban ceremonias en Roma. Las orgías se celebraban de noche con las mas monstruosas obscenidades. Fueron, segun Diodoro de Sicilia, introducidas en Tracia por Orfeo, de donde tomaron el epíteto de *órficas*. Los orgiofantes eran sus principales ministros ó sacrificadores, subordinados sin embargo á las *orgiastas*, sacerdotisas de Baco, ó bacantes. Entre los griegos las mujeres eran las únicas que tenian el derecho de presidir los misterios de Baco. Llamábanse asimismo orgías los pequeños ídolos que cuidadosamente guardaban las mujeres iniciadas en aquellas asambleas detestables, y cuyas estatuas, durante la fiesta de aquel dios, llevaban consigo las mujeres en los bosques dando aullidos como fieras.

Y viniendo ahora á la observacion filosófica de lo que ha pasado á significar entre nosotros la palabra orgía, y á lo que tiene alusion la lámina del cuadro que ha dado motivo para investigar su origen, ¿qué idea nos formamos al pronunciar ú oír la palabra orgía? Veamos qué significacion le atribuye este siglo voluptuoso



y egoísta, ciego idólatra del placer, que solo halla la cúspide de la felicidad en el mas fuerte sacudimiento posible de todas las fruiciones de la materia. Vivir es sentir! la vida es la emocion. Rodead á la frágil materia que nos envuelve de todas aquellas sensaciones enérgicas que dispiertan en nosotros todo el vigor de que es capaz la existencia. Para él la orgía es la audaz rebelion del esclavo contra su señor, es decir, la lucha incandecente del espíritu y de la materia, ó mas bien de los esfuerzos del espíritu para endiosar la materia, contra este mismo espíritu en cuanto pugna para dominarla, convencido de su incapacidad é impotencia, choque convulsivo de la inteligencia y de la brutalidad, duelo á muerte en el que uno solo de los dos combatientes ha de quedar en pié, si el espíritu ciego, ó la luz de la inteligencia! La orgía, último período á que pueden llegar las facultades del hombre en toda su energía, cuando bullendo con los humos del vino, las pasiones arrojan la inteligencia en un caos maravilloso, y los órganos de los sentidos en un delirio de voluptuosidad inagotable! Y cuidado en no confundir el entusiasmo con la orgía! El entusiasmo es el desarrollo, la sobrecitacion de la inteligencia humana bajo el imperio de una conviccion racional en el fondo, libre é independiente en sus aplicaciones, audaz tambien, pero siguiendo ciertas reglas que guardan armonía con la razon y el buen sentido: es algo de positivo y de ideal á la vez, es el punto á donde puede llegar el genio, y que separa el hombre de Dios reconociendo siempre la potencia divina, y suponiendo inflamada por ella la potencia humana. Aun en el desórden, en el tumulto, en el choque incesante de ideas existe un oculto enlace que en último término no escapa del análisis. Pero en la orgía, ¡qué diferencia! La inspiracion existe siempre, pero sin freno, sin encadenamiento, sin ilacion.... No viene de Apolo, ni de Júpiter, ni de las nueve hermanas, sino de Baco, del símbolo de la embriaguez y de la crápula; no electriza á Píndaro ni al trágico Séneca, ni menos á Ezequiel ni á Jeremías, ni á la pitonisa de Delfos, sino que agita á las bacantes como á otras Euménides, á Baltasar bebiendo en las copas del templo de Salomon, á Neron poniendo fuego á los cuatro lados de Roma, al soldado de genio que sueña en la púrpura y en los placeres que lleva consigo: ella es la que enloquece el espíritu y hace latir el corazon á tantos césares romanos, á esos árbitros de tantos pueblos que gastan todo el poder de un imperio en el mayor desarrollo posible de su voluptuosa golosina. Mas dulce, menos feroz, dicta los versos de Anacreonte y de Horacio, ebria de nuevos deleites hace vibrar la lira frenética de Byron despues de haber inspirado los disolutos caprichos de D. Juan Tenorio y de Lovelace: ella es la que agita el númen de esos vates convulsivos de nuestros tiempos, que despues de haber arrancado de sus cítaras gritos de dolor y de desesperacion, fatigados de los amargos deleites de la vida, buscan un reposo en el suicidio. Llámese la orgía el desborde de un alma enérgica y poderosa, ó de un espíritu fino y delicado: llámese profusion, dilapidacion de mesa, pero de una mesa elegantemente servida,



de una mesa de buen gusto, en la que todos los manjares son dignos del palacio de los dioses, en donde los vinos y sobre todo los licores harían saltar de placer al salvaje Cómodo y al brutal Sardanápalo: rodéese la orgía de dulcísimos perfumes, de mullidas alfombras, de candelabros de oro reluciente, de fuegos lascivos en globos argentados: encántese ese lujo mórbido con el eco de suaves conciertos, de cantos deleitosos que enervan y derriten el corazón y le abisman en el deleite: añádase á tantas emociones juntas la presencia de Lesbia, de Lide, de Aspasia, de Safo, de Circe, ó si se quiere, de Lais ó de Corina: sea la orgía un delirio, pero de buen gusto, de inteligencia, de chispas, de genio, de amor físico sostenido por el espíritu, de los goces unidos de la opulencia y del placer: alejad de ella si quereis la golosina estúpida, la embriaguez vulgar y grosera, los bajos goces de un figon: elevadla al nivel de una organizacion fuerte y vigorosa, de un poder de los dueños del mundo, de un gusto escesivo de arte y de belleza: hacedla subir hasta estos tipos gigantescos de profusion y de riqueza, hasta esa que pudiéramos llamar omnipotencia humana que no conoce obstáculo á su voluntad; llámese esa especie de dios de tierra Neron, Tiberio ó Heliogábolo.... Siempre será una degradacion de la especie humana, siempre será un esfuerzo impotente de la deleznable materia para escalar con esa Babel del orgullo humano el cielo para ella inaccesible de la real y pura felicidad.

Hagamos una breve digresion y veamos en el muelle acento del poeta de los amores cuán favorables son al amor los nocturnos convites.

Procurad en festines bulliciosos  
 Entrar en los opíparos banquetes,  
 Donde además del generoso vino  
 Encontrareis los mórbidos placeres  
 Allí el rapaz amor vence, y humilla  
 De Baco la altivez, el dios beodo  
 Presentado á los brindis deliciosos  
 Por torneados y mullidos brazos,  
 Cuando empapa Cupido sus alitas  
 En el licor de la espumante copa,  
 Pierde su ligereza y queda inmóvil.  
 Veloz sacude sus mojadas plumas,  
 Pero no impide que el amor encienda  
 En los pechos dulcísimos su llama.  
 El zumo que embriaga, predispone  
 Al ánimo rendido que se deje  
 Dócil prender del amoroso fuego,  
 Y á fuerza de agotar sabrosas copas  
 Huyen ó se desechan los cuidados.  
 Viene entonces la risa bulliciosa,  
 Entonces hasta el pobre toma orgullo  
 Y las zozobras huyen y pesares.

Remoza entonces la sulcada frente,  
 Y la franqueza, rara en nuestro siglo,  
 Abre del alma los profundos senos.  
 Ahuyenta Baco el sórdido artificio  
 Y quedan sin celaje los deseos  
 Y las hermosas roban sin esfuerzo  
 El corazón á los ardientes mozos,  
 Porque la madre Vénus en los vinos  
 Es fuego sobre fuego. Los licores  
 Y la noche mendaz turban la vista  
 Y discernir impiden la hermosura;  
 Así pues no fieis demasiado  
 De la luz de la lámpara engañosa.  
 París de día y al albor del cielo  
 Miró á las diosas para dar su fallo  
 Sobre cuál de ellas fuese la mas bella.  
 En los lóbregos pliegues de la noche  
 Se esconden los lunares, y perdonan,  
 Y entre la oscuridad todas son lindas  
 Y hasta la menos bella es seductora.  
 Consultad á la luz del almo día  
 Los brillantes zafiros y esmeraldas



Y las telas de púrpura teñidas,  
Y consultad también á llena lumbre  
La beldad de los talle y semblantes.

.....  
Así pues al brindar en el convite  
Con los báquicos dones espumantes  
Al lado de una bella seductora,  
Suplicad ardorosos al Nictelio  
Padre de los nocturnos sacrificios  
Mande al licor balsámico no turbe  
El claro percibir de vuestra mente.  
Allí libres sereis en el lenguaje,  
Y en proferir con balbuciente labio  
Y á media voz palabras lisonjeras  
Fingiendo estar de Baco poseidos;  
Mas procurad que fácil lo perciba  
El oído de vuestra idolatrada.  
Escribid en la mesa breves motes  
Que vuestro amor enérgicos declaren  
Con las gotas del vino derramadas.  
Notad la cifra de su grato nombre,  
Y vea con placer que es vuestro dueño.  
En sus ojos fijad vuestra mirada,  
Y con ella arrojad la chispa ardiente  
De la pasión que hierve en vuestro seno.  
Un semblante que calla, es muchas veces  
Mas elocuente que dorada lengua.  
El primero tomad con presta mano  
La feliz copa en que bebido hubiere,  
Y dó sus labios de coral tocan  
Por allí beberéis. El manjar mismo  
Que ella partiere con sus blandos dedos  
Pedidsele, y al dároslo, mostraos  
Con amable sonris agradecidos.

.....  
*Escédase en el uso de los vinos*

El que los administra ó que los prueba,  
Mas yo os diré que la medida cierta  
Con que debeis usar de los licores  
Es mientras en firme pié podais teneros  
Y la serena mente no se ofusque.  
Evitad sobre todo las rencillas  
Que causar suele el turbulento vino  
Capaces de parar en lid funesta.  
Mató á Eurithion infelizmente  
La brutal embriaguez; solo el recreo  
Y amable holganza desear debemos  
En el placer del vino y de la mesa.  
Si de suave voz naturaleza  
Os hubiese dotado, al amor blando  
Animad con dulcísimos cantares.

Si ágil cuerpo tuviereis, no os moleste  
El ensayar la danza bulliciosa.  
Gratos haceos á la tierna niña  
Por cuantos medios agradar pudiereis.  
Mas tanto como la embriaguez odiosa  
En su brutal realidad ofende,  
Así fingida y jovial divierte.  
Aparentad beoda vuestra lengua  
Y en tono balbuciente, que las voces  
Mal articule con torpeza astuta  
Para que al loco zumo se atribuya  
Cualquier libre desliz que allí profiera.  
Saludad con afán á la querida,  
Y cuando levantada ya la mesa,  
Se levante también, fácil entonces  
Será entre los demás el acercarse,  
Y darle con prudente disimulo  
De tierno amor una sencilla muestra.

Acércase el momento del coloquio:

Huya de vos la torpe cobardía,  
Léjos la timidez. Vénus y el Hado,  
Al audaz solo muéstranse propicios.  
En vano el númen ora se ocupará  
En inspirar al anheloso amante  
Puro raudal de férvida elocuencia  
Con que el amor ardiente se insinúa.  
Amor dará la natural facundia  
Y el labio empaparase en miel hiblea  
Y será vuestra voz irresistible.  
Si no sentís amor, sabed fingirle  
Con languidez y con ardor á un tiempo  
Imitando su mórbido lenguaje.  
Mostrad como si viva os penetrara  
La dolencia de amor: en el semblante  
La seductora palidez se vea  
Cual si llama voraz os consumiera,  
Que es la palor á los amantes grata.  
Fácil fe prestará la dócil niña  
A vuestro suspirar: creará al punto  
Que por ella sufrís aquel tormento;  
No hay mujer que no piense ser amable.  
Por mas que avara la naturaleza  
El don le haya negado de sus gracias,  
La ilusion acaricia, y juzga siempre  
Tener para agradar un atractivo.  
A menudo se cambia en verdadero  
Amor que en sus principios se fingia.  
Niñas, no lo dudeis: cuanto mas blandas  
Pagareis el amor del que lo finge,  
Tanto mas presto tornará sincero  
El amor que fué un día simulado.

Consultando la variedad y en gracia de los lectores hemos querido insertar aquí este fragmento de gusto clásico, corrigiéndolo de los lunares é inexactitudes en que le dejamos en años mas plausibles. No parece inoportuno resucitar de vez en cuando algun escogido rasgo de aquella brillante y nutrida literatura que formó las delicias de nuestra juventud, y sobre la cual se ha basado el gusto moderno en sus formas mas variadas y caprichosas, en sus arranques de entusiasmo y en aquella libre soltura que se acomoda mas á la mudanza de situacion y á la universalidad de los estudios. La marcha del siglo debia producir de necesidad una alteracion profunda en la marcha del gusto literario, como la ha producido en todos los conocimientos humanos. Pero hay principios inmutables sobre los que descansará siempre el criterio de lo verdaderamente bello, fuera de los cuales la belleza en el arte es puramente ficticia ó transitoria; estos principios deben presidir en ambas escuelas, porque son una emanacion directa de nuestro modo de sentir que no está sujeto á la variacion de los lugares ni de los tiempos.

Joaquin Roca y Cornet.



# JUDITH.

( CUADRO DE RIEDEL. )

Una de las figuras mas bellas y mas dramáticas al mismo tiempo, que se destacan del fondo de los magníficos cuadros, que ofrecen los libros históricos del Antiguo Testamento, es sin disputa la de la célebre viuda de Bethulia, la valerosa Judith. Su historia es una preciosa epopeya, que recuerda una de las muchas páginas, tan brillantes como variadas, del pueblo de Israel. La posteridad ha tributado en todos tiempos su homenaje de respeto á aquella heroína, de la tribu de Ruben, rodeando su nombre de una auréola de gloria, de poesía y de admiracion, y haciendo resaltar su prodigioso valor, aun entre los héroes, que presentan los anales del pueblo favorecido de Dios. No cumple á la índole de un artículo, consagrado á la esplicacion del cuadro de Riedel, la historia detallada de la bella, cuanto religiosa viuda de Manassés; pero es grato seguir la narracion de aquel memorable episodio de la vida política de los hijos de Abraham y de Jacob, para apreciar debidamente la inspiracion del artista y el entusiasmo del poeta, haciendo uso de las frases brillantes y sublimes, que consignan en el libro canónico los rasgos mas espléndidos de la heroína de Bethulia.

Corria el año 3348 del mundo, y no mucho despues de los grandes acontecimientos que desmembraron en el Asia el primitivo imperio de Nínive. Reciente era todavía en la memoria de los pueblos de ambas orillas del Eufrates el recuerdo de la trágica muerte de Sardanápalo y de la sublevacion de los sátrapas de Babilonia, de Media y otras de las regiones de la Mesopotamia. El primer imperio asirio, que se contaba desde Nemrod, se dividió bajo la revolucion triun-

fante que dejaba á Belesis dueño de Babilonia y á Dejoces del vasto territorio de los Medos.

Los soberanos, que acababan de crear unos reinos de vasta estension, disputaron con las armas los lindes de sus nuevos estados, resueltos á dominar en las vastas regiones del Asia central. Belesis, primero, Nabonasar despues, y últimamente Saosduchin, hijo de Asarhadon, continuaron la lucha con Phraortes, sucesor de Dejoces en el reino de Media, lanzando aquellos sus huestes numerosas desde la metrópoli de Babilonia. Saosduchin, ó Nabucodonosor I, nombre que los hebreos daban á todos los soberanos de allende el Eufrates, batió á los medos, y puesto ya en campaña intentó la conquista de la Siria y por consiguiente de la Palestina, situada en las fronteras del imperio babilónico. Al efecto organizó un ejército de ciento veinte mil infantes y doce mil caballos, parte de las inmensas fuerzas de que disponia aquel monarca, que desde lo alto del templo de Belo dominaba estensos países y magníficas zonas, las cuales arrojaban á sus piés tesoros sin cuento. Las formas de aquel gobierno, la ignorancia de millones de vasallos, el esplendor, nunca renovado despues en otras naciones, de aquella corte, la mas fastuosa del mundo antiguo, y el aspecto de la imponente reina del Asia, infatuaron, hasta el delirio, á los soberanos de Babilonia. Entre el incienso de sus numerosos aduladores, el servilismo de los pueblos abyectos, y á la sombra de sus poéticos pensiles, no solo concibieron los planes de una dominacion absoluta sobre el mundo primitivo, sino que llegaron á creerse tambien en el caso de exigir la adoracion y obligar á la tierra á que se inclinara á sus piés, no como representantes, sino como una divinidad, que dividia con Dios el gobierno del mundo: *dimidium imperium cum Jove*, como los esclavos del naciente imperio romano creian de su César.

No era difícil conseguir en aquellos tiempos este tributo de la abyecta raza asiria; pero no podia persuadirse tampoco Saosduchin de que existiera un pueblo, contiguo á sus estados, que fuera capaz de oponerse, tanto á sus fuerzas, como á su omnímota voluntad. Libre, pues, Nabucodonosor de las atenciones de la guerra con los medos, debelados en los alrededores de Rhagam, se empeñó en poseer los territorios que comprendia la antigua Palestina, desde las faldas del Carmelo y riberas del Mediterráneo hasta las fronteras de la Etiopia. Antes empero de llevar á efecto este vasto plan de conquista, despachó embajadores á los pueblos mas importantes de aquellas comarcas, exigiéndoles la sumision y vasallaje. Unos por su distancia, otros por su posicion formidable, muchos por sus costumbres nómadas ó independientes y todos dispuestos á rechazar el yugo que se trataba de imponerles, desoyeron á los emisarios del monarca babilonio, «echándoles sin honor.»

Esta resistencia, tan digna, como valerosa, indignó al altivo soberano, que «juró por su trono y por su reino, vengarse de todas aquellas regiones.» Re-



suelto pues á cumplir su juramento convocó á todos sus generales y caudillos y les anunció «que su pensamiento era subyugar á su imperio toda la tierra.» Aprobado este rapto del mas insensato orgullo, llamó á Holofernes, jefe supremo de su milicia, y enterándole de sus planes, añadió : « Sal contra todos los reinos de la otra banda del Eufrates y de la Asiria y principalmente contra los que menosprecian mi mandamiento. » «No perdonará tu ojo, añadió, ningun reino y sujetarás á mí toda ciudad fuerte.»

Revestido Holofernes con los mas ámplios poderes, se apresuró á organizar un ejército formidable, reuniendo además multitud de camellos con abundancia suficiente de provisiones para asegurar el éxito de la expedicion, que iba á invadir los países amenazados, con una muchedumbre, que «cubria la superficie de la tierra, como las langostas.»

Puesto el ejército en movimiento cruzó las cordilleras del Tauro, segun unos, ó las de Argee al norte de la alta Cilicia, segun otros. En su marcha se apoderó y arrasó la ciudad de Melothi, fundada por Semíramis en la Capadocia, no léjos del curso del Eufrates; saqueó los pueblos de la Cilicia y Palmirena; pasó el Eufrates, invadió la Mesopotamia, llevó sus armas devastadoras hasta la ciudad de Jafa ó Yafa, antiguamente llamada Joppe. De allí se corrió hasta las cercanías de Damasco, al tiempo de la siega, incendiando los campos, cortando los bosques y «haciendo caer el temor de él sobre todos los habitantes de la tierra.»

Alarmados los reyes y los príncipes de las comarcas inmediatas se apresuraron á reconocer la autoridad de Saosduchin y con este objeto enviaron sus representantes á Holofernes. «Cese tu indignacion, le dijeron, para con nosotros: porque mejor es que viviendo seamos siervos del gran rey Nabucodonosor, y que nos sometamos á tí, que morir muchos y con nuestra ruina padecer los males de nuestra esclavitud. Todas nuestras ciudades, y todas las posesiones, todos los montes y collados, y los campos y las vacadas, y los rebaños de ovejas, y de cabras, y de caballos y de camellos, y todas nuestras facultades y familias están en tu presencia : todas nuestras cosas estén debajo de tu ley. Nosotros, y nuestros hijos, siervos tuyos somos. Vente para nosotros como señor pacífico, y empléanos en tu servicio, como te pareciere.»

Holofernes continuó su marcha, y era tal el terror que precedia á la expedicion, que las poblaciones todas salian á su encuentro, recibéndole con coronas y lámparas, y formando danzas con tambores y flautas; pero nada podia domeñar la altiva ferocidad del caudillo asirio, el cual no perdonaba ni pueblos, ni ciudades, ni bosques, cumpliendo á la letra las órdenes terminantes de Nabucodonosor.

De este modo y dejando marcadas las huellas sangrientas de su paso, se aproximó al territorio de los hijos de Israel. La aparicion de Holofernes sobre la tierra de Judá derramó el terror por todos los pueblos de la Palestina que reconociendo el poder de Dios y humillados en su presencia, no se abandonaron sin



embargo á la cobardía, ni á la desesperacion. Dispuestos á defender su patria y sobre todo el templo del Señor, enviaron de diferentes puntos fuerzas considerables, encargadas de defender los desfiladeros y cumbres de los montes, mientras fortificaban los pueblos, y se apercebían para la guerra.

El sumo sacerdote Eliachim, ó Joacim, despachó órdenes terminantes á los pueblos fronterizos de Dotham y á los otros que se hallaban mas espuestos á la invasion de los asirios, para que se hicieran fuertes en las alturas y desfiladeros que conducian á Jerusalem, siendo obedecido en todas partes con la decision y prontitud que las circunstancias exigian. Despues de adoptar estas medidas preventivas, el pueblo «clamó al Señor con grande instancia y humillaron sus almas con ayunos y oraciones, ellos y sus mujeres. Los sacerdotes se vistieron de cilicios, y á los niños los postraron por tierra, mirando al templo, y cubrieron de cilicio el altar del Señor.» En su ruego ferviente pedian á Dios, «que no fuesen sus hijos dados en presa, ni vendidas sus mujeres, ni assoladas sus ciudades, ni profanado el santuario, haciéndoles el oprobio de las gentes.»

Eliachim no se descuidó por su parte en alentar con sus palabras de autoridad al atribulado pueblo de Israel: «El Señor, decia en sus exhortaciones, oirá vuestros ruegos, si perseveráis constantemente en ayunos y oraciones delante del Señor. Acordaos de Moisés, siervo del Señor, el cual no peleando con espada, sino orando con santos ruegos, echó por tierra á Amalec, que confiaba en su fuerza, y en su poder, y en su ejército, y en sus escudos, y en sus carros y en su caballería: así serán todos los enemigos de Israel, si perseverareis en esta obra, que habeis empezado.»

Holofernes tuvo noticia de la resistencia que se preparaba en la Palestina y que sus moradores se disponian á resistir decididamente la invasion. Parecíale imposible que aquel solo pueblo intentára resistirle y espresó su estrañeza á los caudillos moabitas y ammonitas, que se le habian rendido. «¿Qué pueblo es ese, les dijo airado, que tiene cerradas las montañas, ó qué ciudades son las suyas, ó cuál es su poder y su número y el rey que gobierna sus ejércitos? ¿Por qué entre todos los moradores de estas regiones, estos solos nos han menospreciado, y no nos han salido al encuentro para recibirnos de paz? — Si te dignas escuchar, señor mio, contestó Achior, caudillo de los ammonitas, diré en tu presencia la verdad acerca de ese pueblo, que mora en las montañas, y no saldrá palabra falsa de mi boca.—Y Achior refirió á grandes rasgos la historia de Israel hasta aquella época, concluyendo su narracion con estas palabras: Ahora pues, señor mio, infórmate bien, si hay alguna maldad de ellos delante de su Dios: subamos á ellos, porque de cierto los pondrá Dios en tus manos, y quedarán sujetos al yugo de tu poder. Mas si no hay ofensa de ese pueblo delante de su Dios, no podremos resistirles; porque su Dios les defenderá, y seremos oprobio de toda la tierra.»



La franqueza de Achior irritó á Holofernes y á sus generales que creian infundadas las aseveraciones del caudillo ammonita, resolviendo en consecuencia continuar la marcha, á fin de hacer ver al mundo «que Nabucodonosor era el Dios de la tierra y no habia poder fuera de él.»

Pero antes dispuso que Achior fuera conducido hasta el territorio de Israel, para que fuera víctima de los horrores de la guerra, si triunfaban las armas asirias, ó se salvase, si efectivamente se cumplian sus profecías, referentes á la proteccion que Dios dispensaba á las virtudes y á la oracion de su pueblo. Los encargados de conducir á Achior, antes de llegar al punto donde debian entregarlo, aterrados por la inesperada aparicion de los honderos israelitas, ataron al prisionero al pié de un árbol, y regresaron precipitadamente al campamento asirio. Los israelitas encontraron al desventurado Achior, y enterados de la causa que le habia conducido á aquel estado, le llevaron á Bethulia, donde residian por entonces los príncipes Ozías, hijo de Michar, de la tribu de Simeon, y Charnú, llamado tambien Gothoniél.

No se hallan conformes los autores y los geógrafos en señalar exactamente el punto donde existia Bethulia. Unos la ponen en la tribu de Simeon, en los confines de la Arabia, creyendo que es la misma que en Josue (XIX) se llama Bethul. Otros creen que estaba situada en la tribu de Zabulon y en el sitio mismo en que se coloca Betlehem. Siguiendo esta última opinion, como la mas admitida, resulta que la ciudad de Bethulia era el punto fuerte mas inmediato á Jerusalem, y convendria á los asirios conquistar, para aproximarse desembarazadamente á la capital.

Bethulia dista de su metrópoli unas seis millas, ó dos horas próximamente al sur del valle de Rafaim ó de los Gigantes, así llamado á causa de la elevada estatura de sus moradores antiguos. La ciudad estaba, pues, situada en los confines del territorio que cayó en suerte á las tribus de Judá y de Benjamin, siendo célebre además por haber sido teatro de numerosos combates entre los filisteos y los judíos bajo el reinado de David y de sus sucesores. Saliendo de Jerusalem en direccion á Betlehem, ó antigua Bethulia, se cruza el valle de Gihon, y despues de subir una montaña de áspera subida, se descende á una llanura estensa, poblada y cultivada en los tiempos de Judith, y hoy áspera y pedregosa.

Betlehem, ó antigua Bethulia, está situada sobre la pendiente de una colina, al sur de un profundo valle que corre del Este al Oeste: y sus inmediaciones, aunque montañosas, no ofrecen sin embargo ninguna altura de grande elevacion. No existen ruinas que indiquen el carácter de Bethulia, ni la clase de obras que la hicieran fuerte en los tiempos á que nos referimos.

Esta era la ciudad, pues, destinada por el Señor para ofrecer al mundo el sublime espectáculo del valor de una mujer santa, consagrada á la salvacion de la patria, bajo el amparo de Dios.



Achior, conducido á la presencia de los ancianos del pueblo , refirió lo que le habia acontecido en el campamento asirio : y así que concluyó de hablar , « todo el pueblo se postró sobre su rostro, adorando al Señor, y con comun lamentacion y llanto derramaron unánimes sus ruegos al Señor , diciendo: Señor Dios del cielo y de la tierra, mira la soberbia de ellos , y vuelve los ojos á nuestra humildad, y atiende al rostro de tus santos , y haz ver como no desamparas á los que se precian de tí , y humillas á los que presumen de sí y se jactan de su poder. » En medio de estos ruegos fervientes procuraron consolar al ammonita Achior hospedándole Ozías en su casa de una manera tan fraternal como espléndida. Aquella noche se consagró el pueblo á la oracion en la *procesecha* ó iglesia.

Al dia siguiente dió orden Holofernes de avanzar contra Bethulia y se puso en movimiento su ejército , que ascendia á 120000 infantes y 12000 caballos, sin contar la numerosa reserva , compuesta de los jóvenes de los países rendidos de grado ó fuerza al orgulloso vencedor. A la vista de la ciudad , y dominando todas sus avenidas, cortó el agua que se conducia á la poblacion por medio de un acueducto que mandó destruir. Esta medida puso en conflicto á la poblacion que llegó al extremo de repartirse el agua por medida. En tan apurada situacion acudieron en tropel á Ozías todos los hombres y mujeres, jóvenes y muchachos, y todos á una voz dijeron : « Juzgue Dios entre nosotros y entre tí, por cuanto nos has causado estos males por no haber querido hablar de paz con los asirios, y por eso Dios nos ha vendido en sus manos.

» Y así no hay quien nos ayude , cuando delante de sus ojos estamos postrados de sed, y de grande miseria. Ahora, pues , juntad todos los que hay en la ciudad, para que voluntariamente nos entreguemos todos al pueblo de Holofernes. Porque mas vale morir cautivos bendiciendo al Señor que morir unos y ser otros el oprobio de toda carne , despues de haber visto morir delante de nuestros ojos nuestras mujeres y nuestros hijos. Os requerimos hoy delante del cielo y de la tierra, y del Dios de nuestros padres , el cual nos castiga conforme á nuestros pecados, que entregueis ya la ciudad en manos de la gente de Holofernes, y se abrevie nuestro fin al filo de la espada, el cual se alarga mas con el ardor de la sed. »

A estas palabras respondió el pueblo con lúgubre estruendo de llantos y de clamores que derramaron la mas profunda consternacion.

« Hemos pecado, decian , con nuestros padres , hemos obrado injustamente, hemos hecho iniquidad.

» Tú, porque eres piadoso, ten misericordia de nosotros, ó con tu azote castiga nuestras iniquidades , y no quieras entregar los que te confiesan á un pueblo que no te conoce.

» Para que no digan entre las gentes: ¿ Dónde está el Dios de ellos? »

Fatigado el pueblo de aquella lucha que sostenia con el miedo y la desesper-



racion, cayó en el mas profundo abatimiento, y en medio de un silencio imponente, levantóse Ozías, todo bañado en lágrimas, y le dijo :

— Tened buen ánimo, hermanos míos, y esperemos del Señor la misericordia por estos cinco dias. Porque quizás cortará su indignacion y dará gloria á su nombre. Mas si pasados los cinco dias no viniere el socorro, haremos ésto que habeis dicho.

Estas palabras, pronunciadas con el doloroso acento de la mas triste resignacion, llegaron tambien á los oidos de Judith, hija de Merari, de la tribu de Ruben y viuda de Manassés. Tres años era viuda esta célebre matrona de Bethulia, y desde aquella época llevaba cilicio, ayunaba diariamente, escepto los sábados y neomenias y fiestas de la casa de Israel. Era graciosa y bella, y disfrutaba además de una rica posicion que le habia dejado su marido con numerosa familia y posesiones llenas de todas clases de ganados. A pesar de su discrecion, gentileza y opulencia notable, gozaba de una reputacion inmaculada entre todos, porque temia al Señor y no habia quien hablase de ella una mala palabra.

Tal era la heroica dama que levantó el Señor para alentar á aquel pueblo consternado, concibiendo en su mente un elevado proyecto de inmensas consecuencias. Resuelta, pues, á llevarlo á cabo, y apenas oyó las palabras desconsoladoras de Ozías, envió á llamar á los ancianos Chabri y Charmi y les dijo con el acento de la mas profunda conviccion :

— ¿Qué es lo que ha ofrecido Ozías de entregar la ciudad, si dentro de cinco dias no os viene socorro? ¿y quiénes sois vosotros, que tentais al Señor? No es esta palabra para provocar á misericordia, sino para escitar ira y encender furor. Habeis fijado plazo á la misericordia del Señor, y á vuestro albedrío le habeis señalado dia. Mas por cuanto el Señor es sufrido, arrepintámonos de esto mismo, y bañados en lágrimas, imploremos su indulgencia : porque Dios no amenaza así como el hombre ni se enciende en ira, como los hijos de los hombres.

Judith continuó cautivando la atencion de los ancianos, que la escuchaban con la mas respetuosa deferencia. Su juventud, su brillante hermosura, sus palabras tan enérgicas como persuasivas, y la auréola de virtud que la rodeaba, hacian brillar la noble figura de la bella viuda, como la luz de un albergue en las noches del desierto, como la esperanza entre las tinieblas del corazon afligido. Al terminar su religiosa y sentida alocucion contestó Ozías en nombre de los ancianos :

—« Todo cuanto has hablado es verdad; no hay en tus palabras cosa que reprender. Ahora pues, ruega por nosotros, puesto que eres una mujer santa y temerosa de Dios. »

—« Así como conoceis, respondió Judith, que es de Dios lo que he podido hablar; así tambien examinad, si es de Dios lo que he dispuesto hacer, y orad para que Dios haga firme mi designio. Vosotros, continuó, esta noche estareis á



la puerta, y yo saldré con una de mis abras (siervas); y haced oracion para que dentro de cinco dias, como lo habeis dicho, vuelva el Señor los ojos hácia su pueblo de Israel. Mas no quiero que vosotros pretendais indagar lo que voy á hacer, y hasta tanto que vuelva á avisaros, no se haga otra cosa, sino orar por mí al Señor nuestro Dios.»

—«Vete en paz, respondió Ozías, y el Señor sea contigo para venganza de nuestros enemigos.»

Judith, separándose de aquella respetable asamblea, se retiró á su casa, se cubrió de cilicio y se entregó á la mas ferviente oracion, dirigiendo al Señor una de esas sinceras plegarias, que tan hermosas se encuentran en nuestros libros sagrados, llenas de unción, de espiritualismo y aun de magnífica poesía.

Cuando terminó su ardiente súplica y sintió su alma fortalecida con la fe en la misericordia y omnipotencia de Dios, dejó el oratorio, bajó á su casa, y llamando á su abra favorita, se despojó del cilicio y abandonó los vestidos de su honrada viudez. En seguida se lavó y perfumó con unguento muy precioso, y adornó su espléndida cabellera con un bonetillo ó tocado de lienzo delicado y fino, adornado de piedras preciosas, que hacia resaltar mucho mas su belleza natural. En una palabra vistióse las ropas de su alegría, segun la bellísima espresion de la Escritura, concluyendo su adorno con soberbias manillas, hermosos lirios ó axorcas, y toda clase de objetos, que constituian las galas de una hebrea jóven y opulenta. El Señor dió nuevo realce á su belleza, porque su compostura no nacia de liviandad, sino de virtud, de modo que sorprendió á cuantos pudieron contemplarla.

Hecho esto dispuso que su sierva se proveyese de vino, aceite, harina y masas de higos, panes y queso, y se puso seguidamente en camino. Al llegar á la puerta de la ciudad, encontró á Ozías y á los ancianos que la estaban esperando, y quedaron sorprendidos ante los seductores atractivos de la virtuosa viuda. Respetando sus secretos planes, dejáronla pasar y únicamente exclamaron:

—«El Dios de nuestros padres te dé gracia, y fortifique con su virtud todo el designio de tu corazon, para que de tí se glorie Jerusalem y tu nombre sea en el número de los santos y de los justos.»

Y todos cuantos oyeron esta bendicion gritaron á una voz:

—Así sea, así sea!

Y Judith salió al campo, llevándose las bendiciones del pueblo, que la vió marchar con el mas profundo respeto.

Al amanecer descendia ya de la colina, que separaba la ciudad del campamento asirio, y llegaba á sus puestos avanzados. Los centinelas la detuvieron, preguntándola de dónde venia y á dónde se encaminaba.

—«Soy hija de los hebreos, respondió Judith, y por eso me he huido de



ellos, porque he conocido que os serán entregados á saco, porque menospreciándoos, no se han querido entregar voluntariamente, para hallar misericordia delante de vosotros. Por esta causa pensé dentro de mí, diciendo: iré á la presencia del príncipe Holofernes, para manifestarle los secretos de ellos, de manera que no perezca un solo hombre de su ejército.»

Cuando los centinelas oyeron esta que al parecer indicaba una revelacion importante para su caudillo, y contemplaron atónitos á la graciosa y linda fugitiva, se apresuraron á contestarle: «Has conservado tu alma, por cuanto has hallado tal designio de venir á nuestro señor. Ten pues entendido, que luego que te pusieres en su presencia, lo hará bien contigo, y te granjearás muchísima gracia en su corazon.»

En seguida atravesaron el imponente campamento, hasta la tienda de Holofernes, á quien anunciaron la presencia de la hermosa israelita. El caudillo no la hizo esperar y dió la orden para que se le presentase. Apenas entró Judith, pudo notar fácilmente la heroica viuda la impresion que habian producido sus gracias, tanto en el poderoso dignatario militar, como en los numerosos oficiales de su acostamiento. Llenos de asombro se dijeron unos á otros: «¿Quién tendrá en poco al pueblo de los hebreos, los cuales tienen mujeres tan hermosas, que bien merecen que peleemos por ellas contra ellos?»

Holofernes permanecia sentado bajo de un rico pabellon de púrpura y oro, adornado de esmeraldas y piedras preciosas. Judith se acercó al caudillo de una manera respetuosa y se postró delante de él; pero éste mandó á sus siervos que la levantaran inmediatamente, porque habia quedado preso por sus propios ojos.

—«Ten buen ánimo, le dijo el temible general, y no temas en tu corazon: porque yo nunca hice daño á hombre; que quiso servir al rey Nabucodonosor. Y si tu pueblo no me hubiera menospreciado, no hubiera alzado mi lanza contra él. Mas ahora dime, ¿por qué causa te has retirado de ellos, y has querido verte á nosotros?»

—«Recibe las palabras de tu sierva, contestó Judith, porque si siguieres las palabras de tu sierva, el Señor te dará concluido el negocio.»

Dicho esto Judith, ponderando la valía y las fuerzas del monarca asirio, hizo luego una triste descripcion del estado lamentable á que Bethulia se hallaba reducida, y concluyó su narracion con estas palabras solemnes:

—«Porque yo tu sierva adoro á Dios, aun ahora que estoy en tu poder: y saldrá tu sierva y hará oracion á Dios, y me dirá cuando les retorne su pecado, y vendré á darte de ello aviso, de tal manera que yo te llevaré por medio de Jerusalem, y tendrás á todo el pueblo de Israel como ovejas que no tienen pastor, y no ladrará ni un solo perro contra tí.»

La elocuencia de Judith causó tal impresion en el ánimo de Holofernes y de sus caudillos, que el jefe asirio no pudo contenerse y exclamó:



—«No hay mujer como esta sobre la tierra, en parecer, en belleza y en cordura de palabras. Bien ha hecho Dios, que te ha enviado delante de tu pueblo, para que tú le pongas en nuestras manos: y por cuanto tu promesa es buena, si tu Dios me hiciere esto, será él también mi Dios, y tú serás grande en la casa de Nabucodonosor, y tu nombre será celebrado en toda la tierra.»

En seguida mandó que la alojasen en la tienda, donde se guardaban sus tesoros, señalando los obsequios que debían rendirla y el servicio con que se debía atender á su manutención.

—«Ahora interrumpió Judith, no podré comer de esas cosas que me mandas dar, porque no venga la indignación sobre mí: mas comeré de lo que me he traído.»

—«¿Y si te llegaren á faltar esas cosas?» preguntó Holofernes.—«Vive tu alma, señor mio, contestó la israelita, que no consumirá tu sierva todas estas cosas, sin que haga Dios por mi mano lo que he pensado.»

Acto continuo los esclavos condujeron á Judith á la tienda que se le había destinado; pero antes de entrar solicitó el permiso de salir fuera por la noche y antes de amanecer, para hacer oración y rogar al Señor. Holofernes se apresuró á complacerla, mandando terminantemente que la dejasen entrar y salir cuando quisiera, para adorar á su Dios, por tres días.

Autorizada de este modo la hermosa heroína pudo cumplir satisfactoriamente sus religiosos deseos, dirigiéndose todas las noches al valle de Bethulia para orar, ó purificarse, si acaso había contraído alguna impureza legal con el trato y comercio con los infieles. Según la costumbre establecida entre los judíos se lavaba la cara, las manos y los pies en una fuente que estaba en el citado valle; pero sobre todo oraba en aquel sitio solitario por el próspero suceso de su empresa. Cumplidos estos deberes volvía á su alojamiento, donde permanecía pura de toda mancha.

De este modo vió tranquila amanecer el día cuarto, señalado por Holofernes para dar un convite á los jefes de su mayor intimidad, no olvidando á su graciosa protegida.

—Anda, dijo á su eunuco Vagao, y persuade á esa hebrea, que espontáneamente consienta en venir á honrar mi tienda; porque no puede mi orgullo permitir el despego con que me trata, como hombre.

Vagao transmitió á Judith la voluntad de su señor, y enterada Judith contestó al esclavo:

—¿Quién soy yo para oponerme á mi señor? Haré todo lo que fuere bueno y pareciere mejor delante de sus ojos.

Satisfecho el eunuco fué á anunciar á su amo el éxito de su comisión, mientras Judith, cambiando de traje y seguida de su sierva, se dirigió á la tienda de Holofernes. Este no pudo contener su admiración, ni disimular la pasión ardien-



te, que habia bebido en los ojos de la honesta viuda; y deseando distinguirla, en medio del bárbaro despotismo de que se hallaba en posesion, la invitó afectuosamente á que se sentára sobre pieles de carnero con su lana, añadiendo estas palabras:

—Bebe ahora, porque has hallado gracia delante de mí.

—Beberé, señor, respondió Judith, porque mi alma ha sido hoy engrandecida mas que en todos los dias de mi vida.

Holofernes mostró en su adusto semblante la mayor complacencia, porque no comprendiendo el sentido de las frases pronunciadas por la hebrea, las atribuyó á un afecto de gratitud, por la honra que creia dispensar á su esclava.

Pero Judith comió y bebió lo que su criada le habia preparado, y Holofernes estuvo sumamente alegre con la presencia de la israelita bebiendo con esceso y cuanto no habia bebido jamás en toda su vida.

Terminado el convite y entregado el caudillo asirio al sueño de la embriaguez, se apresuraron sus oficiales á abandonar la tienda buscando á su vez el descanso que los excesos cometidos les hacian desear. Vagao cerró entonces la puerta, dejando sola á Judith con el poderoso general. La heroína, próxima á acometer la hazaña que tenia tantos dias meditada, dijo á su abra que la esperará á la parte de fuera de la tienda, dispuesta á acudir pronta á su voz.

Sola ya en presencia del formidable enemigo de su Dios y de su pueblo, á la luz de las lámparas, que habian alumbrado el festin, á la vista de los restos esparcidos, de la estinguida alegría y en medio del silencio de un gran campamento, profundamente dormido; se acercó á la cama de Holofernes, contempló el semblante oscuro del tirano, y orando con lágrimas, pero moviendo los labios en silencio, dijo:

—«Dame esfuerzo, Dios de Israel, y mira en esta hora á las obras de mis manos, para que, como has prometido, ensalces á tu ciudad de Jerusalem; y ponga yo por obra esto que he pensado, creyendo poderse hacer por tí.»

Dicho esto, se acercó al pilar, que estaba á la cabecera de la cama de Holofernes, y desató el alfanje, que colgaba de él. Lo desenvainó en seguida, y asiendo del cabello de la cabeza del general, exclamó:

—«Señor Dios, dadme esfuerzo en esta hora suprema.»

Y acto continuo le dió dos golpes en la cerviz y le cortó la cabeza, cubriendo el cuerpo trunco con el mosquitero de los pilares.

Segura ya de su presa abandonó apresuradamente la tienda, entregó la cabeza á su abra para que la ocultára dentro del saco, y sin perder momento salieron las dos, segun costumbre, atravesando el campamento, llegando bien pronto á la puerta de Bethulia, sin haber encontrado obstáculo de ningun género.

—Abrid las puertas, porque Dios es con nosotros y ha hecho virtud en Israel. Conocida su voz, cundió la noticia rápidamente por toda la ciudad, y todos



se apresuraron á salir al encuentro de la valerosa viuda, que anunciaba nuevas de esperanza y de libertad. Mujeres, niños, jóvenes, guerreros y ancianos rodearon á la noble vencedora, sin comprender todavía la clase de triunfo que acababa de obtener. La ciudad se iluminó como por encanto, y los espectadores formaron un inmenso grupo al rededor de Judith. Esta se colocó en un punto mas elevado, para que pudiera ser oída, y el pueblo quedó sumido en el mas respetuoso silencio: Judith tomó entonces la palabra y dijo:

— Alabad al Señor, nuestro Dios, que no desamparó á los que esperan en él: y por mí su sierva ha cumplido su misericordia que prometió á la casa de Israel: y por mi mano ha muerto esta noche al enemigo de su pueblo.

Al decir esto, presentó la cabeza hirsudita de Holofernes, añadiendo con acento enérgico:

— Ved aquí la cabeza de Holofernes, general del ejército de los asirios, y ved aquí su mosquitero, dentro del cual estaba acostado en su embriaguez, donde por mano de una mujer le hirió el Señor nuestro Dios. Mas vive el mismo Señor, que su ángel me ha guardado, ya al ir de aquí, ya estando allí, ya al volver de allá para acá, y que no ha permitido el Señor que yo su sierva fuese amancillada, sino que me ha hecho volver á vosotros sin mancilla de pecado, gozosa por su victoria, por haberme yo escapado, y por haber sido vosotros liberados. Confesad á él todos, porque es bueno, porque su misericordia es eterna.

El pueblo exclamó entonces lleno de entusiasmo y arrebatado por la admiración: El Señor te bendijo con su virtud, porque por tí ha aniquilado á nuestros enemigos.

Y Ozías añadió: Bendita eres del Señor Dios escelso, tú, oh hija, sobre todas las mujeres de la tierra. Bendito el Señor, que crió el cielo y la tierra, y te encaminó para herir la cabeza del caudillo de nuestros enemigos: porque hoy ha engrandecido tu nombre, que no se apartará tu alabanza de la boca de los hombres que se acordaren siempre del poder del Señor, por amor de los cuales no perdonaste á tu vida, al ver las angustias y aflicción de tu pueblo, antes acudiste á su ruina delante de nuestro Dios.

Y el pueblo respondió á una voz: Así sea, así sea.

Hallábase cerca el ammonita Achior y Judith le dirigió estas palabras: El Dios de Israel, de quien tú diste testimonio, de que se vengaria de sus enemigos, él mismo ha cortado esta noche la cabeza de todos los incrédulos. Y para que conozcas que es así, hé aquí la cabeza de Holofernes, el que con su soberbio desprecio insultó al Dios de Israel, y á tí te amenazaba de muerte.

Aterrado Achior se postró humildemente y abjurando su religion, abrazó la ley de Moisés, en la que continuó toda su descendencia.

En seguida volvió Judith á tomar la palabra, diciéndole al pueblo: Oidme hermanos; colgad esta cabeza sobre nuestros muros: y cuando el sol la alumbrar



salid con ímpetu en son de acometer. Entonces los enemigos correrán á despertar á su caudillo, y cuando notaren que se hallan privados de su jefe, serán víctimas de su perturbacion; mientras vosotros caereis sobre ellos, sin darles tiempo para reponerse.

Judith se retiró; y cumpliendo el pueblo sus órdenes con entusiasmo y con entera decision, espusieron la cabeza fuera de los muros, y apenas alumbró el dia, avanzaron con bravura contra el campamento de los asirios.

Dióse el grito de alarma; acudieron á las armas; y Vagao al frente de los principales caudillos se dirigió á la tienda de Holofernes, que permanecia cerrada. A pesar del respeto que debian á su señor, á quien suponian entregado á las delicias de la hermosa hebrea, se atrevieron sin embargo á abrir por la necesidad de anunciarle el inminente combate. Vagao entró por fin, y observando que ni sus palmadas, ni su voz despertaban á Holofernes, levantó la cortina y quedó consternado al contemplar el cadáver mutilado de su amo y general. Fácil le fué sospechar quién habia sido el ejecutor de aquella muerte, y exclamó con acento dolorido: una mujer hebrea ha afrentado la casa del rey Nabucodonosor.

La noticia de esta catástrofe cundió en seguida por todas las filas y derramó el espanto en aquellos soldados, antes tan altivos y esforzados. Aprovechándose de esta confusion, los de Bethulia penetraron en el campamento, causando horribles estragos, diseminando aquellas masas aturdidas, matando á muchos, cogiendo innumerables prisioneros y cargando con rico é inmenso botin. Las ciudades y pueblos vecinos apoyaron á los de Bethulia, y aquel ejército asirio, que oprimia bajo sus piés las varias regiones del Asia occidental, se dispersó y desapareció, perseguido en todas direcciones por los hijos de Israel.

La noticia de esta victoria llegó bien pronto á Jerusalem, y el mismo sumo pontífice Joacim vino espresamente á Bethulia para felicitar á Judith.

—«Tú eres, la dijo, la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo.»

Y todo el pueblo respondió: Así sea, así sea.

Judith elevó con este motivo un cántico al Señor, que fué su mas gloriosa despedida, acompañando despues al pueblo, que se trasladó á Jerusalem, para dar gracias al Señor, purificándose, ofreciendo holocaustos y votos y promesas.

Judith vivió, llena de gloria, en medio de su pueblo, hasta la edad de ciento cinco años en el décimosesto del reinado de Manasés, sesenta y cinco despues de su célebre victoria.

Los hebreos contaron este dia entre los dias santos y los judíos lo han celebrado en todos los siglos.

Vicente Boix.

G<sup>o</sup> DE MUNICH. P. 17



St. Jean  
St. John St. Johannes



# SAN JUAN EVANGELISTA.

(CUADRO DE CARLOS DOLCE.)

El personaje que en esta lámina se representa es uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia y de la historia. Virgen, apóstol, evangelista, profeta, mártir, hasta cierto punto, testigo ocular de la muerte del Salvador, hijo adoptivo de su dulce madre, joven como su divino maestro, despues de haberse costado sobre su seno como discípulo amado, era el depositario de sus secretos, y se sentia con él unido con el doble lazo de la juventud y del amor. El Gólgota le vió firme sobre su árida cima para recibir las últimas palabras de Jesus moribundo, con las cuales le dió por hijo á su propia Madre y se la recomendó. ¡Qué precioso depósito! Juan reemplaza en el pecho amoroso de María la persona de Jesucristo, el cual fija tambien sobre él su lánguida mirada antes de espirar. El candor de su pecho favorece la rauda sublimidad de su pensamiento, y mientras retirado á la isla de Pathmos, encorvado bajo el peso de los años, enseña á sus fieles discípulos á amarse unos á otros, su arrebatada fantasía asiste al trono luminoso del Omnipotente, rasga el velo de lo futuro, predice en emblemas fatídicos los destinos de la Iglesia sobre la tierra, oye la trompeta que ha de hacer levantar las generaciones del polvo de sus sepulcros, y anunciar la muerte de los siglos; contempla el dia terrible de la justicia del Eterno, y en un libro lleno de arcanos adorables y de visiones proféticas, asiste ya anticipadamente á la vindicacion de la gloria de Dios ultrajada por los hombres, y á las exequias del género humano.

El artista supo ya compendiar en su mirada el doble carácter de un corazon ardiente y de un alma inspirada de lo alto. La actitud del estático profeta, recl-

nada la cabeza sobre su mano, parece que recibe del cielo aquella luz profética que descubre á los ojos del vidente las oscuras profundidades del porvenir. Diriais que es Ezequiel ó Isaiás que recibe de Dios la orden para abrir al asombrado mundo el libro de los arcanos eternos, si en su noble fisonomía no se delinease en dulces contornos aquel fondo de inagotable ternura de que rebosaba siempre el corazón del discípulo amado y del maestro del amor entre los hombres. Carlos Dolce no desmiente en este cuadro lo que mas le distingue entre los pintores religiosos, la calma celeste del espíritu y la sublimidad de la contemplación.

Plácenos poder con este motivo trazar á grandes rasgos algunos recuerdos históricos de este grande personaje, en nuestro concepto, no bastante estudiado, que supo reunir en su persona toda la grandeza de apóstol y de profeta, con el amor ardiente de serafín, que compendia en sí solo una gran parte de la historia del Salvador y de su siglo, vate y filósofo profundo, que despues de haber recibido sobre el Calvario el último despedido del Hombre Dios, fué el protector y el consuelo de su angustiada Madre, el mas interesante historiador de su vida, el propagador de su doctrina y el defensor sublime de su divinidad contra los sofistas de su tiempo.

Roma, el instrumento de que Dios se habia servido en el primer siglo de la Iglesia para vengar sobre los judíos la muerte de Jesucristo, habia de ser castigada á su vez un poco mas tarde de las persecuciones que hizo sufrir á los cristianos. Bajo Domiciano aparecen ya los pueblos del Norte que Dios destinaba para vengar á los cristianos. Rechazados aquellos por los godos, empezaron á agitarse en los confines del imperio. Domiciano se hizo levantar estatuas, y él fué el primero que compró la paz á los dacios mediante un tributo anual, y el que espidió contra los cristianos los edictos mas crueles. La sangre de los mártires iba á ser, segun la bella espresion de Tertuliano, la semilla de los cristianos. Todo bamboleaba á la voz de los apóstoles y de sus discípulos, y el paganismo sentia en su seno que le era necesario hacer los últimos esfuerzos para no morir.

Neron habia dejado vivir á uno de los mas grandes apóstoles, S. Juan, otro de los hijos del Zebedeo, á quien Jesucristo habia conservado para que no abandonase á su Madre. Antes de hablar de sus trabajos apostólicos, veamos como cumplió los deberes de aquella filiación augusta de hijo de María de que Cristo le revistió antes de morir.

Lo que resta de la vida de María Madre de Dios despues de la escena sangrienta del Calvario, y del descenso del Espíritu Dios sobre el cenáculo, nos es del todo desconocido. Créese sin embargo, segun tradiciones admitidas en el siglo IV de la Iglesia, que permaneció por algun tiempo en Jerusalem y despues siguió á S. Juan á Efeso, su hijo adoptivo, volviendo despues á Jerusalem para morir. Dios respetó la discreción y la modestia de esta existencia tan elevada y



tan pura cubriéndola con el velo del silencio, y permitió que si la tradicion alguna vez habla de ella en aquel último período de su vida, su nombre sea inseparable del nombre del amado discípulo.

La comun doctrina de los antiguos Padres es que los ejemplos, las súplicas y la conversacion de María fueron la luz y el valor de los apóstoles, y atraieron las bendiciones de Dios sobre la naciente sociedad de los cristianos. Cuando el Sol de justicia, segun la bella imágen de Orsini, se habia encubierto en el sangriento horizonte del Gólgota, la Estrella de los mares continuaba reflejando sus deliciosos rayos sobre el mundo renovado, y ejercia sus dulces influencias en la cuna del cristianismo. No hay duda que la presencia de la Madre del Salvador debió influir poderosamente en los progresos de la primitiva sociedad cristiana, y que la Esposa del Espíritu Santo contribuyó mucho á la consolidacion de la Esposa del Cordero. ¡Con qué confianza y amor irian los apóstoles á deponer á los piés de María los preciosos frutos de sus conquistas! ¡Con qué fervor y santo entusiasmo recibirian su bendicion para correr despues hasta los últimos confines del mundo á predicar á su Hijo crucificado y resucitado! María tuvo que sufrir ya los efectos de la terrible persecucion que por primera vez se levantó contra los cristianos el año 24 del Señor. Alcanzó pues á María el tenaz furor de esta persecucion sistemática contra la Iglesia, que ora en torrentes de sangre, ora en hálitos pestíferos de error y de corrupcion, debia perpetuarse en el mundo por tantos siglos, que llegando hasta nosotros arrecia tan horriblemente sus ímpetus sinietros, y que será hasta la agonía del mundo la prueba y la gloria de los escogidos de Dios.

Nada tiene de estraño que no hayan quedado memorias acerca de la vida de María pasada léjos de Jerusalem, en tierra estraña, y sin hecho alguno estrepitoso que la hiciera memorable. María habia llegado ya al celmo del heroismo participando de la obra y de la gloria de su divino Hijo; y sus dias, despues pasados en la oracion y en la secreta é íntima comunicacion con el cielo, no fueron mas que un prolongado suspiro hácia la eternidad.

El moderno historiador de María traza deliciosamente la mansion de esta Madre vírgen en Efeso, y su saludable y poderosa influencia tanto en los progresos de la Iglesia en aquella region, como en la ciencia maravillosa que se descubre en el Evangelio del discípulo amado, el águila del libro de la revelacion. Ved ahí uno de sus graciosos cuadros:

«¡ En cuántas ocasiones sentadas á la sombra de un plátano, á orillas del delicioso mar Icario, cuyas olas espiran al pié de los mirtos en un estrecho arenal, María y la Magdalena, al seguir con la vista una galera griega que dirigia hácia la Siria su proa, evocaron las memorias del país natal! Entonces eran asunto de sus conversaciones las inmaculadas nieves del Líbano, las azuladas cimas del Carmelo y las vivas aguas del lago de Tiberíades; alternativamente se



les representaban los lugares de la patria embellecidos con la distancia, que les parecían mil veces preferibles á la voluptuosa y risueña Jonia, que era en efecto, comparada con la tierra de Jehová, lo que la lira de Anacreonte en parangon con el arpa de David.»

Supone este autor que María quiso ver, antes de morir, los lugares de la Redención, y respirar otra vez los dulces aires de su patria. Hé aquí como traza el bello viaje de su vuelta á la Palestina:

«Embarcáronse los pasajeros, no en Esmirna, entonces insignificante y pobre poblacion arruinada por los lidios, sino probablemente en Mileto, á cuyo famoso puerto concurrían á encontrarse las galeras de Europa y de Asia que navegaban en aquellas aguas. En su travesía por los mares de la Grecia, la Virgen y el Evangelista reconocieron de paso la isla de Chio, cuyo pueblo, en posesion por mucho tiempo del imperio marítimo, introdujera el odioso tráfico de esclavos, tráfico que el Evangelio iba á abolir lenta y suavemente; luego á Lesbos, patria de los poetas líricos, donde los himnos á la purísima Virgen debían suceder á las odas eróticas de Safo y á los cantos mas robustos de Alceo. Al ver encubrirse en las nubes el remate del templo de Esculapio, que atraía á la isla de Cos un inmenso concurso de extranjeros; la Madre del Salvador acordóse de su divino Hijo, único que en la tierra habia poseído el poder de aplacar las dolencias físicas y morales, y de arrebatarse su presa á la muerte. Delos, cuna de Apolo; Rodas que lo fuera de Júpiter, levantábanse sucesivamente del seno de las aguas, con sus verdosos montes y sus antiguos templos, poblados de dioses que muy pronto habia de relegar á los infiernos el Dios crucificado en el Gólgota. A poca distancia de Chipre distinguíase en la region de las nubes un punto negro que en el brillante azul del cielo se dibujaba; era el monte donde antiguamente erigiera el profeta Elías un altar á la futura Madre de Cristo, y en el cual se hallaban sus discípulos en el momento de acogerse á su benéfica proteccion. Al dia siguiente la galera entraba á fuerza de remo en un puerto de Siria; tal vez el de Sidon, cuyas relaciones de comercio con la Palestina eran bastante estensas, segun refieren los sagrados libros. Apenas llegaron los viajeros á Jerusalem, retiróse la Virgen al monte Sion, á poca distancia del palacio ruinoso de los príncipes de su familia, á la casa santificada por la venida del Espíritu Santo. Separóse de ella S. Juan para ir á participar á Santiago, primer obispo de Jerusalem, y á los fieles que componían su Iglesia á la sazón numerosa, que la Madre de Jesus volvía á su lado para morir.»

El historiador de María sigue aquí la opinion de los que aseguran que María murió rodeada de los apóstoles que por divina inspiracion se hallaron reunidos al rededor de su lecho, para aprovechar sin duda el bello episodio que acabamos de transcribir y que le proporcionaba oportunidad para hablar de tan risueños como poéticos lugares. Pero parece que la crítica mas severa ha rechazado la



piadosa creencia de esta reunion de apóstoles, y ha acogido con mucho mayor fundamento que la Virgen murió en Efeso en una edad muy avanzada. María no sucumbió por la debilidad de la naturaleza, sino por un esfuerzo de amor divino. María muere sin amargura. Su corazón había muerto ya mil veces en el Calvario y en las agonías de la Cruz. Su vuelo á la eternidad no debía ser mas que un éstasis delicioso.

La Iglesia canta el triunfo de María, y aprueba como una piadosa creencia la de la resurreccion de su cuerpo, cuya certitud reconoce la ilustrada piedad de casi todos los Santos Padres. Parece que el mismo estático Juan la descubrió ya entre sus arcanosas visiones *vestida del sol, con la luna á sus piés y coronada de estrellas.*

Pero sea que la muerte de María se verificase en Jerusalem, ó que, con mayor probabilidad, se hubiese verificado en Efeso, lo cierto es que Domiciano encontró á Juan, libre ya, por la muerte de María, del glorioso cuidado que le confiara su divino Maestro desde la cruz. Le mandó prender, conducir á Roma y sumergirlo en una cuba de aceite hirviendo cerca de la puerta Latina, desde donde, escapado vivo de aquel martirio, le mandó desterrar á Pathmos, una de las Esperadas. Dejemos hablar á uno de sus panegiristas.

«San Juan, el discípulo querido, el que reposó sobre el seno de Jesucristo, fué tambien el colmado de todas las gracias, porque Jesucristo hizo apóstoles, evangelistas, doctores, profetas, vírgenes, mártires; pero Juan reunió todos estos favores juntos. Apóstol por su mision por toda el Asia y hasta los Parthos; evangelista por haber recogido las maravillas del Hijo de Dios que habian escapado á los demás historiadores; profeta, no para un siglo, sino hasta la consumacion de los siglos; doctor de la caridad; mártir, no por una vez ni por una sola especie de suplicio, sino por el fuego, por el veneno y por el destierro; vírgen, en fin, no simplemente celador de la virginidad, sino guarda y protector de la Reina de las vírgenes.

»San Juan el evangelista es el único que nos ha pintado bien el carácter del corazón de Jesucristo, y de tal manera el amor había grabado en su memoria todas estas maravillas, y aun mas fielmente sus palabras y sus sentimientos, que á la edad de noventa años, sesenta y cinco despues de la muerte de su Maestro, tenia aun todos los hechos de la historia del Hijo de Dios asaz vivamente presentes para escribirlos. Nada iguala la unción esparcida por sus epístolas, que no respiran sino amor y caridad.

»Fundó siete iglesias en el Asia que fueron los modelos de todas las de Oriente. Estendió su solicitud hasta la Persia en donde á la sazón dominaban los Parthos, y á ellos escribió aquella maravillosa carta que es la primera entre las tres. Por fin, estableció con tal fuerza la divinidad del Salvador, fundamento de la religion cristiana, que, aunque solo haya predicado en una parte del Oriente, y



que Efeso haya sido su residencia mas ordinaria, S. Crisóstomo no titubeó en llamarle *la columna de todas las iglesias que hay en el universo*.

Cerinto, Ebion y Nicolás, compañeros de S. Estéban en el diaconado, corrompiendo la fe de su bautismo, se propusieron combatir la divinidad de Jesucristo, y hacerle pasar por una simple criatura. S. Juan hizo oír entonces aquellas bellas palabras que aterraron á todas las nacientes herejías: *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum*, palabras tan elevadas, tan llenas de fuerza y de grandeza, que los mismos paganos sintieron su impresion, y que los filósofos platónicos, dice S. Agustin, no pudieron dejar de prestarles su admiracion y sus elogios! Ha observado asimismo el Crisóstomo, que el apostolado de S. Juan quedó espresamente fijado en el Asia en donde todas las sectas filosóficas reinaban con plena autoridad, á fin de que su Evangelio triunfase con mas brillo de las fuerzas de la idolatría, y que la luz de la verdad saliese de la fuente misma desde donde se habian esparcido por todas partes las tinieblas de la mentira.

«Veíanse entonces, dice el autor del *Diccionario de las herejías*, judíos y samaritanos que se esforzaban en imitar los milagros de los apóstoles, y que pretendian tan presto ser el Mesías, tan presto una inteligencia á la cual Dios habia confiado todo su poder; otras veces un genio bienhechor descendido á la tierra para procurar á los hombres una inmortalidad feliz, no despues de su muerte sino en esta misma vida: tales eran Dositheo, Simon, Menandro.

» Todos estos fueron condenados por los apóstoles y separados de la Iglesia como corruptores de la fe.

» Viéronse pues entonces no solamente diferentes sectas que tomaban el nombre de cristianos, sino tambien falsos Evangelios, cartas y libros supuestos y atribuidos á los apóstoles, á los hombres célebres de la antigüedad, á los patriarcas. Pero todas estas sectas ó quedaron luego estinguidas ú olvidadas.»

Deseando S. Pedro saber el destino de S. Juan, habia preguntado á Jesucristo en qué vendría á parar aquel discípulo. ¿Qué os importa, habia dicho Jesucristo, si yo quiero que permanezca aquí hasta que yo venga? S. Juan vió pasar en efecto delante de él á todos los demás apóstoles condenados á diversos suplicios, y él estaba aun sin corona á la edad de cerca cien años.

San Pedro y S. Pablo habian perecido en Roma, S. Andrés en Patras, Santiago el Menor en Jerusalem; S. Jaime hermano de S. Juan, el primero entre los apóstoles, habia muerto, condenado á perecer por orden de Agripa antes de la primera prision de Pedro; S. Felipe habia sido martirizado; S. Bartolomé pereció en la ciudad de los Albanos en la grande Armenia; S. Mateo fué consumido por el fuego; santo Tomás traspasado por una lanza al pié de una cruz en la India. S. Simon, por sobrenombre el Celoso, habia sido crucificado como su Maestro; S. Judas Tadeo muerto á flechazos; S. Matías lapidado por orden de Anano; san



Bernabé murió de la misma muerte. En fin á S. Juan le tocó su turno, y Domiciano, como dijimos ya, le hizo arrojar al aceite hirviendo.

«Prodigioso acontecimiento! No solamente el martirio sino la misma muerte huia delante de él. Mas de un siglo habia transcurrido desde el primer dia en que vió la luz: doce emperadores habian ocupado el trono de Roma, y habian pasado por la tierra como otros tantos azotes de Dios. Roma y Jerusalem habian quedado reducidas á cenizas, y aquellos templos famosos, obras de tantas manos, el Capitolio y el templo de Salomon, no habian podido resistir á la ley del tiempo ni al furor de los hombres. El discípulo imperturbable resiste á los hombres y al tiempo: su cuerpo y su espíritu tienen siempre una misma fuerza.»

Así se espresa el panegirista de S. Juan, antes citado.

Cuéntase que hallándose en Efeso, y en el último período de su decrepitud, pudiendo apenas ser llevado á la iglesia en brazos de sus discípulos, no hacia mas que repetirles estas palabras: «Hijuelos míos, amaos unos á otros;» y que estos, cansados de oírle repetir siempre lo mismo, le preguntaron el porqué, y les contestó: «Este es el precepto del Señor, y si esto haceis es lo bastante.» De aquí ha venido llamar á S. Juan el apóstol de la caridad, y de aquí ha sacado argumentos el malignante sofista para suponer que el santo viejo escluia enteramente la religion de los dogmas, circunscribiendo toda la ley evangélica al puro precepto del amor fraternal. En otra ocasion nos ocuparemos tal vez en el exámen de este pasaje.

En Pathmos fué donde S. Juan escribió su Apocalipsis, es decir: La Revelacion de Jesucristo, hijo de Dios. Todo, dice Bossuet, corresponde á tan bello título. A pesar de las profundidades de este libro divino, siéntese al leerle una tan dulce impresion, y todo parece tan lleno de la majestad de Dios; aparecen allí tan altas ideas de la majestad de Jesucristo, un tan vivo reconocimiento del pueblo que ha rescatado con su sangre, tan nobles imágenes de sus victorias y de su reino, con cantos tan maravillosos para celebrar sus grandezas, que hay de qué arrebatarse el pasmo y la admiracion del cielo y de la tierra.

El Apocalipsis es por sí mismo un poema sublime, ó mas bien es una obra que no tiene nombre en el lenguaje de los hombres. Por su carácter esencialmente alegórico y místico, escapa á todas las formas, menos á la del arte; y aun esta escepcion solo tiene lugar para las escuelas fuertemente imbuidas del misticismo, como la de Juan Van-Eyck que pintó su obra maestra en la catedral de Gand, segun uno de los mas bellos pasajes del Apocalipsis, y cuyo discípulo Hemmelink representó el mismo asunto en las preciosas pinturas que decoran el hospital de San Julian en Bruges.

La caída de los ídolos y la conversion del mundo, y en fin el destino de Roma y de su imperio eran demasiado próximos objetos para estar ocultos al profeta de la nueva alianza. Así, la perseguida Iglesia fijó su atencion en lo que



este libro divino le predecia tocante á sus sufrimientos, y S. Dionisio de Alejandría en una de sus cartas dice que él mira el Apocalipsis como un libro lleno de secretos divinos, en el cual habia encerrado Dios una inteligencia admirable, pero muy oculta, de lo que sucedia todos los dias en particular. Un suceso hay que parece marcado en el Apocalipsis con una entera evidencia; y este suceso es la caída de Roma y el desmembramiento del imperio por Alarico. Es la ciudad de los siete montes, y la grande ciudad que manda á todos los reyes de la tierra. San Ireneo con los discípulos de los apóstoles declara: «que S. Juan ha señalado claramente el desmembramiento del imperio que hoy dia existe, cuando dice que diez reyes desolarán Babilonia.» Pablo Orosio, discípulo de S. Agustin, hizo el paralelo de Roma y de Babilonia, haciendo notar que despues de 1160 años de dominacion y de gloria, las dos habian sido saqueadas en circunstancias casi semejantes. Leemos en la historia Lauriaca que santa Melania dejó á Roma, y persuadió á muchos senadores que la dejasen por un secreto presentimiento de su próxima ruina, y que despues que de ella se habian retirado, la tempestad causada por los bárbaros y predicha por los profetas cayó sobre aquella ciudad inmensa.

De modo que, mientras Domiciano perseguia á los cristianos, S. Juan profetizaba la ruina de Roma, como S. Pablo y S. Pedro habian profetizado la de Jerusalem. Colocado entre el primero y segundo siglos, estaba encargado de hacer vislumbrar á los cristianos todos los destinos de la Iglesia católica. La persecucion continuaba siempre. Domiciano hizo dar la muerte á su primo hermano Flavio Clemente, cuyos hijos habia adoptado, y á quienes habia dado los nombres de Domiciano y de Vespasiano. Domitila, mujer de Flavio, fué desterrada á una isla. La misma suerte sufrió una sobrina del cónsul Clemente, viéndose todavía despues de trescientos años la pequeña estancia en que habitaba en la isla Porcia. El emperador quiso ver los nietos de S. Judas, próximo pariente de Jesucristo, y les preguntó qué venia á ser este reino de Jesucristo, que á él le inquietaba. Respondieron ellos que su reino no era de este mundo, que Jesucristo pareceria á la fin de los tiempos, y que vendria á juzgar á los vivos y á los muertos. Despidióles Domiciano, é hizo cesar la persecucion, á lo menos en la Judea; pero poco despues fué asesinado por un intendente de Domitila que quiso vengar la muerte del cónsul Clemente. Este intendente habia ocultado un cuchillo en la cavidad de una caña, presentó al emperador una memoria en la que le revelaba una conjuracion, y le mató mientras la estaba leyendo.

Neron habia sido elogiado por Lucano, el cual en su Farsalia le coloca en el rango de los dioses; y Quintilano, el grave autor de las Instituciones oratorias, dá el título de censor muy santo y de divinidad propicia á Domiciano, bajo cuyo cetro fué proscrito hasta el nombre de la virtud, y que envenenó quizás á su hermano Tito. Stacio y Marcial prodigan los mismos elogios á aquel príncipe, y



Stacio le coloca en el cielo. Tal era el espíritu de vértigo que parecía entonces esparcido sobre los mas grandes genios del paganismo, Plutarco, Tácito, Quintiliano.

Nerva, al llegar al imperio, llamó á los desterrados y suavizó la suerte de los cristianos. S Juan volvió á Efeso, desde donde gobernó todas las iglesias del Asia. Permaneció en aquella ciudad hasta el reinado de Trajano, y allí murió á fines del primer siglo en el año 100, el mismo año que S. Clemente Papa, que habia sucedido á San Cleto ó Anacleto, el cual habia reemplazado á S. Lino, encargado por S. Pedro y S. Pablo de gobernar la Iglesia romana.

**Joaquin Roca y Cornet.**



( CUADRO DE ADAM. )

El que no ha sido aficionado al campo, el que no ha estudiado las costumbres de esas pobres gentes que cumpliendo puntualmente el precepto evangélico, comen el pan con el sudor de su frente, no puede apreciar lo que significa un establo en la sociedad puramente agrícola. El cuadro cuya copia nos inspira este artículo representa á nuestros ojos toda la fortuna, el porvenir, la vida tal vez de una numerosa familia.

El establo no puede ser mas humilde ni demostrar mayor pobreza: un caballo y dos cabras constituyen el ganado propiedad de un honrado matrimonio y de sus hijos. Sin embargo, con los tres animales viven, y lo que es mas, son felices. ¿Es de estrañar, por lo tanto, que el pobre aldeano cuide con esmero, hasta con cariño, á esas bestias?

Veamos el cúmulo de servicios, la utilidad, proporcionalmente enorme, que le procuran. En primer lugar, con el estiércol del pesebre abona el aldeano el único campo que labra: sus tierras producen lo estrictamente necesario para la vida mediante que sean feraces, y lo son por los animales que moran en el establo. El caballo, además, cuya estampa quizás inspiraria algun chiste cruel á un revistero de toros, sirve perfectamente para ser uncido al arado y mas tarde para conducir el producto de la cosecha. Como, á pesar de todo, nuestro honrado labrador no tiene mucho que arar ni que conducir, utiliza su caballo para trabajar por cuenta ajena, y el pobre animal hace lo que puede para no defraudar las esperanzas de su dueño.

En cuanto á las cabras constituyen el principal y mas sano alimento de la fa-



G<sup>o</sup> DE MUNICH P 64



*Escena rustica  
Country Quarter. Landlicher Stall.  
Hymna myszka.*

milia. Por la mañana muy temprano y por la tarde al ponerse el sol, son ordenadas por la madre de dos hermosos niños que beben con singular afición aquel nutritivo líquido y se creen asistir á un banquete opíparo el día que mojan en él algunos mendrugos de pan, cuyo color contrasta visiblemente con el de la leche. Además una familia compuesta de cuatro personas no puede generalmente apurar el licor que producen dos cabras, á las cuales nunca faltan pastos sanos y abundantes: el sobrante es vendido en el mercado por los niños, y por escaso que sea el precio de aquella venta, es inapreciable el beneficio que reporta á una madre cuyo amor hácia sus hijos realiza imposibles de economía doméstica.

Si á mayor abundamiento una de las cabras tiene algun pequeñuelo ¡qué fortuna para la familia! Aquella propiedad, aumentada porque Dios bendice á la familia pobre y honrada, es vendida á cambio de algunas monedas de plata, que constituyen un tesoro, porque en un momento dado una pequeña cantidad metálica costea los gastos de una enfermedad, abrevia sus días, y salir de una enfermedad ó atenuar las fatales consecuencias de una deuda contraída durante aquella, es evitar la usura que en el campo trae inevitablemente la miseria y la ruina. Hé aquí la felicidad doméstica, la tranquilidad de conciencia, que es el don mas inapreciable del Señor, realizadas por el concurso de un caballo y dos cabras.

Estos pobres animales son tanto mas útiles á su dueño en cuanto por tal número de servicios no exigen ni aun la retribucion del alimento que consumen. El caballo está acostumbrado á mantenerse de los mismos desperdicios de la tierra á cuya cultura contribuye. Come grano cuando la familia come carne, que equivale á decir que no lo come nunca: cuando su dueño le conduce á una viña seca ó á algun campo acabado de segar, enseña los dientes para que le quiten el bocado, y libre de este estorbo mastica á diestro y siniestro cuanto encuentra que le sepa bien, que acostumbra á ser todo, pues á las bestias, ni mas ni menos que á las personas, es aplicable el refran que dice, no hay mejor salsa que el buen apetito. La yerba humedecida por el rocío gusta á nuestro caballo porque le refresca las fauces; gústantle los pámpanos porque son agrios, las uvas porque son dulces, el tallo segado del trigo porque á menudo queda grano entre la paja; en una palabra, gusta de todo, porque mujer pobre y fea y caballo viejo no tienen porque andarse con zalamerías.

Las cabras pastan á su sabor en el monte al cual son conducidas por el niño, que en sus largas horas de ocio se adiestra en armar trampas para cazar aquellos animales dañinos que un día pudieran ser fatales para las reses. El monte abunda en pastos: cuando las cabras salen del establo por la mañanita y comen la yerba humedecida por el rocío, saltan de contento; y cual si se hiciesen cargo de la infantil edad de su guardador, se entretienen en hacerle correr por la montaña, proporcionándole involuntariamente distraccion y desarrollo, salud y



agilidad. Y cuando el sol está á punto de ponerse, nuestro pastorcito junta un gran monton de yerba, lo carga sobre el lomo de los pacíficos animales, y emprende la vuelta á su casita con la comida de las bestias que aquella misma noche se la proporcionarán á él. ¿Puede darse propiedad mas lucrativa y económica á un mismo tiempo?

Así es que la tranquilidad de la familia dura otro tanto que la vida del caballo y las dos cabras, y si por desgracia uno de los animales muere, es incalculable la desgracia que acarrea.

Sin el caballo no se labora la distante tierra, sin las cabras no comen los inocentes niños. Y sin embargo continuamente estamos viendo reventar por puro lujo ó capricho caballos escelentes, cuyo valor fuera bastante á remediar la necesidad de cuatro familias. A menudo, por desgracia, tienen lugar esos espectáculos inconcebibles en el siglo XIX, que se llaman corridas de toros, y el público que acude en tropel al ensangrentado circo, saldrá de él contento ó disgustado segun que habrá visto morir muchos ó pocos caballos, muchos ó pocos animales de aquellos que han sido reconocidos por los naturalistas como los mejores y mas inteligentes amigos del hombre, como los ausiliares mas poderosos de su trabajo y hasta de su comodidad. Ahora bien, si á aquellos espectadores se les llamara individualmente bárbaros y crueles, si se les echase en cara la sinrazon de su conducta, si se les hiciese explicar qué placer honesto y hasta racional encuentran en presenciar aquellas escenas repugnantes, estamos seguros de que ninguno nos daria una contestacion satisfactoria, ni para él ni para nosotros. Si uno á uno tuvieran en aquel momento á su lado un buen amigo de la humanidad que les repitiese al oido: ese toro que va á morir, precisamente porque en la lidia te ha aburrido por blando, hubiera sido un escelente animal para el arado y la carreta; ese caballo que sale al redondel temblando por ese instinto especial que hace estremecer á ciertos animales á la simple proximidad de una fiera, podria sin duda, á pesar de ser viejo y cojo y de mala estampa, remediar la miseria de una honrada familia de labradores; es indudable que ninguno hiciera caso de tales consideraciones, y la voz del rancio filósofo se perderia entre los gritos de ¡caballos! ¡perros! con que el público tauromáquico se acredita de *inteligente* y humano.

Que el hombre dé muerte á los animales para alimentarse con su carne, vestirse con su piel, ó defenderse contra los sanguinarios instintos de algunos de ellos, se concibe perfectamente; pero lo que no tiene explicacion, lo que no se explica realmente, es que el hombre martirice y mate animales útiles por simple diversion. Diversiones de esta naturaleza apenas se comprende que las tuvieran los chacales y las hienas, y aun así son estimuladas á ellas por el instinto de propia conservacion.

Un cuadro de toros y un establo son dos antítesis, como una imagen de la paz y otra de la guerra: en el cuadro de Adam, de que venimos ocupándonos, todo



respira buena armonía y tranquilidad. Hay, como si dijéramos, hasta compañerismo entre los animales que le componen. La cabra negra suporta tranquilamente la incomodidad que le debe causar la cabra blanca, y esta parece entenderse perfectamente con el caballo, con el cual parece entablar un incomprensible diálogo. Hasta el gato, que completa la sociedad de aquellos animales útiles, se halla en actitud de defender á sus compañeros contra las mortificaciones de algun raton atrevido que podría molestar á los pacíficos moradores del establo. No hay cuidado que entre estos acontezca disension alguna: si por desgracia cuando llega la noche no se encuentran los cuatro reunidos, se echará de ver en sus actitudes, en su insomnio, en su malestar, la afliccion que aqueja á una familia bien unida cuando falta alguno de sus individuos. ¡Qué alegría para esos animales cuando el relincho del caballo, el balido de la cabra, ó el maullido del gato, anuncia la llegada del compañero ausente!

El autor del presente cuadro ha querido probablemente copiar á la naturaleza: nosotros que creemos existe una semejanza completa entre la naturaleza que ve el pintor y la naturaleza que ven los escritores, hemos querido describir á nuestra vez la naturaleza del cuadro de Adam, que á nuestro juicio tiene en literatura un nombre especial: se llama realidad. La pluma dice generalmente menos que el pincel, pero en cambio corre mas y puede con facilidad suma hacer la continuacion de un cuadro, describiendo aquella parte que el artista siente, pero no espresa. El pintor traza las líneas de unas mal unidas tablas, de una pared en la cual hay abierta una ventana, que no sabemos dónde cae. El escritor se pega á aquellas tablas y mira por sus rendijas, se encarama á la ventana y tiende fuera la vista; en una palabra, tiene cien ojos como Argos y un ojo puesto á un tiempo en cada objeto distinto. Ve perfectamente la casa á la cual va unido el establo, las personas que moran en aquella casa, hasta los sentimientos que animan á aquellas personas.

El pintor describe la naturaleza física, el escritor la naturaleza moral: ¡cuántas veces allí donde el artista ve tan solo tintas, el poeta descubre lágrimas!...

Nosotros que no podemos darnos ese hermoso título, vemos con los ojos del cuerpo, en el cuadro de Adam, cuatro animales muy bien hechos y colocados: con los ojos del pensamiento vemos una familia entera, que vive ó muere de la vida ó de la muerte de dos simples cabras y de un caballo.

Comprendemos, sin embargo, que esta verdad sea difícil de entenderse en las grandes ciudades donde se bebe agua de almidon en vez de leche, y donde apenas se concibe que los caballos sirvan sino es para pasear el ocio de un matrimonio á la moda, uncidos á una carretela con embutidos de plata y forros de raso.



# LA VIRGEN Y EL NIÑO.

(CUADRO DE RAFAEL SANZIO.)

Entramos ya en aquella elevada region del arte que puede llamarse *celestial*, á donde parece casi no tener acceso el ojo profano, y que se levanta hasta el punto que no tiene parangon en toda la historia del arte cristiano. Mientras que el primer pintor de la escuela moderna trataba tan felizmente asuntos mitológicos, tales como la historia de Psyche y la Galatea, acababa aquella inmortal coleccion de Vírgenes que hicieron distinguir las *Virgenes* de Rafael de las que hasta entonces se habian referido al tipo tradicional. En la poética cristiana del Dante habia algo de circunscrito que no convenia al genio libre, variado y hasta inconstante de Rafael. Se ha pretendido por algunos que el paganismo le era mas favorable, pues se lo asumió con ardor desde que las numerosas estatuas, bajos relieves y camafeos hallados cada dia en Roma le hicieron conocer perfectamente este modo de contemplar la naturaleza. Las Vírgenes de Rafael son divinas porque están llenas de gracias y son pintadas con una perfeccion que nadie ha podido superar; pero en sentir de algunos no dan una idea tan exacta de la Virgen inmaculada como las representaciones modificadas segun el tipo tradicional de la edad media. Y aun cuando pudiera decirse que á una idea religiosa se hubiese sustituido un dulce y agradable sentimiento que produce el pensamiento de lo bello como lo comprendian los antiguos, y que hace brillar al hombre como á espensas de la divinidad; con todo, el carácter de la Virgen y el Niño marca de un modo especial el carácter divino bajo el velo del mas puro y delicado sentimiento humano; y aun cuando no arrebate el pensamiento hasta el bello ideal de lo infinito, presenta tan depurado el sentimiento humano que le acerca todo lo posi-



Raphael Sanzio pinx.

C. Eisenstein sc.

*La Madonne et l'Enfant.  
Madonna and Child. Madonna del Tempio.*



ble al pensamiento divino. Bien que , en cuanto al gran principio cristiano , en cuanto á la idea fundamental de la moral moderna tan poderosamente caracterizada en los escritos de Dante , de que la belleza está en Dios , y que solo imperfectamente llega á imprimirse en las formas corporales, rara vez se encuentra en las obras que hizo Rafael despues de la *Disputa del Santo Sepulcro* y de la *Escuela de Atenas*. Es muy de notar que desde aquel entonces todo el vigor de su talento se empleó en espresar con fuerza , gracia y verdad los sentimientos y las pasiones del alma. El Heliodoro , la Evasion de S. Pedro , el incendio de la villa , los grandes cartones que hizo para ser ejecutados en tapicería , en fin sus cuadros de bastidor y su Transfiguracion indican la disposicion que tuvo siempre para representar lo que es real , lo que remueve las pasiones.

Sea de esto lo que fuere , esta admirable composicion , por mas que para el observador ordinario no haga brillar ninguna cualidad de las que asombran á primera vista , y que por la extrema delicadeza de su colorido no presente mas allá de una modesta apariencia , no por esto deja de descubrir menos un talento extraordinario desde el momento en que se ha penetrado la profundidad de los conceptos que revela, desde que se ha percibido y apreciado toda la gracia y candor que respira , desde que se ha conocido toda la simplicidad , toda la pureza de sus líneas. El inteligente que ha sabido profundizar esta obra del ilustre Rafael, la contemplará con un interés siempre mayor, y la considerará como una de las joyas mas preciosas del museo de Berlin.

Porque en la pintura como en la poesía, lo que encanta por su estremada sencillez y naturalidad , aquello que aparece sin esfuerzo y con una espontaneidad exesiva, encubre muchas veces lo mas refinado y misterioso del arte, aquella facilidad tan difícil, que llega á ruborizar á la misma naturaleza por la naturalidad de sus formas , inspiracion privilegiada del genio que ofrece sus creaciones sin fatiga , y que es un verdadero remedo de la potencia creatriz.

Mientras que en sus primeras Vírgenes ó *Madonnas* Rafael , por lo que hace á la concepcion , conservó el carácter eclesiástico con toda la severidad impuesta por la tradicion ; con todo , despues de haberlo hecho pasar por la gracia y el fervor de su alma, déjase sentir ya en nuestro lienzo un esfuerzo hácia la emancipacion de su genio , una aspiracion hácia un género mas humano , mas clásico; y esto es quizás lo que constituye la mayor belleza de este cuadro.

Existe cierto contraste entre la Virgen de Colonna, y la Virgen y el Niño, de que nos estamos ocupando, entrambas del incomparable artista. La primera respira una fresca serenidad : es un ser delicado con su blondo cabello de oro , es la vírgen inocente que acaba de ser madre y que por ello se regocija. Este cándido gozo de la maternidad se vé en todos los rasgos de su semblante , pero se descubre con toda la dulzura que conviene á la madre del Salvador , á la mujer destinada para educar á aquel que segun los decretos del Omnipotente , regene-



rará la decaída humanidad. Su mirada se fija en el alegre niño que está sobre sus rodillas, y que por los bruscos movimientos de su infantil impaciencia, interrumpe las plegarias que ella está ocupada en leer en un libro. ¡Cuánta gracia y cuánto sentido respira el gesto del infante! mientras que abierta la boca parece gorgear aquellos sonidos deliciosos de la primera infancia, tira con la mano derecha del ribete ó borde del vestido que oculta el seno de su madre. Esta oposición entre el pudor virginal en peligro de ser herido y el niño que en su simplicidad osa llevar su mano á un lugar que toda mujer casta quiere tener encubierto, junto con la calma que muestra la madre en vista de la petulancia del hijo (pues la inocencia no puede ser ofendida por la inocencia) dan al cuadro cierto carácter indefinible de candidez, de viveza y de espiritualidad, que refrigera el alma, la mueve y la edifica.

Pero la *Virgen y el Niño* de que nos ocupamos, además del fondo de santidad y de inocencia que es comun á entrambos, tiene mas bien, á pesar del gesto vivo del bello infante, la espresion de una especie de serio sentimental, que armoniza perfectamente con el colorido mas fuerte y mas pronunciado y el tono mas subido y pastoso que en este lienzo se observa. Y con referencia á lo que hicimos observar al principio, este tipo, sin carecer de belleza y de profundo espiritualismo, ha perdido las calidades tradicionales que recuerda la Iglesia, y que acusa en el célebre artista una franca tendencia hácia lo bello natural. Ese ósculo de cariño y de respeto que encierra á un mismo tiempo la adoracion y el amor, no deja por esto de encubrir, aunque sea en el orden humano, un profundo sentimiento religioso, ni de revelar en cierto modo la misteriosa contemplacion en que estaba sumida el alma de la madre al estrechar contra sus labios el rostro del infante divino.

Para imitar en algun modo la frescura de colorido con que se esmera el pincel á retratar la purísima imágen de María, concluiremos este artículo con un himno á ella dedicado, que inspiraron los frescos encantos del mes de mayo, símbolo en el tiempo de su hermosura, y que le fué cantado por un coro tambien de vírgenes.

Gloria de los cielos,  
Placer de las almas,  
Salve, Estrella hermosa  
De nuestra esperanza.  
Cual rie natura  
De flores ornada  
Y en dulces perfumes  
El aire embalsama;  
Así fresca y pura  
María sin mancha  
Brillas para todos  
Del mayo en las galas.

El pecho inocente  
En el candor te halla  
Del lirio suave  
Que aromas exhala,  
Y entre la azucena  
Modesta y nevada  
Tu sin par pureza  
Su amor arrebató.  
Luna, Sol, Aurora,  
Lucero del Alba,  
Fuente que da vida,  
Soplo que regala,



Todo lo que brilla,  
Todo lo que pasma  
Es de tu hermosura  
Sombra desmayada.

Si Dios vistió el campo,  
Matizó las plantas,  
Y doró las nubes  
Y esmaltó la escarcha,  
Te crió mas bella,  
Virgen soberana,  
Y son tus reflejos  
Las cosas criadas.

Todo cuanto al mundo  
Cautiva y encanta,  
Como emblema tuyo  
Tu beldad ensalza.

Que antes de los siglos  
Cual pasmo de gracia  
En el pensamiento  
Del Señor ya estabas.

Ya de los profetas  
Las célicas arpas  
Antes de nacida  
Tus timbres cantaban.

Tú eres cedro y mirra,  
Tú eres rosa y palma,  
Tú eres cinamomo,  
Tú tórtola casta.

Tú paloma pura,  
Tú luna sin tacha,  
Tú huerto frondoso,  
Tú fuente sellada;

De Jacob estrella,  
Luz de la mañana,  
Tierra prometida,  
Incombusta zarza.

Arbol de la vida,  
Del jardín entrada,  
Del caudillo hebreo  
Portentosa vara.

Torre de los fuertes,  
Espojo sin mancha,  
Cauce de agua viva,  
Luz del cielo clara.

Si el alma afligida  
Suspira apenada,  
O aridez la seca,  
O el vicio la arrastra,

Su llanto tú enjugas,  
Sus angustias calmas,

Y á Dios la conduces  
Con maternal ansia.

Si tiembla la tierra,  
Si el calor abrasa,  
Si el suelo desola  
Mortífera plaga;

¿A quién busca el hombre?  
¿Qué remedio clama?  
¿Qué poder invoca?  
¿Cuál es su esperanza?

A tí el moribundo,  
A tí el que naufraga,  
A tí el perseguido  
Su grito levantan.

De riesgos huidos,  
De impetradas gracias  
Mil votos y ofrendas  
Cuelgan de tus aras.

Consuelo del mundo!  
Prez del que batalla!  
Dulce mediadora  
De la tierra ingrata!

Míranos piadosa  
Cual aquí á tus plantas  
De Dios te pedimos  
El amor, la gracia.

Huya de nosotros  
La culpa nefanda,  
Y la sierpe impía  
Que tus piés aplastan.

Madre la mas tierna,  
Hácia nos alarga  
Tus manos radiosas  
Que dones derraman.

Y prenda de vida  
Para nuestras almas  
Sea noche y día  
Tu sacra medalla,

Escudo del débil,  
Del justo confianza,  
Terror del abismo,  
Tesoro de gracias.

Pon bajo tu manto  
La misera España  
Ya que concebida  
Sin lunar te acata.

Ella te suplica  
Postrada á tus aras  
Que arda siempre viva  
La fe en nuestra patria.

Tres veces al día,  
Cuando nace el alba,  
Cuando el sol mas arde  
Y al hundir su llama,

Salúdate el mundo  
Y humilde te alaba,  
O Virgen que brillas  
Del mayo en las galas.

## A MARÍA CON SU HIJO,

faro y puerto de salud en el océano tormentoso del mundo.

### LOA.

*Ave maris stella.*

Un clamor óyese: sálvanos, sálvanos,  
Que perecemos! Cual percibíase  
Allá en las ondas del Tiberíades

En agitado mar:

Y ora en el globo, de torvos crímenes  
¡Ay! inundado, cual ponto túmido,  
Como otras naves los pueblos míseros  
Están por naufragar.

La sierpe horrenda del error sórdido  
De su veneno chispas mortíferas  
Vomita airada contra la lúcida  
Estrella del amor.

María! es ella! roca firmísima  
Que en los embates del fiero océano  
Sus caros hijos mira y conmuévase  
Por su riesgo y dolor.

Sálvanos, sálvanos, que feroz ábrese  
Para tragarnos el hondo bártro!  
Sálvanos Madre, Virgen purísima  
¡Ay! clamamos á tí!

Que los halagos de un mundo cínico,  
Y los fantasmas de carne lúbrica  
Y la soberbia del ángel pérfido  
Nos pusieron así!

¡Oh! las naciones, cual otros náufragos  
Tristes flotando sobre sus crímenes  
Han arrancado hasta el vestigio  
La enseña de salud!

La mente henchida de negro tósigo  
De sus delirios se vuelve idólatra  
Y á sí insensato mortal adórase  
Cual su Dios y virtud!

Y del vil polvo goces efímeros  
Anhela solo: ciego sacíase  
Del fango inmundo en las delicias  
Y mas arde su sed.

Ama á su nada, y allá en su vértigo  
A Dios declara guerra sin término:  
De infernal soplo su vida ¡oh lástima!  
Hállase á la merced.

¿Es que la tierra sus días pósteros  
Toque, ó que presto la trompa tétrica  
De sonar haya sobre los ámbitos  
Del mundo al espirar?

¿Y que los pueblos ya levantándose  
Unos con otros luchén frenéticos  
Antes que baje con nube espléndida  
Quien los ha de juzgar?

María! oh Madre! De Dios la cólera  
Tú aplacar puedes! A tu Unigénito  
Otra vez clama: Sálvalos! sálvalos,  
Que van á perecer!

Para mis hijos, ¡oh! jamás piérdase,  
Hijo tu sangre, sangre purísima....  
Sin tu socorro, Madre, contéplanos,  
Nos vamos á perder.

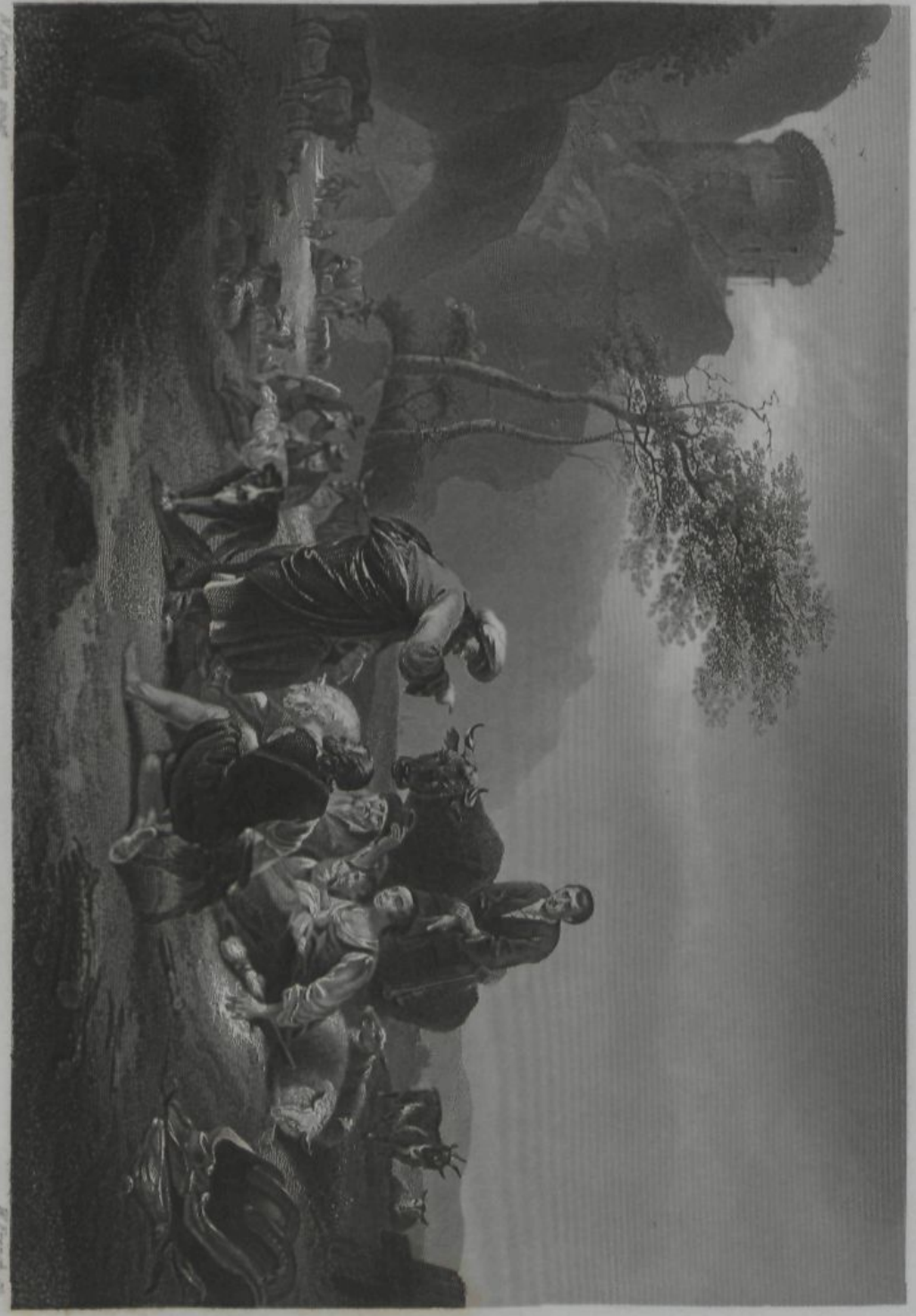
Mas no, que en medio de noche lóbrega  
De tu clemencia brillan mil símbolos,  
Con esta tabla del feroz piélagos  
Salvo podré salir.

Te aclamó el siglo Virgen sin mácula  
La voz siguiendo del Pastor máximo  
Que angustiado gime, y su solio  
Parece se va á hundir.

A tí cantamos, ó de las Vírgenes  
Reina suprema, cuando el Altísimo  
Pura y exenta del comun débito  
Quiso que fueras tú.

Gloria á tí sea, que en tí refléjase  
La alteza misma del Dios ingénito,  
Mientras á tus plantas brama y agítase  
Postrado Belcebú.





*Jacob at his tent.*  
*Jacob and his People.* *Jacob and sein Gevande.*  
*Jacob's family.*

Published for the Proprietors by A. H. F. Meyer, Dresden & Leipzig.

## LABAN Y SUS SERVIDORES.

(CUADRO DE BERGHEM.)

Hé aquí uno de aquellos personajes de la sagrada historia, que si bien pertenece á los tiempos y familias patriarcales, no reúne aquellas prendas de equidad, hidalguía y generosidad que admiramos en la mayor parte de los antiguos patriarcas, y es un tipo algo mas parecido á nuestros modernos especuladores y traficantes. El cuadro que le representa revela el genio del autor en este género de paisajes. Es un bello espectáculo de la naturaleza ver como el sol alumbraba este animado grupo en el cual figura Laban en primera línea en cuya fisonomía, aunque diminuta, se marcan la avaricia y la ruindad. La diversidad de las ocupaciones y de carácter que se manifiestan en cada persona, las señales de respeto de que se ve rodeado Laban, los ganados de todo género que ocupan pacíficamente la estensa llanura, forman un hermoso conjunto que nada deja que desear. Respírase la calma y la holganza de los antiguos dias: en escenas de este género suele descollar el pincel de Nicolás Berghem, y bajo este concepto ha producido obras maestras dignas de la inmortalidad.

Este artista es uno de los primeros representantes de la pintura campestre y de paisaje. Este arte se desplegó principalmente en Holanda poco despues de terminadas las guerras de independecia, despues que la Holanda hubo estendido su dominacion marítima y que los partidos interiores se calmaron á consecuencia de empresas exteriores. En seguida de la pintura histórica y grandiosa fué desenvolviéndose, como una reminiscencia de la escuela de Rembrandt, la contemplacion interior y sentimental. El alma fué reconcentrándose en sí misma, y se buscó un placer en la calma de una bella soledad campestre; pero léjos de presentarla



desprovista de toda actividad humana , debia contener el eco ó el recuerdo de un período de agitacion , motivo por el cual las escenas de la naturaleza fueron cargadas de diversos accesorios , tales como , escenas de pastores , carruajes atascados en algun atolladero , bohemios sentados junto al fuego , cazadores persiguiendo su caza , etc. Y en este género de paisaje descollaron los hermanos Both , y sobre todo Nicolás Berghem.

Este pintor de exquisito gusto acertó en reproducir las sombras que proyectan los árboles y los peñascos , así como el color rojizo del aire calentado con los rayos de un sol ardiente. Nació en Harlem en 1624 y murió á la edad de cincuenta y nueve años. Sus composiciones son de un efecto poético agradable , de una noble y seductora sencillez. Berghem tenia la mano fácil y segura; era muy aficionado al canto y pasaba noches enteras en cantar. Introducia á veces en sus campestres escenas situaciones tomadas de la Biblia , como por ejemplo en la que nos representa á Laban y á su familia de servidores.

Es muy de sentir que no nos hayan quedado noticias acerca de la vida íntima de Berghem , porque nos interesarían vivamente con respecto á un hombre que fué muy justamente llamado el Gesner y el Teócrito de la Holanda. Sabemos tan solo que este pintor se formó en la escuela de los mas distinguidos maestros, tales como Van Goyen , Grebber , J. B. Weenix. Ni fué menos considerable el círculo de artistas que fueron despues sus amigos, pues fué el contemporáneo de d'Everdingen , Wouwermann , Both , Ruysdael y otras celebridades con las cuales conservó amistosas relaciones. Se hacia el mayor caso de su viveza de espíritu , de su entusiasmo de artista y de su escelente corazon.

Su bondad llegaba hasta el exceso , pues habiéndose desposado con la hija de su maestro Willis , mujer de carácter dominante y áspero , y sobre todo avara , se dejó dominar por ella y no supo resistirla. Justus Van Huysum , uno de los discípulos del pintor , nos refiere que esta señora se habia alojado precisamente sobre el taller de su marido, de manera que sin perderle un instante de vista, tan presto como observaba que su marido tomaba algun reposo , ella daba patadas en el suelo con la mayor violencia para que él volviese á su ocupacion ordinaria.

A pesar del imperio tiránico que esta mujer ejercia sobre él , Berghem logró engañarla con respecto al precio con que se le pagaban sus obras, y con el dinero que secretamente retenia , y con lo que le prestaban sus amigos , llegaba á satisfacer su pasion de artista comprando hermosos grabados , de modo que su mujer , bien á despecho suyo, encontró una admirable coleccion de ellos cuando murió su marido.

Berghem perjudicó á su talento trabajando constantemente en un mismo asunto, pues esto debió acabar con hacerse monótono. Si pudiera echarse en cara al eminente artista que le faltaba una poderosa y variada fantasía , era , en cam-



bio, inagotable en los pormenores de ornamentacion, y esto le era una cosa indispensable, trazando por decirlo así constantemente un mismo asunto sobre un tema dado. Si el artista hubiese podido abandonarse á la inclinacion de su genio en vez de procurar satisfacer la avaricia de su mujer, fácil le hubiera sido, siendo libre de sus propias acciones, y habitando como habitaba en la soledad de su castillo de Bentheim, evitar estas repeticiones de una fantasía ya en algun modo agotada en varios conceptos uniformes.

La suposicion generalmente admitida de que Berghem no salió nunca de su país, me parece poco admisible. ¿Cómo es posible el concebir que entre las nieblas del Norte y en las vastas llanuras de Hardem y de Zuyderzée hubiese podido el artista contemplar una perspectiva tan luminosa, este bello azul de los peñascos, esta transparencia del claro-oscuro como se observan en sus magníficos cuadros? ¿De dónde hubiera tomado estos bellos contornos, estas frondosas sinuosidades, estos accesorios de una hermosa arquitectura romana, este traje teatral de sus pastores, si no hubiese visitado á Roma, ó cuando menos los montes Apenninos?

Este riente colorido, esta animacion que respira donde quiera la naturaleza hasta en el crepúsculo de la tarde, que sabe hacer nacer una alegre impresion de los mas sombríos contrastes de estos naturales fenómenos, todo esto ¿no recuerda de una manera indudable la observacion del clima meridional?

El arte holandés debe agradecer al cielo del mediodía el haber tan felizmente inspirado á Nicolás Berghem, al amigo de los rayos dorados y vivificantes del sol, de los joviales idilios campestres y de la bella naturaleza, cuando los Everdingen, los Hobbema, los Ruisdael no han pintado mas que el aspecto severo y melancólico de las regiones septentrionales.

Pero volvamos por un momento al asunto del cuadro.

Jacob salido de la casa de sus padres partió hácia la Mesopotamia, tanto para evitar el rencor de su hermano Esaú, como para tomar allí por esposa á una mujer de su linaje y de sus creencias. Despues de la vision de la misteriosa escala, que tuvo en los campos de Betel, llegó á un campo en donde tres hatos de ovejas descansaban junto á un pozo, esperando que se les diese de beber, y que se levantase la piedra que cerraba la boca del pozo. Informado Jacob por aquellos pastores de la buena salud de Laban hijo de Nachor, compareció en aquel mismo instante Raquel su hija con su rebaño, pues tal acostumbraban hacerlo en aquellos tiempos de sencillez las hijas de las mas ilustres familias.

Al ver Jacob á su parienta, y sabiendo que el ganado era de Laban, su tío, quitó la piedra que cubria el pozo, y el ganado se saturó de agua. En seguida el extranjero se dió á conocer, nombró á su madre, y levantando la voz, derramó lágrimas de ternura y de afeccion hácia su prima, y le dió un beso, segun la costumbre de saludarse que tenian los parientes mas cercanos. Jacob vió ya en Raquel su prima y su esposa, y un doble lazo de familia hizo ya saltar de gozo su corazon.



Corrió Raquel para avisar á su padre Laban, el cual vino en seguida al encuentro del hijo de su hermana, le estrechó en sus brazos, y colmándole de besos, le condujo á su casa, y luego que hubo oido de su boca el objeto de su viaje, le dijo con el vivo interés de la amistad: «Hueso mio eres, y carne mia,» recordando así su parentesco, y prometiendo á su sobrino socorro y proteccion. Entonces hablaba sola en Laban la voz de los sentimientos naturales. Entretanto cuidaba Jacob de los rebaños de su tio; y preguntándole este, qué recompensa queria por sus servicios, como Laban tenia dos hijas, Lia la mayor pero de ojos legañosos, y la otra Raquel, de una estremada belleza, contestóle Jacob: «Te serviré siete años para Raquel tu segunda hija;» pues en aquellos tiempos el hombre debia comprar la mujer, en vez de recibir dote por ella. Laban aceptó gustoso la propuesta de su sobrino, y le dijo, hablando de Raquel: «Mejor es dártela á tí que á otro alguno: quédate en mi casa.» Jacob, pues, por espacio de siete años para obtener á Raquel se sujetó á todos los trabajos y fatigas del servicio, y tanto era el afecto que á Raquel profesaba, que estos siete años le parecieron siete dias.

Cumplido el término del penoso trabajo y de continuos cuidados, pidió Jacob su recompensa. Laban dió muestras de acceder á su ruego, reunió á sus amigos y celebró el festin nupcial. Era costumbre de aquellos tiempos introducir á las recién casadas en el aposento del esposo, que se acostaba el primero, cuando era ya de noche, y cubiertas de rostro con un velo cuando se acercaban al lecho del esposo. Laban, pues, haciendo una sustitucion que no puede de modo alguno justificarse, introdujo á Lia en lugar de Raquel en el aposento de Jacob, despues de haberle dado una sierva llamada Zelfa. Este, cuyo corazon recto y sencillo estaba muy distante de presumir semejante perfidia, apasionado por Raquel, y viendo en todo al objeto de su amor, deslumbrado por todas las apariencias, y por el disimulo, silencio y artificio de Lia, que sin duda estaria muy bien prevenida por su padre, no conoció verosímilmente el engaño hasta la mañana. Laban y Lia eran altamente culpables. El carácter del primero es de un hombre duro, artificioso, falaz, idólatra esclusivo de sus intereses, buscando tan solo sacar con el engaño todo el partido posible del ciego pero sincero amor que Jacob á Raquel profesaba. Lia fué tambien delincuente, porque usurpó los derechos de su hermana, y burló las esperanzas del inocente Jacob. Penetrado éste de aquel dolor profundo y amargo que sentimos, cuando, burlados mañosamente en nuestra buena fe, se cortan de repente nuestras mas dulces esperanzas, reconviniendo á su suegro, le dijo: «¿Qué has hecho? ¿No te he servido yo por Raquel? ¿por qué así me has engañado?» A estas naturales y apasionadas preguntas contestó Laban con aquella calma cruel y pérfida con que el sórdido interés cree satisfacer con fútiles pretestos á las inculpaciones que le dirige la justicia ofendida, ó la burlada buena fe: «No es costumbre de este país el casar á las hijas mas jóvenes



antes que las mayores.» Si el pretesto era verdadero, alegarlo debía antes de toda promesa dada á Jacob; pero el pretesto era falso, porque el celebrar públicamente las bodas asaz manifestaba que en la opinion y en las costumbres del país, Raquel podia muy bien desposarse sin que Lia lo fuese. Pero lo que importa á los hombres codiciosos, no es el portarse con lealtad y franqueza, sino el llegar á su fin por cualquier medio que sea. Laban tuvo aun el atrevimiento de proponer á Jacob que tomase tambien á Raquel por esposa, sirviéndole á él otros siete años; y el bondadoso Jacob tuvo la condescendencia de consentir en ello á pesar de la burla que acababa de recibir. Llegó por fin el suspirado momento. Laban dió á Bela por sierva á Raquel. Jacob la tomó por esposa pasados siete dias de haber tomado la primera, y continuó en servir á su tio por el término convenido.

Raquel tenia una parte mucho mayor que su hermana en la afeccion de Jacob. Pero Dios, que dispensa á su arbitrio toda riqueza, y que se place muchas veces ya desde este mundo en sublimar en gloria á los que nosotros abajamos con el menosprecio, dió numerosos hijos á Lia, menos amada, y dejó á Raquel por largo tiempo estéril, la cual, en vista de su oprobio, pues por tal era considerada entonces la esterilidad, aunque de santas y puras costumbres, no supo resistir á la debilidad propia de su sexo, y cedió al sentimiento poco noble que la envidia á su hermana hizo nacer en su corazon. «Dáme hijos, dijo á su marido, y si no, me verás morir.» A tan indiscreta reconvencion no pudo Jacob quedar indiferente, y le respondió, no sin algun enfado: «¿Por ventura estoy yo en lugar de Dios, que te ha privado de tu fecundidad?» Sábia y oportuna respuesta, que increpaba á Raquel, enseñándole no solo que no debía dirigir á él sus quejas y sus súplicas, y sí al Señor de quien viene toda fecundidad, sino que, en vez de tener envidia á su hermana, debía humillarse delante del Señor para conseguir de su bondad el bien que deseaba.

Luego que vuelta en sí Raquel, reconoció su desvío por la reprension de Jacob, adoptó con su marido el mismo medio que Sara habia tomado con Abraham dándole á Agar su esclava. Este medio era lícito entonces, ya atendidos los designios de Dios sobre la naciente humanidad, ya atendido el noble objeto que se proponian los patriarcas en la multiplicacion de sus familias, muy distinto del voluptuoso placer que suele autorizar la poligamia en las muelles legislaciones de Oriente. Dióle, pues, Raquel á Bela por esposa de segundo orden, de la cual tuvo Jacob un hijo, al que puso su madre el nombre de Dan, y al otro Nephthali, nombres significativos que, como todos los demás puestos á los hijos de Jacob, indicaban las circunstancias particulares en que cada uno habia nacido. Lo propio practicó Lia, viendo que habia cesado de parir, con su sierva Zelfa.

Lia y las dos esclavas habian dado á Jacob diez hijos y una hija llamada Dina, cuando escuchó el Señor los ardientes votos de Raquel, y la hizo fecunda.



Logró pues el hijo que tanto deseaba, y le puso por nombre José, nombre de doble alusion en el dialecto hebreo; pues de una parte aquel hijo le quitaba el oprobio de su esterilidad, y por otra le añadía un nuevo título al afecto de su esposo; quedando aun ella con deseos de que se le añadiese otro hijo, espresando de este modo que esperaba de la generosa proteccion del cielo otro favor y otro júbilo semejantes á los que hacian latir entonces su corazon maternal.

Cuando nació José, catorce años habia que Jacob estaba en la Mesopotamia. Libre ya de compromiso alguno con su suegro, pensó en retirarse á la tierra de Canaan de donde habia venido. Dijo entonces á Laban: «Déjame volver á mi país y al lugar de mi nacimiento; dame mis mujeres y mis hijos por los cuales te he servido, pues quiero ya irme, y tú sabes bien cuáles han sido mis servicios para contigo.» Y respondióle Laban: «Halle yo gracia en tus ojos: conocido tengo por esperiencia que Dios me ha bendecido por tu causa; señala tú la recompensa que debo darte.» A semejante propuesta llena de sagacidad y de artificio, contestó el yerno: «Sabes bien de qué manera te he servido, y cuánto ha aumentado en mis manos tu hacienda. Poco tenias antes que yo viniese á tí, y ahora estás rico, porque el Señor te bendijo con mi venida. Razon es por lo tanto que algun dia mire yo tambien por mi casa.» Con todo, á vivas instancias de Laban, consintió Jacob en quedarse, haciendo entre los dos un trato para arreglar los provechos que á cada cual pudieran pervenir. Y quiso el cielo que, sin separarse de aquel trato, la mayor parte de las ganancias quedaron en favor de Jacob, bendiciendo de este modo sus trabajos y su industria; por lo cual Jacob, sin faltar un ápice á su fidelidad ni al cumplimiento de lo prometido, adquirió riquezas considerables.

Seis años habian transcurrido desde el nuevo pacto, y la prosperidad siempre creciente de Jacob despertó la envidia de los hijos de Laban, á quienes oyó un dia Jacob que entre sí decian: «Háse apoderado Jacob de todos los bienes que eran de nuestro padre; y enriquecido con su hacienda, se ha hecho un señor poderoso.» Descubió asimismo en las maneras y en el semblante de Laban señales inequívocas de frialdad y de desagrado. Confirmóle Dios en la resolucion de volverse al país de sus abuelos, prometiéndole toda proteccion y socorro. Envió pues á buscar á Raquel y á Lia, y las hizo venir al campo en donde apacentaba sus ganados. Allí les recordó el cambio que observaba en Laban con respecto á él, y que habia por tres veces trocado la paga ó remuneracion á sus servicios y modificado las cláusulas del pacto primitivo. «Así, añadió, Dios ha quitado sus bienes á vuestro padre para dármelos á mí... Y me ha dicho: Levántate, sal de esta tierra, y apresúrate á volver á la tierra en donde naciste.» Raquel y Lia no tenian mucho que agradecer á las atenciones que con ellas habia usado su padre, y no les quedaban para el porvenir esperanzas mas lisonjeras de lo que habia sido lo pasado, y así dijeron á una voz: «¿Tenemos acaso algo que esperar en



los bienes y herencia de la casa de nuestro padre? ¿Por ventura no nos ha mirado él como estrañas, y no nos ha vendido, y no se ha comido el precio de nuestra venta? Pero Dios ha tomado las riquezas de nuestro padre, y nos las ha dado á nosotras y á nuestros hijos, y así haz todo lo que Dios te ha ordenado.» Estos motivos de queja son ingenuos, pero lo que mas los ensalza es el sentimiento religioso de estas dos mujeres, y su confianza en la decision de Jacob. Este, pues, hizo subir sus mujeres y sus hijos sobre camellos, y llevó consigo todos los ganados y riquezas que habia acumulado en la Mesopotamia. Raquel por su partese llevó los ídolos que habia hurtado á su padre, aprovechando su ausencia, pues este habia ido al esquileo de los ganados. La partida se preparó y se verificó sin saberlo Laban, que se hallaba ausente, pues no quiso Jacob declarar á su suegro que se marchaba; pero como no era fácil que comitiva tan numerosa pudiese partir en secreto, Laban, que estaba distante tres jornadas, tuvo noticia despues de tres dias de la partida de su yerno, cuando la caravana habia pasado ya el Eufrates, y se adelantaba en la direccion de Occidente. Indignése Laban luego que supo la salida de Jacob; y reuniendo su familia y sus servidores, se puso en marcha para darle alcance; y despues de siete dias de camino bastante precipitado, logró alcanzarle realmente junto á una montaña, que tomó despues el nombre de Galaad, que se estiende desde el Líbano al Norte, hasta el término que poseia Sehon, rey de los amorreos, y que fué cedido posteriormente á la tribu de Ruben. Jacob habia levantado allí su tienda, y Laban levantó tambien la suya á corta distancia, con la idea sin duda de vengarse al dia siguiente. Pero durante la noche se le apareció Dios en sueños, y por sus amenazas le desvió de todo proyecto de venganza. «Guárdate, le dijo, de hablar con aspereza á Jacob.» Calmado Laban, fuése pacíficamente al fugitivo, y le dijo: «¿Por qué así te has portado conmigo, arrebatándome mis hijas sin darme parte, como si fuesen prisioneras de guerra? ¿por qué has querido huir sin yo saberlo y sin darme el menor aviso? Yo te hubiera acompañado con festivos cantares al son de panderos y de vihuelas. Ni siquiera me has permitido el dar un ósculo de despido á mis hijos é hijas. Neciamente has obrado. Bien es verdad que ahora está en mi mano darte el castigo que mereces, pero el Dios de vuestro padre me dijo ayer: Guárdate de proferir palabra alguna que pueda ofender á Jacob. No te echo en cara el deseo de volver á los tuyos y de regresar á la casa de tus padres; mas ¿á qué propósito el robarme mis ídolos?» Respondió Jacob: «El haberme marchado sin darte antes aviso ha sido porque temí que me quitases por fuerza tus hijas. En cuanto al robo de que me reconviene, cualquiera en cuyo poder hallares tus dioses, sea muerto á presencia de nuestros hermanos. Haz tus pesquisas, y todo lo que hallares de tus cosas en poder mio, llévatelo.» Cuando así hablaba Jacob, ignoraba que Raquel, no se sabe por qué, hubiese hurtado de la casa paterna algunos ídolos, especie de simulacros que figuraban los antepasados, ó tal vez



algunas falsas divinidades, lo cual ha dado margen á muchos intérpretes para creer que Laban mezclaba la idolatría con el culto del verdadero Dios. Es muy posible que Raquel se llevase aquellas imágenes, hechas tal vez de metal precioso, para indemnizarse así de las injusticias de su padre: ó ¿hubiera querido quizás por mas noble motivo quitarle los objetos de sus prácticas profanas y supersticiosas?

Pero sea de esto lo que fuere, tomó ella tales medidas que burló todas las investigaciones de Laban: sentóse sobre los ídolos, cuando su padre, despues de haber registrado en vano las tiendas de Jacob y de Lia y de las dos esclavas, entró á buscarlos en la tienda que ella habitaba, y se escusó de no poder levantarse á su presencia so pretesto de una indisposicion mujeril. Enojado entonces Jacob del ultraje que con tales sospechas acababa de recibir de su suegro, le dijo con acrimonia: «¿Por qué culpa mia ó por qué pecado mio, te has enardecido tanto en perseguirme hasta escudriñar todo mi equipaje? ¿y qué es lo que has hallado de todos los haberes de tu casa? Pónlo aquí á la vista de mis hermanos y de los tuyos, y sean ellos jueces entre nosotros dos. ¿Es esta la recompensa de veinte años pasados contigo? Tus ovejas y tus cabras no fueron estériles; no me he alimentado de los carneros de tu grey, ni nunca te mostré lo que las fieras habian arrebatado; yo resarcia todo el daño, y todo lo que faltaba por algun hurto, tú me lo exigias con rigor. Dia y noche andaba quemado por el calor y aterido por el hielo, el sueño huia de mis ojos. De esta suerte por espacio de veinte años te he servido en tu casa, catorce por tus hijas y seis por tus rebaños. Despues de esto, tú por diez veces me mudaste mi paga. Y si el Dios de mi padre Abraham, si aquel Dios á quien teme y adora Isaac no me hubiese asistido, tú quizás ahora me hubieras despachado desnudo. Dios ha mirado mi tribulacion y el trabajo de mis manos, y por esto ayer te reprendió.»

Nada habia que replicar á semejantes razones. Ablandóse Laban, y sintiéndose conmovidas las entrañas, dijo: «Mis hijas y mis nietos y cuanto ves en poder tuyo es cosa mia.» Como si dijera: me es tan caro como mis propios bienes. «¿Qué mal puedo hacer yo á mis hijas y á los hijos de estas? Ea pues, hagamos una alianza que sirva de testimonio de la armonía entre nosotros dos.» Muy satisfecho quedó Jacob de este desenlace. Él pues y los suyos reunieron una porcion de piedras y formaron un majano ó monton grande que termina en un plano, y comieron encima de él. Este majano, que venia á ser un pequeño cerro ó montecillo, estaba destinado á servir de límite entre las posesiones de ambos parientes, y nadie podia traspasarlo con miras de hostilidad. Era costumbre en los antiguos pueblos de levantar esta especie de monumentos para transmitir á la posteridad la memoria de los grandes hechos: los viajeros ilustres y los guerreros dejaban estas trazas ó vestigios de su paso ó de sus hazañas. A estos montones de piedras, mas ó menos informes, se daba un nombre que recordaba su natu-

raleza y su origen. Así Laban y Jacob llamaron á su monumento, majano ó cerro del testimonio, porque debia quedar como un mudo testigo de la fe jurada, y por esto fué llamado Galaad por los hebreos, que significa: Monton testigo. El contrato fué puesto bajo la garantía sagrada del Dios que temia Isaac, del Dios de Abrahan y de Nachor. Porque Isaac vivia aun, y por esto no se llamaba el Dios de Isaac, sino el temor de Isaac: *Menoch*. Las dos familias se reunieron para inmolar víctimas y comer juntos, en señal de alianza y amistad. A la mañana siguiente Laban se levantó antes de despuntar el dia, abrazó á sus hijos é hijas, les bendijo, y regresó á su lugar. Y despues de haberse retirado Laban, continuó Jacob su camino.

Tal es el personaje que mas figura en el cuadro campestre de Berghem, y cuyo carácter áspero, suspicaz y avariento supo representar en su actitud y en su fisonomía. Segun algunos espositores, Laban es aquí la imágen de los hijos del siglo, así como Jacob lo es del Hijo de Dios, cuya venida al mundo anunció su voz profética antes de morir.

Joaquin Roca y Cornet.



# SAVONAROLA.



(CUADRO DE GRANET.)

¿Veis ese religioso, rodeado en su celda de todos los trofeos del estudio y de la contemplacion, con la pluma en la mano y fijos sus ojos en el crucifijo, como si de él esperase las inspiraciones que va á vaciar sobre el papel? Pues el nombre de este cenobita resonó con eco fuerte durante el siglo xv, y se halla mezclado con las discordias políticas de Florencia y con las agitaciones religiosas de su época. Pero el tiempo ha dado ya algunos pasos: las generaciones han sucedido á otras generaciones; y si las desgracias de Savonarola, si el espantoso suplicio que puso fin á sus días, de nadie son ignorados, los pormenores de su vida pública y privada son generalmente poco conocidos. El abate Carle emprendió pocos años hace el escribir aquella vida calumniada, y la escribió con conciencia y talento. La historia de Fr. Jerónimo instruye é interesa á un mismo tiempo. Bien se desearia en algunos puntos mayor sencillez, un estilo mas sobrio, mas contenido, algo de menos entusiasta en la forma, pues el libro de M. Carle parécese á menudo mas bien á un panegírico que á una historia, lo cual se explica muy bien por el sentimiento de admiracion profunda que el autor ha tributado á su héroe. Pero nosotros, dejando de la narracion lo que pudiera parecer haber traspasado el límite de la impasibilidad histórica, consultando con las crónicas de la época y sin olvidar el espíritu de los contemporáneos, trazaremos á grandes rasgos, siguiendo al mismo autor, lo que juzguemos suficiente para delinear en breves páginas la figura del ilustre cenobita.

¿Fué Savonarola favorecido de revelaciones? ¿fué dado rasgar el velo de lo futuro y anunciar los secretos del porvenir? Hé aquí un punto que no quere-



Grand pinel

A.H. Payne et

*Savonarola.*



mos ahora discutir, ni tampoco es necesario para nuestro objeto. Lo que hay de cierto es que Savonarola juntó á eminentes virtudes una maravillosa elocuencia, y que si cometió algunas faltas, sus intenciones fueron siempre rectas y generosas; que deseó ardientemente el bien de Florencia, y con mas ardor aun el bien de la Iglesia, y que cuando murió fué con la muerte de los criminales, en una plaza pública, en medio de las vociferaciones de un populacho ingrato y furioso.

La familia de Savonarola era antigua y distinguida: nació en Ferrara el 21 de setiembre de 1452 y mostró luego las mas felices inclinaciones. Apenas salido de la infancia, siguió por voluntad de su padre las públicas escuelas en las que dominaba entonces la abstrusa ciencia de la escolástica. El espíritu grave y sério de Savonarola no tardó en fastidiarse y cansarse de aquellas disputas vanas é interminables; y el jóven discípulo no se creyó obligado á admitir ciegamente los oráculos de Aristóteles, soberano dominador de las universidades. Este fué su primer acto de independencia. Otro guia mucho mas seguro se le presentó desde luego. Savonarola estudió las obras de Santo Tomás de Aquino, y se sintió movido de la mas viva admiracion hácia este genio poderoso, tan justamente llamado el *Angel de las escuelas*. Desde entonces todos sus pensamientos se dirigieron constantemente hácia la Orden de Santo Domingo, é hizo resolucion de abandonar el mundo y de tomar el hábito de los Hermanos Predicadores. En 25 abril de 1475, dia de la fiesta de San Jorge patron de Ferrara, Savonarola dejó furtivamente la casa paterna, y obtuvo su admision en el gran convento de Dominicos de Bolonia, en donde se le conservó su nombre de Jerónimo. En el año de su noviciado, dice Carle, Savonarola mostróse como un gigante que quiere recorrer la carrera libre de toda traba. Emitió los tres solemnes votos, como un hombre muerto al mundo y á su siglo, que nada retuvo de las afecciones de su corazon.

No será inoportuno citar aquí algunos pasajes de una carta que Savonarola escribió á su padre despues de su llegada á Bolonia. «... Yo veia la virtud estinguída, derribada, pisoteada, y los vicios triunfantes. El huir de tan desgarrador espectáculo era la mas ardiente pasion que yo podia alimentar en este mundo; y así rogaba todos los dias á nuestro Señor Jesucristo que se dignara sacarme de aquel asqueroso fango, y de continuo hacia á Dios esta ferviente súplica: *Notam fac mihi viam in quâ ambulem, quia ad te levavi animam meam*. Y en efecto, cuando á Dios plugo, me la ha manifestado por su infinita misericordia. Teneis pues, mi muy querido padre, mas motivo de dar gracias á mi Señor Jesus que de llorar. Él os dió un hijo: vos le habeis asaz bien conservado hasta la edad de veinte y dos años, y no solo esto, sino que se ha dignado hacer de él su caballero militante... Sabed que era tan grande mi dolor, y tanto se desgarraba mi corazon en haber de alejarme de vos, que si os lo hubiese yo manifestado estoy en la conviccion de que antes de arrancarme de vuestro lado, mi corazon se hubiera



hecho pedazos y me hubiera forzado á cambiar mis ideas y mis propósitos; y así no estrañeis que no os haya hablado de ello una palabra. Verdad es que yo dejé algunos escritos detrás de los libros que están apoyados contra la ventana, los cuales os harán conocer mis acciones. Os ruego, amado padre mio, que pongais fin á vuestro llanto, y que no aumenteis la tristeza y el dolor que siento, no por lo que acabo de hacer, pues en verdad no retrocederia, aun cuando creyese llegar á ser mas grande que Augusto César, sino porque tambien soy de carne como vos mismo, y la sensualidad repugna á la razon... Solo me resta suplicaros, hombre de fortaleza, que consoleis á mi madre, á la cual y á vos os ruego que me deis vuestra bendicion, y yo rogaré siempre con fervor por vuestra alma.» Esta carta hace tanto honor á la sensibilidad de Savonarola como á la firmeza y al valor de su corazon magnánimo.

Savonarola pasó muchos años en el silencio del claustro, y estos años fueron dedicados á la práctica de las virtudes religiosas y á profundos estudios. Despues Fr. Jerónimo recibió de sus superiores la orden de predicar en la iglesia de S. Lorenzo de Florencia. Pero, ¡cosa estraña! léjos estuvo de realizar las esperanzas que se habian fundado sobre sus talentos oratorios. Si bien se hizo justicia á la estension de sus conocimientos, todos, dice Mr. Carle, quedaron desagradados de sus maneras poco cultivadas, de su voz ronca y precipitada, de sus gestos sin la menor gracia; y poco tardó en no contar mas que con un reducido número de oyentes, y hasta los historiadores no han olvidado el hablar de la grosería y de la miseria de los que se hicieron la violencia de asistir á sus predicaciones.

Lleno de humildad, Fr. Jerónimo llegó á persuadirse sinceramente que la predicacion no era el campo al que estaba él llamado á recoger mayores frutos. Sus superiores le enviaron á Lombardía para profesor de sus escuelas, y allí obtuvo brillantes resultados. Admiróse la escelencia de su doctrina, su poderosa dialéctica, su inteligencia verdaderamente maravillosa de las Santas Escrituras y de los Padres; sus lecciones seguidas con avidez formaron un gran número de discípulos eminentes tanto en santidad como en sabiduría.

Habiéndosele dado un nuevo destino, pasó Savonarola á Florencia al convento de San Marcos, en donde se encargó de la cátedra de teología, y su reputacion no tardó en salir de los límites del claustro. La admiracion pública fué al encuentro del modesto religioso, que en realidad no la buscaba, antes bien santificaba su vida por medio de la oracion, de las austeridades y de las maceraciones.

Fr. Jerónimo, á quien fué dado el encargo de predicar en Brescia, subió al púlpito otra vez en 1484 y produjo la mas viva sensacion. Despues de algunos años pasados en Lombardía, fué vuelto á llamar á Florencia, y aquí dejemos hablar á su historiador. «Sus co-hermanos de San Marcos le reci-



bieron con los transportes de la mas viva alegría y de la mas profunda estimación ; y desde luego le constituyeron por aclamación unánime su maestro en las ciencias y en las vías del Señor. Fué grande su sorpresa porque , mas aun que la primera vez , les dió las mas altas pruebas de su virtud y de su ciencia. Pero ¿ cuál debió ser la sorpresa y el asombro de los que , habiendo en los años precedentes lamentado sus maneras poco cultas , observaron una facundia llena de gracias oratorias , un gesto natural y oyeron una voz perfectamente modulada ? Cada cual quedaba sorprendido de la fuerza y de la energía de su raciocinio que insinuaba agradablemente en los corazones las verdades que se proponia anunciar. Creerian sin duda escuchar otro Demóstenes, despues que á copia de esfuerzos inauditos logró modular la flexibilidad de su voz antes balbuciente. La ciudad entera supo bien presto las maravillas que de Fr. Jerónimo se referian , y todos ansiaban asistir á las lecciones privadas que daba en su convento. Las salas de San Marcos se vieron luego llenas de gran número de personajes distinguidos que iban á escuchar al pobre fraile , y el sabio , y el filósofo , y el político quedaban absortos de admiración. Para satisfacer la pública avidez de oír á Fr. Jerónimo , muy pronto se hizo indispensable establecer las lecciones en el jardin del convento , en donde , desde la pequeña capilla situada en el centro, hablaba á sus oyentes , como desde lo alto de una cátedra. Mas á instancia de los mas notables ciudadanos de Florencia , y por orden de Fr. Domingo de Ferrara , prior del convento de San Marcos , consintió en dar sus lecciones en la iglesia. Por de pronto sintió cierta turbación , como si hubiese presentido lo que de aquello habia de venir ; con todo , despues de haberse recogido un poco, respondió : « Predicaré mañana en la iglesia, y continuaré así durante ocho años. » Estas palabras fueron pronunciadas en 1489 , y en 23 de mayo de 1498 fué sentenciado á muerte. En el siguiente domingo fué tan numerosa la multitud que se agolpó en San Marcos, que el P. Burlamachi, testigo ocular, refiere, que « muchos grandes personajes se vieron obligados para escuchar al elocuente Savonarola , á tenerse amarrados con las varas de hierro del coro. »

En aquella época fué cuando Savonarola empezó á hablar de los desastres que amenazaban á la Italia , y á hacer oír á su auditorio asombrado las palabras de *libertad* y de *derechos de los pueblos*, á tronar en fin contra la corrupción de las costumbres públicas y privadas , y contra los escándalos y los desórdenes que se habian introducido en la Iglesia , escándalos y desórdenes cuyo formidable castigo en estilo profético prenunciaba. Se conocerá fácilmente que tales discursos no eran propios para agrandar á todo el mundo , y que desde aquel momento Savonarola se hizo el blanco de secretos odios y enemistades que debian mas tarde estallar de una manera terrible.

Lorenzo de Médicis gobernaba entonces la república de Florencia , y todo se doblaba bajo el peso de su autoridad. Inquieto por el efecto que producía la pa-



labra arrastradora de Savonarola, quiso encadenar à su causa al elocuente religioso, ó bien moderar su celo por medio del temor: pero todo cuanto intentó con este doble objeto fué igualmente inútil: ofertas, promesas, amenazas de una severa represion, nada sedujo, nada intimidó à Savonarola. Sus trabajos apostólicos continuaron, y él fué à predicar la cuaresma de 1493 en Bolonia. Llegado el término de su permanencia en aquella ciudad, concluyó su último sermón con estas notables palabras: «Esta tarde con mi calabaza y mi baston tomaré el camino de Florencia, é iré à pernoctar en Pianora. Si alguno de mis oyentes desea algo de mí, que se dé prisa à venir antes de mi partida; pues que mi muerte no debe celebrarse en Bolonia sino en otra parte.»

Savonarola habia sido elegido prior del convento de San Marcos de Florencia. Conoció que allí habia necesidad de una reforma, y que él debia procurar reducir à su comunidad à los principios de la pobreza y de la humildad monásticas. No se ocultaba à Savonarola ninguna de las dificultades de tan piadoso designio; pero armado de fortaleza por su confianza en Dios, y bien penetrado de la utilidad de la obra que se proponia llevar à cabo, no era hombre para dejarse desalentar ni abatir. El mal provenia en gran parte de que, perteneciendo à diversos países los religiosos de San Marcos, acumulaban en la vida comun una inconveniente diversidad de costumbres y de habitudes. Savonarola escogió à dos hermanos igualmente recomendables por su piedad y por sus luces, y los envió à suplicar al papa Alejandro VI que permitiese à algunos conventos, singularmente al de San Marcos, erigirse en congregaciones de miembros nacionales à fin de seguir en su primitiva pureza las reglas y las observancias de Santo Domingo, dejando à la provincia de Lombardía los demás conventos de aquella orden. Antes de conseguir su proyecto tuvo que vencer Savonarola inmensos obstáculos. M. Carle refiere minuciosamente las negociaciones que duraron seis meses, y en las cuales tomaron parte el rey de Nápoles y muchos otros príncipes, que apoyaban las reclamaciones del provincial de Lombardía. Por su parte no faltaban à Savonarola apoyos y amigos poderosos, debiendo principalmente su buen éxito al cardenal Olivier Caraffa, protector entonces de la orden de Santo Domingo. Por fin, el breve de la separacion fué sellado por el papa, y enviado à Florencia.

Muy satisfecho Savonarola por este breve con tanta impaciencia esperado, puso inmediatamente manos à la obra; fijando alternativamente su atencion ya en la vida interior de los religiosos, ya en sus relaciones con lo exterior, ya en la naturaleza y direccion de sus estudios, y quedó todo arreglado con la mayor sabiduría y acierto. «Los frutos tan edificantes que producía la reforma de la Congregacion de San Marcos, dice M. Carle, no tardaron en escitar el celo de muchos conventos de la orden que entraron en deseos de añadir à su gloria la de imitar una vida tan santa y provechosa. El convento de Fiesole, el de Pisa,



el de Prato , el de Santa María del Sasso en el Casentino , el del Espíritu Santo de Sena se alistaron bajo las banderas del nuevo vicario general de la Congregación el P. Savonarola , el cual en el primer capítulo general , celebrado aquel mismo año en Florencia , había sido revestido de aquella dignidad por unánime consentimiento....» Añade el autor que el número de personas que quisieron también servir á Dios bajo el hábito de Santo Domingo llegó á ser tan considerable, que la comunidad de San Marcos se vió en la precisión de aumentarse , á cuyo efecto le concedió nuevos edificios la república de Florencia.

Entre tanto seguían su curso las predicaciones de Savonarola, y no cesaban de reunir un auditorio inmenso. En Brescia y en Florencia el ferviente predicador había dicho repetidas veces que «Dios tomaría un príncipe de mas allá de los montes, y le conduciría por la mano á Italia para castigarla.» En 1494 anunció con mas energía y mayor convicción aun las justicias de lo alto, hallando en los libros santos prodigiosas y terribles aplicaciones. Así por ejemplo, trazando un cuadro aterrador del diluvio, se le vió detenerse de repente, y arrojarse en medio de los sucesos presentes para esclamar: «Hombres justos, subid al arca!... Hé aquí, hé aquí el día de la venganza del Señor!» Fácil es concebir la impresión que producirían tales palabras. A este propósito cita M. Carle el siguiente pasaje del historiador Guicciardini, que no se muestra generalmente muy favorable á Savonarola: «Jerónimo Savonarola de Ferrara de la orden de Hermanos Predicadores, habiendo anunciado públicamente durante muchos años la palabra de Dios en Florencia, y juntando una grande reputación de santidad á una copiosa doctrina, se había granjeado de la mayor parte del pueblo el nombre de profeta y un crédito inmenso, porque, cuando aun no aparecía señal alguno en Italia, disfrutándose de una profunda paz y tranquilidad, él había predicho muchas veces en sus predicaciones la llegada á Italia de ejércitos extranjeros, formidables por su fuerza y por su número, que destruirían las murallas, aniquilarían los ejércitos, incendiarían las ciudades.....»

Los hombres corrompidos, cuyos vicios eran el oprobio de la corte romana, procuraron por todos los medios hacer á Savonarola sospechoso á Alejandro VI y no les costó mucho el conseguirlo. El primer pensamiento de este pontífice á quien la Providencia por sus insondables decretos había colocado en la cátedra de S. Pedro, fué el hacer publicar respuestas y refutaciones por ver si lograba neutralizar de este modo el influjo de Savonarola. Pero no tardaron en ser reconocidas las dificultades de semejante empresa, y se siguió otro camino. Creyóse poder ganar á Savonarola, y triunfar de su constancia con el atractivo de las promesas y de los favores. El P. Luis de Ferrara, dominico, fué enviado á Florencia con misión de reducir al prior de San Marcos á que cambiase de lenguaje y emplease términos mas generales y menos vivos en el ejercicio de su apostolado, multiplicando las instancias para determinarle, y en fin , como último medio, si



todo lo demás era inútil, de ofrecerle la púrpura romana. Savonarola fué inflexible: predicó en aquel mismo día, y nunca quizás se había levantado con tanta energía contra los vicios de su tiempo y la corrupcion de las costumbres, y al concluir exclamó: «No quiero otro capelo que el del martirio, enrojecido con mi propia sangre!.....» Cuando Alejandro VI supo el resultado de las gestiones practicadas con Savonarola, dijo que este hombre debía ser un gran servidor de Dios, y declaró que ni en bien ni en mal se le hablase mas de él en lo sucesivo. Dichoso este pontífice, si hubiese siempre persistido en esta su resolucion!

En el número de los enemigos de Savonarola debemos seguramente contar á Lorenzo de Médicis llamado el *Magnífico*, bien que á pesar de todo no podia dejar de estimar en él al celoso ministro de la religion. Durante su última enfermedad manifestó grandes deseos de ver á Savonarola, el cual se apresuró á pasar á verle. Refiere M. Carle, apoyado en los autores mas fidedignos, la corta conversacion que tuvo lugar entre aquellos dos personajes, y que algunos escritores han odiosamente desfigurado. Es el hecho, que habiendo Savonarola exigido de Lorenzo de Médicis, para el interés de su alma, que depusiese el poder que habia usurpado, Lorenzo se negó á escucharle mas.

Tocamos ya el momento en que Savonarola pasa á ser un personaje político. Las circunstancias eran á la sazón muy graves para la Italia. Carlos VIII rey de Francia avanzaba al frente de un ejército formidable. No entraremos ahora en los pormenores de esta espedicion, ni tampoco seguiremos á M. Carle en la narracion de los sucesos que pasaron en Florencia, sucesos de cuyas resultas Pedro de Médicis, débil sucesor de Lorenzo el Magnífico, se vió obligado, así como sus dos hermanos, á tomar la fuga. Baste el decir que en medio de tan terrible crisis, Savonarola empleó todo su ascendiente para mantener al pueblo tranquilo y ahorrar al país mayores desgracias.

El rey de Francia estaba en Pisa, y la señoría de Florencia le envió embajadores ó diputados, á cuyo frente puso á Savonarola. Este fué quien llevó la palabra, y su discurso, á la vez respetuoso y firme, inspiró ideas de moderacion y de blandura á Carlos VIII, el cual pocos dias despues hizo su entrada pacífica y triunfal en Florencia. Los sentimientos de clemencia que mostró un vencedor poco antes irritado é inexorable, fueron considerados como el feliz fruto de la mision del prior de San Marcos.

En muchas otras ocasiones los florentinos recurrieron á la elocuencia persuasiva de Savonarola y al crédito que ella le habia valido cerca de Carlos VIII.

Así sucedió, por ejemplo, cuando este príncipe, al parecer de resultas de vivos y repetidos disgustos, concibió la fatal idea de ordenar el saqueo de Florencia, ó á lo menos tal fué la voz que se esparció de esta terrible resolucion. Despairado el pueblo, rogó á Savonarola que interpusiese su mediacion; y el religioso pasó desde luego al palacio de Médicis en donde tenia el rey su alojamiento. Hé



aquí cómo refiere él mismo este hecho en uno de sus sermones: «Otra ocasion fuiste testigo, ó Florencia, de un memorable suceso. Era un dia de viernes cuando el rey de Francia se encontraba en la ciudad: ya te acordarás de los peligros que entonces corriste: yo me acuerdo tambien, y de ello fueron testigos mis religiosos, cuando les dije estando en la mesa: temo que una calamidad grande no affija hoy á este pueblo. Les propuse á todos que se pusieran en oracion hasta mi vuelta, porque yo queria ir á ver á Su Majestad el rey de Francia, como fui en efecto, y mis hermanos permanecieron prosternados en la iglesia hasta mi regreso. Cuando, llegado ya á la casa del rey, me detuve á la puerta, se me rechazó con estas palabras: «no se os permite la entrada, porque retardariais el brazo de aquellos que han jurado perder la ciudad.» No sé cómo anduvieron las cosas, pero es lo cierto que Dios lo tomó todo bajo su proteccion: se me rogó y se me introdujo inmediatamente delante de Su Majestad que estaba en pié en un aposento contiguo, rodeado de todos sus barones. En el número de los presentes se hallaron tambien algunos ciudadanos; y el rey me respondió con mucha benevolencia, y me confirmó todo lo que me habia prometido. Arreglado así todo, me salí, y las armas fueron depuestas. Tales prodigios, ó Florencia, fueron obrados por Dios y por medio de la oracion.....» M. Carle refiere tambien las palabras que Savonarola dirigió á Cárlos VIII teniendo en sus manos una pequeña cruz que llevaba siempre colgada del cuello: «A este, dijo, que crió el cielo y la tierra, y no á mí, es á quien se debe todo honor y gloria; á este, que es el Señor de los señores, que hace temblar el mundo y da la victoria á los príncipes segun su voluntad y su justicia. Él es el que castiga y dispersa á los reyes impíos é injustos. Así pues, él declara á vos y á todo vuestro ejército, que si no desistís de tanta crueldad renunciando á los proyectos que contra esta ciudad habeis formado, sucederá contra vos que tantos amigos, tantos servidores de Dios, tantas almas inocentes que de dia y de noche alaban la Majestad suprema, harán todos oír sus clamores delante del trono de Dios, que confundirá y arruinará vuestro ejército. ¿No sabeis que poco importa al Señor alcanzar la victoria con un número grande ó pequeño? ¿No os acordais de lo que hizo á Sennaquerib, el orgulloso rey de los asirios? Acordaos que Moisés por sus oraciones, Josué y todo el pueblo consiguieron la victoria sobre los enemigos. Así sucederá contra vos que por solo el orgullo apeteceis lo que no os pertenece. Básteos pues el poseer nuestros corazones. Abandonad vuestros proyectos, porque son crueles é impíos, porque se dirigen contra el inocente, y contra un pueblo que os es muy afecto.» El dia siguiente al en que Savonarola dirigió esta alocucion al rey de Francia, este concedió á los florentinos condiciones muy razonables, cuya observancia fué solemnemente jurada en la iglesia de Santa María *del Fiore*. Cárlos VIII dejó inmediatamente á Florencia.

Luego de partidas las tropas extranjeras, los florentinos se ocuparon en sus



negocios interiores y quisieron establecer un gobierno regular. Despues de muchas discusiones y querellas, Savonarola fué convidado, así como muchos religiosos de diferentes órdenes, á dar su dictámen, y creyó deber decidirse por la forma puramente democrática, que fué adoptada. Léjos estaba de presumir Savonarola que la constitucion establecida, siguiendo sus consejos, fuese perfecta; pero él la habia aconsejado porque le pareció la menos mala en relacion al estado presente de las cosas. Por lo demás en el púlpito sobre todo es donde Savonarola se sentia en su lugar. Predicaba la paz, la concordia, el olvido de las injurias, procuraba reconciliar á los ciudadanos los unos con los otros. En fin no cesaba de atacar el lujo, la molicie, el desarreglo de costumbres, y á su influencia poderosa deben atribuirse las leyes que prohibieron los juegos ruinosos, que fulminaron penas contra el libertinaje, etc.

La juventud de Florencia se citaba por el escándalo de sus diversiones durante el carnaval. Merced á los elocuentes esfuerzos del hijo de Domingo los desórdenes cesaron; y el dinero que esta bulliciosa juventud destinaba poco antes á placeres que ofendian el pudor, pasó á ser un instrumento de buenas obras: remitido á Savonarola fué empleado en la formacion de un monte de piedad, establecimiento que reclamaban y hacian necesario la dureza de los judíos y sus tráficos usurarios.

Si tantos servicios y tantos trabajos habian dado á Savonarola una inmensa popularidad, tenia al mismo tiempo numerosos y temibles enemigos. Tal vez habia alguna razon para inculparle el mezclar con demasiada frecuencia los negocios públicos en sus predicaciones; quizás tambien el ardor de su celo tomaba alguna vez las apariencias de una fogosa exageracion. Pero nada podrá justificar, y solo las pasiones humanas secundadas por un desgraciado concurso de circunstancias esplicarán el odio encarnizado que no cesó de perseguirle jamás hasta lograr su perdicion.

Savonarola tenia contra sí los partidarios de Médicis, muchos príncipes de Italia, especialmente el duque de Milan. Además él era un objeto de violenta antipatía para ciertos florentinos, que no podian perdonarle la reforma de las costumbres y que echaban menos la licencia de otros tiempos: todos estos hombres se afanaban en perjudicarle y en desacreditarle cuanto les era posible. ¡Cosa estraña! El prior de San Marcos hallaba tambien adversarios en muchos de los jefes mismos del gobierno que él habia contribuido á colocar. Y por fin, penoso es añadir que rivalidades de órdenes religiosas no fueron del todo estrañas á los infortunios de Savonarola.

Sus enemigos nada perdonaron para salir con su intento, y no tuvieron reparo en recurrir á las mas mentirosas acusaciones. El papa Alejandro VI fué artificiosamente engañado y prohibió á Savonarola el predicar; con todo, esta primera prohibicion fué revocada á instancias del gran consejo de la república



florentina. Mas no tardó Alejandro VI en fulminar nuevos decretos. Savonarola obedeció, y se hizo reemplazar en la sagrada cátedra por el P. Domingo de Pescia, amigo suyo, que gozaba tambien de la confianza del pueblo. Este religioso tuvo una gran parte en lo que se ha llamado los *autos de fe* de Savonarola, es decir, á la destruccion de los malos libros y otros objetos contrarios á las costumbres. Hé aquí lo que refiere un historiador (Jaime Nardi) citado por M. Carle: «..... Hacia aquella misma época Fr. Jerónimo se abstuvo de predicar para no irritar mas á sus enemigos y á sus perseguidores, y el P. Domingo de Pescia le reemplazó, como habia hecho alguna otra vez, predicando los dias de fiesta hasta la cuaresma con mucha devocion y con extraordinario celo. Y apenas puedo comprender cómo se hizo el lograr persuadir á toda la ciudad que se recogiesen en las casas los libros latinos é italianos contrarios á la honestidad y las pinturas de todo género de naturaleza provocativa y propios para hacer concebir culpables pensamientos. A este efecto dispuso que los niños fuesen á las casas de los vecinos de su distrito ó cuartel á pedir con toda dulzura y humildad el anatema, pues tal era el nombre con que se designaban los objetos lascivos é impúdicos, como siendo malditos de Dios y reprobados por los cánones de la Iglesia. Estos niños iban recorriendo casa por casa, y donde quiera lograsen recoger tales objetos, recitaban una cierta fórmula de devocion muy edificante en latin ó en italiano que el hermano les habia enseñado, y desde principios de adviento hasta la cuaresma recogieron una cantidad prodigiosa de estatuas indecentes y de ornatos lascivos, las obras de Bocaccio, y un número considerable de libros de sortilegios, de magia y de supersticion. Todos estos objetos fueron trasladados el dia del carnaval y fueron colocados sobre un tablado que se levantó en la plaza pública el dia anterior, y rodeado todo aquel grupo de materias inflamables..... Y en lugar de las mascaradas y de otros regocijos de carnaval, la reunion de aquellos niños de que acabamos de hablar, despues de haber oido por la mañana una misa de ángeles cantada con la mayor devocion y compostura en la catedral por disposicion del P. Domingo, y reunidos despues de medio dia todos aquellos jóvenes bajo la direccion de sus respectivos directores de cuartel, se dirigieron á la iglesia de San Marcos vestidos todos de blanco, ornada la cabeza con guirnaldas de olivo, llevando en la mano una pequeña cruz roja, y desde allí volvieron á la catedral en donde distribuyeron entre una numerosa porcion de pobres las considerables limosnas que habian recogido durante aquellos dias. Despues de lo cual se dirigieron hácia los grandes arcos y habitaciones de los señores y poderosos cantando con entusiasmo himnos sagrados. Entonces cuatro jefes de cuartel bajaron para poner fuego con teas encendidas al grande grupo de que hemos hablado, y así fueron pábulo de las llamas á son de trompeta tantos objetos impíos y profanos.» De aquí vendrá seguramente lo que dicen algunos biógrafos de Savonarola atribuyéndole la causa del precio escesivo y de la suma escasez de



los Decamerones , Dantes y Petrarcas , impresos en aquella época , suponiendo que él tambien los quemaba como libros impíos.

El sensualismo pagano era pues lo único que proscribía Savonarola , pues nadie mas que él amaba las bellas artes. La música era sobre todo el objeto de su predileccion , pero la queria digna de la inspiracion católica. M. Carle vindica al prior de San Marcos de la inculpacion de vandalismo y de barbarie que le han dirigido los historiadores.

La peste que se cebó en Florencia, y el hambre que la siguió despues, fueron para Savonarola nuevas ocasiones en que manifestar su caritativo desprendimiento y su valeroso espíritu de sacrificio. Predicaba entonces de vez en cuando, habiéndose ya levantado la prohibicion que le alejaba de la sagrada cátedra.

Pero presto debia estallar mucho mas estrepitosa y terrible la tempestad sobre el prior de San Marcos. Nos acercamos á la época en que el encono del irri-tado Alejandro VI llegó á su colmo , y en que Savonarola despues de haberse conformado al principio á las órdenes del Sumo Pontífice , se desvió de su obediencia. Por lo que á nosotros hace , faltos de datos suficientes para emitir un juicio decisivo, nos limitaremos á la relacion de los hechos. M. Carle toca de paso ciertas cuestiones que en nuestro concepto hubiera sido mejor no suscitar, en tanto mas en cuanto algunas de las ideas emitidas por el autor no resistirian tal vez la prueba de un severo exámen teológico. Y sea esto dicho sin atacar en lo mas mínimo las intenciones de M. Carle , sobre las cuales no puede caber la menor duda. Solícito en no dar lugar á la menor interpretacion, contraria á su pensamiento, M. Carle ha querido terminar su obra con la declaracion siguiente: «Desecho todas las opiniones que están ó desaprobadas ó condenadas por la Iglesia. Santo Tomás es mi único maestro, no porque fuese de la órden esclarecida del gran Domingo de Guzman, sino porque fué el que mejor conoció la doctrina de la Iglesia , el que mejor la sostuvo y la defendió con la profundidad de su genio casi divino , y mejor que ninguno supo dar el ejemplo de la obediencia y de la sumision. »

Exasperado Alejandro VI por una carta atribuida á Savonarola y que se pretendia haber sido dirigida al rey de Francia , carta cuya autenticidad no está probada de modo alguno, lanzó un breve contra el prior de San Marcos y sus religiosos. Este breve declaraba la reunion de la Congregacion de San Marcos sujeta á la provincia de Lombardía, y bajo las mas terribles amenazas mandaba á Savonarola y á sus hermanos que se sometiesen á la jurisdiccion del Provincial. Savonarola contestó al Papa por medio de respetuosas esplicaciones en las que se echa de ver una gran fuerza de raciocinio. Va siguiendo una por una y refuta las diversas acusaciones de que es objeto ; añade que si no ha pasado á Roma, como se lo habia ordenado el Papa , es porque sabia que sus encarnizados enemigos tenian el designio de hacerle perecer durante el viaje ; suplica al Sumo



Pontífice que considere todos los inconvenientes que consigo llevaria para la disciplina la reunion de la Congregacion de San Marcos á la provincia de Lombardia, y en fin, reasumiendo sus consideraciones, termina de este modo : « Despues de leidas estas razones, Vuestra Santidad no podrá dudar de la falsedad de todo cuanto ha querido insinuaros la perversidad humana, la cual se dirige principalmente contra mi vida. Mis enemigos desean por todos los medios que deje yo esta ciudad, no para que vaya á echarme á los piés de Vuestra Beatitud en donde podria fácilmente defenderme y justificarme sobre mis actos así como sobre los de todos mis subordinados, sino porque abrigan el proyecto de asesinarme en medio del camino. Vuestra Santidad, pues, por su benigna clemencia espero se dignará admitir mis excusas, y atribuir mi conducta, no á una desobediencia, sino á una prevision tan conforme con las reglas de la prudencia. Aguardaré que vos, padre y señor mio, tengais á bien dirigirme uná favorable respuesta y la gracia del perdon por los sinsabores y disgustos que yo haya podido ocasionaros y al presente os ocasione. Toda esta doctrina la hemos recibido de los predecesores de Vuestra Santidad y de los teólogos y canonistas..... y siempre que sea del agrado de Vuestra Santidad, dispuesto me hallo á probar todo cuanto acabo de insinuar en esta esposicion. Díguese Vuestra Santidad enviar á uno de sus confidentes, hombre justo y nada sospechoso, y quedará convencido de lo que digo por el testimonio de todo el pueblo. Mientras estoy aguardando, pronto estoy á corregirme á mí mismo delante de todo el pueblo y á retractarme públicamente si he adelantado algun error; y siempre y cuando Vuestra Santidad se digne advertirme y darme á conocer lo que debo retractar ó enmendar en mis escritos ó en mi conducta, dispuesto me hallo á practicarlo con el mayor gusto; y aun ahora y siempre, como no he cesado de declararlo y de escribirlo, yo, y todo cuanto he dicho ó escrito me someto y lo sujeto á la correccion de la Santa Romana Iglesia y á la de Vuestra Santidad, á cuyos piés mis hermanos y yo prosternados, imploramos la proteccion y el auxilio de Vuestra Beatitud. »

Estas humildes representaciones de Savonarola produjeron sin duda alguna impresion en el ánimo de Alejandro VI, pues el nuevo breve que á ellas siguió estaba concebido en términos mucho mas moderados. No obstante el Papa ordenaba á Savonarola que se abstuviese en adelante de la predicacion, ya fuese en público, ya en particular, á fin de que no se le acusase de tener asambleas secretas. Y se le ordenaba además que se presentase ante el Sumo Pontífice, tan luego como pudiese hacerlo sin comprometer su seguridad personal y sin tener necesidad de escolta.

Savonarola se encerró en el silencio de su retiro, y exhortó á sus hermanos á la mas completa sumision. Pero las facciones políticas que dividian el país, perpetuaban en él la agitacion y la zozobra: espantados por el estado inquieto de los ánimos y temiendo nuevos disturbios, conjuraron los magistrados con la ma-



yor urgencia á Fr. Jerónimo que volviese á tomar el curso de sus predicaciones. Y como advierte M. Carle , no podian faltar razones á la obediencia católica de Savonarola para oponerse á lo que con tanta instancia le pedian los magistrados. Por lo cual , despues de algunos dias de reflexion , creyó poder consentir en predicar.

Habiendo Alejandro VI escomulgado solemnemente á Savonarola , volvió á retirarse este al fondo de su claustro para humillarse delante de Dios. Pero las mismas instancias que le habian hecho salir de él una vez , se renovaron , y consiguieron todavía triunfar de su resistencia. Mas aquí conviene manifestar que así antes como despues de su escomunión Savonarola nunca cesó de protestar de su devoción filial hácia la Iglesia , de su adhesión y de su respeto por la cátedra de San Pedro. Los que han querido ver en él una especie de precursor de Lutero se han lastimosamente engañado , calumniando de este modo su memoria. En ningun momento de su vida el sacrílego pensamiento de un cisma ó de una separación entró en la cabeza ni mancilló el corazón de Fr. Jerónimo.

Ya se deja conocer el partido que los enemigos declarados de Savonarola sacarian del breve de escomunión : su encarnizamiento no conoció límites , y se señaló por numerosos actos de violencia. M. Carle traza el cuadro de las querrelas intestinas que desgarraron á Florencia en aquella época malhadada; hubiérase dicho que se hallaban frente á frente dos ejércitos enemigos. Despues de muchos acontecimientos cuyo relato nos llevaria demasiado lejos , estalló una conmoción furiosa. De repente la muchedumbre alborotada , y dando gritos de muerte , se arrastra hasta el convento de San Marcos , y le ataca ferozmente. La autoridad forceja en vano para mantener la tranquilidad pública : el tumulto se engruesa á cada instante , cométense odiosos escesos y crímenes ; despues de una noche de espantosos desórdenes , Savonarola , dos de sus religiosos y muchas otras personas de distinción son arrestadas : los tres dominicos son conducidos ante el Senado , el cual ordena que sean encerrados en prisiones separadas. Nómbrase despues un consejo de diez y seis ciudadanos con la misión de juzgar á los acusados y empieza á instruirse el proceso.

Nos abstendremos de referir los diversos incidentes de este proceso , conducido por la pasión y la prevención , en el cual hicieron un gran papel los tormentos , y cuyo éxito deplorable era ya conocido de antemano. Limitémonos á decir que se pronunció un fallo terrible..... El 23 de mayo de 1498 vióse levantado un triple patíbulo sobre una hoguera en una de las plazas de Florencia. En ellos se vieron subir llenos de valor , de resignación y de fe , despues de haber recibido todos los consuelos de la religión , Jerónimo Savonarola , el P. Silvestre Maruffi , y el P. Domingo de Pescia. Savonarola fué el último entregado á los verdugos. Apenas una que otra voz amiga hizo oír simpáticas palabras. Este mismo pueblo que le habia tanto exaltado , que le habia colmado de tantas



bendiciones , aplaude ahora su suplicio ! Lo mismo ha sucedido siempre desde que cambió tan presto sus clamores el pueblo de Jerusalem !

Otro biógrafo de Savonarola refiere á este propósito un incidente notable. Despues de haber indicado que pasó á establecerse en Florencia , donde la política y la supersticion le hicieron alternativamente un hombre de estado y una víctima ; que la energía de su elocuencia dirigida contra el despotismo de Lorenzo de Médicis le rodeó de numerosos oyentes , á los que predijo entre otras cosas una nueva era de libertad ; y que en efecto , muerto Médicis , constituyó Savonarola la república de la manera que habia manifestado ; que toda Florencia se declaró á su favor y aun le defendió contra Alejandro VI cuya conducta habia censurado , pero que su poder le concilió la enemistad de todos los partidarios de los Médicis y la envidia de todos los poderosos , añade : « Atacáronle sobre la doctrina de sus sermones ; y para probar que era un impostor y manifestar la justicia de la excomunion espedida contra él por el Papa , ofreció cierto religioso salir ileso de una hoguera ardiente , bajo condicion que tambien fuese echado á ella el hermano Jerónimo. El desafío de un milagro al principio no dió que temer á nadie , y no faltaron fanáticos que se ofrecieron para sufrir la prueba en lugar de los litigantes ; de modo que al fin el hermano Domingo , dominico , y el hermano Rondinello , franciscano , obtuvieron el honor del sacrificio , considerándolo como un efecto de la caridad cristiana. Ya estaba preparado todo en la plaza mayor del palacio , y las llamas despedian un resplandor siniestro , cuando sobrevino una lluvia abundante que alejó á las víctimas y á los numerosos espectadores. Al dia siguiente fué cuando los enemigos de Savonarola forzaron las puertas del convento de San Marcos , de que era prior , y el gobierno se vió precisado á decretar su arresto. Fueron enviados dos jueces de Roma para juzgarle , y habiéndole sentenciado á muerte con dos de sus discipulos , fueron quemados los tres en 23 de mayo de 1498 y sufrieron la muerte con mucho valor. »

Así finió Savonarola , á la edad de cuarenta y cinco años y ocho meses. Aunque su sentencia de muerte fuese basada en el crimen de herejía , Alejandro VI dejó publicar sus obras sin prévia censura. Su *Triumphus Crucis* , edicion en folio , se habia publicado en Florencia seis años antes de su muerte. Posteriormente bajo los reinados de Julio II , Leon X , Paulo III y Julio III se solicitó la condenacion de la doctrina de Savonarola , pero siempre inútilmente. « El cardenal Caraffa , prevenido y contrario á Savonarola , dice M. Carle , despues de haber subido al trono pontificio bajo el nombre de Paulo IV , estableció una nueva congregacion encargada de examinar con todo rigor y minuciosamente los escritos del P. Jerónimo. Despues de largas discusiones , su doctrina fué juzgada por ortodoxa y absolutamente intachable ; y si se continuó en el *Index* del concilio de Trento el *Diálogo de la verdad profética* y algunos sermones , fué,



dice el P. Neri , uno de los miembros de aquella congregacion , para impedir su lectura á los hombres sencillos , que hubieran podido escandalizarse de la grande corrupcion de que se acusa á la Iglesia romana durante aquella desgraciada época. Refiérese en la vida de San Felipe de Neri , hombre el mas santo de su siglo , que el dia en que Paulo IV debia espedir el decreto de aprobacion de la doctrina de Savonarola , estaba rogando en la iglesia de la Minerva en Roma por el feliz resultado de aquella causa , y que en el momento en que el Vicario de Jesucristo firmaba el decreto , se puso á exclamar ; *Victoria ! victoria ! oídos han sido nuestros ruegos !* Una declaracion tal vez mas solemne fué dada en los reinados de Benedicto XIII y de Clemente XII durante el proceso de la canonizacion de Santa Catalina de Ricci , la cual durante su vida habia tenido tanta veneracion á la santidad del P. Savonarola , que afirmó haber sido curada milagrosamente por él en una grave enfermedad.

Además de estos sermones , Savonarola habia dejado muchos escritos. En cuanto á obras místicas ó dogmáticas habia dado la de que hemos hablado *El triunfo de la Cruz*, que reunido á sus escritos ascéticos forman una coleccion de seis tomos , en 12, Leyden 1633. Habia dado tambien un Diálogo ó Comentario sobre la *Verdad profética* , un tratado de la *Sencillez de la Vida cristiana*. Era asimismo autor de dos libros políticos , el uno titulado *De regimine principum*, y el otro en italiano , llevando por título : *De reggimento e governo degli stati e specialmente sopra il governo della città de Firenze , composto ad istanza degli eccelsi signori al tempo di Giuliano Salviati gonfaloniere di giustizia*.

Encontramos en la *Palma fidei S. Ordinis Prædicatorum* (scriptore F. Petro Malpæo) una brillante apología de Savonarola , apología que termina la relacion detallada de numerosos milagros atribuidos por la opinion pública á la intercesion del religioso de San Marcos. La misma obra contiene un curioso documento que M. Carle ha procurado no olvidar. Es una carta de S. Francisco de Paula escrita cuatro años solamente antes de entrar en religion Fr. Jerónimo , y en la cual el piadoso solitario de la Calabria rinde homenaje á los méritos de Savonarola , y sobre todo , predice sus trabajos , sus pruebas y todas las circunstancias de su muerte. Citaremos algunos pasajes , segun la version latina de *Palma fidei*, que transcribiremos por su bello lenguaje , y que traduciremos despues para mayor inteligencia de todos. « Eximius iste vir , in quo sincera pietas animi cum eloquendi viribus paria facit , rem ecclesiasticam in cœnobiis aliquot sui ordinis labentem , severiori lege coercebit. Libros stylo non minus aureo quam doctrina insignes in publicum emittet. Florentiæ concionatorem aget præstantissimum , ad quem audiendum homines catervatim confluent..... ; non deerunt factiosi , qui innocentiae laqueos intendant , et inculpatam famam verbis ignominiosis petulantissime proscindant. Quamobrem majestatis apud pontificem accusatus ab adversariis , per summum scelus tradetur in carcerem , et falso juratis testibus , ex-



tremo afficietur supplicio : suspensus trabe , medius inter duos sodales , Christi exemplo, animam efflabit; deinde comburetur....» «Este varon insigne en el cual correrán parejas la piedad de un espíritu sincero y el vigor de la elocuencia, corregirá con la severidad de su regla la disciplina eclesiástica algo relajada en algunos conventos de su orden. Dará á luz libros no menos cultos por la belleza del estilo que nutridos por su doctrina. Será un orador excelente de Florencia en torno del cual el pueblo se agolpará para oírle..... no faltarán hombres de partido que pondrán lazos á su inocencia , y que procurarán mancillar con palabras de petulancia é ignominia el terso cristal de su reputacion. Por lo que, acusado ante la majestad del pontífice por sus adversarios, por la mas negra maldad, será encarcelado , y mediando testigos perjuros, será condenado al último suplicio, colgado de una viga, en medio de dos compañeros, á ejemplo de Cristo, exhalará su espíritu ; despues será quemado. »

Esta carta profética de S. Francisco de Paula, segun nos asegura M. Carle, perteneció por largo tiempo al convento de Santa Cecilia mas allá del Tiber, y pasó despues á manos de la familia Chigi de Sena.

M. Carle ocupa un distinguido lugar entre los mas decididos defensores de Fr. Jerónimo Savonarola. Su pluma está guiada por la mas ardiente y sincera conviccion, y esta conviccion presta á su estilo mucho calor y movimiento. Nosotros hemos creído que nadie mejor que él podia trazarnos la figura de aquel célebre personaje que el espíritu de faccion ó de bando ha presentado bajo tan diversos aspectos, y cuya época turbulenta tiene en Italia tantos puntos de contacto con la presente.

Joaquín Roca y Cornet.

---

## UNOS MUCHACHOS COMIENDO FRUTOS.

(CUADRO DE MURILLO.)

Todo en este pícaro mundo es relativo; es decir, que todo tiene su mejor y su peor. Nadie v. g. es rico, y por la misma razón nadie tampoco es pobre. ¿Qué se entiende, con efecto, por bueno y por malo, por conveniente y no conveniente? ¿Qué cantidad se necesita poseer para que le llamen rico á su dueño? ¿Cuánto se necesita deber para que á un pobre diablo se le conceda tratamiento de pobreza, no por un tribunal, sino por la sociedad? Este es el problema difícil de resolver.

Antiguamente el hombre que viviendo de rentas propias ó siendo contribuyente por subsidio industrial, vivía de lo suyo, compraba al contado, y al cabo del año ahorraba para ir constituyendo un dote de seis ú ocho mil libras á sus tres hijas cuando llegaba el caso de tomar estado honesto, era conceptuado rico, y podía pedir patente de riqueza á sus conciudadanos, que le miraban con el respeto debido á un hombre de *suposición*.

En nuestros felices tiempos ha cambiado grandemente la costumbre. Diez ó doce mil duros de capital, mil ó dos mil libras de renta, son cosa que, al decir de las gentes, se encuentra á la vuelta de cada esquina, aunque sea dicho en obsequio á la verdad, yo he dado vueltas á muchas esquinas y nunca he encontrado otras libras que muchas de adoquines para empedrar las calles.

¿Es una riqueza la de D. Fulano que tiene cien mil reales de renta? No tal, puesto que D. Mengano tiene doscientos mil en fincas urbanas, que no pagan censo ni hacen *males* de ninguna especie. ¿Llamaremos, pues, rico á este don Mengano? ¡Qué ha de ser rico!.... ¿Qué suponen sus diez mil duros de renta,



GE DE MUNICH. P 5 5



Martin 1807

A. H. Payne del.

*Garçons mangeants des Fruits.  
Boys eating Fruit. Essende Knaben.*

INSTITUTO  
DEL TEATRO  
Biblioteca



cuando el banquero D. Zutano hizo el año último un balance de su casa que arrojaba un beneficio de veinte mil? ¿Y quién es ese D. Zutano al lado del contratista de ferro carriles ú otras obras públicas Sr. de tal ó de cual, que en tres negocios terminados en cuatro dias ha realizado millon y medio de pesos?

De suerte es, carísimos lectores, que nadie propiamente es rico en este mundo, por la muy sencilla razon de que hay una pésima costumbre que nos inclina á mirar siempre hácia arriba en lugar de mirar lo que existe hácia abajo. El hombre hace el viaje de la muerte á escape : ve lo que tiene delante y nunca lo que deja hácia atrás : esto depende de que tiene los ojos mal colocados; en vez de tenerlos debajo de la frente debieran habérselos clavado en el cogote.

¿Podemos, no obstante, deducir de esto que todos los hombres son pobres, puesto que ninguno es rico?... Otro absurdo. ¿Quién es pobre? ¿Lo es la infeliz viuda que tiene de alimentar á sus hijos con el trabajo de sus manos y el sudor de su frente? Bien parece que sí, pero si á esa mujer, que vive porque trabaja, la llamamos pobre ¿qué será de aquella que no tiene trabajo de que vivir? Si es pobre la viuda con dos hijos ¿dónde dejaremos á la viuda con cuatro?

¿Es pobre el que nada tiene? ¿Qué será entonces del que nada tiene y mucho debe?

¿Es pobre el que mucho debe? ¿Cómo llamaremos al que ni aun siquiera encuentra quien le preste?

Lo repetimos; en este mundo todo es relativo; nadie es absolutamente feliz, y nadie es absolutamente desgraciado. El que mucho tiene, puede y quiere tener mas; el que tiene poco, puede y teme tener menos.

Contemplando el cuadro de Murillo que acompaña á este artículo, la primera impresion no puede ser casi mas desagradable. Los dos protagonistas revelan miseria bajo todos sus aspectos, y de ellos puede asegurarse sin temor, que los manjares que llevan á la boca son la comida habitual de los dias en que comen, que no son todos probablemente. En cuanto á su traje estamos indecisos entre la opinion que dice que un vestido cubre las carnes y la que pudiera decir que las descubre; y por lo tocante á sus propiedades es regular que se limiten al cesto en que conducen los frutos tentadores de su gula, cuyas propiedades es muy fácil que desaparezcan sin necesidad de desamortizacion ni pleitos, que hartamente pleiteable es la existencia del tal utensilio.

Y bien ¿puede nadie dar completo crédito al testimonio de sus sentidos en el asunto del cuadro de Murillo? ¿Habrà quien afirme que ese par de alhajas son pobres ó desgraciados? Necio fuera por demás quien tal dijese : uno y otro muchacho tienen cuanto necesitan; si un alma crédulamente caritativa les sentara á una mesa cubierta de sopa á la *julien*, pasteles de ostras, bizcochos de *chantilli*, ensalada *mayonesa*, ú otras alambicaciones del arte culinario depurado en el criterio de un cocinero filósofo; se les vendrian ascos á la boca y se reirian de los es-



túpidos convidados que prefirieran tales *porquerías* á una rebanada de pan negro bien untado con ajos, ó á un rancho de pimientos aderezados con aceite que no consumiria un farol de establo. Si tienen, pues, lo que apetecen ¿qué mas necesitan ?

Otro tanto pudiéramos decir de su vestimenta. Cualquiera que quisiese practicar el precepto evangélico que ordena dar de vestir al desnudo, conduciria v. g. á nuestros muchachos á un bien provisto bazar, donde verificarian con ellos una trasformacion digna de una comedia de magia. Cesaria la desnudez, desaparecerian los harapos, hasta el peluquero á fuerza de peine, pomadas, hierros y cosméticos conseguiria domar aquellos cabellos, bosque espeso y abundantemente provisto de caza de mala ley. ¿Y qué tendríamos conseguido con eso? Hacer de dos criaturas humanas dos fachas indefinibles en todas las razas provistas de movimiento. El pié calzado con charolados borceguíes se negaria á servir para andar, la mano cubierta de suaves guantes se obstinaria en una tension de piedra, el cuerpo oprimido debajo de un traje á la moda perderia su elasticidad, su gracia, aquella especie de soltura que revela la vida de la juventud, que como la esbelta palmera se inclina lánguidamente á impulsos del viento de las pasiones.

Dad además dinero á esos muchachos, encerradlos en una de esas jaulas doradas que se llaman casas, enclavadas en el agostado jardin titulado ciudad. ¡Ay! ¡cuántas veces volverán sus ojos á la pradera donde triscaban felices cuando eran pobres, cuando únicamente tenian algunos harapos para cubrir su desnudez, algunos frutos para acallar su hambre! Pero en cambio el sol bañaba su tostado rostro sin enardecer su sangre y sin producirles congestiones; las rocas y los terrones ensangrentaban sus piés sin causarles dolor, la tempestad se desencadenaba sobre sus frentes sin que arroyos ni rios, lluvia ni granizo, detuvieran su marcha ó quebrantasen su salud.

Cuando se tiene una gran fortuna se come en vajilla de Sevres, se bebe en copas de Venecia, se parodia la luz del sol por medio de bujías aromatizadas, y hasta se convierten los comedores en jardines merced á unos cuantos polvitos de cal arrojados en la corola de algunas flores que van muriendo envenenadas á la vista de los convidados, que tambien á su modo se envenenan, sin apercibirse de ello por desgracia. Todo esto es cierto, pero todo esto no constituye, ni con mucho, la felicidad.

Ved por al contrario nuestros dos muchachos de Murillo. El dia de ayer desapareció por completo de su memoria, el de mañana no tiene aun temores. ¿Qué les falta á esos muchachos para que sean completamente felices? Dejadles con su vírgen libertad: el árbol que se cria en el centro de los bosques es mucho mas pomposo que esas raquílicas vegetaciones de invernáculo que parecen los seres tísicos de la naturaleza vegetal.

¿De qué don quereis hacer gracia á esos dos muchachos que están celebrando el opíparo banquete de los frutos sazonados de la tierra, humedecidos aun por el rocío matutino?

¡Oh! sí, un don puede proporcionárseles, un servicio inapreciable puede hacerseles. Detrás de esa frente que nada espresa, que nada dice, ni mas ni menos que una losa de mármol encima de la cual no se ha escrito aun el epitafio, existe la inteligencia de esos muchachos, que vaga perdida en las tinieblas de la ignorancia. Iluminar esa inteligencia, hé aquí el beneficio que puede hacerse á los dos niños. ¿Quién sabe lo que seria de ellos si el sol de la verdad científica viniera á calentar sus frentes heladas por el descuido ó la falta de medios de sus padres? ¿Quién sabe lo que guarda el porvenir al hombre al parecer mas indiferente de la naturaleza? El gran Sixto V custodió ganados en su niñez, y á la educacion de unos buenos religiosos debió ceñir un dia la triple diadema con que deslumbró á sus contemporáneos. Fácil es, no cabe duda, que algun dia Sixto V, en aquellos tiempos en que para él no existia mas mundo que los bosques á donde llevaba á pacer sus cerdos, se juntase con algun otro pastor de su misma edad y juntos representasen alguna escena parecida á la que nos ha transmitido el gran Murillo. Sin embargo, el pequeño guardador de cerdos fué con el tiempo uno de los mas grandes sucesores de san Pedro.

Esta maravilla fué obrada por el primer libro que cayó en manos del pastor, por la primera chispa luminosa que desterró las tinieblas que ocultaban á los ojos de un ser humilde la tiara que descendió un dia á posarse sobre la frente del varon fuerte, del varon justo, del varon sabio.

La merced de la instruccion es la mayor que puede hacerse al hombre : hay frutos mas sazonados que los comidos por los niños de Murillo.

Por esto la religion cristiana ha escrito que una de las obras de misericordia, tan santa y tan útil como el *dar de comer al hambriento y de beber al que tiene sed*, es ENSEÑAR AL QUE NO SABE!

Manuel Angelon.



## EL PINTOR EN LA CÁRCEL.

( CUADRO DE GRANET. )

Es de todo punto incuestionable, aun para los hombres mas superficiales y mas estraños á las dulces emociones de la estética, la influencia que en determinadas circunstancias ejerce la pintura en el ánimo de los que son, por decirlo así, meros espectadores de las sublimes concepciones del arte. Representacion visible del pensamiento, con mas suavidad de formas que la escultura, severa por su índole, tiene la pintura cierto misterioso atractivo, cierta dulcedumbre que, identificándonos con el pensamiento del artista, parece que nos arrastra sin quererlo, sin imaginarlo siquiera, á participar de sus sentimientos y saborear el regalado néctar que los grandes ingenios derraman copiosamente sobre sus mas bellas inspiraciones. Ora hablándonos á la imaginacion, ora al entendimiento, ora escitando nuestros sentidos, ora elevando nuestro espíritu, ora sumergiendolo á nuestra alma en religiosa contemplacion y místico recogimiento, ora embriagándonos en la aromosa atmósfera de un sentimiento de placer, de una pasion sentida por nosotros y traducida fielmente por el artista, ello es lo cierto que todos pagamos á este sublime arte, de una manera mas ó menos ostensible, un tributo de admiracion. Ved sino al tierno infante entreabriendo sus delicados labios para dar paso á una angelical sonrisa, á la simple exhibicion de una estampita, cualquiera que sea: es verdad que su inteligencia vírgen no acierta á discernir la belleza de formas ó la delicadeza de pensamiento que por acaso contenga el asunto que tiene ante sus ojos; quizá la viveza y no la armonía de los colores sea tan solo lo que hiera agradablemente su infantil imaginacion, pero es tambien indudable que los niños tienen una marcada predileccion por las imágenes



Grandes p. 41

W. French. sc.

*Le peintre en prison.*

*The Painter in Prison. Der Maler in Gefängniss.*

*Malarz w więzieniu.*

INSTITUTO  
DEL TEATRO  
Biblioteca



y paisajes, que les sugieren inocentes comentarios, siendo no pocas veces la piedra de toque de sus benévolos sentimientos. Ved á ese curtido veterano estremecido de entusiasmo ante un cuadro que representa una batalla que le hace recordar con placer y con orgullo toda una vida pasada entre el fragor de los combates y las indescriptibles emociones de los campamentos. Ved á ese anciano venerable sobre cuya frente, orlada por una diadema de nieve, se refleja la tranquilidad de espíritu de que solo le es dado gozar al varon justo, vedle sollozante y acongojado ante el majestuoso y admirable grupo que se destaca primorosamente en ese lienzo; es la Virgen entre las vírgenes, es la Madre atribulada que encuentra al Hijo de sus entrañas sudoriento y ensangrentado, macerado el cuerpo por los atroces tormentos de empedernidos sayones, mientras camina hácia el Gólgota arrastrando fatigosamente el sagrado leño en que va á consumarse la mayor de las iniquidades y el mas sublime de los misterios de nuestra santa Redencion. Y es que la pintura tiene un lenguaje especial para el niño y para el anciano, para el guerrero y para el sacerdote, para el hombre experimentado y el hombre sensual.

¿Quién, por ejemplo, que no tenga petrificado el corazon, puede permanecer impassible ante una de esas celebradas Vírgenes de Murillo sin experimentar cierto sentimiento vago, indefinible, que le aparta de lo terrenal? ¿quién al contemplar la esplendidez del genio que brilla en toda su pujanza en esa imágen de pureza y de ternura, no se siente como impelido por una fuerza superior, irresistible, que le obliga á postrarse de hinojos murmurando instintivamente una plegaria?

El asunto de la lámina que nos ha sugerido las antecedentes observaciones, admirablemente desarrollado por Granet, nos evidencia hasta qué punto puede la pintura en determinadas circunstancias obrar una revolucion en el ánimo de ciertos individuos. Felizmente el cuadro de Granet no fué un mero capricho del artista, sino la realizacion de un hecho que tuvo lugar en una de las cárceles de Alemania y que vamos á reproducir ligeramente á nuestros lectores.

Érase un antiquísimo castillo de gigantescas proporciones, inmensa mole granítica de una raza ciclópea, que habia resistido los embates de cien generaciones: un dia habia visto sus formidables torreones y almenaras coronados de indómitos guerreros; el estrépito de las armas habia resonado en sus espaciosas bóvedas, y cien invictos caudillos habian oprimido con su planta el pavimento de mármol de sus espaciosos salones. En la época á que hace referencia nuestra narracion, ya no era el teatro de sangrientas refriegas, ni era la suntuosa mansion de testas coronadas y despóticos señores feudales, ni en sus cuadras piafaban soberbios alazanes, ni eran guerreros de ferradas mazas los que custodiaban sus entradas. En vez de bruñidos cascos y aceradas corazas, se veia relucir en sus muros alguna que otra bayoneta; sus puentes levadizos ya no se alzaban



para dar paso á las devastadoras huestes del vencedor, sino para servir de losa á los réprobos que la sociedad lanzaba de su seno : ni se oía otro ruido en las altas horas de la noche que la monótona voz de alerta del centinela , ni reinaba durante el dia otro rumor que el lúgubre alarido de algun infeliz víctima de sus extravíos, ó el estridente sonido de las pesadas llaves de un alcaide desapiadado y tan impasible como las enormes baldosas del edificio. El castillo se hallaba convertido en cárcel.

En uno de los aposentos inferiores del castillo hallábanse por acaso agrupados varios personajes mas ó menos notables en la jerarquía criminal. Algunos de ellos, salteadores de profesion, aguardaban con estoica imbecilidad la estincion de su condena sin que el mas leve indicio del arrepentimiento viniera á dulcificar su precaria situacion. Entregados al mas grosero indiferentismo, sin conciencia siquiera de lo abominable de sus crímenes, parecian complacerse en referirse mutuamente las mas inauditas hazañas de su horrible existencia, deteniéndose con fruicion en repugnantes escenas de sangre, de desenfreno y libertinaje. Un sacrílego sacerdote, inmunda sentina de toda suerte de iniquidades, ignominiosamente espulsado de la Santa Iglesia como un dia arrojó Jesucristo á los mercaderes que profanaban el templo, encanecido en el juego, la apostasía y la crápula, formaba digno coro entre sus honrados colegas de cárcel á quienes aventajaba en perversidad de corazon y en apego á todos los vicios terrenales. Su pasion predominante, que rayaba en delirio y que insensiblemente le habia ido precipitando en el tenebroso abismo del crimen, era el juego. Para él no habia otro Dios ni otra religion que la baraja á la que prestaba un culto que rayaba en lo fabuloso. Un asesino contumaz y reincidente hasta lo infinito, alternaba dignamente en la partida de naipes que incesantemente le proponia el moderno Judas. La negra mancha del parricidio sombreaba la frente deprimida de aquel desdichado cuyo rostro revelaba el idiotismo mas indescriptible y la atonía mas completa. Habia sido condenado á muerte por su último y terrible crimen ; en breve las acompasadas campanadas del reloj del castillo iban á señalar la hora de ser puesto en capilla, y ni daba muestras de arrepentimiento ni siquiera anublaba su frente la funesta idea de su próximo fin. Para su conversion habian sido ineficaces los esfuerzos de los mas venerables religiosos, como habian sido ineficaces en su dia los castigos ejemplares, las infamantes correcciones que la sociedad le habia impuesto. Era un hombre que atesoraba tanto cieno en su corazon como estupidez en su cerebro. Hombre fiero, para él la sociedad no era mas que un enemigo natural á quien se habia propuesto esterminar con sus instintos feroces, y en cuya lucha sangrienta, sostenida durante toda una vida de horrores, habia tenido por fin que intervenir el verdugo.

Completaba este sombrío cuadro un jóven pintor á quien mas que el hábito inveterado en la senda criminal, habia precipitado á esta horrible mansion la lige-



reza de sus pocos años y las inevitables consecuencias de una mentida educacion social que exorna con el pomposo nombre de honor ultrajado todas las miserias, todo el raquitismo de miras de los que á mansalva lo invocan para ocultar á veces sus deformidades, haciendo otras veces gala de imaginarios defectos y supuestos vicios. El jóven artista espiaba su aturdimiento que le habia impelido á la senda de la disipacion y de la orgía.

Véase pintada en su semblante toda la repugnancia que le causaba el contacto con sus miserables compañeros de cárcel. El rubor de la vergüenza habia coloreado mas de una vez sus pálidas mejillas al verse confundido entre blasfemos malhechores, que se desquitaban de su reclusion apostrofando á los hombres y renegando de Dios. Un dia, el jóven sobre cuya frente brillaba la divina llama de la inspiracion, cuyo rostro circundaba la espléndida auréola de los grandes artistas, despues de haber apurado toda la dulzura de su palabra, toda la ternura de su corazon para suavizar la natural rudeza de aquellos á quienes la sociedad habia desahuciado, vió con amargura acogidas como siempre sus palabras con una estúpida carcajada. Los bandidos continuaron narrando sus terribles hazañas y refiriendo cuentos obscenos; el sacrílego sacerdote continuó con mas ahinco su interminable partida de naipes con el sentenciado á muerte.

De repente el jóven se levanta como impelido por un resorte, sus pupilas se dilatan con un movimiento de entusiasmo, retira con la mano los rizados bucles que caen sobre su frente y de un salto se coloca sobre una mesa del aposento. Un rayo de luz que penetra por entre los sólidos barrotes de una espaciosa ventana, ilumina sus facciones con la sublime espresion del genio. Es que la inspiracion divina hierve en su mente.

Sus idiotas compañeros comprenden instintivamente que algun extraordinario suceso va á tener lugar, y se aprestan á observar el desenlace de la original actitud del jóven.

De pronto un grito de admiracion distrae á los jugadores; ¡oh sorpresa! en una de las paredes de aquel fúnebre recinto acaba de aparecer la imágen de una Virgen teniendo en su regazo al niño Jesus. El carcelero acude y se queda absorto, á pesar de su habitual impassibilidad, viendo como un miserable carbon que tizna las delicadas manos del artista va trazando en la pared rasgos tan admirables. Era imposible revestir de mas dulzura, de mas espresion, de mas amor, á aquel grupo adorable de una Virgen-madre y de un niño-Dios.

¡Oh maravilloso poder de la inspiracion del genio! El arte obra en aquellos infelices una revolucion que no han podido obrar ni el ejemplo, ni los castigos, ni la autorizada palabra de venerables religiosos. Los presos contemplan con avidez las líneas que ha trazado el jóven, y no aciertan á salir de su asombro ni hallan un solo chiste obsceno para celebrarlo. La baraja cae de las manos de los jugadores que se ven á pesar suyo arrastrados á contemplar aquellas sublimes

imágenes que les fascinan, y sienten que sus empedernidos corazones laten con impulsos desconocidos. De sus áridos ojos ha brotado una lágrima. ¡Ya el reo de muerte no morirá impenitente! ¡Ya la oveja descarriada vuelve al redil! El mal clérigo, el disipado libertino, el criminal por hábito, caen de rodillas ante la obra del artista que levanta en su conciencia toda una tempestad de remordimientos. Ya siente que aun puede gozar en este mundo de las dulzuras del alma virtuosa. La Emperatriz de los cielos parece decirle con su candorosa mirada que un acto de contrición puede salvar al réprobo. Y el sacerdote murmura una plegaria. Y los demás presos oran también, algunos quizá por primera vez. Y es que aquel supremo recurso de artista fué para los desahuciados criminales, como la vara de Moisés que hizo brotar de sus corazones de piedra abundantísimos manantiales de ternura y de arrepentimiento.

Y hé aquí como por obra y gracia del arte, lo que antes había sido castillo y después cárcel, se vió milagrosamente convertido en santuario.

Manuel Angelon.





*Le Prisonnier de guerre.  
The Prisoner of War. Des Mergersfangens.  
Lening.*

## EL PRISIONERO DE GUERRA.

(CUADRO DE W. FRENCH)

El héroe de los tiempos antiguos decía al enemigo, postrado á sus piés : ¡ ay del vencido ! El héroe del cristianismo y de la civilizacion dice al enemigo herido : dame la mano, come mi pan y bebe mi vino.

Precisa ha sido por consiguiente la influencia de la religion para determinar el verdadero derecho de gentes y arrancar de las manos de los batalladores, en medio de su victoria, no la espada del triunfo, sino el hierro con que marcaban las carnes del infortunado prisionero de guerra. El vencido no sigue atado al carro de batalla del enemigo venturoso, para ser vendido en la plaza pública, como uno de los muchos objetos que constituian un inmenso botin. Hoy camina el prisionero, con la cabeza erguida, al lado de su vencedor, á quien llama hermano y de quien recibe el consuelo y la compasion. Seria horrible en nuestros dias la voz de un Breno, que osára esclamar á la faz de las naciones : ¡ ay del vencido !

La esclavitud tiene su origen en las primeras luchas de los hombres : la fuerza constituia un título; la venganza una virtud. El orgullo estableció la diferencia de castas ; y el egoismo sancionó la separacion de los vencidos y vencedores. El tiempo, las costumbres y las religiones antiguas consagraron aquellos principios, que formaban la base de su civilizacion, sin que sublevára contra ellos lo que se llama en nuestros dias la conciencia pública.

El Egipto, la Asiria, la Persia en su época de conquistas, Grecia, Roma y aun las naciones grandes de la edad media, sostuvieron la esclavitud, ó en toda su espantosa pureza, ó modificada con arreglo á las influencias de nuestra benéfica re-



ligion. Los reyes, los pueblos, y aun los mismos vencidos no veían en la suerte de sus prisioneros mas que la exacta observancia de las leyes, ó la mano omnipotente de la fatalidad. La gloria militar era tanto mas espléndida, cuanto mas considerable era el número de prisioneros, que le seguían en su ovación. Sesostris inundó el Egipto con los esclavos, arrebatados á los bosques del Asia meridional; y su sangre sirvió para amasar los grandes monumentos que el orgullo de los reyes egipcios legó á la posteridad.

Semíramis, Nabucodonosor, Asarhadon y los altivos soberanos de la Asiria, aumentaron la población de sus estados, á un lado y otro del Eufrates, con los desventurados prisioneros, que formaron numerosas generaciones de parias, que pasaron de los asirios á los persas, de estos á los griegos, de los griegos á los romanos, hasta perecer casi esterminadas á los piés de los sucesores de Mahoma.

La Grecia, que reunía á su brillante civilización, los restos de la sabiduría de los egipcios, de los caldeos y de los persas, no respetó por eso á los pueblos vencidos, ofreciendo libaciones á la libertad de Solon al eco moribundo de sus esclavos y de sus ilotas, condenados á morir en las hogueras, levantadas ante las piras de sus arcontes y amos, y honrar sus almas en los campos eliseos. Hijos de los valles del Olimpo y del Asia menor, los prisioneros de guerra iban á confundir sus lágrimas y las de su infortunada descendencia entre los cánticos del Pireo, entre los filósofos del Parthenon, y á la vista de la sabiduría que había escogido por sus intérpretes á Sócrates, á Platon y al mismo Demóstenes, cuyas mejores frases se debían á la inspiración de la libertad de Atenas. El pueblo de Homero, de Sófocles, de Fidias, de Isócrates y de Aristóteles veía con desden á los esclavos, vencidos por la disciplina y el valor de los soldados de Aristides el justo, servir de espectáculo á una multitud alegre y bulliciosa, rodeada de bellezas de la naturaleza y del arte, morir en las piras ó en los teatros; riendo al escuchar las grandes lecciones de Esopo que, á fuer de esclavo, no merecía respirar el aire de la libertad.

Los mismos griegos que abrieron tan vasto campo á la razón; que conocían los grandes principios de los derechos del hombre, y que defendieron con tanta bravura como felicidad su libertad colectiva é individual, no vieron en los prisioneros sino una raza nacida para la esclavitud, sin ocurrirles que pudiera darse el nombre de hermano á quien la suerte de las armas conducía á esta desgracia. Comprendían sin embargo todo el horror de la servidumbre; y el miedo de caer en poder de sus enemigos redoblaba su valor, hartó probado, y les colocó en el número de los primeros soldados del mundo antiguo. El ateniense que temía recibir una herida en la espalda; el espartano que recibía en su primera campaña el escudo de manos de su madre, para *volver con él, ó sobre él*; no tanto respetaban las leyes de Solon y de Licurgo, cuanto huían de abandonar su patria, cuyo respeto lo elevaban hasta el culto, y de sufrir el baldon de la esclavitud.



vidad entre los pueblos del Asia, á quienes llamaban bárbaros en su disculpable presuncion.

El pueblo romano que parodió rudamente las costumbres de los griegos, conservó con mucho mayor esceso el principio de la esclavitud, aplicado á los prisioneros de guerra. Diez millones escasos de hombres disponian, por la fuerza de las armas, de mas de ciento veinte millones de sus semejantes, facilitando por esta preponderancia medios infinitos con que conseguian satisfacer sus pasiones. La esclavitud era por consiguiente un manantial inagotable de corrupcion: segun su definicion legal la esclavitud era: *non tam vilis quam nullus*; no tan vil, cual ninguno. El señor tenia derecho de vida y muerte sobre el esclavo; y el esclavo no podia adquirir sino en provecho de su señor. En el libro de los *Ediles*, hablando de la venta de los esclavos, se lee lo siguiente: «Los que venden esclavos deben declarar á los compradores sus enfermedades y defectos: si son inclinados á la fuga ó á la vagancia, y si han cometido algun delito ó causado perjuicios....

»Si desde la venta ha perdido el esclavo de su valor, ó si por el contrario ha adquirido alguna cosa, como una mujer que le haya dado un hijo.... Si el esclavo se ha hecho culpable de un delito que merezca la pena capital; si ha intentado darse la muerte; si se ha empleado en combatir con las fieras, etc.»

Inmediatamente despues del título anterior, viene un artículo sobre la venta de los caballos y otros ganados, que comienza del mismo modo que el de la venta de los esclavos. Todas las miserias humanas se encierran en aquellos testos, que los legistas romanos anunciaban, sin dudar de la abominacion de semejante orden social.

Las crueldades ejercidas con los infelices prisioneros esclavos horrorizan: ¿compíase, por ejemplo, un vaso? mandaban echar en los viveros de los peces al torpe criado, cuyo cuerpo servia para engordar las murenas favoritas, ornadas de anillos y collares. El señor hacia dar la muerte á un esclavo por haber herido un jabalí con un venablo, clase de armas prohibidas á la servidumbre. Abandonaban ó mataban á los prisioneros enfermos; los esclavos agricultores pasaban la noche encadenados en los subterráneos: distribuíanles una poca sal, y no recibian el aire mas que por una estrecha ventanilla. El dueño de un prisionero podia condenarle á las fieras, venderle á los gladiadores, ó forzarle á acciones infames. Los romanos castigaban con el trato mas cruel, por la mas ligera falta, á las personas destinadas á su servicio. Si un esclavo mataba á su señor, perecian con el culpable todos sus compañeros inocentes. La ley Petronia, el edicto del emperador Claudio, los esfuerzos de Antonino Pio, de Adriano y de Constantino no pudieron remediar los abusos, que el cristianismo hizo desaparecer. Antes de aplicar á los esclavos el tormento, el acusador depositaba el precio, y el gobierno confiscaba á los esclavos que sobrevivian, cuando habian declarado contra sus señores.



El culpable era colgado, con la cabeza envuelta en un velo, de los árboles, llamados *malhadados* y maldecidos por la religion, tales como el álamo, el aliso y el olmo, reputados estériles. Los tormentos se reducian al potro, que estiraba los miembros y separaba los huesos del cuerpo; á las planchas de hierro rojo, á los garfios con que arrastraban, y á las garras con que despedazaban. El mismo hombre podia ser puesto muchas veces en el tormento: y si varios individuos eran acusados del mismo crimen, daban principio á los tormentos por el mas tímido ó el mas jóven.

El único pueblo que convirtió el homicidio en espectáculo, es el pueblo romano: tan pronto eran los gladiadores, y aun las *gladiatrices*, oriundas de familias nobles, los que se entretenian en matarse por divertir al populacho mas vil ó deleitar la sociedad mas escogida; y tan pronto eran los infelices prisioneros de guerra, á quienes armaban unos contra otros, y que se asesinaban en medio de las fiestas, de noche, á la luz de las antorchas, y en presencia de las cortesanas enteramente desnudas, obligando á los padres, á los hijos y á los hermanos á degollarse mutuamente, para desenojar á un Neron, y tambien á un Vespasiano y á un Tito.

Las panteras, los tigres, los osos, eran llamados á estos juegos de los hombres por una exacta igualdad y fraternidad. La muerte, dice Chateaubriand, quiso aparecer un dia en medio del palenque con toda su opulencia, y presentó á la vez una multitud de leones: tantas hambrientas bocas hubieran carecido de pasto, si no hubieran felizmente encontrado los mártires para suministrar su sangre y su carne á aquellas cohortes del desierto. Inmoláronse once mil animales de distintas especies, despues del triunfo que Trajano obtuvo de los dacios, y diez mil gladiadores y prisioneros de guerra sucumbieron en los juegos, que duraron ciento veinte y tres dias. Al salir el pueblo romano de aquella arena de sangre, de matanza y de horror, corria á deleitarse en los baños, ó á los sitios cuyas muestras brillaban bajo las bóvedas que han dado su nombre al quebrantamiento de la castidad. Aquellos espectadores despiadados de la muerte, que la miraban sin aprender á morir, rara vez concedian la vida: si el gladiador pedia gracia, las Délias, las Lésbias, las Lidias, esposas de los Tibulos, de los Cátulos, de los Propercios y de los Horacios, hacian la señal de muerte con la misma mano, cuyas muelles caricias habian cantado las musas.

El placer de la sangre daba nuevo realce á los festines particulares: cuando se habian hartado y comenzaba á despuntar la embriaguez, llamaban á los gladiadores, y el salon resonaba con los aplausos, cuando caia muerto uno de los combatientes.

Un romano ordenó en su testamento que peleasen del mismo modo mujeres hermosas que habia comprado, y otro las lindas esclavas á quienes habia tenido amor.



Tal era la suerte que cabia á los desgraciados prisioneros de guerra en medio de los dos pueblos mas cultos del mundo antiguo. Cuando los bárbaros del norte y del centro de la Germania sorprendieron en su sueño de embriaguez á la gran meretriz de Roma, perpetuaron la esclavitud de los prisioneros de guerra, porque la venganza era un rasgo de heroismo. Atila necesitaba los cráneos de los patricios prisioneros para celebrar sus victorias, bebiendo en ellos el vino de sus banquetes. Los siervos del fisco y los siervos de la gleba conservaron la raza esclava de los que quedaban vencidos en los campos de batalla. Lo mismo que los hijos de Atila, de Alarico y de Ataulfo, los adoradores de Mahoma reducian tambien á la esclavitud los desgraciados prisioneros, que se perdian en los valles de la Siria, en las faldas del Líbano ó en las orillas del mar Muerto.

Ha sido necesario que el cristianismo venciera á los siglos para hacer triunfar su benéfica influencia, haciendo respetar al que, por desgracia, cae á los piés del vencedor. Y sin embargo la suerte del prisionero no por eso es menos desesperada. Es verdad que no marca sus hombros el hierro del esclavo, que se respeta su vida, que se atiende á su alimentacion, que no se toca á las prendas que constituyen su modesto equipaje militar; pero recordad, sino, esos depósitos improvisados, que en tiempos de guerra, se abren en los subterráneos de los castillos y puntos fuertes, en los templos muchas veces, en atarazanas ó almacenes, sin abrigo, sin género alguno de comodidad, espuestos á toda clase de enfermedades contagiosas, y al reducido y mezquino alimento, que constituye su racion.

Desarmado sobre el campo de batalla, despojado tal vez por la rapacidad de un soldado de sus prendas de abrigo, descalzo con frecuencia y encerrado entre dos filas de soldados, orgullosos con el triunfo, siguen muchas leguas de marcha, descansando sobre el suelo húmedo de un patio descubierto ó bajo las bóvedas oscuras, ennegrecidas, de estrechos subterráneos, y vigilados por activos centinelas, cuya consigna es tan precisa, como ejecutiva. ¿Quién no ha leído con horror en este siglo de altos principios y de reconocida civilizacion la historia de esos depósitos inmensos de prisioneros hechos por el Austria, la Rusia y la Francia, durante las sangrientas guerras de Napoleon I? Los prisioneros gemian y morian en las estepas de la Siberia, entre las soledades del Altai y de los Urales, en las prisiones de Venecia, y en los calabozos de Ham, esperando que el triunfo de una de las partes beligerantes decidiera de su suerte. Muchos de nuestros lectores recordarán los sucesos de los prisioneros de la isla Formentera, y no pocos habrán contemplado el cuadro que ofrecian los que caian en poder de los carlistas, durante la última guerra civil.

Hambrientos, enfermos, casi desnudos, devorados por la miseria, espuestos al insulto, mucho mas doloroso que la muerte, volvian á nuestros brazos, para no volver á recobrar tal vez sus antiguas fuerzas y su pasado vigor. ¡Cuántos han sucumbido, aun en las guerras modernas, en la oscuridad de los calabozos!



¡cuántos asesinados por las turbas sublevadas contra ellos! ¡cuántos víctimas de la indisciplina de la soldadesca, encargada de su custodia! ¡cuántos de necesidad y de miseria! Espanta el número prodigioso de esas víctimas, á quienes ha conducido á la desesperacion ó la muerte la inesperienza de un jefe, ó la desercion de un cuerpo, ó la actividad del enemigo, ó el descuido de un centinela, ó la imprevision de un general, ó la suerte en fin que les ha sido contraria! ¿Quién puede impedir á un individuo ó masa vencedora, que al desarmar á su prisionero, le haga sentir las consecuencias de su furor y de su venganza? Fácil es presumir los golpes, los desdenes y á veces las maldiciones que caen sobre el vencido en los primeros momentos de la victoria. ¡Ay entonces del prisionero si lleva abierta una herida, siquiera sea leve! Despues de largas horas de combate, el vencedor se entrega á los placeres del triunfo, encuentra fácilmente los alimentos que necesita para restaurar las fuerzas perdidas; entona alegre sus cantos en el alojamiento, en la cantina, en el vivaque, en la tienda de campaña; en tanto que el desgraciado prisionero yace fatigado en el depósito improvisado, ó es conducido á puntos distantes y seguros para que le sirvan de encierro, sin mas recurso tal vez que la generosidad del pobre soldado, que parte con él su negro pan, ó la caridad del infeliz labriego, que le dá limosna aun á espensas de la necesidad de sus hijos. Cierito es que las leyes de la guerra han sufrido ventajosas y benéficas modificaciones; que los generales son ilustrados; que los ejércitos europeos se hallan instruidos, educados, disciplinados; pero tambien lo es, que nada basta para contener los primeros y violentos arrebatos, á que conduce el calor del combate, la causa que se defiende, el odio que se profesa al enemigo y el encono que los partidos políticos imprimen á sus afiliados.

El prisionero, conducido de pueblo en pueblo y de cárcel en cárcel hasta el punto que se le designa, lleva consigo no tanto las penalidades de su afflictiva posicion, quanto el recuerdo, mas doloroso entonces, de su familia y su patria. Mientras sus compañeros de armas continuan ciñendo sus frentes con lauros nuevos, el pobre prisionero contempla allá en su mente á su abandonada familia ó pereciendo de necesidad ó anegada en llanto, y olvidada por el mundo entre el ruido de los acontecimientos de la guerra.

Su situacion, menos desesperada segun los adelantos de los siglos, ha sido en todos tiempos objeto digno de la poesía y del arte. El poeta ha encontrado en la soledad, en los dolores y en los peligros del prisionero una fuente abundante de inspiracion; porque el corazon se conmueve al contemplar el valor y muchas veces á las víctimas de grandes injusticias, ó de criminal ambicion, ó de insensatos proyectos, sufriendo el rigor de su fortuna adversa, sin esperanza de recibir en su dia la recompensa de sus padecimientos, cuya enumeracion solo conoce Dios. ¡Oh! juzgad de su suerte, si provocada una guerra religiosa ó lucha civil entre los mismos hermanos, las pasiones desbandadas exigen el sacrificio de la sangre



del prisionero ! ¡ Aun resuena en nuestros oídos el tremebundo grito de represalias ; aun estremece nuestro corazón la memoria de aquellos días de delirio y de exacerbación , en que las turbas de uno y otro bando arrojaban sus frenéticos alaridos , exigiendo las vidas de los desventurados prisioneros , hasta cuyos calabozos llegaba el inmenso murmullo que atronaba en el exterior ! ¿ Quién no recuerda , en la soledad de sus reminiscencias , el silencio de los pueblos , que eran testigos de estos actos horribles , el terror de las familias , los arrebatos del fanatismo político , y la angustiada expectativa de los prisioneros , cuya muerte hubiera sido gloriosa en el campo de batalla ? Epocas funestas que mancillan la historia de todos los pueblos , porque todos ellos han ensangrentado sus anales en tiempos pasados , y que la indisputable civilización de nuestros días no bastaría á evitar tal vez si se provocara por desgracia una guerra religiosa ó civil. Nuestro siglo lee con horror no solo las crueldades ejercidas por los salvajes de la América y de la Oceanía , no solo la barbarie de muchas de las tribus vagamundas del Asia , que condenan á los prisioneros al sacrificio ó la esclavitud ; sino también los hechos de épocas más recientes y de países cultos , colocados al frente de la civilización del mundo. Las guerras contra los hugonotes de Francia bajo el cetro de Francisco II , Carlos IX y Enrique III ; la lucha entre los puritanos y caballeros de Inglaterra , durante el gobierno de Carlos I , protectorado de Cromwell , y reacción de Carlos II ; la guerra de los treinta años en Alemania ; las disensiones de Rusia al advenimiento de los Romanof ; las guerras de sucesión en España y las perpetuas rivalidades que han devorado los hermosos pueblos de la bella Italia. Nuestro siglo rechaza esas venganzas ejercidas contra los prisioneros ; arroja su baldón de una manera pública sobre la frente de los que causaran esas víctimas inocentes ; y sería preciso todo el fanatismo político ó religioso de las masas ignorantes , escitadas por hombres sin corazón , sin religión y sin fe , para renovar los tiempos que por fortuna pasaron ya , para no volver jamás. El prisionero es un hermano ; ¡ ay del fratricida en esta época de grandes juicios ! Por desgracia no ha terminado aun el espectáculo de estos sangrientos dramas , que se llaman guerras ; aun se sacrifica con frecuencia la razón , y muchas veces la justicia á la triste honra de la conquista ; aun existen malas pasiones que vistiéndolo capas diferentes , acomodadas á sus negros proyectos , no dudan en levantar grandes tempestades é inmolar á los que tienen suficiente valor y abnegación para darles fe , y derramar su sangre , para sucumbir vencidos , y ser hollados vencedores. ¡ Quiera Dios que triunfe la razón y la verdad , y terminen las luchas entre los hombres , y solo la historia tenga que referir lo que sufrieran un día tantos millones de hombres que , como prisioneros de guerra , acabaron sus días ó en la esclavitud , ó en los calabozos ó en los cadalsos !



# UNA TIENDA DE BARBERO.

( CUADRO DE BROWNVER. )

Querido lector : ¿eres aficionado á recorrer los pueblos de la montaña? ¿Te se ha ocurrido alguna vez saltar de esos vehículos llamados diligencias, apeados de su destino por esos otros que se llaman ferro-carriles, ni mas ni menos que un traje pasado de moda y relegado por su dueña al museo de los adefectos; y montando en un humilde jumento, ó quizás sobre tus propios medios de locomocion, trepar á la cumbre de un cerro, descender luego á un valle, engolfarte en las gargantas de los montes, atravesar un rio, seguidamente un bosque, y encontrarte de improviso en un paraje que se llama aldea, aplicando á lo presente lo que de derecho corresponde al pasado? Pues si nunca se te ha ocurrido, te encargo que hagas porque se te ocurra alguna vez, y no te pesará de la escursion ciertamente.

Y no creas que mi carácter se preste á esas ilusiones poéticas que se complacen resucitando la Arcadia en pleno siglo XIX, nada de eso: yo soy, peregrinamente hablando, todo materialismo, prosa pura, y lo que es peor, prosa mala. Yo nunca he encontrado pueblos que me parezcan, como á tantos discípulos de Melendez, blanca bandada de palomas bañándose en un estanque: la imágen es bella, pero no es exacta, ni siquiera parecida.

Las casas de un poblachon tienen mucho mas de cuervo que de blanca paloma, y la razon es muy sencilla: las cuatro quintas partes están fabricadas de barro y escupen la cal mejor que un niño las medicinas amargas; y las restantes, que fueron muy vistosas en tiempo de los visigodos, conservan huellas indestructibles de las llamas prendidas por los carlistas, si el pueblo fué liberal, y

G<sup>o</sup> DE MUNICH P. 54



*La Boutique de barbier. Die Barbierstube.*

*U. Gualtero*



*aliquando bonus* por los liberales, si el pueblo se permitió confraternizar con los secuaces del pretendiente.

Añádase á esto que en los pueblos pequeños de la montaña, las casas son proporcionadas á los pueblos; y únicamente tienen dos dependencias desahogadas, á saber, la cocina y el establo. Verdad es que la inmensa mayoría de los vecinos encienden fuego donde mejor les parece, gracias á que no han de recelar deterioro en las pinturas, y en cuanto á las bestias se hospedan donde mejor les place, y tienen carta blanca para sacar á sus dueños de la cama, cuando tal cama exista en la casa.

Penetremos, sin embargo, en el interior de esa aldea con ánimo resuelto; pero guardémonos de penetrar llegada la noche, y *maxime* en tiempo de vendimia, porque en este caso lo mas fácil es precipitarse en el abierto lagar, convirtiéndose el individuo en objeto de fermentacion.

A pesar de todo esto, no falta que estudiar en esas poblaciones. Con efecto aquellos tipos rústicos, aquellos rostros tostados por el sol, aquellas manos curtidadas por el arado, revelan al trabajador agrícola, al noble laborador de la tierra, de esa riqueza que Dios estendió por todo el mundo, haciéndola patrimonio de todo aquel que la regase con el sudor de su frente.

Y bien mirado, la perspectiva de uno de esos pueblos, vulgarmente llamados de mala muerte, es un espectáculo joco-sério: la superficie es bonita, pero el fondo arranca lágrimas.

Lo primero que llama nuestra atencion es la multiplicidad de las industrias que se ejercen en un solo establecimiento. Lo mas comun es que el tabernero venda objetos de quincalla, la mujer del cerrajero se ocupe en la confeccion de artículos de modas locales, el sastre haga de cartero, y el sacristan desempeñe tantos oficios á un tiempo, que si como son artes fueran ciencias, pudiera comparársele con el célebre Pico de la Mirándola que escribió un libro de *todas las cosas conocidas y algunas otras*.

Sin embargo, hay en la aldea un establecimiento, y dentro del establecimiento un personaje, que sin duda merece un estudio particular. Aquella tienda es la barbería, aquel personaje es el barbero. Su historia es un tejido de aventuras que dejan muy atrás en lo chistosas á las de Gil Blas de Santillana, en lo asendereadas á las del ingenioso hidalgo D. Quijote.

El barbero de un lugar se halla establecido, como el leon, en una cueva, de la cual no sale sino cuando el hambre le obliga, es decir, cuando tiene que ir á recoger las conductas de sus parroquianos. Aquella cueva contiene los siguientes efectos: dos sillas de baqueta que se remontan á los tiempos tradicionales, dos yelmos de Mambrino que amenazan degollar al paciente contra cuya garganta se aplican, una bola de jabon que diariamente aumenta de volúmen, merced á la grasa que se le pega del rostro de los parroquianos, y algunos tra-



pos, por antífrasis llamados peinadores, puesto que ninguno de los que se sirven de ellos han hecho en su vida uso alguno de aquel instrumento antiquísimo llamado peine batidor.

A esto se agrega una estampa truncada de la chillona colección de Pablo y Virginia, y un ejemplar de los gozos del santo tutelar del villorrio, compuestos hace tres siglos por un sacristan que medía versos con el mango del plumero con que quitaba las telarañas del altar mayor.

A esto se reduce el mueblaje, y á un quinqué que una vez encendido, conspira directamente contra la salubridad pública, promoviendo disposiciones á todas las tisis conocidas y otras de especial invento de aquel aparato de luz, enemigo de todas las luces.

Los huéspedes de aquel antro pertenecen á una raza especial que se llama raza romancista. El dueño tiene sus cincuenta años, pero habla con el mayor desparpajo y seguridad de los hechos que acaecieron en tiempo del rey Wamba, y refiere la historia del lugar y de sus pobladores como si hubiese pertenecido á sus generaciones fundadoras. Por de contado ¡infeliz de aquél que se desliza á hablarle de su carrera! El barbero de un lugar hubiera reemplazado á Hipócrates sin las envidias de sus contemporáneos. El verdadero mérito jamás se ha podido librar de envidiosos.....

Los capitales enemigos del barbero son el médico tutelar y el albéitar, porque téngase entendido que en algunos puntos de la montaña el funcionario encargado de curar á los animales es tenido en tanta ó mas consideracion y confianza que el encargado de curar á las personas.

El barbero, que posee algunos instrumentos de cirugía, que generalmente no podrian aprovecharse ni aun para picar un cigarro, se halla reñido á muerte con el nuevo reglamento de instruccion pública, á tenor del cual los médicos son médicos y cirujanos. Desde el dia aquel, de infausta memoria, en que llegó á la aldea un facultativo de nueva planta, que habiendo apenas ensayado la navaja en el bozo de su cara, se hallaba autorizado para ensayar el bisturí en la misma garganta de los pacientes, el barbero disminuyó grandemente de importancia y tuvo que reducirse á la humilde condicion de rapista, ó como dijo Quevedo, tundidor de mejillas y sastre de barbas. Esto indica que el barbero de un lugar es, por lo comun, enemigo de los progresos científicos, algunos de los cuales consiente bajo la absoluta condicion de que mucho antes de que el gobierno pensara en ello y los profesores ejercieran las nuevas funciones, él habia olvidado las nuevas prácticas de puro viejas.

En cuanto á sus relaciones íntimas en el lugar, tienen asimismo un carácter especial.

Como que tiene en su mano las cabezas de todos los vecinos, penetra en sus pensamientos y lleva el alta y baja de todos los chismes, dimes y díretes del vecindario.



Entre semana el barbero de aldea tiene poco que hacer: generalmente se dedica á apremiar á sus parroquianos morosos, de quienes es la pesadilla. Muchos dias por la tarde se le ve salir de su casa, caballero sobre un humilde jumento, con unas alforjas desprovistas y tísicas como bolsillo de jugador desgraciado; y algunas horas despues regresa cargado de provisiones, que imposibilitado de consumir por sí mismo, lleva al mercado del pueblo, constituyéndose por necesidad revendedor de granos, verduras y legumbres. En las pequeñas poblaciones escasea grandemente el dinero: las transacciones se operan como en los primitivos tiempos por medio de los productos de la naturaleza, que hacen las veces de metálico; y como el barbero es sobrado pobre para mantener á un colector general de créditos, se resuelve á practicar personalmente esta operacion, con harto pesar de su amor propio resentido de que un antiguo profesor titulado, tenga que verse reducido á comer de lo mismo que cobra, y á cobrar de lo que puede, de suerte que su casa es generalmente almacen de todos los frutos del país y mostruario de la horticultura comarcana.

El personaje que nos ocupa pasa muchas horas de mal humor. A menudo, sentado en su tienda, donde ni aun por compasion entra alma viviente alguna, reflexiona sobre la ingratitud de los hombres y las desigualdades sociales que frecuentemente tienen postergado al verdadero mérito. Pero como recuerda algo de los libros que leyó en sus mocedades, se consuela pensando en Cristóbal Colon que fué conceptuado loco, en Cervantes que meditó su inmortal sátira en el fondo de un calabozo, y en Camoens que despues de haberse hecho célebre en Europa y en Africa, murió olvidado en un rincon de hospital.

Empero los sábados por la noche y los domingos por la mañana su entusiasmo artístico le hace olvidar las penas experimentadas durante seis dias consecutivos. El tenducho solitario cobra una animacion extraordinaria, las sillas de baqueta son incesantemente desocupadas y vueltas á ocupar, discútese acaloradamente la política y la cosecha, la obra del canal proyectado y la conducta de Fulanito y Menganita que están de mucho tiempo en relaciones que el cura aun no ha bendecido, de la fiesta del santo y del robo del trajinero; y á todo esto el dueño del establecimiento rapa que rapa, con una ligereza, con un aplomo, con una táctica, con una *filosofía* que eleva las funciones de barbero al pináculo de las artes útiles é incluye el nombre del profesor en el catálogo de los bienhechores de la humanidad.

De vez en cuando el romancista, prohibido de medicinar gracias á la alianza del médico que comunmente se casa con la hija y heredera del boticario, reclama el ejercicio de sus derechos de dentista, callista, sangrador, etc. etc. Ver á nuestro hombre con la llave inglesa en la mano, es ver á Tocca empuñando su bisturí, cetro de la cirugía española. Algunas veces le acontece al malhadado profesor arrancar de un tiron muela y quijada: en estos casos sostiene con la



mayor imperturbabilidad que la obligacion del facultativo es cortar los males de raiz ; y que una vez la quijada estraída , las muelas averiadas no volverán á echar raíces en ella.

El barbero tiene un huerto pegado á las tapias del lugar : aquel es su mayor patrimonio. Para él la única ocupacion verdaderamente noble , es el cultivo de la tierra , de cuya teoría deduce una consecuencia altamente desfavorable para el médico del lugar que hace cuidar sus tierras por braceros ó colonos. Véngase , sin embargo , de él propalando á voz en grito por el pueblo , que en tanto el médico no tiene los conocimientos facultativos necesarios para cuidar de la pública sanidad , en cuanto las coles y patatas barberiles son de mucha mejor calidad que sus colegas graduadas en medicina y cirugía.

Por regla general el barbero tiene alguna influencia entre las gentes del pueblo : como es mas antiguo en él que sus rivales , hace recaer la decadencia del lugar en la presencia de ciertos pájaros de mal agüero , lo cual dice guiñando el ojo cada vez que pasa el *doctor*. Pero es lo mas particular que en política tiene ideas algo avanzadas , y que es retrógrado tan solo para los efectos médico-quirúrgicos. Esta ciencia ha adelantado poco ó nada en su concepto , y en apoyo de su opinion cita , dándole toda la importancia de un hecho histórico , los felices tiempos en que los hombres que se dedicaban á curar las heridas de los mortales , pegaban á los troncos humanos miembros y cabezas , ni mas ni menos que un sastre pega unas mangas á un gaban , lo cual apoya en el comprobante irrecusable de dos ó tres romances que en el trascurso de su vida ha comprado á los buhoneros que de tarde en tarde acuden al pueblo espendiendo literatura de á dos cuartos.

En resúmen , el barbero del lugar es otra de las víctimas de los tiempos modernos : los planes y reglamentos de estudios y el subdelegado de medicina y cirugía son su eterna pesadilla. Monarca de las curaciones de los tiempos antiguos , ha sido arrojado del trono por un barbilampiño que tiene la pretension de ser entendido porque ha cursado trece años en las universidades. Nuestro barbero profesa la máxima de que en este mundo no hay mas libro que el libro de la naturaleza : por esto cuando no tiene en qué ocuparse , que acostumbra á ser seis dias por semana , se dedica al estudio de aquel libro plantando coles y ensaladas.

Muere , por lo comun , de avanzada edad ; y la humanidad ingrata ni arroja flores sobre su tumba , ni se acuerda de su nombre al dia siguiente. Sin embargo , aquel ex-hombre habia descubierto un problema difícilísimo de economía política : el modo de comer sin dinero , cosa cien veces mas sorprendente que el vivir sin comer.



# EL BARBERO.

( CUADRO DE BROUNWER.)

—ووتون عـمـ

Por lo visto maese Brounwer tenia una predileccion especial por los barberos.

En cuanto á mí , debo confesar que ningun apego personal me une á esos funcionarios , á quienes respeto por la sencilla razon que les temo , y el motivo de temerles es la necesidad en que me veo de poner mi vida en sus manos tres veces cada semana.

Lo confieso , muchas veces se me ha ocurrido que en nuestra organizacion social hay un gran vacío. No comprendo porqué razon el cajero de una sociedad de crédito ó banco , que tiene en su poder únicamente nuestro dinero , tiene que prestar fianza ; y el barbero que tiene en su poder nuestro pescuezo ejerce sus funciones sin estar sujeto á caucion alguna.

Debo advertir que contra la impericia ó mala voluntad de un barbero no hay medida extraordinaria que adoptar , ni precaucion que baste. A este propósito referiré una anécdota.

Erase un formidable coronel de caballería que hacia el mismo caso de la metralla de un cañon que hacen los chiquillos de la dulce metralla de un bautizo. Ni lanzas ni espadas habian en tiempo alguno conseguido arrugar el entrecejo de nuestro héroe , que se arrojaba entre las filas erizadas de bayonetas mas sereno y formidable que D. Quijote entre los rebaños que se le figuraron ejércitos.

Empero aquel hombre que habia nacido al parecer para conjurar los peligros , tenia momentos de debilidad , hasta el punto de temblar como un niño , cada vez que ponía su cuello ante la navaja de un barbero. Vean Vds.... y le ha-

bia puesto cien veces á dos líneas del sable de la caballería de Balmaseda... Parece extraño, pero es cierto, evidente, histórico. Lo he leído impreso en la gaceta de un periódico, y aun no he visto que ningun coronel haya reclamado en contra.

Pues bien, nuestro valiente, á quien le hubiera importado muy poco morir matando en el campo de batalla, no creyó oportuno por ningun concepto recibir la muerte oscura, sin gloria, que tal vez pudiese darle un barbero ligero de cascos y pesado de mano. A este efecto, tuvo á bien añadir entre los chismes indispensables para la operacion del rasuramiento, un magnífico par de pistolas que jamás habian reventado un piston sin poner la bala en el blanco designado. De esta suerte, y mientras el rapista pasaba y repasaba la navaja encima del consabido cuero, nuestro militar amartillaba sus pistolas, y apenas el sacrificador de los pelos se disponia á comenzar su oficio, nuestro militar le helaba la sangre en las venas con la siguiente insinuacion:

—Andese V. con tiento, porque si me saca V. del cuerpo una sola gota de sangre, le levanto la tapa de los sesos.

Y sentándose delante de un espejo, tomaba una actitud ni mas ni menos que pudiera ante un cuadro de tropa que fuera preciso romper á toda costa.

No hay que ponderar si la indirecta causaria su efecto: bastará decir que se pasaban años enteros sin que ningun barbero se atreviese á rapar aquel rostro que iba semejándose al de Nabucodonosor.

Me parece que con tales garantías se puede vivir tranquilo por lo que respecta á la conducta barberil: pues nada de esto. Lo que parecia un seguro pudo haber sido causa de un siniestro. Veremos cómo.

Vino un dia en que la ordenanza riñó por completo con los pelos del coronel: era preciso tomar una providencia á toda costa, y esta providencia consistia en buscar un barbero.

El barbero se presentó.

Era un muchacho templado y decididor, á quien daba gusto ver en actitud académica ante la persona rapable. Llegó á la habitacion de nuestro militar, acomodó los chismes, empuñó la navaja, y mas listo que Cardona puso su instrumento á una línea del rostro del coronel. Este por su parte no descuidó sus acostumbrados preparativos, con notable sorpresa del barbero, que no comprendia aquel innecesario aparato, si ya no era que el militar tuviese por costumbre repelarse á pistoletazos. Su sorpresa terminó muy pronto, sin embargo: el coronel amartilló su arma, y dijo con su acostumbrada serenidad la frase de reglamento:

—Andese V. con tiento, porque si me saca V. del cuerpo una sola gota de sangre, le levanto la tapa de los sesos.

Nuestro mancebo apartó la navaja precipitadamente, como se aparta la mano





*Le Barbier*

*The Barber Der Barbier*

*Cyrillik*

cuando por inadvertencia se pone en contacto con el fuego. Aquella brusca amenaza hubiera hecho palidecer al mismo convidado de piedra.

—Zape! — dijo entre dientes el barbero;— para el diablo que corte esas barbas de capuchino.

— ¡No se atreve V. ! — exclamó el coronel.— Pues yo no sé qué diablos de oficio ejercen Vds. ¿Es cosa tan imprescindible que desuellen Vds. á los que afeitan?

— No por cierto, pero tampoco es imprescindible que yo ponga mi vida en manos de V.

— Esto no me prueba sino que es V. un torpe que debe meterse á rapamulos.

Aquel dieterio sublevó de golpe todos los sentimientos artísticos de nuestro barbero. El insulto requería una vindicacion pronta, aun cuando la pistola del coronel debiera permanecer aplicada contra las sienas del mancebo. Empuñó este su navaja con ánimo resuelto y del primer navajazo le llevó media patilla al coronel. Este se estremeció involuntariamente y lanzó una mirada al espejo.

Ni una punta de coral asomó engastada en aquella mejilla de marfil amarillento, como diría un fabricante de versos: el militar respiró por lo alto, y el barbero por lo bajo.

La operacion terminó sin el menor tropiezo: la barba del coronel fué un modelo de barbas.

Entrambos personajes recobraron su tranquilidad. Púsose en pié el militar, y al tiempo de retribuir largamente el inapreciable servicio que tan delicada y arriesgadamente le habia prestado el barbero, dijo:

— Mucho habrá padecido su espíritu de V. durante la operacion.

— Mucho — respondió el jóven, ya completamente sereno, — pero el de V. habia de padecer mas.

— No tal; yo estaba casi tranquilo: hubiera V. podido hacerme una leve cortadura, pero en apereciéndome de ello, le hubiera hecho cien pedazos la cabeza.

El barbero sonrió con aire de incredulidad: el coronel tomó un ademan irritado, porque creyó que el mancebo dudaba de su valor.

— Le digo á V. — exclamó muy formal — que á la primera gota de sangre que me hubiera saltado, le hubiese levantado á V. la tapa de los sesos. Cada uno es libre de adoptar las precauciones que bien le plazcan para salvar la vida.

— Y yo le digo á V. que no me hubiera saltado tal cosa. Tambien yo tenia tomadas mis precauciones, y si realmente sudaba de angustia, no era por mí, sino por V.

— ¡Cómo!

— Como que si por desgracia le hubiera á V. cortado un solo grano, estaba



resuelto á degollarle á V. como un cordero, sin darle tiempo ni aun de levantar el brazo para apuntarme la pistola.

El militar se estremeció como si hubiese sentido el filo de la navaja dentro de la nuca.

Desde aquel día suprimió, por inútil, aquella precaucion que en lugar de garantir su seguridad personal, la habia puesto en tan inminente riesgo.

Véase ahora con cuánta razon decíamos que no cabe resistencia, precaucion, ni guardia contra la navaja de un barbero. Y luego hablan las gentes de la espada de Damocles : es muy probable que ese tal señor dejaria crecer toda su barba : de otra manera en lugar de soñar espadas suspendidas de cabellos, hubiera soñado navajas y manos de barbero nervioso ó constipado.

La historia ha consignado los hechos de algunos barberos célebres por su método especial de manejar la navaja y hacer la barba al prójimo. Ahí está sino el barbero de Luis XI de Francia, que tenia un modo tan particular de sangrar á los enemigos de su pérfido amo, que casi todos aquellos aparecian operados del pescuezo. Tambien nos habla la historia de cierto Bernabé Cabard, que tenia abierta en París tienda de barbero, y ejercia á la sombra de su bacía una industria que le llevó directamente á ser enrodado y ahorcado en la plaza de Greve. Aquella industria consistia en degollar á sus favorecedores y luego facilitar sus cadáveres á maese Miguelon, que hacia unos esquisitos pasteles con los hígados de las infelices víctimas. Aquellos pasteles, de los cuales Cabard proporcionaba las primeras materias y Miguelon la parte culinaria, fueron durante mucho tiempo el manjar mas apetecido de los refinados parisienses, que sin sospecharlo y en medio de su delicado gusto, se comieron al prójimo como si fuera una liebre ó un timbal de marisco. ¡ Y luego dicen de los antropófagos !...

Napoleon I tuvo asimismo un peluquero de confianza, que en distintas ocasiones salvó, á lo que se dice, la vida del emperador. En cambio se asegura que en Barcelona, durante la dominacion francesa, existia junto á la Aduana un digno émulo de Cabard, que tenia la singular costumbre de rapar á los soldados por las raices del pelo, despues de lo cual les precipitaba por una trampa y entonaba una cancion bonapartista desde el umbral de su tienda, que á ser el rapa nuca un poco mas agraciado de figura, se hubiera podido llamar gruta de las sirenas.

En la historia barberil hay tambien sus mitos : los romancistas tienen su Homero, ni mas ni menos que la literatura : el Homero barberil es Fígaro, nombre immortalizado por Beaumarchais, Rossini y Larra. Fígaro es el tipo de los barberos, que lleva el alta y baja de Sevilla, como sus colegas la llevan comunmente del lugar en que residen ; es la pesadilla de los papás y de los amantes, la estafeta interior de la capital de Andalucía, en una palabra, es, como dice él mismo, el *fac totum* de la ciudad.



Fígaro es, además, un conjunto de hombre y de guitarra. Y aquí se presenta un fenómeno digno de ser estudiado. ¿En qué consiste que todos los barberos son aficionados á la música, y de entre los instrumentos musicales profesan con mayor afición y decidida constancia la guitarra?

Confieso francamente que no lo entiendo; pero me estraña que en una nación como España, que abunda tanto en academias, no se haya aun sometido á discusión este punto tan interesante.

El ramo barberil se divide en dos grandes grupos ó familias; barberos propiamente llamados, y peluqueros: estos últimos toman algunas veces el nombre de *artistas en cabello*. Estas dos familias pudieran ser clasificadas de la manera siguiente: barberos de escalera abajo y barberos de escalera arriba. Son, como si dijéramos, el pueblo y la aristocracia de ese interesante grupo social.

Para el barbero son las tiendas húmedas y mal alumbradas, las sillas de palo, los rostros de barba cerrada que en lugar de pelos tienen alambres y que mellarian sables de caballería cuanto mas navajas, la paga en ruin y escasa moneda calderilla, el agua de espliego y la guitarra sin cuerdas.

Para el peluquero son los salones tapizados, las butacas de muelles, los pisos principales, el gas por medio de riquísimos aparatos de bronce y cristal, los rostros barbilampiños, la moneda de plata, la suscripción á todos los periódicos, el comercio de jabones y esencias, la venta de cigarros á dos mil reales el cajón, el comercio de billetes de los bailes de máscara, y el estreno de todas las óperas.

¡Oh! desigualdades sociales!... No es el mérito, no, lo que se premia en este mundo, es el capital ó la audacia necesarias para resignarse á vivir al nivel de la calle ó en aquel piso que llaman entresuelo, y que es la residencia habitual del comercio aristocrático.

Entre el barbero de tienda y el de entresuelo hay un tipo intermedio, que es el barbero á domicilio. Este personaje pertenece generalmente á la clase de los aspirantes á un grado literario ó científico: por lo comun las aspiraciones se encaminan á la licenciatura en medicina y cirugía. Hijos de padres honrados y quizás por esta razón de padres pobres, se vienen sosteniendo en los grandes centros universitarios de una manera milagrosa, gracias aun al producto de la navaja, que un día ha de ceder la plaza al bisturí. Y para que se vea lo que es el mundo y el ingrato olvido de los hombres, el que de estudiante pelaba y repelaba todo el día y de esas peladuras pelechaba, de médico cirujano mira por encima del hombro al humilde barbero del lugar, que es la conciencia del licenciado, como dan en decir ahora en términos pulidos.

Entre los barberos ha habido tambien sus fenómenos de fortuna, su Capitolio; pero no han sido ellos los que han desmentido el refran de que el Capitolio se halla muy próximo de la terrible Roca Tarpeya. El barbero Pedro La Brosse



fué ministro de Felipe el Atrevido, pero vino la Roca, ó mejor la horca, y en ella espiró el que en lugar de hacer la barba á su señor, amenazaba subírsele á las barbas. En cuanto á Olivier el diablo, que ascendió á consejero íntimo de Luis XI, en compañía de Tristan el Ermitaño, murió ahorcado tambien, y en su última hora pudo esclamar algo parecido á aquello de :

Ya me comen, ya me comen,  
Por do mas pecado habia.

Triste esperiencia para aquellos que olvidándose de la humilde esfera en que han nacido, se elevan en alas de sus pasiones, y se olvidan de aquella hermosa fábula de Icaro, que al volar hácia el sol con alas de cera, fué despeñado al mar para escarmiento de hombres presumidos.

Manuel Angelon.

FIN DEL TOMO SEGUNDO



# INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN EL TOMO SEGUNDO.



<b>Títulos de los artículos.</b>	<b>Autores.</b>	<b>Pág.</b>
Damasco. . . . .	D. Juan Cortada. . . . .	1
Malicia. . . . .	D. Gregorio Amado Larrosa. . . . .	49
El molino. . . . .	D. Víctor Balaguer. . . . .	31
La tempestad.. . . .	D. Manuel Angelon. . . . .	38
Los Pirineos. . . . .	D. Juan Cortada.. . . .	51
Los vírgenes fatuas y las prudentes. . . . .	D. Joaquin Rubió. . . . .	63
Los puritanos. . . . .	D. Juan Cortada.. . . .	71
Abraham y Agar.. . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	76
El inválido. . . . .	D. Juan Cortada.. . . .	95
Rafael. . . . .	D. Joaquin Rubió. . . . .	104
Santa Magdalena . . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	122
El monasterio de S. Benito . . . . .	D. Víctor Balaguer.. . . .	138
F. G. Schmidt y su esposa. . . . .	D. Juan Cortada.. . . .	150
Júpiter y Antíope y Júpiter é Io . . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	154
El invierno. . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	176
Retrato de la esposa de Godofredo Flinck. . . . .	D. Juan Cortada.. . . .	185
Paisaje. . . . .	D. Juan Cortada.. . . .	189
Cristo infante. . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	192
La caza de osos.. . . .	D. Juan Cortada.. . . .	201
La vanidad.. . . . .	D. Manuel Angelon. . . . .	207
La leona y el jabalí. . . . .	D. Juan Cortada.. . . .	215
El jabalí furioso. . . . .	D. Juan Cortada. . . . .	216
La feria de animales. . . . .	D. Juan Cortada.. . . .	218
Santa Cecilia. . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	223
Un paisaje. . . . .	D. Juan Cortada. . . . .	231
Un patricio holandés. . . . .	D. Juan Cortada.. . . .	233



<b>Títulos de los artículos.</b>	<b>Autores.</b>	<b>Pág.</b>
Unos muchachos jugando á los naipes. . . . .	D. Manuel Angelon. . . . .	237
El pastor y la pastora.. . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	242
La cartuja. . . . .	D. Víctor Balaguer. . . . .	247
Asuncion de María. . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	256
Diversiones de la juventud. . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	261
El cuerpo de guardia. . . . .	D. Manuel Angelon. . . . .	266
Santa Inés. . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	271
San Pedro encarcelado. . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	276
La tarde. . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	281
Cristo coronado. . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	286
Un cardenal. . . . .	D. Manuel Angelon. . . . .	291
El padre de Rembrandt. . . . .	D. Juan Cortada. . . . .	296
El picarillo. . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	300
El pintor. . . . .	D. Juan Cortada. . . . .	307
San Pedro y San Pablo. . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	312
La orgía ó el casco vacío. . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	319
Judith. . . . .	D. Vicente Boix. . . . .	326
San Juan Evangelista. . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	339
Un establo. . . . .	D. Manuel Angelon. . . . .	348
La Virgen y el niño. . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	352
Laban y sus servidores. . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	357
Savonarola. . . . .	D. Joaquin Roca y Cornet. . . . .	366
Unos muchachos comiendo frutos. . . . .	D. Manuel Angelon. . . . .	382
El pintor en la cárcel. . . . .	D. Manuel Angelon. . . . .	386
El prisionero de guerra. . . . .	D. Vicente Boix. . . . .	391
La tienda de barbero. . . . .	D. Manuel Angelon. . . . .	398
El barbero. . . . .	D. Manuel Angelon. . . . .	404

**FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO**

Y DE LA PRIMERA PARTE DE LA OBRA, QUE CON EL TÍTULO DE **LAS GLOBIAS DE LA PINTURA** CONTIENE LA COPIA DE LOS MEJORES CUADROS DE LAS GALERÍAS DE MUNICH.



## PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS CORRESPONDIENTES AL SEGUNDO TOMO.



Láminas.	Pintores de los cuadros.	Pág.
<i>Paysaje pris dans le Libanon.</i> . . . . .	A. Geyer. . . . .	1
Malice. . . . .	V. Rotari. . . . .	19
Le martinet. . . . .	Ezdof. . . . .	34
La tempête. . . . .	Everdingen. . . . .	38
Paysage de montagne. . . . .	Everdingen. . . . .	31
Les vierges sages et les vierges folles. . . . .	Schalken. . . . .	63
L'ordonance. . . . .	G. Metzu. . . . .	71
Abraham et Agar. . . . .	G. Flinck. . . . .	76
Le petit chasseur. . . . .	A. Fischer. . . . .	95
Raphaël. . . . .	Raphaël. . . . .	104
Sainte Madelaine. . . . .	Palma. . . . .	122
Le monastère. . . . .	J. Ruipdael. . . . .	138
G. F. Schmidt et sa femme. . . . .	Antoine Pesne. . . . .	150
Jupiter et Antiope. . . . .	Ticiano. . . . .	154
Io et Jupiter. . . . .	Correggio. . . . .	158
L'hiver. . . . .	Schelfhout. . . . .	176
Portrait. . . . .	Rembrandt. . . . .	185
Paysage ( <i>con animales</i> ). . . . .	N. Berghem. . . . .	189
Le Christ enfant. . . . .	Carlos-Dolce. . . . .	192
Chasse à l'ours. . . . .	Fyt. . . . .	204
Vanité. . . . .	Georgione. . . . .	207
La lionne et le sanglier. . . . .	Snyders. . . . .	215
Le sanglier furieux. . . . .	Snyders. . . . .	216
Un marché au bétail. . . . .	F. B. Adam. . . . .	218
Sainte Cecilie. . . . .	Rubens. . . . .	223
Paysage ( <i>de árboles</i> ). . . . .	J. Ruysdael. . . . .	234



Láminas.	Pintores de los cuadros.	Pág.
Le patricien hollandais. . . . .	Rembrandt. . . . .	233
Petits garçons jouant aux cartes.. . . .	Murillo. . . . .	237
Berger et bergère.. . . .	C. Netscher. . . . .	242
La chartreuse.. . . .	Bayer.. . . .	247
Assumption de Marie. . . . .	Guido-Rene.. . . .	256
Amusement de la jeunesse. . . . .	Vander Werff.. . . .	261
Le corps de garde.. . . .	Mieris.. . . .	266
Sainte Agnés. . . . .	Carlos Dolce.. . . .	271
Saint Pierre en prison.. . . .	G. Honthorst. . . . .	276
Le soir ( <i>paysage</i> ). . . . .	Wynants. . . . .	281
Le Christ couronné. . . . .	Quercino. . . . .	286
Un cardinal.. . . .	Raphaël.. . . .	291
Le père de Rembrandt. . . . .	Rembrandt. . . . .	296
L'espiègle. . . . .	G. Schalken.. . . .	300
Le peintre. . . . .	Lepoitteirin. . . . .	307
Saint Pierre et saint Paul. . . . .	Rubens. . . . .	312
La cruche vide. . . . .	Honthorst. . . . .	319
Judith. . . . .	Riedel.. . . .	326
Saint Jean. . . . .	Carlos Dolce.. . . .	339
Écurie rustique.. . . .	Adam.. . . .	348
La Madonna et l'enfant. . . . .	Raphaël Sanzio. . . . .	352
Laban et ses serviteurs. . . . .	Berghem. . . . .	357
Savonarola. . . . .	Granet. . . . .	366
Garçons menjant des fruits. . . . .	Murillo. . . . .	382
Le peintre en prison. . . . .	Granet. . . . .	386
Le prisonier de guerre. . . . .	W. French. . . . .	391
Le boutique de barbier.. . . .	Brownver. . . . .	398
Le barbier . . . . .	Brownver. . . . .	404
Ménétrier. . . . .	Teniers. (Esta lámina debe colocarse á del tomo primero).	241



BIBLIOTECA DE CATALUNYA  
  
1002064598

 <sup>4rt</sup>   
Biblioteca de Catalunya  
Reg. 1.001.590  
Sig. 096 Soc